



El viaje entretenido

Agustín de Rojas Villandrando

[Nota preliminar: Edición digital a partir de la de Madrid, Emprenta [sic] Real, 1603 y cotejada con la edición crítica de Jean Piérre Resson (Madrid, Castalia, 1972), cuya consulta recomendamos para una correcta valoración crítica de la obra. El texto entre corchetes pertenece a esta última edición.]

Tasa

Yo Pedro Zapata del Mármol, escribano de Cámara de Su Majestad, de los que en el su Consejo residen, doy fe que, habiéndose presentado ante los señores del Consejo un libro intitulado El viaje entretenido, que con su licencia fue impreso, compuesto por Agustín de Rojas, vecino de la villa de Madrid, los dichos señores tasaron cada pliego del dicho libro a tres maravedís; el cual libro tiene cincuenta y un pliegos, que al dicho precio monta cuatro reales y medio, y al dicho precio y no a más mandaron se venda cada uno de los dichos libros en papel, y que esta tasa se ponga al principio de cada uno de ellos. Y para que de ello conste de pedimiento de la parte del dicho Agustín de Rojas y mandado de los dichos señores del Consejo, dí la presente, que es fecha en la ciudad de Valladolid, a veinte y dos días del mes de octubre de mil y seiscientos y tres años.
PEDRO ZAPATA DEL MÁRMOL

Aprobación

Por mandado de vuestra Alteza, he visto este libro intitulado El viaje entretenido, compuesto por Agustín de Rojas, natural de la villa de Madrid, y así por no tener cosa que ofenda, como por ser de buen lenguaje y tocar el autor diversas materias de curiosidad, ingenio y entretenimiento conforme al título del libro, se le puede dar la licencia y privilegio que suplica. En Valladolid, a quince de mayo de mil y seiscientos y tres.

El Secretario,

TOMÁS GRACIÁN DANTISCO

El Rey

Por cuanto por parte de vos, Agustín de Rojas, vecino de la villa de Madrid, nos fue fecha relación que vos habíades compuesto un libro intitulado El Viaje entretenido, el cual era muy curioso, y se podían sacar de él muchos avisos y doctrina, en que la república sería muy aprovechada, y habíades puesto en él mucho trabajo; atento a lo cual, nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia y facultad para lo poder hacer imprimir, y privilegio por diez años, o como la nuestra merced fuese; lo cual, visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la premática por nos últimamente fecha sobre la impresión de los libros dispone: fue acordado que debíamos de mandar dar esta nuestra Cédula para vos en la dicha razón, e nos tuvimoslo por bien. Por la cual os damos licencia y facultad para que, por tiempo de diez años primeros siguientes que corren y se cuentan desde el día de la data de esta nuestra Cédula en adelante, vos o la persona que vuestro poder hubiere, podáis imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención, por su original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin de Pedro Zapata del Mármol, nuestro escribano de Cámara de los que en el nuestro Consejo residen, con que antes que se venda le traigáis ante ellos con su original, para que se vea sí la dicha impresión está conforme a él, o traigáis fe en pública forma, en como por Corrector nombrado por nuestro mandado, se vio y corrigió la dicha impresión con su original. Y mandamos al impresor que ansí imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego, ni entregue más de sólo un libro, con su original, al Autor o persona a cuya costa lo imprimiere, y no a otra persona alguna, para efecto de la corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo, y no de otra manera podáis imprimir el dicho principio y primer pliego, y seguidamente pongan esta nuestra Cédula y la aprobación que del dicho libro se hizo por nuestro mandado, tasa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en las leyes y premáticas de estos nuestros Reinos que sobre ello disponen; y mandamos que durante el tiempo de los dichos diez años, persona alguna sin vuestra licencia no pueda imprimir el dicho libro, ni venderlo, so pena que el que lo imprimiere o vendiere haya perdido todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que del dicho libro tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís; la cual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el Juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare. Y mandamos a los del nuestro Consejo, Presidente y Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y Corte, y Chancillerías, y a todos los Corregidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios, y otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reinos y Señoríos, así los que agora son, como los que serán de aquí adelante, que os guarden esta nuestra Cédula y lo en ella contenido, y contra su tenor y forma no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Fecha en San Juan de

Ortega, a diez y seis días del mes de Junio, de mil y seiscientos y tres años. Yo el Rey.
Por mandado del Rey nuestro Señor. Juan de Amezqueta.

Privilegio

Don Felipe, por la gracia de Dios, Rey de Castilla; de Aragón, de León, de las Sicilias, de Jerusalén, de Portugal, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias Orientales y Occidentales, islas y tierra firme del mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante, de Milán, de Atenas y Neopatria, Conde de Apsburgh, de Flandes, de Tirol, de Barcelona, de Rosellón y Cerdeña, Marqués de Oristan y Conde de Goceano. Por cuanto por parte de vos, Agustín de Rojas, natural de la nuestra villa de Madrid, me ha sido hecha relación que con vuestra industria y trabajo habéis compuesto un libro intitulado El Viaje entretenido, el cual deseáis imprimir en los nuestros Reinos de la Corona de Aragón, suplicándonos fuésemos servido de haceros merced de licencia para ello: y nos, teniendo consideración a lo sobredicho, y que ha sido el libro reconocido por persona experta y por ella aprobado, para que os resulte de ello alguna utilidad, lo hemos tenido por bien. Por ende, con tenor de las presentes de nuestra cierta ciencia y real autoridad, deliberadamente y consulta, damos licencia, permiso y facultad, a vos el dicho Agustín de Rojas, que por tiempo de diez años, contaderos desde el día de la data de las presentes en adelante, vos o la persona o personas que vuestro poder tuvieren, y no otro alguno, podáis y puedan hacer imprimir y vender el dicho libro intitulado El Viaje entretenido, en los dichos nuestros Reinos de la Corona de Aragón, prohibiendo y vedando expresamente que ningunas otras personas lo puedan hacer por todo el dicho tiempo, sin vuestra licencia, permiso y voluntad, ni le puedan entrar en los dichos Reinos para vender de otros adonde se hubieren imprimido. Y si después de publicadas las presentes, hubiere alguno o algunos que durante el dicho tiempo intentaren de imprimir o vender el dicho libro, ni meterlos impresos para vender como dicho es, incurran en pena de quinientos florines de oro de Aragón, dividideros en tres partes, a saber: es una para nuestros cofres Reales, otra para vos el dicho Agustín de Rojas, y otra para el acusador; y demás de la dicha pena, si fuere impresor, pierda los moldes y libros que así hubiere imprimido, mandando con el mismo tenor de las presentes a cualesquier Lugares Tenientes, y Capitanes generales, Regentes la Cancelería, Regentes el oficio, Portantes veces de General, Gobernador, Alguaciles, Porteros, Vergueros y otros cualesquier oficiales y ministros nuestros mayores y menores, en los dichos nuestros Reinos y Señoríos, constituídos y constituideros, y a sus lugares tenientes y regentes los dichos oficios, so incurrimento de nuestra ira é indignación, y pena de mil florines de oro de Aragón, de bienes del que lo contrario hiciere, exigideros y a nuestros Reales cofres aplicaderos, que la presente nuestra licencia y prohibición, y todo lo en ella contenido, os tengan y guarden, tener, guardar y cumplir hagan sin contradicción alguna, y no permitan ni den lugar a que sea hecho lo contrario en manera alguna, si demás de nuestra ira e indignación en la pena sobredicha desean no incurrir. En testimonio de lo cual mandamos despachar las presentes con nuestro sello Real común en el dorso selladas. Datas en la nuestra Ciudad de Valladolid, a veinte y cuatro días del mes de Setiembre, año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, de mil y seiscientos y tres. YO EL REY. Dominus Rex mandavit mílti, Hieronymo Gasol; vise per Covarrubias, Vicecancellarium, Comiti generalem thesaurarium; Guardiola, clavero;

Sabbater et Nuñez, Regentes Cancellarium, et Franquessa, Consiliarium generalem. In diversorum, III, fol. CCXII.

Del doctor Agustín de Tejada Páez

Camina el avariento, y el saladopiélago surca, al Norte de la mina,cuya codicia el pecho suyo inclinaque rompa el mar, del Austro alborotado.Y el mercader camina fatigado(porque sigue el cansancio al que camina),y el peregrino el mundo peregrina,cumpliendo el voto a quien está obligado.Mas no sintieran del trabajo ultraje,mercader, peregrino, ni avariento,con Viaje tan bien entretenido:que Rojas facilita ya el viaje,con dulce prosa y numeroso acento,muerte del tiempo, espada del olvido.

De Alonso de Contreras, alguacil de la casa y corte del rey nuestro señor

Si tanto estimó Trajanola elocuencia de Adión,y a Virgilio, Octaviano,y a Enio, el gran Cipión,y a Ausonio Galo, Graciano;Si aquella estatua a Platónel rey Mitrídates hizopor la mano de Asilón,y de aqueste varón quisodejar eterna opinión,a quien también la merece,y este Viaje enriquececon tanto decir gallardo,hoy para Rojas la aguardo,que de oro España la ofrece.

De don Juan de Piña

Sois, Viaje entretenido,cifra del siglo dorado,do el arte, ingenio y cuidadomuestran bien lo que han podido.Mercurio, Apolo y Cupidoos den por tan rica historialauro de eterna memoria,con esmeraldas por hojas,pues la fama en vuestro Rojas,tiene Homero y nueva gloria.

De Juana Vázquez

Tan bien del Viaje usasque si éste leyendo estoy,entiendo que al monte voy,do están coronadas musas.Madrid, advierte dos cosas,que cualquiera te enriquece:Vega, que vega te ofrece,y Rojas, jardín de rosas.

Del doctor Francisco de Corcuera, a Agustín de Rojas

Revuelvo y miro al círculo en que afirmael antártico curso nuestro polo,paso adelante, y veo la luz de Apolo,con su Diana que en tu amor confirma.Miro más alto y veo que se refirmacon nueve cielos este Mauseolo;vi vuestra estrella al fin, y sois vos soloquien rige, manda, predomina y firma.De vos recibe el sol sus rayos belloscon que nos rige, y a su esfera castadais luz, que no alumbrara si no os viera.Vuestro Viaje ha sido la luz de ellos,y al fin sois Rojas, que esto sólo os bastapara estar con Faetón allá en su esfera.

De don Juan Luis de Velasco, caballero del hábito de Santiago

Cansancio es vano el de mi débil plumaen querer remontarse tan de vuelo,pues mientras se levanta más del suelo,es todo cuanto dice leve espuma.Porque la más gallarda que presumacomunicar su estilo con el cielo,en tratando de vos, ha de hacer pelo,antes que reducirlo a breve suma.Pensar, divino Rojas, alabaros,bien se ve claro que mi lengua yerra,que engrandeceros ella, es humillaros.Y así mirando lo que en vos se encierra,espántase, y concluye con llamarosprodigioso milagro de la tierra.

De doña Juana de Figueroa

No os culparán vagamundopuesto que en romero dais,pues dando una vuelta al mundo,como reliquias mostráisvuestro ingenio sin segundo;y como al amado nido,buen

romero habéis venido, enseñáis reliquias tales, por honras y por señales, del Viaje entretenido. Que como el diestro romero, por su crédito ejercitad tomar medallas de acero en los templos que visita para bordar el sombrero: vos, Rojas, que el templo amado de Apolo habéis visitado, las medallas que sacáis, por escrito las mostráis, que es el crédito doblado.

De Alonso de Salas Barbadillo

Del rubio Febo el celestial viaje, cuando ciñendo el mar cerca la tierra hasta que el propio mar su luz encierra, dándole en sus corrientes hospedaje, rinda al vuestro el debido vasallaje, pues el vuestro le humilla y le destierra, sin que le cante el monte, valle y sierra, alabanzas en lírico lenguaje. Ciña, por hijo tal, la bella frente de Manzanares del lauro victorioso, poniendo raya al mar de sus congojas. Palacios le fabrique en su corriente, pues por aqueste Rojas milagroso, estima Febo más sus trenzas rojas.

De doña Antonia de la Paz

Ninfas que en vuestro coro retumbando están los instrumentos, en olvidados dejad por agora, celebrando de Rojas El Viaje entretenido. Veréis en él cuán bien que va imitando al sacro Apolo y al rapaz Cupido; y pues le pinta cual famoso Apeles, coronadle su frente de laureles.

De Leonardo el cortesano, a Agustín de Rojas

Que lo que se puede ver puede exceder al deseo, en vuestro Viaje veohoy, Rojas, que puede ser; ¿qué más puede apetecer el juicio más delicado que un estilo tan limado, tan divino y celestial, que sólo el original es igual a lo copiado?

De María de los Ángeles

En Viaje tan divino, digno de cien mil loores, pintado con vivas flores miro el humano camino, caso raro y peregrino; en él claramente veo lo incierto, lo hermoso y feo, y dibujado un varón, donde al juicio y la razón no vence el torpe deseo.

Del licenciado Francisco Sánchez de Villanueva

De jazmín blanco y de purpúrea rosa, a sembrar tu camino nos incitas, que descubre de ricas margaritas el valor sumo y la beldad preciosa. Es útil la jornada y deleitosa, porque eres, con ventajas infinitas, cuando a aquél y éste, en uno y otro imitas, Píndaro en verso, y Luciano en prosa. De nuevo, ¡oh Manzanares cristalino! por Rojas quedas incapaz de agravios, y él de laureles y memorias digno, pues con lengua erudita y dulces labios, haciendo dos mandados de un camino, enseña idiotas y deleita sabios.

De don Antonio de Rojas, caballero del hábito de San Juan

Tengas, Madrid, muchos días de contento y regocijo, que ya ha parecido el hijo que por perdido tenías; Manzanares, alegrías, que ya Rojas ha venido de las Indias, y ha traído perlas, diamantes y oro, y con ellos, el tesoro del Viaje entretenido.

Del licenciado Francisco de Aranda

Tanto volaste con tus alas, Rojas, que la más roja esfera, sin dañarte, procuraste pasar con sólo el arte del dios Apolo, que en tu ingenio alojas. Las cómicas historias quedan cojassin ti, y cual guerras viven con su Marte, alimentando (sólo en escucharte) el ingenio sutil que desenojas. Alégrese Madrid con hijos tales, pues a aquel que la voz parlera llama (para vivir continuo en su memoria) exceden con ventajas desiguales, ganando nombre, ser y eterna fama, con triunfo activo de suprema gloria.

De doña María de Guzmán

El planeta mejor que conocemos entre los astros, es el rojo Apolo; y Rojas es, en los linajes sólo, el más gallardo y amplio que sabemos. En el Bermejo o Rojo mar tenemos, a quien con vientos hincha el dios Eolo, el milagro que de uno al otro polohaber Dios hecho todos entendemos. Apolo te da el lauro de elocuencia, pues entre Rojas solo te ha escogido, dándote en sus palacios hospedaje. Eres el Rojo mar de ingenio y ciencia, y así por Rojas bien has merecido, se tenga por milagro tu Viaje.

De Pedro Juan Ochoa

Famoso Rojas, que dejando el puerto que bate Manzanares caudaloso, andáis por alta mar tan animoso, que es nada el mar en ánimo tan cierto. Engolfado piloto en el desierto del mar de Apolo, en donde habéis, gozoso, cual otro Colón nuevo, en Indio honroso, las Indias del Parnaso descubiertas. Con razón de Pisuerga, el puerto claro, porque en él zabordó el barco lucido, os debe recibir en su regazo. Y pues desembarcáis, piloto caro, mostrad de ese Viaje entretenido, nuevas hojas del mundo de Parnaso.

De don Fernando de Ledesma

Aquel que dio principio al Astrolabio, ordene que su máquina excelente, pues con su anhelo va de gente en gente, publique tu saber de labio en labio. Diga de tu viaje el modo sabio, pues ya esa roja y laureada frente corona y ciñe el Delfico luciente, sin recibir Virgilio en cosa agravio. Y en tanto que tu altiva y dulce tuba en torno del Parnaso se baldona, viendo que se renueva tanta fama, pues es razón que el rojo a Rojas suba, baje aquél radiante de su zona, y lleve vuestra fénix en su llama.

De Felipe de Sierra al celebrado Rojas

Hoy las divinas musas se juntaron en su insigne y famoso anfiteatro, voló la fama desde el Tile al Bactroy en la academia el Seita y Persa entraron. El Albanés llegó; no comenzaron, porque del mundo y de sus partes cuatro, vinieron mil naciones al teatro, y de ver tal grandeza se espantaron. Entró a la posta un español vistoso, de buen cuerpo, galán, bizarro en suma, que Manzanares es su patrio nido. Las Musas le coronan y él, gozoso, tomó el laurel, y con su heroica pluma escribió El Viaje entretenido.

De Luis Vélez de Santander

Entre los dulces cisnes de tu orilla, Manzanares famoso, hoy se levanta otro nuevo hasta el Sol, con lo que canta, para vivir por nueva maravilla. Tus ninfas por los prados de Castilla, le tejan lauros de la ingrata planta, que al Sol corona la cabeza santa, que para hacerle salva hoy se le humilla. El premio de un Viaje le aperebela fama, aventajada con el vuelo del ingenio de Rojas peregrino. Con esta pluma nuevo honor recibe, que el Sol hiciera (a no moverle el cielo), por aqueste Viaje su camino.

Del licenciado Juan de Valdés y Meléndez

Pintó en sus doctas tablas Tolomeo el indio mar, el Alpe y Apenino, ganando con su estudio peregrino, eterno nombre e inmortal trofeo. Seguro de las aguas del Leteo, heroicos versos escribió el Latino, y buscando el dorado vellocino, cumplió Jasón en Coleos su deseo. Mucho más que a los tres te debe el mundo, divino Rojas, pues tu ingenio alcanza, quedando solo, de los tres la gloria. Pintando a España, quedas sin segundo, vuelve inmortal el verso tu esperanza, y este Viaje eterna tu memoria.

De Doña Inarda de Artiaga

El Fénix es estimado, porque si vive en el mundo, no puede tener segundo, hasta que muere abrasado; mas tanto te has levantado, con lo que al inundo previenes, que ya corona tus sienes, y ensalza más tu loor, porque Fénix sucesor agora ni después tienes.

De Juan Gerónimo Serra, criado de Su Majestad

El rojo Apolo, ¡oh, Rojas ingenioso! en el Viaje excelso se apresura, alumbrando de paso su hermosura, hasta que el mar le hospeda generoso. Ocaso tiene el sol maravilloso, y por su ausencia el mundo noche oscura, cuya sombra apadrina la locura del mozo que se arroja a ser vicioso. Mas tú, de Manzanares premio y gloria, en el Viaje que formó tu mano, asistiendo las nueve del Parnaso, de tu ingenio fijaste la memoria, divino sol, luciente y soberano, que siempre alumbras sin tener ocaso.

De Gerónimo de León

Por prosa Cicerón muy bien merece el lauro y la corona que le han dado, hasta ser orador tan estimado, pues Roma que lo sea le agradece. A Virgilio la fama le enriquece, por los versos que ha escrito y enseñado: esto César Augusto lo ha mostrado, con el favor que a otro ensoberbece. El lauro que los dos han merecido a ti se debe, pues con buen lenguaje entre tienes la vida trabajosa. De hoy más el caminar es buen partido, pues muestras ser en este tu Viaje, Virgilio en verso, Cicerón en prosa.

De Don Alonso de Trujillo, criado del Marqués del Carpio

De Smirna parte Homero el celebrado, desde el alegre Oriente al triste Ocaso, Maron de Mantua con ligero paso, de Sulmo Ovidio tierno enamorado. De Italia va el Petrarca sublimado, de nuestro pueblo ibero Garcilaso, cada cual deseando en el Parnaso ser de mano de Apolo laureado. Vais después de ellos, Rojas elocuente, y tan alto voláis que habéis llegado primero que ellos ante el sacro Apolo. Y así os dio lauro y coronó la frente, dejando vuestro nombre eternizado, del celebrado Betis a Pactolo.

A Don Martín Valero de Franqueza

Caballero del hábito de Santiago y gentil hombre de la boca de su Majestad

Conociendo el caudal de mi pobre ingenio, y el poco valor de esta pequeña obra, no acabo de entender lo que me ha podido animar a dirigir a vuestra merced una cosa tan humilde, siendo como es un atrevimiento tan grande. Porque si digo que la gravedad de la compostura pudo darme alas, yerro; si digo que la confianza de mi buen entendimiento, es locura. Pues ¿qué me pudo mover o me movió? La gran novedad del libro o la íntima afición de criado. Porque si yo fuera un hombre muy docto, pudiera estar seguro vuestra merced no me imputara de necio: antes amparara mis buenos deseos, cual hizo el Magno Alejandro con el poeta Homero, que sin conocerle fue tan aficionado suyo, que debajo de su almohada tenía de continuo su Iliada. O como el gran Rey Demetrio con el filósofo Hermógenes, que estando el uno en Asiria y el otro en Grecia, Hermógenes presentaba muchos libros a Demetrio, y Demetrio hacía grandes mercedes a Hermógenes. Pero siendo yo tan mozo y de tan poco ingenio, la obra tan humilde y de tan poco fruto, bien conozco que no ha sido acertado; pero también confieso que aunque no tengo discreción para escribir, partes para merecer, suficiencia para dirigir, tengo humildad para suplicar: reciba vuestra merced debajo su poderosa mano la humildad de mi pobre entendimiento.

AGUSTÍN DE ROJAS

Al vulgo

Con mal andan los asnos cuando el arriero da gracias a Dios. Con mal va mi libro, cuando yo me acuerdo de ti, vulgacho, que como te conozco, no es razón que te pase en blanco. Dirás tú agora: «¡Válgate Dios por Caballero del milagro!» ¿Libro has compuesto de loas, prosas y versos? Pues ven acá, Rojuelas: las loas, ¿no conoces que son malas y un disparate todas? Porque ya sabes que no tienen más misterio de juntar rábanos, alcaparras, lechugas y falsas riendas, y decirlo con velocidad de lengua (que la tienes buena), y acabóse la historia; que es como juntar dos asnos y un Pedro, que hacen un asno entero. Pues prosa, tú la tienes mala, y cuando valga algo, no para hacer un libro. Pues versos, tú no tienes ciencia; ¡anda, que eres un bárbaro!»

¡Ay, vulgo, vulgo! Si como en esto andas acertado lo anduvieras en todo, mi libro disculpara su yerro, el sabio no me tuviera por loco, tú fueras más discreto, y yo hablara menos temeroso. Mas ¿qué diré de ti? Pero escucha mi disculpa, que luego oirás de tu justicia.

Has de saber, amigo vulgo, que (así para mi intento, como para el discurso de mi libro) importa darte cuenta de quién soy, dónde nací, los padres que he tenido, y en los oficios que me he ocupado: que por saber que en esto como en todo andas ciego y errado, te daré en poco razón de mucho. No digo que nací en el Potro de Córdoba, ni me crié en el Zocodover de Toledo, aprendí en el Corrillo de Valladolid, ni me refiné en el Azoguejo de Segovia: mas digo que nací en la villa de Madrid, fui soldado, y alojando por Galicia, hallé un gallego que afirmaba ser yo su hijo, porque era un traslado de la malograda de su mujer y de una hija que en su poder tenía, no poco hermosa. Al fin, que quise, que no quise, me llevó a su casa. Aconsejóme mi capitán que callase y concediese. Hícelo, regalóme, diome dineros y mi hermana tres camisas (que sabe Dios si llevaba yo más de una, y a esa le faltaba manga y media), Pasé por su hijo, llamándome el mismo nombre que él me puso.

Después de algunos años, andando en las galeras vine a Málaga, donde, buscando un escritorio para descansar, hallé un pagador que me llevó a Granada por su escribiente, donde llegué a tener vestidos y cadenas, que éste fue el primero de mis milagros, y el mayor haber compuesto este libro. Viéndome galán, dieron en decir que le parecía en todo a mi amo con grande extremo, y que sin duda era hijo suyo, y yo tenía entonces veinte y dos años, y él poco más de veinte y ocho: ¡mira como podía ser mi padre!

Vine a la Comedia, y en Ronda, estando para representar, llegóse a mí un morisco, llena la cara de tizne (porque era carbonero), muy puerco, hecho pedazos, y empieza a abrazarme, y dando gritos dice que soy su hijo. Volví a mirarme, y halléme tiznado todo el cuello, un colete blanco que llevaba, sucio, y unas botas blancas y nuevas, llenas de lodo. Alborótase la compañía, y yo, corrido, ni sabía qué hacer, ni acertaba qué decir, ni aun entiendo que podía negar. El autor, que se llamaba Angulo, y otros compañeros entraron de por medio: hízose la comedia, lleváronme a su casa, metíle por camino, nunca tuve remedio. En efecto, quedé por su hijo.

Y agora ha un año, estando representando con Villegas en Sevilla, un hombre que trataba en Indias da en decir que es mi padre y que me dejó niño de cuatro años en Córdoba, donde había nacido. Habláronme sobre ello, y díjele como no era yo, y no dándome crédito, responde que negaba porque era representante: y háceme prender, y dice que él dará información que soy su hijo, y que mi nombre no era Rojas, sino Jiménez, y que para más comprobación, había de tener un lunar en el muslo izquierdo. Míranme, y hallan el lunar como él lo había dicho. De manera que me llama un oidor y, después de un largo preámbulo, me dijo que no negase ser hijo de un hombre tan honrado, que si lo hacía por ser de la profesión cómica, que muchos buenos lo eran. Y

al fin, para desengañarle de esto, dije había nacido en Madrid, en el Postigo de San Martín, y era hijo de Diego de Villadiego, receptor del Rey nuestro señor, natural de Melgar de Herramental, y de Luisa de Rojas, natural de la villa de San Sebastián, en Vizcaya. Y para más claridad, yo haría información de esto. Hícela con dos contadores y otros criados del Rey, que eran de Madrid, y vista por el mercader, dijo era falsa, y que él quería quitarme de la comedia y darme dos mil ducados de mercadería y enviarme a las Indias; al fin, no quise aceptarlo, por no ser éste mi intento.

Y últimamente, agora en Salamanca, no ha treinta días, estando en un monasterio, se llegó un viejo a mí, y me preguntó de dónde era y cómo me llamaba; díjeselo, y respondió que le engañaba y que era su hijo. Un fraile me apartó aparte y me requirió dijese la verdad y no me afrentase de decirla. En efecto, viendo que yo negaba, el viejo se fue santiguando y yo me quedé riendo.

Ves aquí, hermano vulgo, los padres que he tenido. Faltan agora los oficios en que me he ocupado. Sabrás, pues, que yo fui cuatro años estudiante, fui paje, fui soldado, fui pícaro, estuve cautivo, tiré la jábega, anduve al remo, fui mercader, fui caballero, fui escribiente y vine a ser representante. Dolencia larga y mujer encima, mala noche y parir hija. ¿Qué azuda de Toledo ha dado más vueltas? ¿qué Guzmán de Alfarache o Lazarillo de Tormes tuvieron más amos ni hicieron más enredos? ¿ni qué Plauto tuvo más oficios que yo en el discurso de este tiempo?

Vesme aquí agora en la comedia, de donde te conozco por las loas que digo y lo poco que en ella represento; éstas sabes la honra que me han dado, las veces que las he dicho, los hombres de buen entendimiento que las han loado, y la mucha gente que me las ha pedido. Y aunque es verdad que los versos son malos, algunos sujetos son buenos, porque los más de ellos no son míos, y si su bondad atribuyes a mi lengua, otros las dicen: mira tú lo que parecen. Y aunque son de rábanos, como dices, quien a muchos ha de contentar, de todo se ha de valer. Para tu gusto bastan hojas de lechugas y para los discretos la voluntad del dueño. Porque la harina de los sabios comen los simples por salvado, y el salvado de los simples es harina de los filósofos. Tras todo lo que me dices, respóndeme, pues me conoces: ¿no soy humilde? ¿no aprendo de los sabios? ¿no huyo de los necios? ¿no me corrijo de muchos? ¿no tomo parecer de todos? Tú, el primero, ¿cuántas veces me habrás dicho que de estos disparates hiciese un libro? ¿No te acuerdas? No. Pero no me espanto, porque tú eres un sueño que echa modorra, un piélagos que no tiene suelo, una sombra que no tiene tomo, una fantasma que está encantada, y un laberinto que no tiene salida. Tirano vulgo, ya te conozco; a perro viejo, no cuz cuz. Si dices que no tengo ciencia, mira el natural que tengo, los trabajos que he pasado, las tierras que he visto, la experiencia de que estoy cargado, los muchos libros que he leído: y con no más de cuatro años de estudio, considera si puedo saber algo. Y cuando esta obra sea mala, (según dice Plinio) no hay libro por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena, y con una sola en que me honren, me animaré a hacer otras con que me alaben. Porque, como dice Tulio, la honra cría las artes, y no hay tan buen ingenio que no tenga necesidad de ser censurado. Porque has de saber (que tú no lo sabrás) que Sócrates fue reprendido de Platón, Platón de Aristóteles, Séneca de Aulo Gelio, Tesalo de Galeno y Hermágoras de Cicerón. Pues en los modernos, ¿quién se escapa de tu ponzoña venenosa y de tu rapante lengua, que es, como dice Séneca, comparada al perro rabioso, que él rabia, y a cuantos llegan a él hace rabiar? Mas no me espanto, porque eres un sepulcro de ignorantes, una sima de maldicientes, un tirano de virtudes, un inventor de mentiras, una mar de novedades, una cueva de traidores, un amigo de malos, un verdugo de virtuosos y un pantano donde se hunden los buenos entendimientos. No quiero que me honres; di de mí lo que quisieres: que cuando desplegaras al viento las banderas de tu lengua, sobre el muro de tu ignorancia, y

asestares la mosquetería de tus palabras y los tiros de tus mentiras sobre el alcázar de mi buen celo, y desportillares la muralla de mi voluntad, asaltando la ciudad de mis intentos, saldrá la escuadra de mi humildad con las armas de mis deseos, que resistan tus balazos, derriben tus muros y entronicen mis buenos pensamientos.

Al lector

Dice Aulo Gelio en el libro de las Noches de Atenas, que por eso fueron los pasados tan tenidos porque había pocos que enseñasen y muchos que deprendiesen. Al contrario se ve en el tiempo presente que hay muchos que enseñen y no hay ninguno que aprenda, porque todos pensamos que sabemos más para poder ser maestros que para humillarnos a ser discípulos: y antes nos inclinamos a dar pareceres que a admitir consejos, a censurar lo ajeno, que a enmendar lo propio. Y teniendo (como dice el divino Platón) tanta necesidad los sabios de consejo como los pobres de remedio, nos parece que el recibirle es locura, pero el darle, mucha discreción o sobra de experiencia, sabiendo que dice Cicerón que no hay en el mundo hombre tan sabio que no se aproveche del parecer ajeno. Pero como ya los hombres tengamos los pensamientos tan levantados y a todos nos parezca que podemos enseñar y no ser de filósofos reprendidos, queremos enmendar sin letras lo que otros han estudiado quemándose las pestañas. Y no contentos con decir de lo bueno mal, queremos muchas veces decir de lo malo bien, sustentando nuestro parecer y perseverando en nuestra necedad, Y así todo el tiempo se nos va en hablar, en contradecir y en porfiar; pero no en saber si no es vidas ajenas: cómo vive Rojas, de qué come, quién le viste; muchos milagros hace: y no ve lo que el triste Rojas padece.

Solón Solonino ordenó en sus leyes a los de Atenas que todos los de la ciudad tuviesen cerraduras en las puertas de sus casas y que si alguno entrase sin llamar, fuese castigado con la pena que el que roba la casa ajena. Entre los cretenses era ley inviolable que si algún peregrino viniese de extrañas tierras a las suyas propias, ninguno fuese osado preguntarle de dónde venía, quién era, qué buscaba, o a dónde iba, pena de muerte al que lo preguntase, y de doscientos azotes al que lo dijese. Plutarco, Aulo Gelio y Plinio loaban mucho al buen romano Marco Porcio, porque nadie jamás le oyó preguntar las nuevas que había en Roma, cómo vivía Fulano en su casa, del oficio que tenía el uno, ni de la vida ociosa que pasaba el otro. Filípides, poeta, siendo muy querido y privado del Rey Lisimaco, díjole un día: «Amigo Filípides, pide mercedes; mira, ¿qué quieres que te dé?» A lo cual respondió: «La mayor merced que me puedes hacer ¡oh, Rey y señor mío! es que no me des parte de tus secretos». La causa porque estos antiguos ordenaron estas leyes y estos filósofos dijeron estas sentencias, fue para quitar a los necios maldicientes el vicio de esta maldita murmuración y el mal deseo de saber vidas ajenas, no haciendo, como no hacen, caso de las suyas propias, y siendo cosa común que ninguno, por justo que sea o haya sido, tenga su fama tan limpia, su conciencia tan justa, ni aun su vida tan corregida, que no haya en ella qué decir y qué enmendar. Porque puesta en juicio, hallaría tanto que examinar en su casa o en su oficio que no se acordase de lo que el otro había hecho en el suyo. Y siendo juez de su vida propia, no e acordaría de murmurar la vida ajena.

Habiendo, pues, yo consumido la flor de la mía en Francia, en servicio del Rey nuestro señor (que fueron seis años), siendo de diez y seis, después de haber padecido inmensos trabajos y necesidades (así por tierra como por mar), arribé a España. Y como mi edad aún no fuese capaz de consejo, ni mi pobre ingenio cargado de experiencia, ni mi persona humilde digna de merecimiento, andaba lleno de santos deseos, cercado de

humanos vicios y combatido de temerarios pensamientos (según los pasos en que andaba y los peligros a que me ponía). Porque si hablaba mucho, decían que era necio; sí callaba, que era grave; si servía, no me estimaban; si no servía, me aborrecían; si buscaba la paz, era cobarde; si seguía la guerra, era perdido; si me enamoraba, era liviano; si quería un libro de un mercader, no tenía quien me fiase; si pretendía una comisión, no tenía quien me favoreciese; si me paseaba, decían de qué vivía; si andaba galán, que hacía milagros; si representaba, todos me honraban, todos me acariciaban, todos me prometían; y en no representando, nadie me remediaba. Y todo aquesto era falta de ventura. Porque ya sabemos que para emprender una cosa, es menester prudencia; para entablarla, discreción; para seguirla, industria; para conocerla, experiencia; para merecerla, partes, mas para alcanzarla, fortuna. Areta, la gran Greciana, tuvo la hermosura de Elena, la honestidad de Tirma, la pluma de Arístipo, el ánimo de Sócrates y la lengua de Homero; la cual decía que más quería para sus hijos buena dicha y crianza con que viviesen, que mucha hacienda y fama con que se perdiesen. Y así como ésta me faltase, procuré buscar los sabios, tratar con los sabios, aprender de los sabios, no dejando de aplicarme muchas veces con necesidad a los necios, a quien enseñaba lo que de los sabios aprendía, y con alguna experiencia aconsejaba. Y ojalá supiera yo también enmendar lo que hago como sabía y sé decir lo que los otros han de hacer. Mas como mi voluntad haya sido tan libre y mi libertad tan grande, no vine a ver mi daño hasta que ya no llevaba remedio. Pues siendo, como es, el tiempo tan mudable y el hombre tan variable, no entiende el estado que ha de escoger, ni aun sabe del oficio que se ha de aprovechar. Pues por momentos vemos que con lo que uno está contento, otro vive desesperado; con lo que uno ríe, otro llora; con lo que uno sana, otro enferma; y aun con lo que uno se honra, otro se afrenta. Porque no hay cosa en este mundo en que no haya trabajo; no hay cosa en que no haya disgusto; no hay cosa en que no haya murmuración; no hay cosa en que no haya peligro, ni cosa en que haya contentamiento; y así como en todas las maneras de vivir, siempre vivimos tan descontentos, procuramos buscar alguna, por infame que fuese, donde hallásemos gusto, aunque en ello pusiésemos todo nuestro cielo: ya procurando a qué sabe el ser pícaro, a qué sabe el ser religioso, a qué sabe el ser soldado, y aun a qué sabe el ser representante (como yo lo he sido algún poco de tiempo).

Porque no hay años tan bien empleados como los que se gozan con hombres discretos, aunque el venir a serlo fue más movido de virtud que de vicio, más apremiado de necesidad que de ocio, Aunque en casos del tener y valer, vemos muchas veces vivir unos más contentos con el oficio que tienen que otros con lo mucho que valen.

Licurgo, en las leyes de los Lacedemones, mandó que los padres pusiesen a sus hijos (cumplidos catorce años), no a los oficios que los padres quisiesen, sino a los que los hijos se inclinasen. Que ya sabemos que no hay oficio de hombre en el mundo en que no se pueda salvar, ni hay estado en la Iglesia de Dios en que no se pueda perder: porque para el hombre bueno no hay oficio malo, ni para el hombre malo hay oficio bueno. El religioso (según dice Guevara) puédese salvar rezando, y puédese condenar maldiciendo; el eclesiástico puédese salvar diciendo su misa, y puédese condenar usando de avaricia; el rey puédese salvar haciendo justicia, y puédese condenar haciendo tiranías. Y el pastor puédese salvar guardando sus ovejas, y puede condenarse hurtando las ajenas. Y para más claridad y comprobación de lo que tengo dicho, digo que en el estado de sacerdotes Matías fue bueno y Onías fue malo. En el estado de profetas, Daniel fue bueno y Balaan fue malo. En el estado de reyes, David fue bueno y Saul fue malo. En el estado de ricos, Job fue bueno y Nabal fue malo. En el estado de casados, Tobías fue bueno y Ananías fue malo. En el estado de viudas, Judith fue buena y Jezabel fue mala. En el estado de consejeros, Achitofel fue bueno y Cusi fue malo. En

el estado de los Apóstoles, San Pedro fue bueno y Judas fue malo. Y en el estado de pastores, Abel fue bueno y Abimelec fue malo. De los cuales se puede claramente entender que el ser buenos ó ser malos no depende del oficio que elegimos, sino del ser nosotros poco o mucho virtuosos.

No con poco miedo me he atrevido, discretísimo lector, a sacar a luz esta pequeña obra, siendo como soy en edad tan mozo, en ciencia tan falto y en experiencia tan corto. Pero, según lo que dice Salomón, a los veinte y ocho capítulos de sus Proverbios, «bienaventurado el varón que siempre va medroso», podré animar mis deseos y dar valor a mis escritos. Ellos van pobres de todo, pero la discreción de los hombres sabios supla la falta de los hombres necios. Bien sé que no ha de haber nadie que no diga de ello mal, ni a ninguno que le parezca bien; mas puédome consolar con lo que dice Cristo (por San Lucas, a sus seis capítulos): «¡Ay de Vosotros cuando todos dirán bien de vosotros!».

Lo que me ha animado a hacer esto, no ha sido confianza de mi ingenio, sino persuasión de mis amigos y voluntad de mis nobles deseos, pareciéndoles que, pues había gastado el tiempo en componer tantas y tan varias loas, y algunas de tanto gusto, hiciese un libro para dejarles algún entretenimiento. Y yo por servirles y entretener algunas horas que he tenido desocupadas quise hacerlo, imitando a San Agustín (según dice Erasmo) que escribió sus Condiciones estando ocioso y para gente baldía. Y así, por dar muestra de mi humildad, obedecí, aunque no con poco recelo de errar. Que ya tendrán entendido todos de mí que, pues siempre los he servido con lo que mis fuerzas han alcanzado, que el hacer agora esto más es voluntad de humillarme en su servicio que ánimo de engrandecer mi pensamiento.

Libro I

Ríos, Ramírez, Solano y Rojas

SOLANO.- No hay plazo que no llegue.

RÍOS.- Por mí se puede decir «ni deuda que no se pague».

RAMÍREZ.- Bien a mi costa ha llegado éste.

ROJAS.- Mas por la posta ha llegado este otro.

RÍOS.- Ojalá nunca llegara, y costárame a mí la vida.

SOLANO.- ¿El plazo de la ausencia o el término de la ejecución?

RÍOS.- No soy yo de los hombres que se ahogan en poca agua.

RAMÍREZ.- ¿De qué manera?

RÍOS.- Porque siento más el dejar á Sevilla que todo lo que debo en España.

ROJAS.- No será pequeño el sentimiento.

RAMÍREZ.- Yo que lo sé, lo juro.

SOLANO.- Yo que lo imagino, lo callo.

ROJAS.- Yo que lo pierdo, lo lloro.

RÍOS.- Yo que lo debo, lo padezco.

SOLANO.- Per omnia secula seculorum.

RAMÍREZ.- Ahora, señores, hablemos claro: ¿qué trae Ríos?

ROJAS.- Aclarádselo vos, compadre, que tenéis la boca a mano.

SOLANO.- Viene loco.

ROJAS.- Y con razón, por cierto.

RAMÍREZ.- Eso no viene a propósito de nuestro camino. Dejemos los ángeles en el cielo, que ése que os ha faltado, perdistesle por no haberle merecido.

RÍOS.- Yo lo confieso.

RAMÍREZ.- Por eso está en el otro mundo, gozando del descanso eterno; nosotros vamos por este camino trabajoso, y vos tendréis allá quien procure vuestro remedio.

RÍOS.- Podré deciros yo agora lo que aquel nuestro amigo que, llevándole a enterrar un niño de dos años y consolándole algunos, diciendo que tendría quien rogase a Dios por él en el cielo, respondió: «no sé si tendrá tanta habilidad».

RAMÍREZ.- Mejor podréis decir lo que dijo el otro representante llevando a enterrar a su mujer, que preguntándole cómo no iba con ella al entierro, dijo: «Váyase esta vez así, que a otra, yo sé lo que tengo de hacer». Pero dejando esto, Solano, ¿de qué viene tan melancólico?

SOLANO.- Dejo en Sevilla la mitad de mi pensamiento, y no es justo que a quien tanto he querido, tanto desasosiego, enfermedad y lágrimas me ha costado, y a quien tanta merced me ha hecho, yo sea desagradecido.

RAMÍREZ.- Razón hay para ello; mas no sé si diga que tenéis mal gusto.

SOLANO.- ¿Pues qué tenía malo?

RAMÍREZ.- No más del rostro.

SOLANO.- ¿Por qué?

RAMÍREZ.- Porque era gordo.

SOLANO.- En los gustos no hay disputa.

RAMÍREZ.- Es verdad; pero eso no era bueno.

SOLANO.- Señor, yo busco las mujeres que lo sean de tomo y lomo.

RÍOS.- Así quiero yo el conejo.

SOLANO.- Para mi gusto han de ser frescas.

ROJAS.- Eso es bueno para los viejos, que como les falta potencia, se les va todo en manosearlas.

SOLANO.- Ahora yo digo, que la gorda es fresca de verano y tiene con que abrigarse un hombre en el invierno; tiene qué tomar y qué dejar, y no huesos con que herir. Y la vaca gorda hace la olla, y la gallina y el carnero ha de ser gordo para ser bueno, y yo confieso de mi mal gusto, que en no siendo la mujer abultada, chica y fresca, para mí no es buena.

ROJAS.- Señor Solano, la flaca baila en la boda, que no la gorda. Yo he hecho de todo experiencia, y digo que la mujer ha de ser alta, flaca y algo descolorida: esto es a mi gusto, que en lo demás no me entremeto, porque no son huesos para necios, ni porfiar en gustos es de hombres cuerdos.

RÍOS.- La mujer, señores míos, yo para mi traer, ni la quiero flaca que me lastime, ni gorda que me empalague, sino de buena suerte.

ROJAS.- Ése es tema de bobos, gusto de indianos, o voluntad de hombres recogidos, que por la mayor parte son enfadosos; que como les cuestan sus ducados, y se sirven de terceros, sacan más partidos que jugadores de trucos, pidiéndolas que sean limpias, muchachas, de buenos rostros, chicas de cuerpo, y no muy gordas ni muy flacas; y esto no lo piden por lo que gustan, sino por los dineros que gastan y por parecerles que aciertan.

RAMÍREZ.- Preguntábanle á un hombre no muy sabio (en un banquete) cómo no comía, y respondió: «No sé qué me tengo de unos días a esta parte que no puedo comer sino los lomos de los conejos o la pechuga de las gallinas».

SOLANO.- Y era bobo.

RÍOS.- Y pedía para los mártires.

RAMÍREZ.- Ése más me parece a mí que era bellaco.

RÍOS.- Por eso dijo el otro: «Hijo, si fueres cuerdo, para ti planto un majuelo, y si asno para ti planto».

ROJAS.- Antes me parece a mí que hablaba a bulto, y en eso no era muy discreto.

Porque el lomo del conejo, por lo que vale algo es por estar tan pegado al hueso; pero en la pechuga de la gallina se echará de ver su mal gusto.

RAMÍREZ.- Del mío, confieso que más quisiera el espolón que la pechuga. Porque es la comida muy enfadosa, y en resolución, cualquiera carne de pulpa, aunque sea de un faisán, para mí no es buena si con algún hueso no se disimula; y para echarme a mí de casa no hay sino darme carne gorda, que empalaga más que mujer necia.

SOLANO.- Pues venid acá, insensato; si os diesen a comer una perdiz, ¿qué habíades de hacer de las pechugas?

RAMÍREZ.- Comerlas, porque es la perdiz tan buena como la mujer flaca, que después de una vez comida, se han de comer de nuevo todos los huesos de ella.

SOLANO.- Hija, sé buena; madre, he aquí un clavo.

RÍOS.- Digo que estamos metidos en gentil disputa; dejemos a cada loco con su tema y volvamos a Sevilla, que desde esta cuesta se divisa alguna pequeña parte de su grandeza, que no es tan poca que no se pueda tratar mucho en su alabanza.

ROJAS.- La torre es la que se parece.

RÍOS.- Notable es su altura, y que puedan subir hasta lo alto de ella dos personas juntas a caballo.

RAMÍREZ.- Es sin duda cierto todo lo que de ella os han dicho, pues vemos claro que en obra, apariencias, ventanaje y campanas es la mejor del suelo. Sin esto, tiene cuarenta columnas de jaspé y mármol y su alcaide, que le vale mucho la renta de ella por año.

RÍOS.- ¿Y a Giralda, qué le falta, si con cada viento se muda?

RAMÍREZ.- Eso yo lo jurara.

ROJAS.- Diréis que porque tiene nombre de hembra.

SOLANO.- Y eso no basta.

ROJAS.- Por fuerza se ha de tocar historia.

RÍOS.- Dejemos eso y vamos a la mía.

RAMÍREZ.- Digo que esta torre, con las dos hermanas a los lados, son armas de su santa iglesia.

ROJAS.- ¿Y quién son las hermanas?

[RAMÍREZ].- Santa Justa y Rufina, patronas de esta gran ciudad.

ROJAS.- Una cosa siento en el alma de no haber visto en ella, que me tienen muy loada, que es el monumento que hacen el Jueves Santo.

SOLANO.- Es cosa peregrina eso, y las limosnas que se dan esa semana.

ROJAS.- Por cierto que la iglesia es suntuosa.

RÍOS.- ¿Habéis notado las muchas capillas que tiene, puertas y altares?

ROJAS.- No.

RÍOS.- Pues pasan de setenta los altares que hay en ella (éstos sin los del claustro); tiene también nueve puertas y ochenta vidrieras; la grandeza de aquellas gradas, que es cosa peregrina, y sin esto, el arzobispo, dignidades, canónigos, racioneros, veinteneros, capellanes, músicos, sacristanes, mozos de coro, pertigueros y otros muchos, y sobre todo, pasa la renta de sola su fábrica de más de cincuenta mil ducados.

ROJAS.- La custodia dicen que es cosa admirable verla.

RÍOS.- Es tan grande que la llevan en un carro.

RAMÍREZ.- ¿Pues qué tendrá de peso?

RÍOS.- Más de mil y trescientos marcos de plata, que hacen veinte y seis arrobas, y de altor tres varas y media, y esto sin la cruz que lleva por remate, que es de una cuarta; y del ancho de columna a columna tiene cerca de dos varas.

SOLANO.- Si supierades esto cuando hicistes aquella loa de toda la compañía, no dejarades de ponerlo en su alabanza.

RAMÍREZ.- ¿Qué loa fue esa?

ROJAS.- Una que dije los días pasados, viniendo en una compañía muy humilde.

RÍOS.- ¿Sería buena?

SOLANO.- El pensamiento fue notable, y pareció milagrosamente.

RÍOS.- ¿No la oiremos?

ROJAS.- Como es entre muchos, no se puede gustar de ella.

RAMÍREZ.- A fe de quien soy que habéis de decirla, ésa Y todas las que sabéis: que el viaje es largo y le habemos de llevar entretenido; que yo, Ríos y Solano contaremos algún cuento, y con esto entretendremos el camino.

ROJAS.- Cumpliré vuestro gusto, que a trueque de oiros, quiero empezar a obedeceros. Gómez y yo empezamos.

ROJAS¿No es buena la necedad en que este demonio ha dado?GÓMEZNo es sino un deseo honrado de servir a esta ciudad.ROJAS¿Estáis loco? ¿Qué decís?¿Pues representar queréis?¿Qué autor de fama traéis?¿O con qué gente venís?Villegas y Ríos presentes con tan buenas compañías,tantas farsas, bizarrías,tan buena música y gentes,¡venís a representar!:yo no acabo de entender qué os ha podido mover.GÓMEZEl deseo de agradar.ROJAS¿Qué galas? ¿Qué compañeros?¿Qué músicos de gran fama?¿Qué mujer que haga la dama?¿Qué bobo que haga Cisneros?¿Qué Morales? ¿Qué Solano?¿Qué Ramírez? ¿Qué León?¿O qué hombres de opinión traéis?GÓMEZEl cuento es galano.¿Pues tiene necesidad Sevilla de esa riqueza,si es reina de la grandeza,y amparo de la humildad?Fuera de esto hay compañía.ROJAS¿Compañía? ¿Con qué gente?GÓMEZVos, Arce yo, un penitente y un moro de Berbería.ROJAS¿Es ésa buena razón?Pues ¿con eso os animáis,y [a] aquesta ciudad pagáis nuestra grande obligación?¿Sabéis que nos ha ayudado y siempre favorecido,como señora admitido y como madre amparado?¿No sabéis que en ella hallamos todo cuanto pretendimos,cuando licencia pedimos,cuando a sus muros llegamos?La gran merced, el favor que siempre hemos recibido,¿ponéis tan presto en olvido?Pues ¿qué es aquesto, señor?¿A qué salimos aquí?¿De esta suerte agradecéis lo que a Sevilla debéis?¡Cielos! ¿qué ha de ser de mí?GÓMEZRojas, no nos aflijamos,que ya todos han sabido que a servirla hemos venido y cómo hoy representamos.Yo confieso que es verdad,que la compañía es pobre y no hay nada que le sobre,si no es su gran humildad.Si de verla os satisface,pues que visto no la habéis,yo sé cierto que diréis que todo lo nuevo aplace.Y si los queréis mirar,llamarélos luego aquí.ROJASBien decís; hacedlo así,que quiero verlos y hablar.GÓMEZ¡Señor Ribera! (Sale.)RIBERASEñor.GÓMEZUna palabra querría.ROJAS¡Buen talle, por vida mía!RIBERAMi voluntad es mayor.ROJASHuélgome de conocera quien tengo de servir.GÓMEZVuestra merced me ha de oír,y una merced ha de hacer.RIBERAPor cierto, señor, yo haré todo aquello que pudiere y aun en mi posible fuere.GÓMEZEsa merced serviré.¡A mí, señor Artiaga! (Sale.)ARTIAGA¿Quién llama?ROJAS¡Bueno[s], por Dios,mancebitos son los dos!GÓMEZVuestra merced nos la haga de favorecernos hoy.ARTIAGAPor cierto que yo quisiera que en mis manos estuviera,pero la palabra doy.GÓMEZ¡Reyes, Enríquez! ¿qué digo? (Salen.)REYESSeñor Gómez, ¿qué se ofrece?ROJASEsta gente me parece que trae la humildad consigo.Y ella, como es gran verdad,bastará para vencer,porque tiene gran poder y la fuerza de la humildad.REYESDigo que le serviremos.ENRÍQUEZYo por mi parte me ofrezco,aunque hacerlo no merezco,que es poco lo que valemos.ROJASDecid, ¿qué músicos son los que tienen de cantar?GÓMEZEso habéis de perdonar porque es malo en conclusión.¡Ah, señora! ¡Ah, Arce! ¡Ah, Herrera!(Salen éstos con guitarras.)ARCE¿Ofrécese en qué sirvamos?HERRERASEñores, ¡por acá estamos!GÓMEZQuise que Rojas oyera aquel romance cantar que se le tengo alabado,porque está puesto en cuidado,quién nos tiene de ayudar.ARCEYo, señores, poco puedo;pero lo que yo pudiere haré cuando se ofreciere,y a aquesto obligado quedo. (Cantan.)GÓMEZPues lo que es graciosidad,aquí está

Bartolomé Rodríguez. ROJAS Muy bueno a fe. GÓMEZ Y Antequera, esto es verdad. ROJAS Es un hombre muy donoso; llamadlos, por vuestra vida, si no hay causa que lo impida. GÓMEZ Casi de temor no oso. ¡Ah, señor Bartolomé Rodríguez! ¡Ah, Antequera! (Salen.) BARTOLOMÉ ¿Que quisieron que saliera? ANTEQUERA ¿Qué hay de nuevo? GÓMEZ ¿No lo ves? ROJAS ¡Por acá tan buena gente! BARTOLOMÉ A Sevilla hemos venido, que Gómez nos ha traído para esta ocasión presente. GÓMEZ ¿No nos habéis de ayudar? ANTEQUERA Yo quisiera valer algo, mas con lo poco que valgo, podéis, señores, mandar. ([Sale] una niña.) NIÑA ¿Qué hace la gente honrada? señores, ¿qué hay por acá? GÓMEZ Y a vuestra merced verá: bien poquito más que nada. NIÑA ¿Qué buena junta, por cierto! Pues bien, ¿qué se hace, señores? ¿Es banda de segadores? ROJAS Y de segadoras puerto. GÓMEZ De representar tratamos, si nos quieres ayudar. NIÑA ¿Quién ha de representar? GÓMEZ Todos cuantos aquí estamos. NIÑA Para esta ciudad servir, la primera he de ser yo. ROJAS Pues yo, mi señora, no; ni aun me atreveré a salir. NIÑA ¿De dónde nace el temor? ROJAS De ser mi posible poco para servirla. NIÑA ¿Está loco? ¿No conoce su valor? ¿Sabe que es su nombre tal, que ampara al pobre, al perdido, al humilde, al afligido, al extraño y natural? ¿Que es su nombre sin segundo, por ser tanto su valor, y ser la ciudad mejoren la redondez del mundo? Si el persa, si el babilón, de ver Sevilla se alegra, y desde la gente negra a la más fiera nación le da tributo en el suelo (por ser su nombre sin par), si le da riqueza el mar, si le da ventura el ciclo, si halla el pobrecito amparo, el rico gusto y contento, si halla el extraño asiento y el navegante reparo. Si todos en ella viven, si todos en ella caben, si todos su nombre saben, si todos de ella reciben, si todos hallan regalo, si todos hallan favor, desde el criado al señor, y desde el bueno hasta el malo, si su grandeza sabéis, si a servirla, al fin, venís, si vuestra humildad decís, remedio en ella hallaréis. ROJAS Ya conozco su grandeza, que es ciudad divina y santa, que a las del mundo adelanta en valor, trato y nobleza. NIÑA ¿Pues cómo decís aquí que no os tenéis de atrever, conociendo su poder? ROJAS Yo confieso que es así. NIÑA Pues porque acaben de creer que es esta ciudad famosa, quiero que vean una cosa que ante todos he de hacer. Sevilla está aquí; yo quiero ofrecerme a su presencia y demandarle licencia. ROJAS Sola esa licencia espero; y digo que si la da, sin falta me atreveré como licencia me dé. NIÑA Pues yo la pido; escuchad. (Parece Sevilla al son de chirimías, con las armas a un lado y letras a otro.) Ilustre ciudad famosa, con cuya ley y gobierno has hecho tu nombre eterno, por más fuerte y belicosa. Ya las heroicas bocinas de la pregonera fama por vencedora te llama[n] de tus gloriosas ruinas. Ya con tu fe y cristiandad, vas escalando hasta el cielo, con la escala del consuelo, monte de tu eternidad. Ya el mundo envidioso tienes, y en ti sola el mundo está, pues en ti se ha hallado ya gloria, amor, riqueza y bienes. Yo, una mujer afligida, ante el sacro tribunal de tu clemencia inmortal, presento mi pobre vida. Vengo tan necesitado de favor y de remedio, que te he elegido por medio para que sea remediada. A tu divina presencia, vengo, señora, cual ves, a suplicarte me desde representar licencia. SEVILLA Mucho me he holgado de veros, hija, yo os la otorgo y doy, y contentísima estoy de hablaros y conoceros. Representad, no temáis, ni de mí desconfiéis, y ruego a Dios que ganéis todo lo que deseáis. Yo a mis hijos pediré que os amparen y no ofendan, y a mis armas que os defiendan, ansimismo rogaré. Que es mi afición excesiva, quedad con Dios, niña hermosa. NIÑA ¡Viva Sevilla famosa! TODOS ¡Viva muchos años, viva! ROJAS.- Con esto y chirimías se acababa la loa, y se entraba toda la compañía.

RÍOS.- Buena es por cierto, y el pensamiento muy a propósito; y aquel salir de la ciudad y pedir la licencia, me parece bien. Pero no tratáis en ella de alabanza ninguna.

ROJAS.- Hay tanto que decir de ella, que viniera a ser muy larga; y lo que tiene bueno no es más del sujeto, que los versos son muy ordinarios.

RÍOS.- Humilde es el estilo, pero no es malo.

SOLANO.- Sospecho que es una de las ciudades más antiguas Sevilla, de cuantas hay en España.

RAMÍREZ.- Mil y setecientos y veinte y siete años antes que Cristo nuestro Señor encarnase, tuvo principio su antigua fundación. Pero dejando esto, ¿no es sin número la riqueza que en sí encierra y la remota gente que en ella se halla?

RÍOS.- Dos cosas me asombran de esta ciudad (dejo la riqueza de cal, de Francos y Alcaicería, la suntuosidad extraña de su Real Alcázar, Contratación, Aduana, Casa de la Moneda, lonja de mercaderes y comunicación con las Indias); lo que me espanta es la cárcel de Sevilla, con tanta infinidad de presos por tan extraños delitos, las limosnas que en ella se dan, las cofradías tan ricas que tiene, la vela de toda la noche que en ella se hace y el vino y bacalao tan bueno que en ella se vende, ésta es la una. Y la otra, la Alhóndiga, que es una de las mayores grandezas que tiene (no digo Sevilla, pero el mundo, aunque si bien se advierte, Sevilla y el mundo, todo es uno, porque en [ella] Sin duda está todo abreviado). Pero ¿no es cosa memorable que se arriende la renta de ella en más de mil ducados cada año, no más de los granos de trigo y cebada que se quedan entre los ladrillos? ¿Que tenga su jurisdicción de por sí, de sus puertas adentro, con horca y cuchillo, cárcel y prisiones, leyes y ordenanzas que los Reyes Católicos ordenaron y dieron?

ROJAS.- Cosa es peregrina.

RÍOS.- Sin esto, ¿que provea Sevilla de aceite a todo el reino y a las Indias?

RAMÍREZ.- Yo he oído decir que, muchos días, se registran en la Aduana más de diez mil arrobas, y que su diezmo y alcabalas pasa de cuarenta mil ducados y veinte mil arrobas de aceite. Y que en espacio de dos horas, se vende a su puerta todo de contado.

RÍOS.- Sin eso, mirad sus bastimentos de pan, vino, carne, frutas y caza. Pues pescados, son en tanta abundancia que la renta del fresco (dicen) pasa de veinte mil ducados, y del salado, de más de veinte y cuatro quintales. Sin esto, tiene nueve carnicerías y un matadero, de donde se sustentan tanto número de perdidos, valentones y bravos, como tiene esta ciudad.

RAMÍREZ.- Pues si eso no tuviera, ¿había otra para la comedia como Sevilla? Porque de tres partes de gente, es la una los que entran sin pagar, así valientes como del barrio. Y estorbárselo, no tiene remedio.

ROJAS.- A ese propósito, hice yo los días pasados una loa que fue bien recibida.

SOLANO.- ¿No la oiremos?

ROJAS.- Escuchalda, mientras llegamos a Carmona:

Sale marchando un escuadrón volante, y un capitán valiente en retaguardamarcha tras éste [en] firme; y semejanteal volante que lleva la vanguardia, un sargento mayor, un ayudante, que a estos escuadrones ponen guarda; general, capitanes y soldados, alférez y sargentos reformados. En cada hilera van de ciento en ciento, sujetos al rigor del alto cielo, faltan bagajes, falta alojamiento, no hay barracas, garitas ni consuelo, aguas, nieves, granizos, sol y viento, rayos, truenos, calores, frío y hielo, y en medio de una landa, entre dos peñas, dan socorro con muestra, nombre y señas. Aquí cortan fagina los pobretes, a las armas haciendo centinelas, corazas, arcabuces y mosquetes, alabardas, espadas y rodela, cañas, manoplas, fundas, coseletes, morriones, brazaletes, escarcelas, horquillas, espaldares y pistolas, grebas, jinetas, lanzas, picas, golas. Aquí no hay torre fuerte, o casamata, muros, fosos, castillos, ni troneras, que el furor de un balazo desbarata; torreones, plataformas y trincheras, asalta, mina, bate, hunde, mata, gentes, collados, surcos y laderas, sin valerles pertrechos ni pantanos, frascos, pólvora, yesca,

cuerta y manos. Cuál, deja todo el tercio sin más pena, y va por pecorea alta montaña, y cuál, robando, juega, come y cena; cuál, no deja forraje en la campaña, hierba, heno, cebada, trigo, avena, siendo, como es, tan fértil la Bretaña, y cuál, hurtando frutas y viandas, joyas, ropas, camisas, cuellos, bandas. Cuál, la bandera al viento tremolando, ya en sus manos, ya al aire enarbolada, cuál, pífaros y cajas, rimbombando, con sonoro son en la estacada; cuál, todo el firmamento amenazando, y cuál, puesto de guarda en emboscada, aguarda, escucha, calla, teme, advierte, tiempo, enemigo, espía, ronda y muerte. Viene la ronda, pues, muy paso a paso, y el valiente soldado, puesto a punto, le pregunta: «¿Quién va? -Don Juan de Eraso.-No conozco, ¿quién vive?, les pregunto.- Soy vuestro general. -Detenga el paso, que no conozco al diablo en este punto.-¿No conocéis quién soy? -El nombre pido». Llega en efecto, y dásele al oído. ¡Oh! milagroso ejemplo del que cobra la entrada resistiendo a mil don Juanes, sin nombre, sin virtud, sin fama ni obra, y al preguntar quién paga: son Guzmanes. Dineros pido. «-Ser quien soy, ¿no sobra? -¡El nombre me han de dar! -¡Somos rufianes!» Demanda el nombre y entran sin dinero, paje, rufián, valiente y caballero. Entra el otro calada la visera, y dícele: ¿Quién paga? ¡Ah, gentil hombre! ¡Oye, vuestra merced, oye! ¿no espera? -¿Conóceme? -¿Quién es? ¡Diga su nombre! ¿Hombre de bien? pues ¡pague o salga fuera!» «¿Los honrados no pagan? gran renombre, dice el otro, que escucha y ha pagado: luego, yo que pagué, no soy honrado». Bárbaro, simple, bestia, almidonado, poeta, bachiller, valiente o nada, ya que no pagas, no seas mal criado, pues por hablarnos bien, no pierdes nada. Si en no pagar estriba el ser honrado, no te digo que pagues, si te enfada; pero a lo menos lo que yo querría que nos pagues con buena cortesía. Que el otro que te escucha, y tiene cuenta, dice: «¡Cuerpo de tal!, esto es engaño, pues éste dice que es pagar afrenta, no pienso pagar más en todo un año». No sólo quien no paga se contenta con hacernos tan sólo un solo daño, sino que quien lo escucha se deshonra, y toma el no pagar por punto de honra. ¿Cuál general habrá aquí tan discreto, que dé el nombre, llegándose al oído, que es pagar dar silencio, ser secreto? Cualquiera que me otorgue lo que pido, con escritos caracteres prometiendo dejar su nombre en mármol esculpido, y en el tronco más duro de una rama, armas, valor, nobleza, virtud, fama. RAMÍREZ.- Es muy buena y bien aplicada, que es lo mejor que yo hallo en ella. Pero lo que me espanta de Sevilla es que haya tanta justicia y no tenga remedio esto de la cobranza.

RÍOS.- Muchas diligencias se han hecho y no han aprovechado, porque el hombre que acostumbra a entrar de balde, si le hacen pedazos, no han de poder resistirle.

SOLANO.- Muchos autores lo han querido llevar con rigor, y no es posible. Antes si riñen con uno es peor. Porque ha de entrar aquel con quien riñen y otros veinte que a hacer las amistades se ofrecen.

RAMÍREZ.- A río vuelto, ganancia de pescadores.

ROJAS.- Lo que de esto se suele más sentir, es el término del hablar y su mal proceder.

RÍOS.- ¡Ay, Sevilla, Sevilla, que al fin te dejo!

ROJAS.- Ése es el tema de todos los que se ausentan.

RAMÍREZ.- Sí, pero deseo saber cuál es la causa porque tan presto olvidan.

ROJAS.- Yo os la diré: no nace el olvido de la ausencia (aunque hay algunos que se quejan de ella), sino de nuestra maldita memoria, que es tan villana que, a un paso que damos, nos olvidamos de lo que hacemos. Pues siendo esto verdad (como lo es), todas las veces que uno se ausenta, llora y suspira, porque lleva en la memoria lo que ama. Pero al cabo de algunos días, como ésta sea tan avarienta, poco a poco se le olvida, y mientras más va, menos se acuerda. Y para comprobación de esto, veréis que si después le tratan de aquella mujer, se queja y dice: «¡ay, fulana!, más la quise que a mi vida», y fue porque se la trujeron a la memoria, pero no porque se acordaba de ella. De manera

que se olvida de lo que ama y maldice luego la ausencia. Que es la culpa del asno, echarla a la albarda.

RAMÍREZ.- No me parece mala razón ésa; pero volviendo a la grandeza de Sevilla (que no puedo olvidarla), ¿no es bueno que tenga dos almonas de jabón, donde se gastan más de sesenta mil arrobas?

SOLANO.- Yo he visto doce calderas, en que se hace el blanco, tan grandes que cada una lleva más de cuatrocientas arrobas de aceite (sin la cal y ceniza que se gasta).

RÍOS.- ¡Ay, Alameda mía, quién estuviera agora junto a una fuente tuya!

ROJAS.- ¿No es cosa memorable aquellas columnas que tiene, en la una puesta la figura de Hércules, primero fundador de esta gran Babilonia, y en la otra, la de Julio César, que la ilustró, con los muros y cercas que la adornan, y quince puertas en ellas que la engrandecen y guardan?

SOLANO.- Si miramos en ello, ¿qué mayor que estos caños que vienen de Carmona, que fabricaron los moros? ¿no son por excelencia?

RAMÍREZ.- Pues los vestidos, galas e invenciones de sus naturales, bien se puede creer que son los mejores de España y a menos costa; de donde han salido y salen todos los buenos usos de ella.

RÍOS.- ¿Y aquella limpieza de sus baños?

ROJAS.- Ésa es una de las cosas más peregrinas que tiene.

SOLANO.- Mujer conozco yo en Sevilla que todos los sábados por la mañana ha de ir al baño, aunque se hunda de agua el cielo.

RAMÍREZ.- Por ésa se dijo: «La que del baño viene, bien sabe lo que quiere».

ROJAS.- Un cuento me sucedió con una mujer muy fea, yendo una noche al baño, que es de mucho gusto.

SOLANO.- ¿No fue el que dijistes en aquella loa el martes?

ROJAS.- Ése mismo.

RÍOS.- ¿No la oiremos todos?

ROJAS.- Así dice:

Estése Venus en Chipre con su dios alado y ciego, de bellas ninfas cercada, cantando al son de instrumentos. Y esotra por cuya causa el pueblo mísero griego, al sin ventura troyano sus muros entregó al fuego. Y aquella insigne mujer que pasó su limpio pecho por la fuerza de un tirano, con un casto y firme intento. Y aquélla que entregó a un áspid su pecho divino y bello, viendo de su amado esposo de la vida el fin postrero. Y aquella diosa o mujer que enfrena al ligero viento, cuando sus veloces plantas volando estampan el suelo. Esténde donde están todas que por ahora las dejo, en tanto que un cuento os digo, escuchad, que es bueno el cuento. Es, pues, que salí una noche de aqueste pasado invierno, más para echarme en un río que no a procurar contento. Conmigo a solas hablando por esas calles sin término, cual celoso toro que andaba bramando de cerro en cerro, o como la mar hinchada cuando herida de los vientos, en lugar de bramar, habla, y amenaza tierra y cielo. Así andaba aquella noche, rasgándose de agua y viento los cielos, que parecían ser otro Diluvio nuevo. Noche tenebrosa y triste de relámpagos y truenos, de granizo, piedra y rayos, imagen propia del miedo. Sin llevar Barrabás cuarto, mirad qué aliño tan bueno para un buen renegado dado al diablo y sin dinero. Yéndome, pues, como digo, por detrás de un cementerio, una sombra vi, de aquéllas que suelen verse a tal tiempo. Era en forma de mujer, y asomada a un agujero, me dijo: «¿Es él, ce, a quién digo? ¿Jesús de milagro ha vuelto?» Pues como oí decir «milagro», dije entre mí: yo soy cierto a quien están aguardando; y respondíle: «¿Qué hay? ¿Entro? -Entre, que me estoy helando, y en entrando, cierre luego». Llegué a la puerta y abrí, y admirado del suceso, entré al fin; nunca yo entrara, porque en entrando, al momento vi una obscuridad profunda, semejanza del infierno. En esto, llegóse a mí un bulto, que ¡vive el cielo! que

aun no vi bien si era bulto, según estaba de muerto. Hacia la cama nos fuimos y yo, con mucho deseo de ver quién era la dama y enjugar mi triste cuerpo, apresuré el tardo paso arrimado a su hombro izquierdo, y de un infierno salimos y entramos en otro infierno. Halléme confuso y triste por no haber visto primero si era aquél hombre o mujer; ofrézcode al diablo el cuento. Llegué con esto a su cama (mejor dijera a mi entierro, que por aquéste se dijo sepulcro de vivos muertos). Y apenas en ella entré, cuando con voces y estruendo, sentí llamar a la puerta, y ella asomóse de presto. Y dijo: «¡Triste de mí! que es la justicia; ¿qué haremos? Debajo la cama se entre, que yo haré se vayan luego». Subieron seis de cuadrilla, y tras todos, subió en esto con una linterna un mozo, y tras la linterna un perro. «-Hola, mujer, ¿a quién digo? dijo el alguacil soberbio; ¿quién está en aquesta casa?» Y dijo: «Yo sola, cierto. Mi señor, yo estaba sola»; y él replicó: «Ansí lo creo; pero impórtame aguardaraquí a cierto caballero. A acostaros podéis ir»; y sacando un instrumento, empezaron a bailar la chacona uno o dos de ellos. Pues como mi dama vio bailar, no tuvo sosiego, y arrojóse de la cama y empezó a bailar con ellos. Yo helado, ardiendo y corrido, tendido en el duro suelo, con la humedad que cobré de un grande estornudo recio. Sintióme el mal alguacil, y dijo a mi dama: «Bueno, ¿quién hay debajo la cama? Descubiertose ha el enredo». Levantó la delantera, y yo, triste, saqué ciega la cabeza por un lado, como galápago necio. Y vi a mi señora dama su cuerpo, su talle y gesto. ¡Ah, nunca yo la sacar y muriera yo primero! Tan gran corcova tenía como un terrible camello, y en la camisa más grasa que en sombrero de gallego. Una nariz grande y chata, tuerta del ojo derecho, la frente chica, y muy llena de lamparones el cuello. La boca algo grandecilla, los dientes pocos y negros, hembra de hasta cincuenta años, cuatro más o cuatro menos. ¡Miren qué buena mujer para quitar un martelo a un galán desesperado, o servir de salsa a un viejo! El alguacil socarrón, me dijo: «Señor don Diego, ¿cómo no sale vuacé? Es de vergüenza o de miedo?» Y respondíle: «Señor, no he salido, porque temo de ver tan mala visión. -¿Ahora la escupes? Bueno. Salga y no tenga vergüenza, replicó, so Caballer del Milagro, que ya sé que es vuesa merced discreto, y que no se espantará de verse como le vemos.» En efecto, yo salí, desnudo y aun casi en cueros. ¡La vergüenza que pasé, los dichos que me dijeron, los apodosos que me echaron y la vaya que me dieron! En descuento de mis culpas vaya, amén, ruego a los cielos, y quien no me cree, se vea cual yo me vi en este puesto. Yo sé que me está escuchando la hembra, y se está riendo de su burla y de mi afrenta; al fin volviendo a mi cuento, no quiero mirar allá, que aún agora, si la veo, pienso que me ha de espantar: mejor será que callemos, que es necia y se correrá. Señores míos, silencio: ansí les suceda a todos otro semejante enredo, como a mí me sucedió, y amanezcan al sereno helados como besugos de la playa de Laredo. Véanse como me vi, mojada el alma y el cuerpo, y debajo de una cama, desnudos y sin dineros. Sáqueles un alguacil arrastrando del pescuezo, que mal de muchos es gozo, y duelos con pan son menos. SOLANO.- Buen suceso.

RAMÍREZ.- A fe que el alguacil era bellaco.

RÍOS.- ¿Y paró en efecto...?

ROJAS.- ...En que me fueron acompañando hasta la plaza de San Francisco, y ellos se fueron a sus casas riendo, y yo a la mía sucio y helado.

SOLANO.- ¿Supistes cómo se llamaba esa mujer?

ROJAS.- Lucrecia la oí llamar.

RAMÍREZ.- ¿No sería como la romana?

ROJAS.- Antes, sí; porque la otra murió por ser casta, y ésta moría por hacerla. Pues no he dicho otra particularidad que tenía.

RÍOS.- ¿Y es?

ROJAS.- Que olía de suerte a vino, que no pude llegarme a ella.

SOLANO.- Para mí ésa fuera la mayor falta.

RÍOS.- Dicen que en el andar y en el beber, se conoce la mujer.

RAMÍREZ.- Mejor la conoció Enacio Metuatino, que porque la suya destapó una bota de vino y bebió de ella, la mató a palos, y le absolvió de ello Rómulo (según cuenta Plinio, libro décimotercio).

ROJAS.- Muerte bien empleada.

SOLANO.- Si a todas las que beben en este tiempo hubieran de quitar las vidas, no estuviéramos sujetos a tantas mudanzas, que a fe que son muchas las que beben y muy pocas las que se arrepienten. Beber una mujer vino, no es milagro (principalmente si es de edad o ha parido), y sin esto, beber un poco, y aguado, no lo condeno; pero las que lo tienen por vicio y se echan un jarro a pechos, ¡fuego de Dios en el querer bien!

RAMÍREZ.- Decía los días pasados una amiga mía, que mujer que a diez no bebe, a once no quiere, y a doce no pare, que le mandaba mal de madre.

ROJAS.- Mujeres hay que ponen su felicidad en beber vino, como otras en afeitarse el rostro.

SOLANO.- Ninguna cosa apruebo, digo, cuando es demasiado. Que algunas tienen tanta curiosidad en esto, que hay más botes en su casa que redomas en una botica, aprovechándose de mil untos, aceites, aguas y mudas.

RAMÍREZ.- ¿Y de qué hacen (si sabéis) todas estas ceremonias?

SOLANO.- Las aguas para lavarse y adelgazar el cuero, son de rasuras, agraz, zumo de limones, tragancia, cortezas de espantalobos, hieles, mosto y otras muchas cosas que no digo.

RAMÍREZ.- ¿Y los untos?

SOLANO.- De gatos monteses, caballos, ballenas, gavilanes, osos, vacas, culebras, garzas, erizos, nutras, tejones, gamos y alcaravanes; sin esto y la color que se ponen, pasas, solimán y otras cosas, tienen sus lustres, cerillas, clarimentos y unturas.

ROJAS.- ¡Oh, reniego de quien tal hace! Que se lave una mujer con agua de parras cogida antes que salga el sol, o destile en una redoma, de la flor del romero un poco de agua, y en esto eche un poco de solimán y bórax, y se lave con ella, pase, o agua de tojo, si pudiere haberla; pero lo que tenéis dicho, téngolo por enfadoso, fuera de que es muy sucio.

SOLANO.- El vino tinto, sacado por alquitara con cabezas de carnero negro y huevos frescos es también muy bueno para el rostro.

RÍOS.- Muchas cosas hay buenas para él.

RAMÍREZ.- Eso y agua de calabaza, de guindas y racimillo, es muy fresco.

ROJAS.- Otra cosa sé yo aprobadísima, que es echar unos granos de cebada en agua, mondarlos y sacar la leche de ellos, y echarla en un poco de agua clara del río, y lavarse con ella de cuando en cuando, es cosa muy buena. Pero la que digo del romero es muy aprobada, y hácese desta manera: hanse de meter dos manojos con flor en dos redomas y ponerlas donde les dé el sol, y ellos poco a poco van destilando agua; y luego quitar éstos y poner otros, hasta tanto que haya la cantidad que les pareciere, y echar en ella un poco de sojimán, y lavarse con esta agua, digo que si una mujer acostumbra a lavarse con ella, jamás tendrá paño en la cara, peca ni arruga. Y aun estoy por decir que no parecerá vieja (fuera de que hace una tez muy buena).

RÍOS.- ¿Quién os ha enseñado toda esta germanía?

ROJAS.- Si hubiera de decir todo lo que sé de mudas para la cara y las manos, blanduras y aguas, fuera no acabar en diez viajes, porque dejado todo lo que he dicho, os diré otra cosa, que es notable para el rostro, y no es más de un poco de termentina de vete, lavada en nueve aguas, batida con un poco de aceite de huevos y solimán labrado. Ésta es blandura y sirve para después de lavada la cara, y afirman las que saben desto,

que conforme tienen el rostro el día primero que se ponen este aceite de huevos, en ese estado le tienen todo el tiempo que lo usan. Y si tenéis alguna amiga que haya menester muda, decídale que tome zumo de limas y de pasas, miel virgen, huevos frescos, azúcar piedra, borraja y solimán, y esto junto lo ha de batir y poner a serenar nueve días, y le servirá de muda para todo el año, Y si no decídale que se vaya con otro y servirá de mudanza para toda la vida.

RAMÍREZ.- ¿De quién aprendistes todo este lenguaje del género femenino?

ROJAS.- Una vieja que tuve por amiga, mayor hechicera y alcahueta que en su tiempo Celestina, ni que ha habido ni hay ahora en España.

SOLANO.- ¿Y qué aprendistes de ella?

ROJAS.- Muchas cosas la vi hacer, y verdaderamente que para mí todas eran mentiras, embustes y quimeras, que ni hay hechizos, ni puedo entender que los haya.

RAMÍREZ.- Yo he oído decir que sí, y aun he visto por mis ojos muchos hombres hechizados.

ROJAS.- Para mí todos son enredos, porque yo vi a ésta todos sus instrumentos, y le pregunté si eran de consideración y me respondió que de ninguna.

SOLANO.- Y en efecto, ¿qué hacía?

ROJAS.- Ella se aprovechaba de mil cosas, como son habas, verbena, piedra (que decía ser) del nido del águila (y se la había yo traído de un arroyo de la Fuente de la Teja); tenía pie de tejón, sogas de ahorcado, granos de helecho, espina de erizo, flor de hiedra, huesos de corazón de ciervo, ojos de loba, unguentos de gato negro, pedazos de agujas clavadas en corazones de cabritos, sangre y barbas de cabrón bermejo, sesos de asno y una redomilla de aceite serpentino, sin otras invenciones de que no me acuerdo.

SOLANO.- Y al fin, ¿en qué parastes en todo aqueese hechizo?

ROJAS.- En que la encorazaron; y a ella y a otras diez o doce, las dieron a trescientos azotes; y enviéme a decir otro día, que se iba a Antequera donde ella era nueva y los azotes no valían, y estaba cierta la ganancia; que no dejase de ir a verla si no quería que me llevase en volandas. Fue a Antequera, cogieronla haciendo bailar un cedazo y echando unas habas, diéronla otros ducientos tocinos; fuése a Málaga y allí dio fin a su miserable vida.

SOLANO.- Reniego de ella y su hechizo.

RAMÍREZ.- Todo aqueo es sueño, que el amor es rey absoluto de todo y verdadero señor del pecho, que pisa hierbas y deshace palabras; que para él no aprovechan encantamientos, ni conjuros, hacer imágenes, encender velas, decir oraciones al alma, formar caracteres en pergamino virgen. Todos los hechizos del monte de la Luna, Tesalia, Colcos y Rodas, Pentáculos de Salomón y cuanta Geomancia hay, todo es nada, llegado a querer de veras, que éstas son las verdaderas hechicerías.

ROJAS.- Lo que de esto me asombra es que hay mujeres tan pobres que aun no tienen un manto que cubrirse, y tienen veinte sebillos con qué untarse, y trescientos badulaques que ponerse y dos mil hechizos e invenciones de que aprovecharse.

SOLANO.- Eso me parece que es ahorrar para la vejez, ganar un maravedí y beberse tres.

RÍOS.- No podrá decir Rojas que aquella mi señora gasta mucho en la cara: porque la tiene buena y ella es muy niña.

ROJAS.- Con todo eso, reniego de ella, que tiene más mudanzas que la luna.

RÍOS.- ¿Y siendo tan muchacha?

ROJAS.- ¿No veis que tiene madre que la gobierna, y aun ayo que la guía?

RÍOS.- Pues ¿qué os ha sucedido con ella?

ROJAS.- Dígalo la compañía de Vergara.

SOLANO.- ¿Qué fue, por vida vuestra?

ROJAS.- Que en viniendo que vino, me echó de casa.

SOLANO.- Luego por eso hicistes aquella loa de todo lo nuevo aplice.

ROJAS.- Por ésa y otra, y os prometo que fue muy celebrada en Sevilla, porque había dos años que estaba Villegas representando en ella y llegó Vergara con buena compañía y mejores comedias (aunque no ganó nada, porque a Villegas le quieren mucho en esta tierra, y trae a su mujer e hijo, que basta).

RAMÍREZ.- ¿No nos diréis la loa?

ROJAS.- La ocasión a que se dijo fue muy buena, y aun la loa sospecho que no es mala.

¿Quién duda, señores míos, que con los nuevos farsantes, nuevas galas, nuevos bríos, nuevas caras, nuevos talles, nuevo entremés, nueva loa, nuevas damas y galanes, nuevo autor, comedias nuevas, nueva la música y trajes, vuestas mercedes no diganen corrillos por las calles: «Vamos a ver a Vergara, que trae bravos recitantes, muchas comedias, y buenas, y el buen Villegas descanse»? ¿Quién duda que lo dirán que todo lo nuevo aplice? ¿Quién duda que el más amigo de éstos que rajan y parten, desde el oficial que cose, hasta quien se entra de balde, no diga: «¿Vergara vino? ¡Oh, qué bravo recitante! Él sea muy bien venido, y es otro autor pique y váyase. ¿No es éste un hombre pequeño que hace bien un arrogante? ¿él mismo?, ya le conozco: algún ladrón que trabaje. Señor maestro, perdone, y déme voacé ocho reales, que aunque no coma he de verlos, que todo lo nuevo aplice»? ¿Quién duda que la doncellano diga: «Señora madre, ¿no sabe? Farsantes nuevos. ¿Es cierto? -Ansí Dios me guarde. Comamos muy tempranito, y vamos allá esta tarde. -Huélgome (dice la vieja), por el siglo de mi padre. Porque el bellaco Milagro, con su boca de alnafa, no diga mal de las viejas, -Muy bien haces, muy bien haces. Maldito sea tan mal hombre, Jesús, mal fuego me abra se Jesús, mal fuego me abra se si ya no le he aborrecido, que todo lo nuevo aplice»? ¿Quién duda que la casada, no oiga cuatro necedades por ir a ver la comedia sin licencia de su amante, y arrimando la almohadilla, le pida a su dueña Hernández el manto de batalla y el casco de dar las paces; y que a su marido diga fue en casa de su comadre, por los anchos de vainillas para que el cuello le acaben? Porque hay comediantes nuevos y han de ver cómo lo hacen, aunque pese a su marido, que todo lo nuevo aplice. ¿Quién duda que a un mercader de ba y el lunes cien reales, y porque otros han venido venga a ejecutar me el martes? ¿Quién duda que en la posada me sirvan y me regalen, y por los nuevos me olviden si no me echan en la calle? ¿Quién duda que quien me lavao la que los cuellos abre, con los nuevos no me diga que la deje y no la enfade? ¿Y quién duda que a Villegas que tuvistes por un ángel, no os parezca ya un demonio, que todo lo nuevo aplice? ¿Quién duda que Ana Muñoz... (pero de esto no se trate, que lo que es bueno, y tan bueno, siempre tiene su quilate). Mas ¿quién duda que a Monzón, que tantas veces llamastes, salga Monzón, Monzón salga, si sale ya, no os enfade? San Miguel con sus vejetes, Cristóbal con sus galanes, Juanico con su agudeza, y el bobo con sus donaires, ¡Por Dios!, que os han de enfadar, aunque la chacona hable, y más diga: ¡ha, ha, ha! que todo lo nuevo aplice. ¿Quién duda que alguna dama que ha sido su gusto hablarme, algunos meses, por dicha, si es que hay dicha con las tales, anoche no me dijese arrimado a sus umbrales: «¿Qué es lo que busca el picaño? - ¡Rojas soy! - ¿Rojas? - Sí, abre». Y echóme un caldero de agua, y tras esto medio alnafa, y al fin de todo me dijo: «Amor, requiescat in pace, que hay representantes nuevos.» Fuése y dejóme en la calle, yo fuime y consideré que todo lo nuevo aplice. Yo confieso que es verdad, que es gusto ver novedades; ¿decís que lo bueno agrada? ¡Muy enhorabuena! ¡Pase! Y más una compañía de tan buenos oficiales como la que trae Vergara, es muy digna que la alaben. Pero, señores, ¿es justo que porque lo nuevo agrade olvidemos a Villegas? Esto no hay ley que lo mande. ¿Qué a Vergara vais a oír por ver las farsas que trae? ¡Ite in paz, ego os absolvo, que todo lo nuevo aplice. Pero entrad conmigo en

cuenta, pues todos sois principales, los trabajos, las fortunas, desdichas y adversidades, que Villegas ha tenido sustentando como Atlante, el peso de vuestro gustodiez y ocho meses cabales: cincuenta y cuatro comedias que ha hecho nuevas sin cansarse, y otros cuarenta entremeses de tanto gusto y donaire. Merece premio, por cierto que le merece, y muy grande, aunque más digan y digan, que todo lo nuevo aplace. Pero, para que sepáis que no hay fuerzas que contrasten, que no hay ánimo que llegue, ni voluntad que le iguale la que tiene Villegas de servirlos, escuchadme: doce comedias le quedan, mejores que cuantas hace. Desde hoy empieza a servirlos, desde hoy habéis de ayudarle, para que con vuestra ayuda, fuerzas de flaqueza saque. Agora tenéis de verme mejores comedias que antes, para que el refrán se cumpla, que todo lo nuevo aplace. Ea, pues, Sevilla insigne, así goces mil edades la fama de tu grandeza con tus hechos inmortales. Así, ilustre ciudad, vea tu gran nombre eternizarse, y por cabeza del mundo, venga el mundo a coronarte; que a Villegas favorezcas, pues continuo le amparaste, con tu poder infinito, en competencias más graves. Y aunque vengan mil autores, mal haya quien le olvidare, haciendo comedias nuevas, que todo lo nuevo aplace. RÍOS.- ¿No era esa mujer del medio al nafe, la amiga de aquel hombre que con la pena que llevaba él, la daba gloria a ella?

RAMÍREZ.- Luego ¿no la quería?

RÍOS.- No lo entendéis; digo que era un fiel, y con la pena que llevaba en la plaza a la frutera, la daba gloria a ella en su casa; ¿no era ésta?

ROJAS.- Ésa misma, pues tenía muy mala cara, era un poquito sucia y no sé si tuerta; y sobre todo, más vieja que el alcabala.

SOLANO.- Señor, ojos hay que de lagaña se enamoran.

ROJAS.- Quien feo ama, hermoso le parece.

RÍOS.- Pues otra cosa tenía allende de éstas, que era libre y muy desvergonzada. Hoy hace ocho días que la vi pasar en un barco a Triana y, conociendo que era cosa vuestra, llegué con mucha cortesía a pagar por ella, y enviéme enhoramala.

RAMÍREZ.- Por eso dicen que la vergüenza y la honra, la mujer que la pierde, nunca la cobra.

ROJAS.- Ahora no tratemos de ella, que yo sé bien las faltas que tenía.

RAMÍREZ.- Por lo que dijistes de Triana, ¿habéis notado la loza que hay en ella?

RÍOS.- A propósito, fray Jarro.

SOLANO.- Por eso que decís de albarda, mi padre tiene una ratonera de golpe.

ROJAS.- Oído he decir que hay más de sesenta tiendas, donde se hace y vende, así vidriado como amarillo y blanco, y aun muy buenos azulejos de diferentes colores.

RAMÍREZ.- Tiene este lugar tantas cosas buenas, que con razón le llaman Sevilla la Chica.

SOLANO.- ¿Estuvistes en el monasterio de la Victoria?

ROJAS.- Es un templo muy bueno.

RÍOS.- ¿No es temeridad los que tiene Sevilla, así de frailes como de monjas?

SOLANO.- Pues sin eso y sus muchas parroquias, tiene más de cien hospitales.

RAMÍREZ.- Yo he visto pedir en uno la limosna a caballo.

ROJAS.- Yo lo vi estotro día junto al río, y verdaderamente me dejó admirado.

RAMÍREZ.- Entre las grandezas que habemos dicho, es la mayor la que se nos ha olvidado.

RÍOS.- ¿Cuál es?

RAMÍREZ.- La de su famoso río, pues según Plinio y Estrabón, toda la Andalucía tomó nombre de este celebrado Betis, llamándose ella Bética.

ROJAS.- Sin ese nombre, ha tenido otro, pues después de eso se llamó Hispalis, por la ciudad Hispalia o Hispalensis, que es Sevilla.

SOLANO.- Pues ¿cómo se llama ahora Guadalquivir?

ROJAS.- Cuando los moros entraron en España, le llamaron ese nombre de Guadalquivir, que en árabe quiere decir río grande, el cual tiene su nacimiento de las tierras de Segura. Y según escribe Tolomeo en su Geografía, tratando del río Ganges, vemos claramente ser éste mayor que él.

SOLANO.- Famosos ríos tiene España y muchos.

ROJAS.- Marín cuenta a nuestra España ciento y cincuenta ríos, y los más notables de ellos me parece a mí que son Ebro, Tago, Duero, Guadiana y Guadalquivir.

RAMÍREZ.- También Miño es muy caudaloso, Pisuegra, Guadalete y otros muchos sin éstos.

ROJAS.- Manzanares, por humilde, bien pudiera entre todos tener nombre, pues si toda la riqueza de Sevilla, y aun el remedio de toda España entra por Guadalquivir desde Sanlúcar, ya en Manzanares hemos visto toda la hermosura, alegría y recreación del suelo, grandeza y majestad del mundo, cifrada en su manso, cristalino y deleitoso río. Donde ni las crecientes llevan los molinos, arrancan los árboles, hunden los navíos, ahogan los hombres, matan los ganados, destruyen los trigos, ni asuelan los cimientos. Porque si nosotros son grandes, es ayudados de muchos que los engrandecen. Pero éste con razón se puede llamar grande, dichoso y rico, pues no ha menester favor de ninguno. Y si verdad tenemos de decir, en él se halla cuanto en el mundo se puede desear, así de bosques, jardines y huertas, agua de San Isidro que beber, y hondura en muchas partes donde nadar (dejo su puente de oro, en quien está engastado el diamante de este sagrado río), y vamos a su casa de campo: si se hubiera de decir y alabar todo lo que hay en ella, pregunto qué lengua bastaría para tratar de su famosa cerca, cuartos, salas, repartimientos, arboledas, frutales, galeras, castillos, ninfas, pastores, corderos, peregrinos, todo hecho de hierba, con tan grande ingenio y admirable industria que se afrenta la Naturaleza, un laberinto que llaman Troya, fuentes tan diversas que hay en ella, pues por todas las junturas de los ladrillos de una sala, salen mil hilos delgados de agua cristalina, sus estanques, con tanta cantidad de pescados y cisnes, los relojes tan concertados, las flores tan odoríferas, los edificios tan suntuosos, los castillos tan insignes, con tantas piezas de artillería para batirles y asolarles, todo hecho de agua, con tan extraña perfección, que ni tiene el mundo más que gozar, los ojos que ver, los gustos que pedir, ni los hombres que desear. Pues no quiero decir de lo que goza este famoso río en la casa del Pardo, que fuera proceder en infinito. Sólo digo que ni las riberas del Po, Rin, Ganges, Tíber, Dan, Nilo, Tigris, ni Eufrates, gozan de tantas recreaciones y frescuras como tiene Manzanares en poco más de dos leguas.

RAMÍREZ.- Cosa es llana, y a no ser tan conocida, creyéramos que hablábades con pasión de la patria.

ROJAS.- Sin duda que no digo la mitad de lo que pudiera.

RAMÍREZ.- Con todo, no negáis la grandeza del río de Sevilla.

ROJAS.- Ésa, ¿cómo puedo yo negarla?

SOLANO.- En él se echó á nado (según me habéis dicho), uno de los que se hallaron en vuestra desgracia.

ROJAS.- Venturosa podéis llamarla, porque fue una de las mayores que yo he oído en mi vida.

RAMÍREZ.- ¿cómo fue?

SOLANO.- Que le sacaron ocho o diez hombres armados, en mitad del día, junto a Gradas, y le dieron por encima de la tetilla derecha una estocada que le pasó el cuerpo, y esto sin otras muchas, aunque ninguna de momento, sin hallarse a aquella hora un hombre que los metiese en paz: y ya público en toda Sevilla que era muerto, le dio un hombre dentro de ocho días sano.

RAMÍREZ.- Notable suceso.

RÍOS.- Una loa me dicen que hicistes cerca de eso, que pareció con mucho extremo.

RAMÍREZ.- Ya sabéis a lo que os habéis obligado mientras durare este camino.

Perdonad si soy enfadoso.

ROJAS.- Para mí es de mucho gusto el serviros, que bien sé que cuando el oírlas no sirva de favorecerlas, servirá a lo menos de censurarlas.

RÍOS.- Pues para que podamos enmendar, podéis empezar a decir.

ROJAS.- En todo os quiero obedecer.

De las famosas riberas que el sagrado Betis baña, en cuyo raudal soberbióndieron fondo mis desgracias, salieron cuatro galeras a la vuelta del mar de España, las dos para Cartagena, las otras dos para Italia. Surcan el salado charco, arando montañas de agua, azotando con los remos las tranquilas olas varias. Favorable viento llevan, el mar sesgo y con bonanza, todos gozosos y alegres, navegan, boga arrancada. Llegan junto a la Herradura, levántase una borrasca; túrbase el cielo en un punto, el mar sus ondas ensancha. Los soberbios truenos crecen, el airado viento brama, con que a las galeras hunde, y a los peñascos arranca. Ya bajan a las arenas, ya a los cielos se levantan, ya se hundén y trastornan, ya van todos a la banda. Ya rechina el mástil roto, ya los remos se quebrantan, ya el gobernalle se pierde, ya la chusma va turbada. Unos gritan, otros lloran, éste iza, aquél amaina, cuál va debajo cubierta, cuál con la tabla se abraza. El corvo pito no suena, la triste noche amenaza, los rayos atemorizan, los relámpagos espantan. Al cielo sube la proa, el garcés al centro baja, ya van las gúmenas rotas, despedazadas las jarcias. Cuál promete de ir a Roma, cuál a la Peña de Francia, cuál de no ofender a Dios, si de este peligro escapa. Cesa el fiero torbellino y el airado viento amaina, vuelve el mar tranquilo y quieto. Santelmo sobre las aguas. Con la bonanza dichosadescúbrense alegre el alba; ya lo pasado se olvida, y en lo presente se trata. Toman puerto, echan esquifes, en la amada tierra saltan, unos las arenas besan, otros los riscos abrazan. Los afligidos remeros los lacios miembros descansan, cuál durmiendo con los ojos, cuál velando con el alma. Aquí el marinero vela, allí el comitre trabaja, hacia aquí el soldado juega, y allá el otro mira y calla. En efecto, dos soldados al pañol llegan y llaman: «¡Ah, Pañolero! ¿A quién digo?» Y responde: «¿Quién me llama?» - Dadnos cuatro o seis raciones para en cuenta de mañana, de bizcocho, vino, aceite, tocino, garbanzos, habas. - Señores, las de hoy he dado, que es las que darse me mandan; mi patrón está ahora en tierra y sin él yo no soy nada», les dice, y que le perdonen, pues él se holgara de darlas. Respóndenle: «En fin, ¿no quiere?» Y replicó: «Yo gustara; pero falta mi patrón, y en faltar él todo falta. - No quiere; pues, ¡vive Dios, responden, si en tierra salta, que le hemos de hacer que quiera!» Dicho y hecho, vanse y callan; aperciben cuatro o seis, y otro día, de mañana, cogen en tierra al cuitado, comiendo, solo y sin armas, y al fin, para concluir, danle una herida y escapan. Y dejándole por muerto, hizo a todos tanta lástima, que aquél en brazos le lleva, y el otro en pie le levanta; cuál le anima y le consuela, cuál el cirujano llama, cuál le desnuda el vestido, y cuál llora su desgracia. Lo mismo me sucedió estando en una posada, que es la galera que he dicho, siendo el pañol una sala. Pues llegándome a pedir del dinero de la entrada lo que yo no podía dar, ni por cuenta mía estaba, dije que me perdonasen, que el autor no estaba en casa, que en viniendo él lo daría, que por mi parte me holgara. Y dícenme: «En fin, ¿no quiere?» Y dije: «Digo que basta decirles que si pudiera que lo diera con el alma.» Replican tercera vez: «¿Que no quiere darnos blanca?» Respondí: «Hasta aquí he querido; y agora no quiero darla. - Pues mañana nos veremos, sor el de las plumas blancas.» Vanse y vienen otro día cinco o seis de mano armada. Y sin tener culpa alguna, entran dentro de mi casa, acuchillan, matan, hieren, parten, rompen, despedazan. Salgo en amistad con ellos, y en llegando junto a Gradass, por mis yerros, que son muchos, me dieron una estocada. No

sentí que estaba herido, que la pasión demasiada cerró al sentido la puerta, abriendo camino al alma. Llegó Villegas á mí cuando ya me desmayaba, y díjome: «Ánimo, Rojas, buen ánimo, que no es nada.» Abrí los ojos y vile, y con tan buena esperanza, saqué fuerzas de flaqueza, y animó las mías flacas. Luego, un confuso tropel de gente me llevó a casa: cuál dejaba la comida, cuál me cubre con su capa, cuál me encomendaba a Dios, cuál de suspenso callaba, cuál en sus brazos me anima, cuál el confesor me llama, cuál con mi salud se alegra, cuál enciende luminarias, cuál me consuela con obras, cuál me anima con palabras, cuál hace decirme misas, cuál me visita en la cama, y cuál me regala en ella, sin saber quién me regala. ¡Oh, ciudad reina del mundo! ¡oh, amparo de gente extraña! ¡oh, muralla de la Iglesia! ¡oh, escudo de la fe santa! ¡oh, relicario de Dios! ¡oh, archivo de gentes varias! ¡oh, luz de la Cristiandad! ¡oh, espejo ilustre de España! ¡oh, Sevilla venturosa! ¡oh tú, mil veces monarca de cuantas ciudades cubre toda la capa estrellada! Tú a los perdidos remedias, tú a los extraños amparas, tú a los pobres favoreces, tú a los humildes levantas. Tú eres ser de la grandeza, tú eres lustre de las galas, tú eres madre del valor, tú eres reina de las armas. En ti hay catedral, iglesia donde redimen las almas con que enriqueces los cielos y a Dios su tributo pagas. En ti hay tantos monasterios, cuyas divinas campanas son bocinas que publican tus milagros, vida y fama. En ti hay cabildo, en ti hay ley, en ti hay nobleza y crianza, en ti hay justicia y gobierno, y en ti todo el mundo se halla. En ti nacen los que mueren, en ti viven los que matan, pues yo muerto estuve en ti, y en ti hallé vida amada. Bien puedo decir que eres, ¡oh, gran Sevilla!, mi patria, pues vuelvo a nacer en ti, y he vivido por tu causa. Los que me decían Milagro, ya de veras me lo llaman, que bien de milagro vive, quien de milagro se escapa. A ti, pues, ciudad famosa, madre de los que te llaman, vengo yo a pedir mercedes, tras una merced tan alta: y es que ampare a Villegas, como continuo le amparas, pues conoces que es tu hijo, pues sabes lo que te ama, por haber nacido en ti, y ser tú su madre amada; y a vosotros, caballeros, hermosas y bellas damas. Las mercedes que me hicistesos pague Dios, que son tantas que yo no puedo servir las por ser mis fuerzas tan flacas. RAMÍREZ.- Con razón la llamastes desgracia venturosa.

RÍOS.- ¿Y es posible que no hubo más causa de la que dijistes en la loa?

ROJAS.- Yo os prometo que aun no fue tanta. Pero las sentencias y castigos, o por mejor decir, mercedes, que emanan del tribunal de Dios, vienen por las culpas presentes o por las pasadas, castigando con enfermedades prolijas, con prisiones largas, o con afrentas públicas, y esto las más veces por manos ajenas. Bien pudiera nuestro Señor hacerlo con las suyas; pero á las suyas su gran misericordia, y así vemos que castiga a Egipto con langostas, envía contra Jezabel profetas, doma con mosquitos y ranas la soberbia de gitanos Faraones, destruye con fuego a Sodoma y Gomorra, con piedras a Damasco y Siria, y aun asuela a España con moros sin fuerzas. Si esto es así, Dios mío, ¿qué mucho que por manos ajenas me viniese a mí el castigo de tantas culpas? Yo confieso que cuando me dieron esta herida, fue menester tan grande aldad para acordarme de su gran clemencia, conocer mi inmensa culpa y alabar su inefable misericordia. Porque verdaderamente no sirvió de más la pena que de un aviso que llegó a los umbrales del alma, y tocando en el cerrojo del descuido de la vida, me abrió las puertas de mi ignorancia para que viese mi vista ciega los pasos en que andaba y las graves ofensas que al Señor hacía.

RAMÍREZ.- Según eso, ¡bien digo yo que fue notable vuestra ventura!

ROJAS.- Yo os certifico que fue tan grande como el sentimiento que generalmente causó en toda Sevilla. Que fue tanto, que es poco lo que digo en la loa. Porque luego que me llevaron a mi casa, no había quién llegara, de gente a la puerta, y en doce días que estuve en la cama, me sucedieron cosas que parecen increíbles. Porque acabado de curar el primero día, entró una mujer de Madrid, muy buena cristiana, y llorando y

consolándome, me dijo: «Agustín, ¡encomiéndate a Dios y a aquesta virgen bendita!», y dejóme una imagen de nuestra Señora de Atocha a la cabecera. Y como volví la cara y la vi, fue tan grande el consuelo que me dio y la confianza que en ella tuve, que me pareció podía ya levantarme. Recíbila con lágrimas, manifestéla mis culpas, púsela por intercesora de mis ansias. Y os prometo (que esto ya se sabe y fue público) que sin curarme por ensalmo, estuve dentro de tres días bueno, siendo la herida tan penetrante como os he dicho. Y más digo (y esto no parezca cuento, que nuestra Señora de Atocha puede hacerlo todo) que es tanto lo que quiero a esta imagen, desde que nací, y la confianza que en ella tuve desde que allí la miré, que si me tomaran juramento si estaba herido, dijera que no. Y vese claro en que nunca me hallaron calentura ni accidente de ella, ni yo sentí dolor, ni aun me acordaba estar herido hasta que venía a curarme el cirujano, de que él también quedaba asombradísimo de verme en tan pocos días bueno.

SOLANO.- Al que es de vida, el agua le es medicina.

RAMÍREZ.- Yo lo supe en Granada; pero dijeron que estabais muerto.

RÍOS.- Las mismas nuevas tuvimos en Valencia yo y Solano, y aun nos dijo un fraile que se había hallado en vuestro entierro.

ROJAS.- No me espanto, porque fue eso en Sevilla tan público que cuando me levanté, no pasaba por calle que todos no se asombraban. Y en la iglesia mayor me sucedió con algunos dejar de oír misa y irse tras mí muy asombrados, decir el uno que le debía dos misas, el otro las oraciones, la pobrecita las Ave Marías, y aun la otra buena cristiana algunas limosnas. Porque cierto a mí me quieren mucho en aquella tierra, y para que conozcáis su caridad, os prometo que de noche ni de día no se desocupaba mi casa de caballeros y gente principal que en mi vida había visto ni conocía. Y entre éstos vino un día un vizcaíno y me dijo de quién era devoto; preguntado el porqué lo decía, respondió que me iba a decir cuatro misas al Santo Crucifijo de San Agustín. Este hombre de Dios me hizo tanto bien, que quererlo decir sería nunca acabar. Pues mujeres, os prometo que entre muchas que me visitaron sin conocerlas, fue una que jamás la vi la cara, que me llevó tres cirujanos, los mejores que había, y dio a cada uno, porque me visitasen y viesen si la herida era peligrosa, doce reales, y sin esto, mil regalos. Y para que me sirviese, me envió una criada, que dormía dentro de mi aposento, por si de noche se ofrecía alguna cosa. Y el día que éstos me vieron (como digo) y dijeron estaba fuera de peligro y la herida buena, aquella noche se encendieron, desde la esquina de la calle de la Mar hasta la puerta de Triana (a trechos), por cal de Gimios y la Pajería, barriles grandes de alquitrán vacíos y candiles que ardían y luminarias por todas las ventanas.

RÍOS.- Eso mismo me escribieron a mí a Valencia.

ROJAS.- Pues no digo todo lo demás que me sucedió después acá en Sevilla, para que viérades la mayor grandeza que del lugar está escrita.

RÍOS.- Sin duda lo fuera, si no tuviera en sí alguna gente tan traidora, de tan malas obras y tan infames palabras.

ROJAS.- Bien decís, porque al hombre honrado más lastima la palabra fea que la mortal herida. Pero en tan gran laberinto, no es posible que deje de haber de bueno y de malo.

RAMÍREZ.- Y al fin, ¿en qué pararon los que os hirieron?

ROJAS.- En que visto yo que aquél era castigo del cielo, y no poder suyo, les perdoné las heridas a ellos, y supliqué a Dios perdonase mis graves pecados.

SOLANO.- Es un ánima bendita; cortalde un poco de la ropa.

RÍOS.- Válgate Dios, Juan de buen alma.

RAMÍREZ.- De mí digo que me vengara, o por mis manos o por la justicia. Y cuando más no pudiera, callara, y callando hiciera mi venganza.

SOLANO.- Dicen que nunca venga la injuria, sino el que la disimula.

ROJAS.- Pues yo quise más perdonarla que vengarla; porque no hay a Dios tan acepto sacrificio como el perdón del enemigo.

RÍOS.- Bien dice Rojas, porque la mayor victoria es la que sin sangre se alcanza.

ROJAS.- Pues sucedió una cosa increíble al que dicen me hirió, que como eran tantos, no podré certificar si era aquél u otro; y es que dentro de pocos días, yendo en una procesión de penitentes, se llegó a él un disciplinante, y con un terciado le pasó dos veces el cuerpo. Éste huyó sin ser conocido, y pareciéndoles [a] algunos ser yo culpado en esto, fue Dios servido que se averiguó quién lo había hecho. Al fin, llevándole a su casa en una tabla, medio muerto, encontraron conmigo junto a San Pablo, y diciéndome el suceso, me quedé asombrado. Y fue tanto mi sentimiento, que os certifico que lloré su desgracia como si fuera mía propia. Y aun podré afirmar que no sentí tanto la mía.

RÍOS.- De Gayo Metelo Macedonio cuenta Tito Livio que sabiendo la muerte de Scipión Africano su enemigo, salió a la plaza llorando y diciendo en altas voces: «¡Ah, ciudadanos! Cómo ya se nos caen de la ciudad los muros».

SOLANO.- Es de corazones piadosos enternecerse de los males ajenos.

RAMÍREZ.- No es sino de maricas. Yo, a lo menos, no puedo ver hombres llorones, aunque sea por la muerte de sus padres: que aun en las mujeres parece mal.

ROJAS.- No tenéis razón, que muchos ha habido valerosos que han llorado. Pues vemos que el rey Demetrio lloró por su padre Antígono; el viejo Anquises, la destrucción de la soberbia Troya; Marco Marcelo, viendo arder la ciudad de Siracusa; Scipión, a Numancia; Crispo Salustio, la caída del Pueblo romano; Julio César, con la cabeza de Pompeyo; el magno Alejandro, a Darío. Pues si hablamos de la Escritura, David lloró por la muerte de su contrario Saul, y la vengó como si fuera de un hermano propio, y éste mismo a su querido Absalón cuando le dio de lanzadas Joab; el profeta Jeremías, la destrucción de su república, cuando fue cautiva a Babilonia; el patriarca Jacob, a su hijo José por muerto y a su amado Benjamín, preso en Egipto; y Cristo, Dios y hombre, lloró tres veces. Todos éstos han llorado, sin otros muchos que dejo, que han sido obedecidos en la paz y temidos en la guerra. De donde se infiere que el llorar no es baja cuando nace de piedad del alma o de propia naturaleza.

SOLANO.- Es, sin duda, que por valeroso que un hombre sea, no puede refrenar el llanto si de sí mismo es piadoso.

RÍOS.- Eso, ni olvidar injurias, abstenerse de palabras, resistir las ocasiones y atajar los deseos, téngolo en muchos por imposible.

ROJAS.- Acuérdomo que en Bretaña me contó un cuento un capitán amigo mío, y era tan piadoso que él contándole lloraba y oyéndole yo me enternecía. Pero cierto era digno que se oyera con el alma, se alabara con la lengua, se escribiera con la pluma, y aun de que se imprimiera en la memoria.

SOLANO.- Dos leguas estamos de Marchenal donde esta noche vamos a dormir: por vuestra vida que nos lo contéis.

ROJAS.- Es muy largo y yo no voy con mucho gusto; quédese para otro mejor tiempo, y oiréis un caso tan amoroso como extraño.

RAMÍREZ.- Pues no le decís, entretenednos con algo.

ROJAS.- Una loa os diré de algunas naciones del mundo, y en ella un cuento a propósito de lo que vamos hablando.

RÍOS.- Aunque el viaje es enfadoso, no deja de ser bien entretenido. Decid.

ROJAS.- No sé si me tengo de acordar, porque es muy dificultosa; pero cuando me yerre, seguro estoy que perdonaréis mis faltas.

Después que me libré por mi venturade aquella confusión, de aquel peligro, de aquel surcar el mar a vela y remo, cansado ya de ver tantas naciones, tantos reinos remotos y apartados, hallándome mancebo todavía, procuré consumir otros dos años en ver del

mundo lo que me quedaba, o al menos ver lo que posible fuese. Tomé, pues, en Saona puerto un día, y fuime desde allí a Roma la santa; vi a Florencia la bella, vi a Saboya, Bolonia grasa, Génova soberbia, Tiro la fuerte, Numancia la dichosa, Nápoles la gentil, Milán la grande, Padua la fértil, Sena la valiente, Venecia rica, Capua la amorosa, sin otras muchas que diré adelante, donde vi por los ojos tantas cosas, que parecen de extrañas increíbles. Pero como los ánimos se extiendan a procurar saber cosas notables, ver invenciones, novedades, trazas, varios reinos, naciones extranjeras, pasé con mis deseos adelante: y vi gentes incógnitas y extrañas, como son scitas, medos, babilonios, dalmacios, partos, persas, garamantes, hestracos, moscovitas, tesalios, esclavones, franceses, dinamarcos, getas, hanitas, indios, cracios, ítalos, húngaros, transilvanos, palestinos, árabes, mauritanos, ninivitas, escoceses, bohemios, macedonios, iberios, frigios, rodos, penos, galos, croacios, griegos, tiros, boloneses, asirios, alemanes, longobardos, dardanos, volscos, egipcios y noruegos, cretenses, umbros, tártaros, germanos, sirios, lacedemonios, masagetas, albaneses, colosos y panonios, ialocuos, monicongos y guineos, epirotas, tebanos, zurgundiones, hebraicos, turcos, bárbaros, caldeos, panfilios, capadocios, atenienses, loneses, betulianos y corintios, normandos, rocheleses y tudescos, irlandeses, ingleses, berberiscos, sicilianos, bretones y flamencos. Y pues tan por extenso os he contado estos lugares, quiero ahora decir os cuáles son las cabezas de estos pueblos, que es adonde las cortes de ordinarios suelen estar, como en ciudades grandes. Es Lanchín la cabeza de la China; Pauris, de Persia; Moscate, de Moscovia; de Berbería, Fez; Cairo, de Egipto; Aburcia, de Bitinia, y de Etiopía, Nadabera; Cetay, de la Circasia; también Constantinopla lo es de Grecia; de Babel, Babilonia, y Sarmacanda, de Tartaria, y de la gran Italia, Venecia, y de la Nueva España, Méjico; Lantón de Macro, de Indias; de Alemania, Babera, y de Polonia, Cracovia y de Chipre, Nicosia; de Dalmacia, Delum; de Austria, Viena; Bozna, de Trapisonda; Amberes, de Flandes; Samo, de Asia menor; Buda, de Hungría; del nuevo reino de Granada en Indias, Pamplona, y París, de toda Francia; Croya, de Macedonia, y Zaragoza, de Sicilia, y de Amasia, Sultania; de la grande Tesalia, Tesalónica; Valladolid, de nuestra madre España. Y al fin, por no cansaros, voy al caso, que volviéndome a ella, junto a un monte, cuyas vertientes llaman las Rifeas, que despeñadas van a dar a un llano, en lo alto del monte vi una cueva obscura, sola, triste, temerosa, y en tanta soledad, que aun animales no vienen a beber de estas vertientes. Encima de ella estaba en una peña escrito este epitafio en letra árabe: De hablar tanto, nació callar yo tanto. Admirado de ver cosa tan nueva, volví los ojos y vi más adelante escritos en latín a estos versos: La discreción es madre del silencio, la voluntad las obras que en mí faltan, y si aquésta faltaren en mi cueva, supla la voluntad, que aquesta es grande. Quise entrar, y vi junto a unos riscos, un hombre viejo, venerable, anciano, la barba larga, los cabellos grandes, los pies descalzos, cubierto de (unas) pieles, lloroso, macilento, triste y flaco. Lleguéme a ver quién fuese y conocíme, y echándome sus brazos por mi cuello, me dio de bien venido enhorabuena. Preguntéle quién era, y respondióme que era representante o había sido, y que habladores necios le trujeron aquella soledad donde habitaba, desterrado del bien que humanos gozan. «¿Es posible, le dije, que eso sólo os pudiese traer a este destierro? - No más, me respondió, porque una lengua bastara solamente a desterrarme a mayor soledad que la que tengo, cuanto y más donde hay tantos maldicientes, que sin saber murmuran de los tristes, que quizá todo el año desvelados, continuo aprenden como contentarles, tenerlos gratos y servir a todos, por agradar los necios que discretos reciben voluntad a falta de obras. Y dice el uno si es la mujer fea: «Quítame aquel demonio de delante, y no la vea yo más en el tablado, que tiene mala cara y mala gracia» (cual si hubiera de hacer vida con ella); y éste no considera que es discreta, buena representante o buena música, y tiene

otras mil cosas que son buenas. Pues si es hermosa, nada les contenta; luego dicen que es fría o que es muy necia, porque no les miró cuando le hablaron, y que tiene buen rostro, pero es mala. Si el farsante es muy bueno, dicen todos: «¡Qué lástima tan grande de aquel hombre! ¡Qué habilidad tan buena, y qué pérdida! ¡Hideputa ladrón, si no mereces por buen representante que le azoten, pues anda en este oficio y no es letrado, y tomara por dicha ser verdugo!» Pues si llega su suerte a que se yerre: «¡Qué remo para aquel bellaconazo! ¡No estuviera mejor éste en galeras, y no engañando el mundo con palabras, sacándome el dinero a mí y a otros?» Por no ver estas cosas y otras tales, me he venido a este monte con los brutos, donde padezco lo que Dios se sabe». Parece que basta aqueste ejemplo para que pueda yo decir a todos que sigan el camino que quisieren, pues importa tan poco el buen servicio, la voluntad, el ánimo, el cuidado, la justicia, la ley, la razón justa, para que nos amparen cual se debe al celo tan humilde que tenemos, pues que sólo se extiende a contentaros, serviros de continuo y agradaros. RÍOS.- Veis aquí una loa que no es buena y costaría mucho trabajo de hacer y no menos de estudiar. Porque tantos lugares, es fuerza que se lleve mucho cuidado en ellos.

SOLANO.- No es mala la ficción del viejo, aquel pintarle tan solo, pálido y en un desierto.

RAMÍREZ.- La loa llegado ahí promete mucho.

ROJAS.- El tratar de las naciones fue sólo mi fundamento.

RÍOS.- Una cosa he notado, y es que decís en ella algunas cabezas de los reinos, y de España hacéis cabeza a Valladolid, pudiendo serlo con más justa razón Sevilla, pues vemos solamente en ella las riquezas de Tiro, la fertilidad de Arabia, las alabanzas de Grecia, las minas de Europa, los triunfos de Tebas, la abundancia de Egipto, la opulencia de Escancia y las riquezas de la China. Y en efecto, si los siete milagros del mundo se encierran en España, el mundo todo se encierra dentro de Sevilla.

ROJAS.- Cosa es clara; pero yo no trato de grandeza, sino de majestad; y como agora está en Valladolid la que nos gobierna, y [le] dé Dios muchos años de vida, hice a la Corte la cabeza de España. Y cuando eso no fuera, lo merecía, porque es una de las mejores ciudades de ella.

SOLANO.- He deseado saber: ¿cómo olvidastes a Alejandría, siendo la mejor ciudad de Egipto, la cual está junto a la entrada del río Nilo, y la edificó Alejandro Magno?

ROJAS.- Bien decís y me maravillo porque es una ciudad muy fértil, la cual trazó Dinócrates, admirable arquitecto, a manera de una túnica macedónica, que llamaban clámide, vestidura militar, y tiene quince mil pasos al Mediodía y llegan sus muros a la entrada canopica del Nilo, y fue su edificación antes de la venida del Salvador trescientos y veinte años, y se acabó la traza en noventa y siete días (autor Justino, libro segundo), y sabiendo tanto de ella, me espanto olvidarla.

RÍOS.- Gracias a Dios que llegamos ya a Marchena

SOLANO.- Poco a poco bita la vieja el copo.

ROJAS.- Éste es uno de los buenos lugares de Andalucía de mejores posadas. Llamóse, antiguamente Marcia. Es muy sano y hay en él gente muy cortesana, porque residen en él de ordinario los Duques de Arcos; sin esto, tiene gran cosecha de pan, buenos vinos, y aun rostros muy hermosos.

RÍOS.- Celestiales los he visto no sé cuántas veces que por aquí he pasado.

SOLANO.- Luego ¿no habéis estado en él algunos días de asiento?

RÍOS.- Aquí hice una fiesta del Corpus, habrá siete años, con Angulo el de Toledo.

RAMÍREZ.- Yo podré jurar que no he representado en mi vida en lugar chico.

SOLANO.- Luego ¿nunca habéis llevado el hato al hombro, tocado el tamborino, ni hecho el bobo?

RAMÍREZ.- En mi vida.

SOLANO.- Pues no sabéis de nada bueno.

RÍOS.- Aquí Solano ha sido gran cómico.

SOLANO.- Menos he sido yo que farandulero, porque he sido bojjiganga.

RÍOS.- ¿Acordaisos cuando nos sucedió aquel cuento en Valencia y nos vinimos echando la gandaya hasta cerca de Zaragoza, aquella honrada compañía de Martinazos?

SOLANO.- Notables cosas nos sucedieron en esa jornada.

RAMÍREZ.- ¿No oiremos alguna?

SOLANO.- Ríos podrá decirlas, que fue el faraute de todas.

RÍOS.- Eran cosas de los cielos (como dice Rojas). Digo que salimos de la ciudad de Valencia, allá por cierta desgracia, Solano y yo; el uno a pie y sin capa, y el otro andando y en cuerpo.

RAMÍREZ.- ¿De manera que ninguno llevaba embarazo?

RÍOS.- No se puede hacer a la par comer y rascar; caminar a pie y cargado, es negocio muy enfadoso. Dímoslas a un muchacho, perdióse en un pueblo, y quedámonos hechos gentiles hombres del camino. En efecto, llegamos a un lugar, de noche, molidos y con ocho cuartos entre los dos, sin las asaduras, fuimos a un mesón a pedir cama, y dijeron que no la había ni se podría hallar porque había feria. Viendo el poco remedio que teníamos de hallarla, usé de una industria, y fuime a una posada y dije que era un mercader indiano (que ya veis que lo parezco en el rostro); preguntó la huésped a si traíamos cabalgaduras y respondí veníamos en un carro: que mientras llegaba con la hacienda nos hiciese dos camas y aderezase de cenar; hízolo, y yo fuime al alcalde del pueblo y díjele que estaba allí una compañía de recitantes que pasaba de paso, si me daba licencia para hacer una obra. Preguntóme si era a lo divino. Respondíle que sí; diómela; volvíme a casa y avisé a Solano que repasase el auto de Caín y Abel y se fuese luego a cobrar a tal parte, porque habíamos de representar aquella noche. Y entre tanto, yo fui a buscar un tamborino, hice una barba de un pedazo de zamarro y fuime por todo el pueblo pregonando mi comedia. Como había gente en el lugar, acudieron muchos; esto hecho, guardé el tamborino, quitéme la barba y fuime a la huésped a dije que ya venía mi mercadería, que me diese la llave de la puerta de mi aposento, porque quería encerrarla. Preguntóme qué era, y respondí que especería. Diómela, y yo tomo las sábanas de la cama y descuelgo un guadamecí viejo que había y dos o tres arambeles, y porque no me lo vieses bajar, hago un envoltorio y écholo por la ventana y bajo como un viento. Ya que estaba en el patio, llamóme el huésped y díjome: «Señor indiano, ¿quiere ir a ver una comedia de unos faranduleros que han venido poco ha, porque es muy buena?» Díjele que sí, y yo con mucha priesa salgo a buscar la ropa con que habíamos de hacer la farsa, porque el huésped no la viera, y aunque me dí mucha diligencia, ya no pude hallarla. Viendo la desgracia derecha y que era delito para visitarme las espaldas, corro a la ermita donde Solano cobraba, avísóle de todo lo que había, deja la cobranza y vámonos con la Moneda. Considerad agora todos éstos cómo quedarían: los unos sin mercaderes ni sábanas, y los otros burlados y sin comedia. Aquella noche anduvimos poco, y eso, fuera de camino, y a la mañana, hicimos cuenta con la bolsa, y hallamos tres reales y medio, todos en dinerillos. Ya como veis, íbamos ricos y no poco temerosos, cuando a cosa de una legua, descubrimos una choza, que llegados a ella nos recibieron con vino en una calabaza, con leche en una artesa y con pan en unas alforjas. Almorzamos, y fuimos aquella noche a otro lugar, donde ya llevábamos orden para ganar de comer. Pedí licencia, busqué dos sábanas, pregoné la égloga, procuré una guitarra, convidé a la huésped, y díjele á Solano que cobrara. Y al fin, la casa llena, salgo a cantar el romance de Afuera, afuera; aparta, aparta; acabada una copla, métome y quédase la gente suspensa; y empieza luego Solano una loa, y con

ella enmendó la falta de la música. Vístome una sábana y empiezo mi obra, cuando salió Solano de Dios Padre, con otra sábana abierta por medio y toda junta a las barbas llena de orujo, y una vela en la mano; entendí de risa ser muerto. El pobre vulgo no sabía lo que le había sucedido; pasó esto, y hice mi entremés de bobo, dije la coleta del huevo, y llegóse el punto de matar al triste Abel, y olvídaseme el cuchillo para degollarle, y quítome la barba y degüéllole con ella. Levántase la chusma y empieza a darnos grita; supliquéles perdonaran nuestras faltas porque aún no había llegado la compañía. Al fin, ya toda la gente rebelada, entra el huésped y dice que lo dejemos, porque nos quieren moler a palos. Con este divino aviso, pusimos tierra en medio, y aquella misma noche nos fuimos con no más de cinco reales que se habían hecho. Después de gastado este dinero, vendido lo poco que nos había quedado, comido muchas veces de los hongos que cogíamos por el camino, dormido por los suelos, caminando descalzos (no por los lodos, sino por no tener zapatos), ayudado a cargar a los arrieros, llevado a dar agua a los mulos, y sustentándonos más de cuatro días con nabos, sutilmente llegamos una noche a una venta donde nos dieron, entre cuatro carreteros que estaban allí juntos, veinte maravedís y una morcilla porque les hiciésemos la comedia. Con esta vida penosa y esta notable desventura, llegamos al fin de nuestra jornada, Solano en cuerpo y sin ropilla (que la había dejado empeñada en una venta), y yo en piernas y sin camisa, con un sombrero grande de paja, con mucha ventanería y vuelta la copa a la falda, unos calzones sucios de lienzo y un coletillo muy roto y acuchillado. Viéndome tan pícaro, determiné servir a un pastelero, y como Solano era tan largo, no se aplicaba a ningún oficio, cuando estando en esto, oímos tañer un tamborino y pregonar a un muchacho: «La buena comedia de los Amigos trocados se representa esta noche en las casas de cabildo». Como lo oí, abriéronseme tantos ojos como un becerro. Hablamos al muchacho, y como nos conoció, soltó el tamborino y empezó a bailar de contento. Preguntéle si tenía algún dinerillo reservado; sacó lo que tenía en un cabo de la camisa envuelto. Compramos pan, queso y una tajada de bacallao (que lo había muy bueno), y después de comido, llevónos donde estaba el autor (que era Martinazos); como nos vio tan pícaros, no sé si le pesó de vernos. Al fin, nos abrazó, y después de darle cuenta de todos nuestros trabajos, comimos, y dijo que nos espulgásemos, porque habíamos de representar, y no se le pegasen muchos piojos a los vestidos. Aquella noche, en efecto, le ayudamos, y otro día conciértase con nosotros por tres cuartillos de cada representación a cada uno. Y dame con esto un papel que estudie en una comedia de La resurrección de Lázaro, y a Solano dale el santo resucitado. El día que se hubo de representar esta comedia, y siempre que se hacía, quitábase el autor en el vestuario un vestido y prestábasele a Solano, encargándole mucho que no le pegase ningún piojo. Y en acabando, volvíasele allí a desnudar y a poner el suyo viejo; y a mí dábame medias, zapatos, sombrero con muchas plumas y un sayo de seda largo, y debajo mis calzones de lienzo (que ya se habían lavado), y con esto y como yo soy tan hermoso, salía como un brinquiño con esta caraza de buen año. Anduvimos en esta alegre vida poco más de cuatro semanas, comiendo poco, caminando mucho, con el hato de la farsa al hombro, sin haber conocido cama en todo aqueste siglo. Yendo desta suerte de un pueblo a otro, llovió una noche tanto, que otro día nos dijo que pues no había más de una legua pequeña hasta donde iba, que hiciésemos una silla de manos y que entre los dos llevásemos a su mujer; y él y otros dos que había, llevarían el hato de la comedia, y el muchacho el tamboril y otras zarandajas. Y la mujer muy contenta, hacemos nuestra silla de manos, y ella, con su barba puesta, empezamos nuestra jornada.

RAMÍREZ.- ¿Pues caminaba con barba?

SOLANO.- ¡Bueno es eso! Las faldas muy cortas, un zapato de dos suelas, una barbita entrecana, y otras veces con mascarilla, por guardar la tez de la cara.

ROJAS.- Buena cosa, por mi vida.

RÍOS.- Llegamos de esta manera al lugar, hechos mil pedazos, llenos de lodos, los pies llagados y nosotros medio muertos, porque, en efecto, servíamos de asnos. Pidió el autor licencia y fuimos a hacer la farsa, que era la de Lázaro. Púsose aquí nuestro amigo su vestido prestado y yo mi sayo ajeno, y cuando llegamos al paso del sepulcro, el autor, que hacía el Cristo, díjole muchas veces al Lázaro: «¡Levanta, Lázaro, surge, surge!» Y viendo que no se levantaba, llegaron al sepulcro, creyendo estaba dormido, y hallaron que en cuerpo y alma había ya resucitado, sin dejar rastro de todo el vestido. Pues como no hallaron el santo, alborotóse el pueblo, y pareciéndole que había sido milagro, quedóse el autor atónito. Y yo viendo el pleito mal parado y que Solano era ido sin haberme avisado, hago que salgo en su seguimiento, y de la manera que estaba tomé hasta Zaragoza el camino, sin hallar yo en todo él rastro de Solano, el autor de sus vestidos, ni la gente del Lázaro (que sin duda entendieron que se había subido al cielo, según se desapareció en un proviso); en efecto, yo entré en una buena compañía y dejé esta vida penosa.

RAMÍREZ.- Cierto que ella es mala, y dudo yo que haya otra en el mundo, aunque sea la de la milicia que se compare con ella.

ROJAS.- Más padece un soldado en una hora que un representante en toda la vida. Padecido habré yo trabajos en España y algunos en la comedia, que también he gozado de la vida farandúlica; pero todo es nada, respecto de la gran desventura de la soldadesca.

SOLANO.- Muchos padeceríades en Bretaña.

ROJAS.- Acuérdomme que los días pasados hice una loa en que trataba del cautiverio que tuve en la Rochela, y respecto de lo que aquí se pasa, con aquel que murmura y el otro que no se contenta, es, sin duda, ésta más trabajosa por ser peor agradecida y haber de dar a tantos gusto con ella.

RÍOS.- No se pase en blanco la loa.

ROJAS.- Pues gustáis que la diga, dice de esta manera:

Después que quedé cautivoy al remo, en una galera, no de herejes, turcos, moros de Árgel, Fez, ni de Inglaterra, sino de propios cristianos y que mis amigos eran, de forzados españoles, y aun algunos de mi tierra, que viniendo navegando viento en popa y la mar sesga, desde Nantes a Blaubete, se levantaron con ella. No digo en qué puerto fue, quién el autor de la empresa, el faraute de la historia y el culpado en la tragedia, la confusión de aquel día, las muertes y las afrentas, las heridas y los palos, las voces y las faenas. Sólo digo que mis culpas, mucho más que las ajenas, a padecer me llevaron su rigurosa inclemencia. Desnudáronme en efecto, echáronme una cadena adonde preso quedé, más por paz que no por guerra. Y al fin, para no cansaros, paseándome una siesta, mientras mi amo dormía (que era el Monsiur de Fontena), poco a poco me llegué al pie de unas altas peñas, a quien la mar en creciente con sus ondas toca y besa, y contemplando en el mar, y otros ratos en la arena, a mis ojos lastimados, les dije de esta manera: «Lloremos, ojos, los dos, de nadie formemos quejas, aunque para tantas culpas pocas lágrimas son éstas. Entre aquestas desventuras, tengamos, ojos, paciencia, que bien la habrá menester el triste que vive en ellas. ¡Ay, soledades dichosas para aquel que no os contempla ni con vida desde lejos, ni con ojos desde cerca! ¿Quién hay que en vosotras vive, que la muerte no desea? Porque en vida que es tan mala, no hay muerte que no sea buena. ¡Oh, piadosísimo mar! ¡Oh, invencible madre tierra! Duélanse mis desventuras, si es posible que te duelan. Patria mía venturosa, dame una hora de licencia para contar mis desdichas a quien es la causa de ellas. Que aunque es monte a mis suspiros, muda selva a mis querellas, contrastará su diamante la sangre de mi inocencia. ¡Ay, mujer mudable, varia! Todos de ti se querellan, si quien te entienda buscamos, nunca hallamos quien te

entienda. Infierno que adoran tantos, cielo que nadie desea, esperanza que se tarda, muerte que jamás no llega. Vida donde tantos mueren, gloria donde tantos penan, mujer por quien todos lloran, déla Dios a quien la quiera. Ojos míos, advertid que andáis por patrias ajenas, y que nació del mirartoda la desdicha vuestra. Quejábanse ayer de vos, que mirábais sin prudencia, que matábais sin piedady hablábais sin tener lengua. Ponzaña de basiliscoes la vuestra, y aun más fiera, que éste mata con la vista, pero vos con la sospecha. Si con mirar ofendistes. no es mucho que agora venga por vuestra causa a mirar los peligros que me cercan. Entre Caribdis y Scilanavego el mar que me anega; plega a Dios que no me hunda, que es mujer quien me gobierna. Mirad por vuestra salud, que si os duele la cabeza, ni hallaréis doctor que os mate, ni clérigo que os absuelva. Jarabes de confusión y píldoras de tristeza hay; si más queréis, mis ojos, tened paciencia. ¿No sabéis de qué me holgara? Que os muriérais por mi cuenta, para ver si os enterraban en alguna madriguera. Que en la barca de Aqueronte alguna furia os metiera, y los forzados cantar y los diablos los oyeran; aunque hay alguno tan malo, que por no oírle en mi pena, a la rueda de Ixión siguiera atado sus vueltas. Requiescat in pace, amén, el ánima de mi agüela, que cantaba con las niñas y lloraba con las viejas. Y un sacerdote de Baco, canónigo de Ginebra, le enseñaba el gama ut a repor amor a la jaqueca. ¡Vaya arredro, Satanás! Verbum caro, ¿quién me tienta? ¿Yo no era cristiano antaño? ¿Quién me ha hecho hogaño poeta? Si es aquel diablo mi amigo, ya sabe que hicimos treguas de no decir mal de gordas, ni hacer sátiras a viejas. Pues no hay otro que me tienta, que ello es de lo que me pesa, que harto perseguí aquel diablo, mas no hay diablo que me quiera. Pero ¿dónde voy perdido? ¿qué quimeras son aquestas?, que aun hasta aquí me persiguen memorias que me atormentan. ¡Válgame Dios! ¿qué es aquesto? Estando en esta aspereza, desnudo, triste, afligido, cautivo y con tantas penas, ¿aquella ingrata no olvido? ¿Qué desventura es aquesta? ¡Ah, cuerpo desventurado! ¡Ah, infame naturaleza! ¿Qué remedio puede haber contra tu grande potencia, pues estando como estoy, me buscas y me inquietas? Hércules tenga disculpa de que una mujer le venza, pues veo que no es posible poderme refrenar de esta; aquel Mirónides, griego, que cuanto ganó en la guerra, en más de veinte y dos años, dé a una mujer en Boecia; un Aníbal contra Roma, sin vencerle nadie en ella, y venga a vencerle en Capua una mujer deshonesta; un Falaris el Tirano, que jamás hizo obra buena, ni a ninguna mujer malanegó lo que le pidiera. Un Scipión, un Tolomeo, un Pirro y un Julio César, un Augusto, un Marco Antonio, y otros que decir pudiera, alegaron por disculpa su misma naturaleza y el no poder resistirse, aunque sea su fuerza inmensa. Porque ha de haber don del cielo para que los hombres puedan (siendo de hueso y de carne) vivir en carne sin ella». Estando, pues, divertido en estas y otras quimeras, un Filipote de España y de Zubiaur llega con una bandera blanca, y disparando una pieza, entró en el puerto, dio fondo, y de él saltaron en tierra diez o doce rocheleses que andaban en las galeras de España, todos al remo, y éstos por nosotros truecan. Tuve libertad aquí, y por no cansar con ella, digo que saliendo en corsola vuelta de Ingalaterra, a España vine arribar con una grave tormenta; tomé puerto en Santander, donde me dieron licencia para llegar a Madrid a hacer ciertas diligencias; enfermé, llegué a la muerte, viví (que nunca viviera), vine a ser representante, pero es fortuna que rueda. Todo aquesto que he contado ha sido para que sepan cuánto mayor desventura sin comparación es ésta, que tengo presente agora, que las pasadas lo eran. Allí serví a una persona, aquí sirvo a novecientas, allí dormía a mis horas, y aquí no hay hora en que duerma. Si allí erraba me reñían, pero aquí me vituperan; si allá me llamaban perro, acá trescientas afrentas. Y si entonces trabajaba, y echaba fagina y tierra, cuando contaba mi mal, de mí se dolían las piedras. Y aquí no sólo no sienten, pero me tiran con ellas, que aquí son piedras los hombres y allá son hombres las peñas. Bien sé que agora dirá más de uno allá en su

idea: «¡Cuánto le fuera mejor[a] aquel mancebo que fuera estudiante o escribiente, o que a algún señor sirviera, y no andar de venta en monte, siendo farsante y poeta!» Por cierto que dice bien, mas no hay oficio en la tierra que no haya usado y tenido, desde caballero en jerga pícaro de la jábega; desde paje con chinelas caminante de a pie y mercader de agujetas. Todo lo que he dicho he sido, mas ya fue aquesta mi estrella, y aunque forzarla he querido, mi fuerza ha sido pequeña. Porque lo que está del cielo mal lo haré yo resistencia, que aunque no hay fuerza en los casos, en la inclinación hay fuerza. Diéronme hacienda mis padres, buenas costumbres y letras, y yo a la farsa me vine, Dios sabe si me honro en ella; pues cuando no hubiera más del gran bien que se interesa de servirlos y agradarlos, fuera honor, provecho fuera. Discretísimo Senado, hoy a vuestras puertas llega un farsante y un cautivo, fiado en vuestra clemencia. Humilde viene a servirlos, a vuestros pies se presenta, no a que le deis libertad, ni para el rescate de ella, sino sólo a suplicaros, que en tanto que representa, sus faltas le perdonéis; no pide más merced que ésta. Ésta le habéis de otorgar; así los cielos concedan libertad a vuestros hijos, y a vosotros fama eterna. RÍOS.- ¡Grandes desventuras se pasarían en Francia, y más con los forzados, cuando se levantó esa galera!

ROJAS.- Fue una confusión extraña, y sin falta os la dijera, pero es muy lastimosa.

SOLANO.- ¿Y que es posible que los forzados se levantaron con ella? Sin ninguna duda, matarían mucha gente.

ROJAS.- Algunos murieron por querer resistirse.

RAMÍREZ.- No me parece que fue cordura, siendo tan conocida la ventaja.

ROJAS.- Señor, el que vence alcanza lo que quiere, y el que muere cumple con lo que debe.

RÍOS.- ¿Grandes infortunios y hambres se padecerían?

ROJAS.- Es fuerza que hayan de padecerse entre soldados, donde el trabajo del marchar es intolerable, y la sed que se padece insufrible.

RAMÍREZ.- Dice Diodoro que Lucio Ananio Darío, valeroso capitán, huyendo de una batalla que tuvo con Alejandro Magno, yendo con grandísima sed, se apeó del caballo y bebió de un arroyo de sangre, y dijo que en su vida había bebido mejor.

SOLANO.- No sucedió eso al Emperador Carlos Quinto, nuestro señor (que Dios haya), que yendo marchando con extrañísima calor por los arenales de Túnez, queriendo descansar, no halló ni aun sangre que beber.

ROJAS.- De mí podré decir que yendo desde Corles, la vuelta de Dinan, en seguimiento del enemigo, afligido de sed, bebí de un arroyo de orines, sangre y cieno, que me pareció agua de Tajo.

RÍOS.- Y con los muchos trabajos que padecistes, pregunto yo, ¿qué medrastes?

ROJAS.- La honra que gané en muchas ocasiones donde me vi, una honrada ventaja, y con ella a pique de alcanzar una bandera. Pero no pude, porque me faltó ventura, que sin ella el merecimiento no vale nada. Aunque en la milicia en más se estima al que merece la honra y no la tiene que al que la tiene y no la merece. Y de éstos hay muchos, indignos de tenerla, lo uno por gobernarse de su parecer y lo otro por no saberse corregir.

RAMÍREZ.- Dice Plutarco que el famoso capitán Nicia nunca erró cosa que hiciese por parecer ajeno, y jamás acertó nada por el suyo propio.

SOLANO.- También dice el filósofo Yarcas que mayor daño se le sigue a un hombre enamorarse de su parecer (aunque sea bueno) que hacer confianza de su mortal enemigo. Y si hoy se conociera lo que merecen los soldados, serían de los reyes más favorecidos y de sus pagadores más bien pagados.

RÍOS.- El que quisiere vencer a sus enemigos, tenga los soldados contentos y con dineros adelantados.

ROJAS.- Si eso último tuvieran, sospecho yo que de todo lo demás no se acordaran.

SOLANO.- Dignos son, por cierto, de grandísima honra.

ROJAS.- Yo espero en Dios que si en otro tiempo Rómulo honró a los canteros, Claudio a los escribanos, Sila a los armeros, Mario a los entalladores, Domiciano a los ballesteros, Tito a los músicos, Vespasiano a los pintores, y Numa Pompilio a los sacerdotes, que no ha de faltar un Scipión que honre agora los capitanes.

RAMÍREZ.- Los días pasados vi no sé cuántas compañías del tercio de Bretaña en esta villa de Osuna, a quien el Duque hacía grandísima honra: sentaba a los capitanes y oficiales a su mesa, y aun partía con los soldados, como San Martín, la capa.

RÍOS.- Antes sospecho que la daría entera, porque es la grandeza de su ánimo extraña.

SOLANO.- Si él pudiera, no hubiera Alejandro que le igualara.

ROJAS.- Tiene mucha renta de esta villa de Osuna.

RÍOS.- Por fuerza, porque es una de las mejores del Andalucía, Y tiene labradores muy ricos que cogen en ella mucha cantidad de trigo, cebada y aceite, y fuera de esto, es un lugar de muy buenos ingenios y tiene su Universidad, de las mejores de España, grandes edificios y calles, y (según dicen) antiguamente se llamó esta villa de Osuna Visa, aunque otros publican que Osonia.

SOLANO.- Los duques de ella tienen un enterramiento, en su iglesia mayor, muy bueno.

RAMÍREZ.- Ya le he visto, y es, cierto, digno de alabanza.

SOLANO.- Mucho me holgaría entrásemos mañana en Antequera, porque pudiésemos esotro día llegar a Granada.

RÍOS.- La primera loa que yo oí a Rojas en mi vida, fue en esa ciudad, y era, si no me engaño, alabando la comedia.

ROJAS.- Ya me acuerdo la que decís.

RÍOS.- Pues era buena, y aún me holgara harto de oírla.

ROJAS.- No sé si me acordaré de ella, pero mal o bien, quiero decirla:

Aunque el principal intento con que he salido acá fuera era sólo el alabar el uso de la comedia, sus muchas prerrogativas, requisitos, preeminencias, su notable antigüedad, dones, libertad, franquezas, entiendo que bastarían para su grandezacatálogo de los reyes, que con sus personas mismas la han honrado y se han honrado de representar en ella, saliendo siempre en teatros públicamente en mil fiestas, como Claudio, emperador, lo acostumbraba en su tierra, Heliogábalo y Nerón, y otros príncipes de cuenta, sino de aquellos varones, que con la gran sutileza de sus divinos ingenios, con sus estudios y letras, la han compuesto y dado lustre hasta dejarla perfecta, después de tan largos siglos como ha que se representa. Y donde más ha subido de quilates la comedia, ha sido donde más tarde se ha alcanzado el uso de ella, que es en nuestra madre España, porque en la dichosa era que aquellos gloriosos reyes dignos de memoria eterna, don Fernando e Isabel (que ya con los santos reinan), de echar de España acabaron todos los moriscos, que era de aquel reino de Granada, y entonces se daba en el principio a la Inquisición, se le dio a nuestra comedia. Juan de la Encina el primero, aquel insigne poeta, que tanto bien empezó, de quien tenemos tres églogas que él mismo representó al almirante y duques de Castilla y de Infantado, que éstas fueron las primeras. Y para más honra suya y de la comedia nuestra, en los días que Colón descubrió la gran riqueza de Indias y Nuevo Mundo, y el Gran Capitán empezó a sujetar aquel reino de Nápoles y su tierra, a descubrirse empezó el uso de la comedia, porque todos se animaron a emprender cosas tan buenas, heroicas y principales, viendo que se representan públicamente los hechos, las hazañas y grandezas de tan insignes varones, así en armas como en letras; porque aquí representamos una de dos: las proezas de algún ilustre varón, su linaje y su nobleza, o los vicios de algún príncipe, las crueldades o

bajezas, para que al uno se imitey con el otro haya enmienda; y aquí se ve que es dechado de la vida, la comedia, que como se descubrió con aquella nueva tierra y Nuevo Mundo, el viaje que ya tantos ver desean, por ser de provecho y honra, regalo, gusto y riquezas, así la farsa se halló que no es de menos que aquesta, desde el principio del mundo hallada, usada y compuesta por los griegos y latinos y otras naciones diversas, ampliada de romanos que labraron para ella teatros y coliseos, y el anfiteatro, que era donde se encerraban siempre a oír comedias de éstas ochocientas mil personas, y otras que no tienen cuenta. Entonces escribió Plauto aquella de su Alcumena, Terencio escribió su Andría, y después con su agudeza, los sabios italianos escribieron muchas buenas, los ingleses ingeniosos, gente alemana y flamenca, hasta los de aqueste tiempo, que ilustrando y componiéndola, la han ido perfeccionando, así en burlas como en veras. Y porque yo no pretendo tratar de gente extranjera, sí de nuestros españoles, digo que Lope de Rueda, gracioso representante y en su tiempo gran poeta, empezó a poner la farsa en buen uso y orden buena. Porque la repartió en actos, haciendo introito en ella, que agora llamamos loa, y declaraban lo que eran las marañas, los amores, y entre los pasos de veras, mezclados otros de risa, que porque iban entre medias de la farsa los llamaron entremeses de comedia; y todo aquesto iba en prosa más graciosa que discreta. Tañían una guitarra, y ésta nunca salía fuera, sino adentro, y en los blancos, muy mal templada y sin cuerdas. Bailaba a la postre el bobo, y sacaba tanta lengua todo el vulgacho embobado de ver cosa como aquélla. Después, como los ingenios se adelgazaron, empezaron a dejar aqueste uso; reduciendo los poetas la mal ordenada prosa en pastoriles endechas, hacían farsas de pastores de seis jornadas compuestas, sin más hato que un pellico, un laúd, una vihuela, una barba de zamarro, sin más oro, ni más seda. Y, en efecto, poco a poco barbas y pellicos dejan, y empiezan a introducir amores en las comedias, en las cuales ya había dama, y un padre que [a] aquesta cela; había galán desdeñado y otro que querido era; un viejo que reprendía, un bobo que los acecha, un vecino que los casa, y otro que ordena las fiestas. Ya había saco de padre, había barba y cabellera, un vestido de mujer, porque entonces no lo eran sino niños; después de esto, se usaron otras sin éstas, de moros y de cristianos, con ropas y tunicelas. Éstas empezó Berrío; luego los demás poetas metieron figuras graves, como son reyes y reinas. Fue el autor primero de esto el noble Juan de la Cueva; hizo del Padre tirano, como sabéis, dos comedias. Sus Tratos de Argel Cervantes hizo; el Comendador Vegasus Lauras, y el Bello Adonis don Francisco de la Cueva, Loyola, aquella de Audalla, que todas fueron muy buenas; y ya en este tiempo usaban cantar romances y letras, y esto cantaban dos ciegos, naturales de sus tierras. Hacían cuatro jornadas, tres entremeses en ellas, y al fin con un bailecito iba la gente contenta. Pasó este tiempo, vino otro, subieron a más alteza. Las cosas ya iban mejor; hizo entonces Artieda sus Encantos de Merlín y Lupercio sus tragedias; Virués hizo su Semíramis, valerosa en paz y en guerra; Morales, su Conde loco, y otras muchas sin aquestas. Hacían versos hinchados, ya usaban sayos de telas de raso, de terciopelo, y algunas medias de seda. Ya se hacían tres jornadas, y echaban retos en ellas, cantaban a dos y a tres, y representaban hembras. Llegó el tiempo que se usaron las comedias de apariencias, de santos y de tramoyas, y entre éstas, farsas de guerras. Hizo Pero Díaz entonces la del Rosario y fue buena; San Antonio, Alonso Díaz, y al fin no quedó poeta en Sevilla que no hiciese algún santo su comedia; cantábase a tres y a cuatro, eran las mujeres bellas, vestíanse en hábito de hombre, y bizarras y compuestas, a representar salían con cadenas de oro y perlas. Sacábanse ya caballos a los teatros, grandezanunca vista hasta este tiempo, que no fue la menor de ellas. En efecto, éste pasó, llegó el nuestro, que pudierallamarse el tiempo dorado, según al punto en que llegan comedias, representantes, trazas, conceptos, sentencias, inventivas, novedades, música, entremeses, letras, graciosidad, bailes, máscaras, vestidos, galas,

riquezas, torneos, justas, sortijas, y al fin cosas tan diversas, que en punto las vemos hoy, que parece cosa increíble que digan más de lo dicho los que han sido, son y sean. ¿Qué harán los que vinieren, que no sea cosa hecha? ¿Qué inventarán que no esté ya inventado? Cosa es cierta. Al fin la comedia está subida ya en tanta alteza, que se nos pierde de vista; plega a Dios que no se pierda. Hace el sol de nuestra España, compone Lope de Vega (la fénix de nuestros tiempos y Apolo de los poetas) tantas farsas por momentos, y todas ellas tan buenas, que ni yo sabré contarlas, ni hombre humano encarecerlas. El divino Miguel Sánchez, ¿quién no sabe lo que inventa, las coplas tan milagrosas, sentenciosas y discretas que compone de continuo, la propiedad grande de ellas, y el decir bien de ellas todos, que aquesta es mayor grandeza? El Jurado de Toledo, digno de memoria eterna, con callar está alabado, por qué yo no sé, aunque quiera. El gran canónigo Tárraga, Apolo, ocasión es ésta, en que si yo fuera tú, quedara corta mi lengua. El tiempo es breve y yo largo, y así he de dejar por fuerza de alabar tantos ingenios que en un sin fin procediera. Pero de paso diré de algunos que se me acuerdan como el heroico Velarde, famoso Micer Artieda, el gran Lupercio Leonardo, Aguilar el de Valencia, el licenciado Ramón, Justiniano, Ochoa, Cepeda, el licenciado Mejía, el buen don Diego de Vera, Mescua, don Guillén de Castro, Liñán, don Félix de Herrera, Valdivieso y Almendárez, y entre mucho[s], uno queda, Damián Salustio del Poyo que no ha compuesto comedia que no mereciese estar con las letras de oro impresa, pues dan provecho al autor y honra a quien las representa. De los farsantes que han hecho farsas, loas, bailes, letras, son: Alonso de Morales, Grajales, Zorita, Mesa, Sánchez, Ríos, Avendaño, Juan de Vergara, Villegas, Pedro de Morales, Castro, y el del Hijo de la tierra, Carvajal, Claramonte, y otros que no se me acuerdan, que componen y han compuesto comedias muchas y buenas. ¿Quién a todos no conoce? ¿Quién a su fama no llega? ¿Quién no se admira de versus ingenios y elocuencia? Supuesto que esto es así, no es mucho que yo me atreva a pedirlos en su nombre, que por la gran reverencia que se les debe a sus obras, mientras se hacen sus comedias, que las faltas perdonéis de los que las representan. SOLANO.- Por cierto, la loa es buena y tiene muchas cosas antiguas de la comedia y de hombres que ha habido en ella de mucha fama.

RAMÍREZ.- Un Navarro, natural de Toledo, se os olvidó, que fue el primero que inventó teatros.

RÍOS.- Y Cosme de Oviedo, aquel autor de Granada tan conocido, que fue el primero que puso carteles.

SOLANO.- Y aun el que trujo gangarilla por los lugares de la costa.

RAMÍREZ.- ¿Qué es gangarilla?

SOLANO.- Bien parece que no habéis vos gozado de la farándula, pues preguntáis por una cosa tan conocida.

RÍOS.- Yo tengo más de treinta años de comedia y llega ahora a mi noticia.

SOLANO.- Pues sabed que hay ocho maneras de compañías y representantes, y todas diferentes.

RAMÍREZ.- Para mí es tanta novedad ésa como esotra.

ROJAS.- Por vida de Solano, que nos la digáis.

SOLANO.- Habéis de saber que hay bululú, ñaque, gangarilla, cambaleo, garnacha, bojiganga, farándula y compañía. El bululú es un representante solo, que camina a pie y pasa su camino, y entra en el pueblo, habla al cura y dícele que sabe una comedia y alguna loa: que junte al barbero y sacristán y se la dirá porque le den alguna cosa para pasar adelante. Juntanse éstos y él súbese sobre un arca y va diciendo: «agora sale la dama» y dice esto y esto; y va representando, y el cura pidiendo limosna en un

sombrero, y junta cuatro o cinco cuartos, algún pedazo de pan y escudilla de caldo que le da el cura, y con esto sigue su estrella y prosigue su camino hasta que halla remedio. Ñaque es dos hombres (que es lo que Ríos decía agora ha poco de entrambos); éstos hacen un entremés, algún poco de un auto, dicen unas octavas, dos o tres loas, llevan una barba de zamarro, tocan el tamborino Y cobran a ochavo y en esotros reinos a dinerillo (que es lo que hacíamos yo y Ríos); viven contentos, duermen vestidos, caminan desnudos, comen hambrientos y espúlganse el verano entre los trigos y en el invierno no sienten con el frío los piojos.

Gangarilla es compañía más gruesa; ya van aquí tres o cuatro hombres, uno que sabe tocar una locura; llevan un muchacho que hace la dama, hacen el auto de La oveja perdida, tienen barba y cabellera, buscan saya y toca prestada (y algunas veces se olvidan de volverla), hacen dos entremeses de bobo, cobran a cuarto, pedazo de pan, huevo y sardina y todo género de zarandaja (que se echa en una talega); éstos comen asado, duermen en el suelo, beben su trago de vino, caminan a menudo, representan en cualquier cortijo y traen siempre los brazos cruzados.

RÍOS.- ¿Por qué razón?

SOLANO.- Porque jamás cae capa sobre sus hombros.

Cambaleo es una mujer que canta y cinco hombres que lloran; éstos traen una comedia, dos autos, tres o cuatro entremeses, un lío de ropa que le puede llevar una araña; llevan a ratos a la mujer a cuestras y otras en silla de manos; representan en los cortijos por hogaza de pan, racimo de uvas y olla de berzas; cobran en los pueblos a seis maravedís, pedazo de longaniza, cerro de lino y todo lo demás que viene aventurero (sin que se deseche ripio); están en los lugares cuatro o seis días, alquilan para la mujer una cama y el que tiene amistad con la huéspedada da un costal de paja, una manta y duerme en la cocina, y en el invierno el pajar es su habitación eterna. Éstos, a mediodía, comen su olla de vaca y cada uno seis escudillas de caldo; siéntanse todos a una mesa y otras veces sobre la cama. Reparte la mujer la comida, dales el pan por tasa, el vino aguado y por medida, y cada uno se limpia donde halla: porque entre todos tienen una servilleta o los manteles están tan desviados que no alcanzan a la mesa con diez dedos.

Compañía de garnacha son cinco o seis hombres, una mujer que hace la dama primera y un muchacho la segunda; llevan un arca con dos sayos, una ropa, tres pellicos, barbas y cabelleras y algún vestido de la mujer, de tiritaña. Éstos llevan cuatro comedias, tres autos y otros tantos entremeses; el arca en un pollino, la mujer a las ancas gruñendo, y todos los compañeros detrás arreando. Están ocho días en un pueblo, duermen en una cama cuatro, comen olla de vaca y carnero, y algunas noches su menudo muy bien aderezado. Tienen el vino por adarmes, la carne por onzas, el pan por libras y la hambre por arrobas. Hacen particulares a gallina asada, liebre cocida, cuatro reales en la bolsa, dos azumbres de vino en casa y a doce reales una fiesta con otra.

En la bojiganga, van dos mujeres y un muchacho, seis o siete compañeros, y aun suelen ganar muy buenos disgustos, porque nunca falta un hombre necio, un bravo, un mal sufrido, un porfiado, un tierno, un celoso ni un enamorado: y habiendo cualquiera de éstos, no pueden andar seguros, vivir contentos, ni aun tener muchos ducados. Éstos traen seis comedias, tres o cuatro autos, cinco entremeses, dos arcas, una con hato de la comedia y otra de las mujeres. Alquilan cuatro jumentos, uno para las arcas y dos para las hembras, y otro para remudar los compañeros a cuarto de legua (conforme hiciere cada uno la figura y fuere de provecho en la chacota). Suelen traer, entre siete, dos capas, y con éstas van entrando de dos en dos, como frailes. Y sucede muchas veces, llevándosela el mozo, dejarlos a todos en cuerpo. Éstos comen bien, duermen todos en cuatro camas, representan de noche, y las fiestas de día, cenan las más veces ensalada, porque como acaban tarde la comedia, hallan siempre la cena fría. Son grandes hombres

de dormir de camino debajo de las chimeneas, por si acaso están entapizadas de morcillas, solomos y longanizas, gozar de ellas con los ojos, tocarlas con las manos y convidar a los amigos, ciñéndose las longanizas al cuerpo, las morcillas al muslo y los solomos, pies de puerco, gallinas y otras menudencias en unos hoyos en los corrales o caballerizas; y si es en ventas en el campo (que es lo más seguro), poniendo su seña para conocer dónde queda enterrado el tal difunto. Este género de bojiganga es peligrosa, porque hay entre ellos más mudanzas que en la luna y más peligros que en frontera (y esto es si no tienen cabeza que los rija).

Farándula es víspera de compañía; traen tres mujeres, ocho y diez comedias, dos arcas de hato; caminan en mulos de arrieros y otras veces en carros, entran en buenos pueblos, comen apartados, tienen buenos vestidos, hacen fiestas de Corpus a doscientos ducados, viven contentos (digo los que no son enamorados). Traen unos plumas en los sombreros, otros veletas en los cascos, y otros en los pies, el mesón de Cristo con todos. Hay Laumedones de «ojos, decídselo vos», que se enamoran por debajo de las faldas de los sombreros, haciendo señas con las manos y visajes con los rostros, torciéndose los mostachos, dando la mano en el aprieto, la capa en el camino, el regalo en el pueblo, y sin hablar palabra en todo el año.

En las compañías hay todo género de gusarapas y baratijas: entrevan cualquiera costura, saben de mucha cortesía; hay gente muy discreta, hombres muy estimados, personas bien nacidas y aun mujeres muy honradas (que donde hay mucho, es fuerza que haya de todo), traen cincuenta comedias, trescientas arrobas de hato, diez y seis personas que representan, treinta que comen, uno que cobra y Dios sabe el que hurta. Unos piden mulas, otros coches, otros literas, otros palafrenes, y ningunos hay que se contenten con carros, porque dicen que tienen malos estómagos. Sobre esto suele haber muchos disgustos. Son sus trabajos excesivos, por ser los estudios tantos, los ensayos tan continuos y los gustos tan diversos, aunque de esto Ríos y Ramírez saben harto, y así es mejor dejarlo en silencio, que a fe que pudiera decir mucho.

RÍOS.- Digo que me habéis espantado.

RAMÍREZ.- Agora os confirmo por el mayor cómico que tiene el suelo.

ROJAS.- Por vida de quien soy que habéis vos pasado por todo.

SOLANO.- Yo confieso que no hay para mí tan buen rato como tratar de aquesto.

RÍOS.- Échase de ver ahí Vuestro buen gusto; pero dejándolo a un lado, y volviendo a nuestro principio, que fue la loa de donde nació todo este fundamento y rato tan gustoso como hemos tenido, la memoria de los poetas me agradó mucho, porque es razón que de los hombres de buen entendimiento la haya.

SOLANO.- Dice Salustio que gran fama se debe a los que obraron las hazañas y no menor a los que en buen estilo las escribieron.

ROJAS.- ¿Cómo calla tanto Ramírez? Por él se puede decir: este mi hijo don Lope, ni es hiel, ni miel, ni vinagre, ni arroyo.

RAMÍREZ.- Véngome acordando de un cuento donoso que le sucedió aquí a Alcaraz, con un músico de Cisneros (debe de haber cuatro años), y fue que estando jugando con otro en el vestuario, perdió lo que traía vestido; de manera que se quedó en calzones de lienzo. Ofrecióse salir a cantar en la tercera jornada y él tomó de presto una capa que no era suya y echóse la por debajo del brazo y salió con mucho desenfado. Alcaraz, que echó de ver su atrevimiento desvergonzado, no quiso quedase sin castigo, y prendióle con un alfiler la capa lo más alto que pudo. El muy descuidado empezó a cantar de aquella manera, y la gente dióle mucha grita. Él no echó de ver por lo que era, hasta que de corrido se entró y cayó en la burla cuando se vio toda la camisa de fuera.

ROJAS.- Por eso dicen que ojos que no ven, corazón que no quiebran.

SOLANO.- Por demás es la cítola en el molino si el molinero es sordo. Por demás es que uno padezca una afrenta si no se enmienda, que harto es ciego quien no ve por tela de cedazo. Bien ve que aquello es mal hecho; pero en llegando a ser en un hombre vicio, no tiene remedio.

RAMÍREZ.- En perdiendo uno la vergüenza, toda la villa es suya.

RÍOS.- Un compañero mío (en Antequera) jugó una noche cuanto tenía, y fue de manera que se estuvo en la cama hasta que le enviaron un vestido con que viniera a la comedia, y luego, a la noche, fue a casa y se quedó otra vez en camisa.

ROJAS.- Mas quisiera haber llegado ya a Antequera.

RAMÍREZ.- Dícenme que es una de las buenas ciudades del Andalucía.

RÍOS.- De ella os puedo decir algunas cosas que he leído; y es la primera, que está fundada en un alto, cercada de muros, que ésta fue su primera fundación cuando el infante don Fernando (tío del Rey don Juan el Segundo) la ganó a los moros, dando la tenencia de ella a Rodrigo de Narváez (aquel valeroso caballero de quien hacemos esa comedia).

ROJAS.- Con razón le dais ese título, porque era digno, según su gran nobleza y valentía, de ponerle entre los nueve de la fama.

RÍOS.- Tiene también esta ciudad, en lo bajo de ella, otra gran población, y es muy abundante de cuantos mantenimientos y regalos se pueden desear.

SOLANO.- Una legua de ella nace una fuente de una peña, que es sin duda la principal de España. Muélese con ella veinte y tantas paradas de molinos, riega muchos olivares, más de cien huertas y otras ocho mil aranzadas de vifias y seiscientos cahíces de pan llevar.

ROJAS.- Otra tiene (que llegaremos presto a ella) que estará tres leguas de aquí y cuatro de Antequera, que llevan su agua a muchas partes, porque es buena para una enfermedad muy mala, que es de piedra, la cual es cosa clara que la expele por la orina, y así tiene el nombre, conforme al mal para que aprovecha.

RÍOS.- La plaza de esta ciudad de Antequera está siempre muy proveída, porque en ella hay buen pan, vino, cazas, carnes, frutas y pescado todos los días fresco.

ROJAS.- No me espanto, que viene de aquel paraíso (que si alguno hay en la tierra, lo es sin duda Málaga), porque es el lugar de mayor recreación y más vicioso que tiene el mundo.

SOLANO.- No decís mal, que antiguamente se llamó él Villaviciosa (por la gran hermosura y recreaciones que dentro de él encierra), y esto fue antes que entrara en él la Cava, para pasar con el Conde don Julián, su padre, a Ceuta, que después que salió de ella dicen muchos que la llamaron Málaga (por haber salido de ella una mujer tan mala).

RAMÍREZ.- Quien no ha estado en Antequera no os admiraréis que no haya visto a Málaga, y así holgaré que me contéis algunas cosas de ella.

RÍOS.- El nombre de esta insigne ciudad tuvo y le pusieron los primeros que la fundaron, que fueron los fénices que vinieron de Tiro y Sidón (según cuenta una crónica de España), fue Menace, o como dice Tarafa, Melace, después engrandecida de los cartaginenses con moradores africanos, la alteraron el nombre y llamaron Melaca. Y pues no habéis estado en ella, yo os diré algunas grandezas suyas. Es una ciudad muy fuerte, porque fuera de los muros que la cercan, tiene a un lado la fortaleza que llaman del Alcazaba, y más arriba, en la cumbre de un cerro, otra que llaman Gibralfaro, la cual está muy fortalecida de muros, torres y cavas, con mucha artillería y gran defensa. Tiene también aquellas famosas atarazanas, muchos molinos de pólvora, hornas de bizcocho y un muelle que van acabando para abrigo y defensa de los navíos y galeras que llegan a su playa, cerca de donde está tapiada aquella puerta por donde salió la Cava, la cual se

llama hoy de su mismo nombre. Es una ciudad muy llana, de muy buenos y hermosos edificios. Pues templos, ¿no es cosa milagrosa el de la iglesia mayor?

[RAMÍREZ].- La obra más curiosa y peregrina es que yo he visto en España.

ROJAS.- ¿Y aquel monasterio de Nuestra Señora de la Victoria, que hace tantos milagros cada día?

SOLANO.- Tiene tantas cosas buenas, que es proceder en infinito loarlas.

RÍOS.- Con razón ha de saber Rojas muchas, por. que ha estado allí de asiento algunos días. Y aun entiendo que le han sucedido en ella muchas desgracias,

ROJAS.- Ésa fue mi dicha, que me sucediesen en ella y no en otra.

SOLANO.- ¿Y qué han sido?

ROJAS.- La primera que tuve (trato de ventura) fue estando retraído en San Juan por una muerte, que padecía tanta hambre (por tenerme cercado dos días había en la torre) que salí una noche, ya que me quitaron las guardas, con una determinación espantable, que la dejo porque parece increíble y no ser mi intento daros cuenta de mi vida, que fueran menester para ella diez Crónicas de España. Sólo digo que llegando cerca de la plaza, encontré una mujer que en mi vida había visto, la cual fue tan honrada que me hizo volver a la iglesia, sabido el mal intento que llevaba, y me favoreció de manera que vendió todo cuanto tenía, concertó en trescientos ducados mi desgracia, y se quedó en camisa por librarme de ella. Esta mujer era tan hermosa, que sin encarecimiento os doy mi palabra que en el Andalucía (sin hacer agravio a ninguna) podía en nobleza, honestidad, entendimiento y hermosura competir con todas cuantas hay en ella. Fue tanto el amor que me tuvo, que basta para su gran encarecimiento lo que tengo dicho. Porque en todas cuantas historias he leído, humanas y divinas, verdaderas y fabulosas, no he visto que mujer haya hecho por hombre lo que ésta hizo por mí.

SOLANO.- ¿Y vos, qué hicistes por ella?

ROJAS.- Para lo mucho que la debía y ser ella quien era, nada. Porque supuesta mi pobreza y tenerla como la tenía, que era en una casa oculta, llegué a término para sustentarla que después de no tener ella toca ni yo camisa, pedía de noche limosna, y hallándome mal con tanta bajeza (porque lo es pedir sin duda), en el monasterio de San Agustín un fraile me daba cada día un puchero de vaca y una libra de pan, porque le escribía algunos sermones. Y faltándome esto, no sé si quité capas, destruía las viñas, asolaba las huertas; finalmente, tiré más de dos meses la jábega para llevarla que comiera. Y una noche, tendiendo una red en un barco por la mar, me vi con una gran tormenta muerto, y fue Dios servido que salí a nado; y dentro de ocho días después de esto, en este mismo barco, estando en tierra, me vi cautivo, si el cielo no me deparara un peñasco donde estuve nueve horas y más escondido, y de ocho que íbamos, cautivaron los cinco. Después de todo esto, un día, no teniendo que llevarla qué comer.... (no lo quiero decir, que os prometo que me hace enternecer; dejémoslo por vida vuestra, que se me arranca de pena el alma).

RAMÍREZ.- ¿Pues no sabremos en qué paró esa historia, aunque vaya tan sucinta?

ROJAS.- Si no queréis que tuerza el camino, no hablemos más en ello. Que cuando empecé el suceso, no entendí que lo sintiera tanto.

RÍOS.- Linda noche ha vuelto. ¡Qué hermosa está la luna!

SOLANO.- Contento da el mirarla.

ROJAS.- Cerca de ella os quiero decir una loa; lo uno porque divierta mi pena y lo otro por entreteneros con esto y pagaros lo que en esotro no he podido obedeceros.

RAMÍREZ.- Decid, que de vuestro gusto gustamos todos.

[ROJAS].-

Un cuento vengo a contaros, y no sé por dónde empiece; sospecho que es muy gracioso; oíd, que yo seré breve. Tuvieron entre los dioses allá en el cielo un banquete, a

honra de Lampetusay del hijo de Climene.Halláronse en él Apolo,Júpiter omnipotente,el fuerte nieto de Atlante,y aquel hijo de Semele,Vulcano, Saturno, Marte,y los dioses que en la fuente,de temor de aquel gigante,se convirtieron en peces;el dios Eolo, Neptuno,Frijo, con su hermana Hele,y las que en los desposoriosdel Dios Peleo y de Tetis,por la manzana compitena quien más hermosa fuese;y aquélla que calurosallegó a beber a una fuente,que unos rústicos la impideny ella en ranas los convierte;la diosa de la elocuencia,Doris, Anfítrite y Céres.Después de haber bien bebido y estar los dioses alegres,entran todos en consultadiciendo que les pareceque ya la Luna es muy grande y está a pique de perderse,que será razón casarlapor el decir de las gentes.Los dioses dicen que es justo que se case conviene,porque doncellas y hermosasestán en peligro siempre.«Que se le busque un maridohumilde, noble, prudente,muy honrado y principal,de buen talle y buena suerte,no jugador ni vicioso,ni de aquestos galancetestodos palabras y plumas.»Y los dioses lo conceden.A llamar envían la Luna y ella muy compuesta viene,con los ojos en el suelo como las doncellas suelen,muy mesurada y honesta,hermosa más que otras veces,porque en aquesta ocasión dicen que estaba en creciente.Díjole Apolo: «Hija mía,aquestos señores quieren casaros, porque no diga el vulgo errante e imprudente que estáis sola y sin marido;mirad vos lo que os parece».Ella respondió muy grave:«Perdonen vuestras mercedes,que no me puedo casar,porque ha más de cinco meses que he dado mano y palabrapor el decir de las gentes.-¡Cómo palabra! ¡oh, traidora! ¡oh, Luna infame! ¡oh, insolente!Échenla luego del cielo;ninguno por ella ruegue».Alborótanse los dioses,levántanse los parientes,unos dicen que la maten,otros que bien lo merece.Mas las diosas, como nobles,y al fin fin como mujeres,que ya saben en qué caen estos dimes y diretes,no haciendo arrumacos de esto,les dicen que no se alteren,y preguntanle a quién ama:y responde que al Sol quiere.«Pues si es el Sol, dijo Venus,luego al momento se ordene que el Sol y Luna se casen;a llamarle al punto vuelen».Van luego, avisan al Sol,vino humilde y obediente,mandan que la dé la mano la Luna, y él, alegrey con su suerte dichoso,aquel mandato obedece.«Para en uno son», les dicen,estando Himeneo presente.Fue la Luna a replicar,mas de vergüenza no puede,y al fin se casó por fuerza,por el decir de las gentes.Publicase por el cielo que se hagan fiestas solemnes,que se enciendan luminarias,haya toros con cohetes,cañas, justas y torneos,haya saraos y banquetes,máscaras y encamisadas,buenas farsas y entremeses;que vayan luego a la Tierra y traigan sin detenerse a la compañía de Ríos para que les representen saquen telas y brocados haya bordados jaeces y, sobre todo, que al punto un sastre o dos les trujesen,para cortar los vestidos a los novios; van y vienen,y traen un sastre famoso de aquestos que nunca mienten.Toma medida a la Luna,llena entonces y en creciente,para jubón, ropa y sayade tela morada y verde;y en secreto al sastre pidele traiga, cuando volviere,dos reales de solimán,pasas, arrebol, afeite, unto de gato, sebillos,y alguna muda si hubiere,para ponerse en la cara,por el decir de las gentes.Vínose el sastre a la Tierra,y empieza muy diligente a procurar oficiales,a visitar mercaderes.Sacando lo necesario para un caso como aqueste,hiciéronse los vestidos,y hechos, al cielo se vuelve.Recíbenle con gran honra(que cualquier hombre que tiene fama de bueno en su oficio,que le honren todos merece).Vino la Luna a probarse sus galas, no muy alegre,porque estaba ya en menguante,y tan anchazas la vienen,tan sin proporción, tan largas,como a una niña de dos meses los vestidos de su madre,y aún más si más venir pueden.Muy enojada la Luna,admirados los presentes,penoso el sastre y confuso,le mandan que los enmiende,que los achique y acorte;el desventurado viene admirado del suceso,y en los vestidos se mete como en tierra de enemigos:corta todo cuanto puede y hurta más de la mitad,por el decir de las gentes.Vuélvese al cielo otro día,amanece no amanece,cuando el Sol salía de casa y la hermosa Luna duerme.Aguardó que

despertase,y despertó cuando vieneFaetón de dar vuelta al mundo,y su Cintia salir quiere.Levantóse esta señoraallá cerca de las nueve,y muy gallarda y compuestasalió la Luna en creciente.Admiróse el pobre sastrey imagina cómo puedenvenirle aquellos vestidosque de criatura parecen.Saca fuerzas de flaqueza,y con sudores de muertequiere ponerle una ropay no halla por donde empiece.Comienzan al triste sastrea maldecirle mil veces;quiere ir a dar su disculpay aun oírse la no quieren:antes, con voces y estruendo,le dicen que es un aleve,un bárbaro, un ignorante,necio, simple, impertinente.Y sin ser la culpa suya,el desdichado enmudece,y de afrentado no habla,por el decir de las gentes.¡Oh, autor sastre y sin ventura,vulgo menguante y creciente!,con razón te llamo Luna,pues en todo lo pareces:¿qué vestido hay que te venga.¿qué comedia te apetece?Ya por grande, ya por chica,¿qué ropa hay que te contente?¡Desdichado del autorque aquí, como el sastre, vienecon farsas, aunque sean buenas,que ha de errar cuando no yerre!Pues si uno no habla tan presto,no falta quien dice: «Vete,no te vayas, habla, calla,éntrate luego, no te entres».¡Oh, Lunas en la mudanza,que no hay nada que os contente!¡Tiempos en la variedad,pues todos sois pareceres!¡Muerte en no perdonar nada,pues no hay nada a quien reserve!¡Fortuna en el ser ingratos,pues a quien la sirve ofende!¿Cómo puedo contentargustos que menguan y crecen,aunque os tome la mediday en serviros me desvele?Que perdonéis os suplicoel yerro o falta que hubiere,cuando no por ser quien sois,por el decir de las gentes.RAMÍREZ.- El pensamiento es bueno, bien escrito y aplicado. Que sin duda lo mejor que yo hallo en estas loas que hacéis es el fin, porque en él está toda la fuerza de ser buena o mala.

SOLANO.- Por eso dicen que al fin se canta la gloria.

RÍOS.- Mucho se ha caminado con el buen entretenimiento.

ROJAS.- Aunque hace el tiempo tan caluroso y los días tan largos, venimos tan entretenidos que ni sentimos el calor del día ni aun nos acordamos del sueño de la noche.

RAMÍREZ.- De mí confieso que en llegando a las posadas querría salir de ellas, aunque a ratos caen del cielo llamas.

RÍOS.- Mañana al amanecer estamos en Loja.

SOLANO.- A buena hora entraremos en Granada.

RAMÍREZ.- Fertilísima tierra es ésa, y en este tiempo la mejor de España. Mucho nos habemos de holgar en ella, porque cuanto es de invierno fría, es de agradable la primavera.

ROJAS.- En su alabanza tengo hecha una loa, y quiero que la oigáis, para ver si podré decirla.

SOLANO.- ¿De quién decís?

ROJAS.- De la primavera.

Después que el gran artífice del cielotuvo deshecho el caos, tuvo apartadadel suelo el agua, dándole su límite,y después que compuso tantas máquinasdando entre tierra y fuego asiento al aire,y entre aire y cielo al elemento ávido,en la tierra escondió secretas minasde rubios y bellísimos metales;dio encinas a los montes, y a los llanosapacibles frutales, y a las fuentesencomendó el sustento de animales;a la tierra dio fieras, al mar peces,y a la región del aire aves ligeras;después de aquesto hecho (como he dicho)el gobierno de toda aquesta máquina,de su mano tomó el alma Natura,y siendo hermosa, rica y muy honesta,enamoróse de ella el viejo Tiempo. escubrióle su pena, y en efecto,después de haber desdeñase padecido,vino a alcanzar el premio deseadoy en trocar en descanso sus tormentos.Con ella se casó, y de aquesta juntanació la alegre y bella Primavera;luego, tras ella, el caluroso Estío,el seco Otoño y erizado Invierno.Creció en edad aquesta hermosa damay con los años crece su belleza,y de ella el mismo Sol

enamorado, por esposa a su padre se la pide. Pídenla dioses, pídenla mil faunos, preténdenla también mil nobles héroes, primero que a Pomona, el gran Bertuno también la pide, y otros muchos dioses; sólo el lascivo Amor pudo alcanzarla, y no mil dioses que esto pretendían. Al desposorio vino el gran Proteo, Tioneo vino, Cipris y Sileno, Tritón, Diana, Dafne y Leucatoe, el noble Orfeo con su voz angélica, acompañado de la gran Caliope, y otras ninfas, pastores y zagalas (que por verse en las bodas de Cupido ninguna en su morada se detiene); deja la selva el fauno y cuantos dioses habitan en el cielo, en monte y sierra, y los que hay en el reino del pescado, todos acuden, hasta el padre Jove con su querida Juno de la mano, a quien Temis, la diosa de la tierra, compone un rico estrado suntuoso y derrama por ella en un instante mil diferentes flores hermosísimas, de aquel color de clivie, ostro o murice coronas hace para sus cabezas; y tomando de Iris los colores, aljofaradas de divinas perlas que el Aurora hermosísima derrama, a la madre de Amor, santa y hermosa, guirnaldas preciosísimas presenta. Flora las mesas en la hierba pone, adornándolas todas con mil gracias, de rosas, de jazmines, de violetas, candidas azucenas y claveles, tejiendo de todo esto mil guirnaldas para el Viento, galán a quien adora. La hortelana Pomona, de sus árboles ofrece fruta a la recién casada, y después del convite ya acabado, de aquellas ninfas el hermoso coro, ordena con los dioses mil mudanzas, siendo Príapo en todo quien les guía lleno de mil lascivos pensamientos; y en efecto, acabado todo aquesto, desposorio, comida, baile y fiestas, y ya el día pasado, determinando volverse los dioses a los cielos, y los demás a donde habían salido. Dejan al novio, dejan a la novia, compuesta, hermosa, grave y muy alegre; y ahora que ella está con su velado y tan contenta, me parece justo, pues es éste su día dichosísimo, y el dios Apolo entra en signo Tauro, y es cuando el suelo y aguas más se alegran, contento nada el pez y vuela el ave, da el olor suavísimo la rosa, el hermoso arbolillo tierno crece, y en efecto, el alegre Abril adorna la sierra, el llano, el monte, el campo y prado; ahora, pues son tuyas tantas glorias, y al verano compones y enriqueces, dame tú, Primavera hermosa, ayuda, porque pueda decir en tu alabanza algo de aquello mucho que en ti veo. Por ti rompe del árbol la corteza con tierna punta el cogolluelo tierno; por ti cobran los campos su hermosura, dejando la aspereza de los hielos y del invierno las prolijas nieves; tú resucitas los marchitos panes y la hierba, en la tierra sepultada por el temor de los airados vientos, desde hoy con tu favor halla salida; los árboles descubren ya sus flores, auméntase del prado la belleza, descubriendo colores diferentes el morado alhelí y el rojo acanto; su blancura descubre la azucena, el amaranto su color alegre, la olorosa albahaca su verdura, la suya el trébol, estimada siempre, el clavel sus, bellísimos colores, el azahar, la maravilla, el nardo, también el lirio del color del cielo. Por ti se ven de aquel Narciso hermosas flores rojas, convertido en ellas, y todo el campo lleno de alegría, adornado y compuesto de verduras tan varias, odoríferas y alegres, que a todos los sentidos dan contento. La alegre Filomena te saluda, ya pájaro vengado de su afrenta, el Alción sus infortunios canta, y ufana vuelve a su querencia Progne; la humilde vid, desnuda de su leña, por ti de hojas se compone y viste; las aves, fabricando ya sus nidos cantan de amor regalos y querellas; el sol está en los prados aumentando el matiz de sus flores hermosísimas, y susurrando la discreta abeja a aprovecharse de ellas va solícita; el cabritillo por la hierba corre, y la preñada cierva, fatigada, a parir viene ya sin miedo alguno. Si obscureció los cielos el Invierno, amenazando al mundo con relámpagos, con aguas, torbellinos y granizo, tú le quitas aquel obscuro veloy sosiegas sus fuertes terremotos; y al fiero mar hinchado, que parece que a los cielos azota y amenaza, por ti pierde el rigor, vuelve sereno, y a tu beldad, ¡oh, hermosa Primavera!, quiebra la furia y la cerviz inclina. Por ti el desconsolado marinero, viendo aplacar el fresco mar airado, descansa en las riberas y repara el mástil roto y la quebrada triza, y el embreado leño al agua entrega, navegando

del Ártico al Antártico,seguro de tormentos y borrascas;el animal, el pez, la hierba y planta,el sol, el cielo, estrellas, las criaturas,todos se alegran con tu hermosa vista:el viento se quebranta, el mar se humilla,el estrellado cielo queda hermoso,y hasta el suelo se viste y engalana.El venturoso amante, fatigadode la nieve y granizo del invierno,que al viento y hielo, como galán firme,pasó las noches con constante pecho,con tu favor renueva su ventura,haciéndosele breves ya las horasque antes tuvo por largas y prolijas.Por ti el mísero triste y desterrado,que con rigor procura la justicia,sin tener un amigo ni un parienteque se atreva a hospedarle dentro en casa,tú, sagrada y hermosa Primavera,le encubres en tu prado milagroso,y halla cama de campo entre tus flores,gozando de quien ama la hermosura,de las estrellas en el alto cielo,que le están alegrando con su vista,del olor de las flores en la tierra,que le están convidando a nuevo gusto;y al fin duerme seguro y descuidadodel furioso rigor de la justicia,no vive con cuidado si le buscan:¿Dónde me esconderé? Ruido suena;una gotera ha dado en este lado;cubridme aqueso brazo, que me hielo.¿En qué colchón ha de acostarse el ama?Haced lumbre; helada está la cena.¡Cuerpo de Dios! ¡Qué viento que me ha dado!Calentadme ese pie, echad más ropa,tapad el agujero y la ventana;acuéstate a los pies, Agustinito,dame aquel tocador, dame el almilla».¡Ay, proceloso y erizado Invierno, cuartanario, avariento y miserable!Y ¡ay, Primavera santa cien mil veces!muy digna es tu alabanza de grandeza;que cuando no tuvieras otra alguna,sino el hallar los hombres en ti amparo,y ser madre de todos los perdidos,merecías tenerte colocadaentre los dioses o en lugar más alta;éste es el tiempo, ¡oh primavera bella!en que nuestros farsantes tienen gusto,ganan dineros, andan más contentos,tienen fiestas de Corpus, hay octavas,caminan como quieren, sin recelo:si lloverá, sí atancará este carro,este macho si es bueno, si esta mulame ha de dejar en el primer arroyo,dame botas de vaca, dame fieltro,mejor es un gabán y una montera,capote de dos haldas no es muy malo,polainas, medias, guantes, mascarilla,y tras todas aquestas prevenciones,y trescientos ducados de viaje,llegan a donde van, y en treinta díasno della de llover una hora sola,y el pobre autor se queda del agalla.¿Qué pudiera decir de aquesta diosa,de aquesta Primavera soberana?Fuera nunca acabar querer decirlo,y pues con ella tanto pueden todos,que a todos por igual les da alegría,hoy en su nombre quiero suplicarlesque perdonen las faltas que aquí hubiere,pues no es posible donde salen tantos,que deje uno de errar, y quien hicieral contrario de aquesto que suplico,ruego a Dios que el Invierno le ejecuteen quitarle la ropa de la cama,las chinelas, si acaso las trajere,y el día que más agua y mayor vientohiciera, y mayor frío y tempestades,ese día le hurten el vestidoy no le quede otro que ponerse.Y si fuere camino, que le yerre,y dé en un lodazal donde no salgani halle quien le ayude en todo un día,y que llegue de noche a alguna ventadonde no halle lumbre, pan ni vino,ni otro consuelo, ni aun pajar tampocodonde se acueste, y en el duro suelopase la noche, y amanezca helado,la mula muerta y él perniquebrado.RAMÍREZ.- La loa es buena; pero una cosa he notado de las que habéis dicho, y es que son muy largas.

ROJAS.- Bien decís; pero como éstas las hago para mí y yo tengo tanta presteza en decirlas, cuando veo que gustan de ellas voy poco a poco, y en viendo que cansan, las abrevio.

SOLANO.- Con vuestra licencia he de beber de este arroyo.

RÍOS.- Él va tan claro, que convida a hacer todos lo mesmo.

RAMÍREZ.- Tiene esta ciudad de Loja muchas aguas muy buenas, recreaciones y frescuras y gran cantidad de olivares.

SOLANO.- Y aun de mujeres como serafines.

RÍOS.- Yo representé aquí una cuaresma, y podré bien decir lo mucho bueno que vi en ella.

ROJAS.- De todo lo que yo he visto en Castilla, aquí y en Medina del Campo he visto generalmente muy buenos rostros para ser lugares chicos.

RAMÍREZ.- ¿Y en mi tierra, no los hay celestiales?

ROJAS.- Toledo tiene esa fama, por el gran donaire y pico que en las mujeres de ella se encierra.

RÍOS.- También en Granada hay muchas hermosas.

SOLANO.- Ésas y las de Toledo parecen unas mismas, así en el donaire y hermosura como en la desdicha y pobreza; trato de las mujeres de capa parda, que no hallaran en sus casas una silla, aunque entren por sus puertas trescientas albardas.

RÍOS.- Yo tuve en Santa Fe, agora ha tres años, una huéspeda (yendo allí a representar en una bojiganga) la más hermosa que he visto en mi vida.

ROJAS.- De mucho bueno participa para ser una ciudad tan pequeña. Porque goza de muchos privilegios que le dieron los Reyes Católicos.

RAMÍREZ.- Son las mercedes como de tales fundadores.

SOLANO.- ¿No habrá mucho que se fundó?

ROJAS.- El año de mil y cuatrocientos y noventa y uno; de manera que habrá ciento y once años que la fundó el Rey Don Fernando.

RAMÍREZ.- ¿Había (si sabéis) en ella algún lugar, o era vega rasa?

ROJAS.- Oído he decir que antes era un lugar pequeño de moros, que llamaban Goston, y dentro de muy pocos días se acabó, con sus muros, torres, fosos, baluartes y puertas, que en medio de una calle se ven todas, como el castillo de Pamplona, que en mitad de su plaza de armas se ven, y da orden a todas las garitas.

RÍOS.- La mayor parte de la compañía habrá entrado ya en Granada.

SOLANO.- Bien decís, porque salieron antes que nosotros más de dos horas, y nos hemos detenido cerca de otra en aquella venta.

RAMÍREZ.- Toda la demás llegará mañana.

RÍOS.- Oído he decir que es esta ciudad la mayor del Andalucía.

ROJAS.- Sospecho que es, sin duda, porque si miramos la población que tiene en el Albaicín y Alcazaba, es grandísima.

RAMÍREZ.- Dicen que tomó este nombre de una doncella llamada Gnata, y porque vivía junto a una cueva llamada Gar, la llamaron de este nombre: y de allí derivado se vino a llamar Granada.

SOLANO.- Con más razón puede tener ese nombre por su población y edificios porque, bien considerada, parece toda junta a los granos de una granada.

ROJAS.- De esa doncella que habéis dicho oí decir que tomó el nombre, aunque también dice Fray Juan Anio (sobre Beroso) que el Rey Hispan (de quien España tomó nombre) tuvo una hija que se llamó Iliberia, y ésta fundó a Granada, y la puso de su mismo nombre Iliberis (Ptol. lib. 2, capt. 6). También Pomponio la llamó Coliberia.

RAMÍREZ.- Sea lo que fuere, ella es una de las mejores de España, y pues ya estamos cerca de sus puertas, roguemos a Dios que nos dé en ella a todos dicha y al autor mucha ganancia.

Libro II

Ríos, Ramírez, Solano, Rojas

SOLANO.- Gracias a Dios que ha llegado el tiempo que vamos a Toledo, y gozará Ramírez lo que tiene deseado.

RAMÍREZ.- El lugar de donde salimos es tan bueno que se pueden olvidar por él todos los del mundo; pero ha corrido el tiempo con mi deseo, que estas cinco semanas que en él hemos estado puedo decir se me han hecho un siglo, lo que otras veces un año no se me hacía un minuto.

RÍOS.- ¿Pues no sabremos lo que os ha sucedido?

RAMÍREZ.- He tenido cartas que mi madre se está muriendo. Y ésta es la causa porque estos días me habéis visto tan disgustado, y de donde ha nacido el dejar lugar tan bueno y desear hacer este camino.

ROJAS.- Muy bien decís, porque el peligro súbito no quiere largo consejo ni da lugar a tener mucho descanso.

SOLANO.- A todos nos pesa de vuestro disgusto. Pero siendo Dios servido, cuando lleguéis a Toledo, será su mal acabado. Y pues tenemos propuesto de llevar nuestro viaje entretenido, la pena se olvide, que la mala nueva siempre llega por la posta, y cuéntenos Ríos cómo le ha ido en estas treinta y seis representaciones que ha hecho.

RÍOS.- Hanme salido, una con otra, a más de cuarenta ducados, y si no tuviera (como tengo) en Toledo la fiesta del Corpus, me estuviera aquí hasta la Pascua del Espíritu Santo; porque sin duda fuera para mí de mucho provecho el tomar la fiesta de Antequera e irme a mediado Agosto a Castilla, que en mi vida se me ha hecho corta Cuaresma sino ésta.

SOLANO.- Ahí entra: debe algo para Pascua, y hacérsete ha corta la Cuaresma.

RÍOS.- Señor, más vale Pascua mala y el ojo en la cara, que Pascua buena y el ojo de fuera. Y yo espero para después del Corpus no deber nada en la compañía.

RAMÍREZ.- Decilde al duque que cuque, y si no tiene blanca, que busque.

RÍOS.- Hasta ahora, no es mucha la deuda y buenas son mangas después de Pascua, que ya sabéis que he pagado estos días más de quinientos ducados en Granada.

ROJAS.- Ella es notable para la comedia y holgarse un hombre treinta días.

SOLANO.- Yo puedo decir que no me he holgado tanto en mi vida como este sábado pasado en el Alhambra. Que aunque es verdad que la he visto diversas veces, ésta fue para mí de mayor gusto que todas.

RÍOS.- ¿Por qué le dieron, si sabéis, aqueste nombre de Alhambra?

SOLANO.- Porque en árabe significa cosa bermeja, y como se ve claro serlo la tierra de ella, se le dio este nombre de Alhambra. Aunque pudiera llamarse ciudad ella sola.

ROJAS.- Aquel cuarto de los Leones es cosa peregrina ver tantas losas y mármoles puestos con tan admirable artificio e industria, que exceden a nuestro humano entendimiento. Y aquel cuarto de los Bencerrajes, con aquella sangre tan viva, como si hoy hubiera sido la miserable tragedia. Pues el de las Frutas, y la admirable perfección con que están pintadas, verdaderamente convidan a comer de ellas; sin esto la gran arquitectura del cuarto de Comares y sus peregrinas labores, los baños, aguas, aljibes y estanques que hay en ella, y aquella obra tan buena que agora se va haciendo, que será, sin duda, después de acabada, la mejor del mundo.

RAMÍREZ.- Muchas cosas tiene que poder decir, que sería nunca acabar.

RÍOS.- Admirado estoy de la población del Alcazaba.

SOLANO.- Eso también en árabe quiere decir casa fuerte o lugar fortalecido. Pero no es de tanto espanto como el del Albaicín, que casi en la altura compite con la Alhambra; el cual tiene tantos árboles, alamedas, fuentes, huertas, recreaciones, frutales, aljibes de agua, acequias, acueduchos o cauchiles que pasan por toda la ciudad, fortalecida con mil y treinta torres y doce puertas, todas con salidas de grandes recreaciones.

RÍOS.- Bien decís, aunque algunos de sus edificios he visto muy arruinados, porque me dicen que era un paraíso en tiempo de los moros. Aunque agora no lo es menos.

SOLANO.- ¿Cuánto habrá que se alzaron?

RÍOS.- Treinta y cuatro años, poco más o menos, fue cuando levantaron por rey a un don Fernando de Valor, y noche de Navidad cuando lo pusieron en efecto y con no pequeño estrago de todo aquel reino.

ROJAS.- Ya habréis visto, cerca del Alhambra, una casa de placer que se llama Generalife.

RÍOS.- Y se ve bien ser propia recreación de reyes.

RAMÍREZ.- Y la de los Alijares es muy buena.

RÍOS.- Hay tantas, que no puede un hombre acordarse de ellas.

ROJAS.- Pues ¿los dos ríos?, que generalmente es público que lleva Genil plata y Darro oro.

SOLANO.- Ése me dicen que nace cuatro leguas de la ciudad, sobre un monte muy alto.

RAMÍREZ.- Muchas y peregrinas son las recreaciones que tiene este lugar.

SOLANO.- Bien merece toda la alabanza que dijistes en vuestra loa.

RÍOS.- ¿No es bueno que nunca pude oírla, por estarme vistiendo de moro para empezar la comedia del padrino desposado?

SOLANO.- Pues hartas veces se dijo.

RÍOS.- Yo no la oí ninguna y gustara de oírla.

ROJAS.- Ya sé que no ha de ser esta sola, y ansí empiezo por ella, por ser, como es, en alabanza de Granada.

Surcando del mar furiosas impetuosas aguas, cuyas temerarias olas todo el cielo amenazan, un pobre y triste bajel, que sólo amor le acompaña, combatido de mil vientos rodeado de esperanzas, engolfado en alta mar, sujeto al tiempo y desgracias, solo, temeroso, humilde, sin ferros, gúmenas, jarcia, abierta toda la proa, sin árbol, timón, ni carta, sin velas, gavias, ni entenas, sin piezas, pólvora o balas, sin remedio, sin defensa, los marineros sin almas (que donde no sobran fuerzas siempre los ánimos faltan), huyendo de un galeón que les viene dando caza, artillado, fuerte, rico, viento en popa, mar bonanza, todos pilotos, maestros, y marineros de fama, conocidos del mar, ya libres el mar surcaban, sin ningún temor de ofensa ni de fortuna contraria (que a veces el poder mucho los más poderosos mata), al fin el triste bajel que de sus manos se alarga, surca el agua, rompe el viento, llega al puerto y allí para, pidiendo a voces favora los que ya le esperaban, con pecho y brazos abiertos en las arenosas playas. Llegan con barcas a bordo, y al fin, saltando en las barcas, la amada tierra que pisan adoran, besan y abrazan, y juntamente los piesa quien las vidas les daban, ganadas por su pobreza y por su humildad ganadas. Entra luego el galeón, llega al puerto y hace salva, disparan la artillería, todas las velas amainan. Recíbenle en la ciudad con grita, con algazara, chirimías, añafiles, clarines, pífanos, cajas, con sacabuches, trompetas, con fiestas, bailes y danzas, y al fin entra victorioso con gallardetes y flámulas. ¡Oh, mil veces venturosa ciudad que a todos amparas, y en tu milagroso puerto los afligidos descansan! Hoy nuestra nave perdida llega a donde deseaba, tu nobleza es quien la ayuda, si los clarines le faltan. Su humildad la favorece y tu discreción la ampara. Lustre, ser, honor, grandeza, proezas, valor, prosapia, saber, fortaleza, imperio, industria, renombre, fama, virtud, constancia, riquezas, fuerza, bizarrías, galas, vigor, prudencia, hidalguía, estados, títulos, armas, diadema, cetro, corona, gobierno y silla de España. Ninguna ciudad mejor cubre la celeste capa, pues mereciste tener por rey a tan gran monarca. Tú relumbras entre todas, cual suele el fuego o luz clara, en medio de las tinieblas, a quien el bello sol falta. Tú, señoril, elocuente, gloriosa, prudente, sabia, populosa, antigua, fuerte, altiva, cortés, hidalga, dichosa, soberbia, rica, generosa, insigne, brava, sagaz, liberal, hermosa, divina, pomposa y santa, célebre, abundosa, ilustre, bella, gentil, soberana, amorosa, fiel, leal, grande, principal, bizarra, invencible, valerosa, pacífica, honesta, blanda, odorífera, oriental, alegre, admirable, rara, magnánima, belicosa, famosa, noble, sagrada, profetisa, milagrosa, firme, inexpugnable y alta, con cuyas soberbias torres compiten fuertes murallas, tus hermosos edificios, tus chapiteles de plata, tus pináculos y almenas, tus muros, tus fuertes casas, tus homenajes ilustres, tus paredes

torreadas, tus olorosos jardines y tus caudalosas aguas, donde los sagrados cisnes sonoramente cantan, los divinos templos tuyos, sesgos ríos, fuentes claras, tus cármenes y tus huertas, tu prado, tu vega llana, tu hermosísima alameda, tu real audiencia sacra, tu bello Generalife, tu Albaicín y tu Alcazaba, tu famosa Alcaicería, tu Zacatín, Bibarrambla, tu divino Monte Santo, tu Jaragi y tu Alhambra, tu santidad, tu justicia, remedio de tantas almas, admiración de los hombres y del mundo nombre y fama, adonde no falta el oro que en sí produce el Arabia, las ropas de Alejandría, los terciopelos de Italia, vasos finos de Corinto, las medallas del Acaya, y más cuanto el indio produce de ámbar y algalia. ¡Oh, insigne ciudad gloriosa!, mas te ofende quien te alaba: tu antigüedad te engrandezca, que mi alabanza no basta. En tu puerto milagroso hoy mi pensamiento amaina, dando fondo al gran temor que en mi corazón reinaba. Mas cuando el bajel se rompa nuestra voluntad nos salva, que ésta pueden ofrecerlos que de la mar escapan, perseguidos de otras naves prósperas, ricas, bizarras, con fuerzas, poder, ingenios, dignas de laurel y palma. Pero nosotros venimos, cual navegantes que exhalan el fiero mar en la orilla, desnudos en una tabla. Pobres, perdidos, humildes, sin ropas, fuerzas, sin galas, sin vestidos, sin riquezas, sin graciosidad, sin farsas. Incógnitos somos todos, no viene nadie de fama: mercedes vengo a pedir, a ofrecer vengo el alma. No a pedir silencio vengo, sino a daros muchas gracias, y a suplicaros también el perdón de nuestras faltas. RÍOS.- Cierto que me he holgado de oírla, porque es buena, bien aplicada y muy humilde.

ROJAS.- Eso es sin duda, y lo que la ensalza más que la bondad de ella.

RÍOS.- De una cosa no tratases, que es de las mayores y de más consideración que hay en Granada. Dejemos el Monte Santo, que eso ya se sabe que es de las grandes reliquias que tiene el mundo; pues ya sabréis el principio que tuvo tan extraño, las láminas por donde fueron descubiertos tanta infinidad de santos, las grandes diligencias que se hicieron para entenderlas y vivificarlas, que para tratar de esta grandeza es necesario muy larga pluma. Pero voy al que no es para mí de menos que ella, que es la Capilla Real donde están enterrados los Reyes Católicos, el Príncipe don Miguel y el Rey don Felipe el Primero y estuvo la Emperatriz doña Isabel: la gran riqueza que tiene de tantos y tan ricos ornamentos de sedas, brocados, oro y plata; haber en ella veinte y cuatro capellanes, tener su coro y servicio como en iglesia catedral; y así esto como otras muchas cosas, me tienen asombrado, que para tratar de ellas requiere un entendimiento más que humano.

ROJAS.- Como ése es don del cielo, con razón le podéis dar nombre de divino. Porque las mercedes de la tierra pueden hacerlas los reyes, príncipes y hombres poderosos; las comisiones, cargos y oficios, pueden dar sus privados; la sangre, la buena naturaleza, los patrimonios, nuestros padres; el merecimiento, la honra, la fama, la fortuna; pero el buen entendimiento, Dios; que como es el mayor don del mundo, viene de tribunal tan alto.

SOLANO.- Decía a este propósito Cornelia a sus hijos, que más quería dejarles habilidad con que viviesen, que hacienda con que se perdiesen. Porque muy pocas veces hacen notables hechos los que desde niños heredaron grandes mayorazgos.

ROJAS.- El mayor que yo he hecho en mi vida hice los días pasados aquí en Granada cuando quitaron la comedia, que fue poner una tienda de mercería (sin entender lo que era), y salí tan bien con ello, que vendía más en un día que otros en toda la semana.

RAMÍREZ.- Y aun algunos lo juzgarían a codicia.

ROJAS.- Como tengo fama de anillo, no me espanto que juzgasen eso; pero sin duda es engaño, que no lo hice sino por entretener el tiempo y no andarme vagamundo.

RÍOS.- Llevándolo por ese camino, muchos ejemplos tenéis que hacen en vuestro abono, como el de un Arsacidas, rey de los Batros, que pasaba el tiempo en tejer redes

para pescar; el Rey Artajerjes, en hilar; Artabano, rey de los Hircanos, en cazar ratones; Vianto, rey de los Lidios, en pescar ranas, y el Emperador Domiciano en cazar moscas; y así no es mucho que vos lo entretuviédes en vender escobillas, dedales y otras menudencias.

ROJAS.- Más se puede eso atribuir a virtud que a otra cosa.

RAMÍREZ.- Dicen que la mudanza del tiempo es bordón de necios, y cabra coja no quiere siesta; el hombre sin renta no es mucho que procure en qué pasar la vida.

ROJAS.- ¿Nunca habéis oído la loa que decimos Mariquita y yo de mi tienda?

RAMÍREZ.- No.

ROJAS.- Pues por ser buena, quiero decirla, la cual salgo yo a empezarla.

ROJAS.-

Una dama muy hermosaestotro día me diopalabra de sí y de no;decidme: ¿qué es cosa y cosa?El no bien le comprehendo;el sí estoy dificultando,porque el sí dijo callandoy el no me dijo riendo.El sí, callando, ha nacidode amor, vergüenza, o engaño,y el no, riendo, del dañoque de este sí he concebido.Con la risa señalóel no, que me dijo allí,y callando decir síes porque me ría del no.Que el no se da por favor,y el sí, por entretener,y con no, suele quererquien con si no tiene amor.

¿No hay quien lo declare? (Sale MARÍA.)MARÍASÍ.ROJAS¿Quién me ha respondido?MARÍAYo,que estaba escuchando el noy a declararle salí.ROJAS¿Pues entiendes tú algo de esto?MARÍAEntiendo lo que él no entiende.ROJASVete, que eres niña; aprende,que tú no sabes de aquesto.MARÍAOiga, que ha andado extremado,señor Milagro, yo sémucho más que él.ROJASBueno a fe.MARÍAÉntrese, que me ha enfadado.ROJAS¿Enfadado, mi clavel?MARÍA¿Piensa, mi bien, de ese modo,que es hacer milagros todo?Pues sepa que sé más que él.ROJASPor mi fe que andas donosay con mil donaires hoy.MARÍAPues sepa, amigo, que soymás bellaca que no hermosa.ROJAS¿Por Dios?MARÍAComo se lo cuento;conózcame, por su vida.ROJASSí haré, pues me convida.MARÍANo le faltará un jumento.ROJAS¿Hay más donosa rapaza,hay tal donaire en la tierra?MARÍAQuedo, que se va a la sierray habla más que una picaza.Vamos a lo que salíy de gracias nos dejemos.ROJASDigo, amores, que empecemos.MARÍANo soy la del no, ni el sí.Ni vendo, como solía,aljofares ni granates,para decir disparates,amores, ni gloria mía.Diga allá, a los labradoresa los que vendía el coral:«Lleve esto, que es celestial.»Y a mí no me diga amores.ROJASPues diga a lo que salió.MARÍAYo diré a lo que salí:a declarar aquel síy el secreto de aquel no.¿No dice que, preguntandono sé qué, le respondieron sí y no, y el no rieron y el sí dijeron callando?ROJASEs así.MARÍALO que él decíaimporta agora saber.ROJASDecíale a una mujerque la adoraba y quería,y que si acaso gustabade mis penas admitir,que la empezaría a servirporque en extremo la amaba.MARÍAPues bien; ¿qué enigma hay aquí?Si adorarla prometió,al quererla dijo no,y al servirla dijo sí.De manera que al servirle respondió con callar,y al querer y al adorar fue la respuesta el reír.Y así callando, otorgó,como se ve claro aquí;al interés dijo síy al amor dijo que no.¿Quiere saber más?ROJASSeñora,vuesa merced ha acertado:cuidadoso me ha dejadolo que ha dicho.MARÍA¿Aquesto ignora?Sepa que ya la mujerno quiere al hombre galán,que vale muy caro el pany muy barato el querer.Discreción ni poesía,donaire ni gentileza,no vale donde hay pobreza;déjese de esa porfía,que vuesa merced, señor,es un Alejandro Magno,y no gasta en el veranosino ternezas de amor,y tiene en España famade muy largo gastador,y que con verso y amorsuele sustentar su dama;que promete más que un Fúcarpor ser liviano de cascós,y son sus manos peñascosde la barra de Sanlúcar.ROJASYo confieso que es verdad,que en mi vida di a mujer,quando no llegó a querercon igual conformidad.Porque es muy gran majaderoel que quiere amor comprado,pues quiere gusto forzadoa peso de su dinero.Porque el amor

que es honradono se funda en interés,cuando por dicha no esde necesidad forzado.Que entonces por caridadcualquier hombre de razónacude a su obligacióncuanto y más con voluntad.Porque este amor saber quierosi le han de tener aquípor el dinero o por mí,por mí y no por el dinero.MARÍA Agora, señor Rojas, esono lo salí a averiguar;la loa quiero empezar,éntrese allá.ROJAS¿Cómo es eso?MARÍAQue se entre luego volando,que la loa he de decir;ea, ¿no se acaba de ir?ROJASNiña, niña, ¿estáste holgando?MARÍA Acabemos; ¿no se va?ROJAS¿Qué dices, niña?MARÍAQue acabe,y pues tan poquito sabe,que se entre al momento allá,que la loa he de decir.ROJAS¿Quién, niña?MARÍAYo, niño.ROJAS¿Tú?MARÍASí, niño de Bercebú.ROJASBasta, que me hace reír.MARÍABasta, que es un mentecato¿Y no le parece a élque la diré mejor que él,no yo, pero mi zapato?ROJASPues tú, ¿qué puedes hacer?MARÍAMucho más que él.ROJAS Poco a poco.MARÍADigo que el hombre está loco lo quiere parecer.ROJASSalido de ángel o dama,de un niño, de algún capón,¿qué has de hacer?MARÍAGentil razónpara detrás de una cama.Sepa que yo puedo hacer,mientras de aquesta edad gozo,el ángel, el niño, el mozo,el galán y la mujer,y el viejo, que para hacerloy otras figuras que haré,una barba me pondré,y así habré de parecerlo.El pobre, el rico, el ladrón,el príncipe, la señoraROJASAnda, que eres habladora.MARÍAPues oiga y déme atención:que yo he de probar aquítodo lo que puedo hacer,y luego tenemos de verlas muestras que él da de sí.Va de ángel.ROJASDe ángel va.(Representa de ángel.)MARÍA¿Sansón, ah, Sansón! Esfuerzaque Dios te vuelve tu fuerza.ROJASEso de ángel bueno está.MARÍAVa de dama.ROJAS¿Dama?MARÍASí.(Representa de dama.)¡Hola, Hernández, hola!, oís:corred volando a don Luisque se llegue luego aquí.ROJASBueno está; va de galán.MARÍA¿De galán? Así lo haré.ROJAS¿Qué haces?MARÍADesnúdome.ROJAS¿Hay más gracioso ademán?(Quítase la saya y queda de hombre.)MARÍAOiga, amigo; no se asombre,que el galán tengo de hacer:cuando dama, de mujer,y cuando galán, de hombre.ROJASVa de figura.MARÍASeñora,(Representa de galán.)a vuestra gran discreciónhumilla su corazóneste esclavo que os adora.Tened de mi mal memoria,muévaos amor mi desgracia,y no pierda vuestra gracia,pues no alcanzo vuestra gloria.ROJASBueno está; va de un ladróno de un rufián arrogante.MARÍAYa va de un hombre matante;señor Rojas, atención.(Representa de rufián.)Amaine, seor Garrancho,no se entruche con la iza,que es muy godeña marquesa,la guimara de Polancho.Que le cortaré las naressi más con ella se entrea,y le quitare una grebacon sus calcorros y alares.ROJAS¿Válgate el diablo, Cangrejo!¿Quién te enseñó germanía?MARÍAOigame, por vida mía,¿qué falta más?ROJASFalta el viejo.MARÍADéme una barba.ROJAS¿Aquí está,que para mí la guardé.MARÍAEnseñe y me la pondré;¿está buena?ROJASBuena está.MARÍA(Pónese la barba y representa de viejo.)Hija enemiga de honra,de aquestos caducos días,muévante ya mis porfías,pues no te ablanda mi honra.(De dama.)Señor padre, no me afrentecon tan extraño rigor,que siento más su dolorque no él mis desdichas siente.(De galán.)Vuesa merced no me culpe,que si a su hija he servido,es para ser su marido,y esto sólo me disculpe.ROJASEpílogo bueno, a fe.MARÍAVE aquí el galán, dama y viejo.Agora en sus manos deajoque empiece vuesa mercé.Haga, pues, lo que le toca.ROJASDime tú lo que he de hacer.MARÍADigo que haga una mujerpuesta aquesta saya y toca.ROJAS¿Yo mujer?MARÍAPues él mujer.ROJAS¿Pues cómo con barbas puedo?MARÍALuego con victoria quedo;¿halo ya echado de ver?ROJASDigo que verdad ha sido.MARÍAEn fin, señor, yo vencí;¿qué dice?ROJASDigo que sí.MARÍA¿Está contento?ROJASY vencido.MARÍAPues por vencido se da,quiero hacerle una mamona,y tras esto un buzc corona,y luego entrarse podrá:llegue y béseme esta mano.ROJASDe muy buena voluntadMARÍAPor sola aquesa humildad,quiero

perder lo que gano. Mas con condición será que hará lo que yo mandare, no hablará donde yo hablare, ni más fanfarroneará. ROJAS Digo que es justa razón. MARÍA Meta allá dentro esa saya. ROJAS ¿Qué he de hacer? MARÍA Paciencia, ¡vaya! Senado ilustre, atención. RÍOS.- La invención me contenta de la loa, porque es buena, principalmente que siendo para una niña ha de parecer muy bien, y más con la apariencia de la barba, que es ocasión de mucha risa.

SOLANO.- Por extremo me holgaría llegásemos a Jaén temprano mañana.

RAMÍREZ.- No me pesara a mí que representáramos ocho días en él, porque es muy buen lugar de comedia y aun tiene muy buenos entretenimientos.

ROJAS.- Dícenme que hay en ese lugar muchas antigüedades, así de medallas y piedras como de otras cosas romanas muy antiguas.

RÍOS.- Es verdad, por haber sido en otro tiempo poseído de romanos; pues dice Tito Livio que estando antiguamente esta ciudad bajo de la obediencia romana, se rebeló, y Publio Scipión, capitán romano, vino sobre ella con grande ejército y la ganó. Y en este tiempo fue poseída de los romanos, la cual se llamaba entonces Illiturgi, aunque unos dicen que se llamó después Mentesa, y otros Giene, de donde afirman que agora se llama Jaén; pero su verdadero nombre antiguo fue Aurigi.

SOLANO.- ¿Habéis visto la sagrada Verónica, donde está la figura de Nuestro Señor Jesucristo, esculpida vivamente en un lienzo, la cual señaló él mismo con su rostro santísimo cuando iba a ser crucificado?

RÍOS.- Ya la he visto tres o cuatro veces, y no podré juzgar de la color que sea.

SOLANO.- Eso mismo sucede a todos los que la ven.

RAMÍREZ.- ¿Habéis sabido quién trajo a este lugar una reliquia tan preciosa?

RÍOS.- He oído decir que un obispo natural de ella el cual está enterrado en la capilla principal de la iglesia mayor.

ROJAS.- Cuando otra cosa no tuviera, con razón se podía llamar la mejor y más dichosa ciudad de España.

RÍOS.- Pues dejando el bien tan soberano que en sí encierra, es muy proveída de trigo y todos mantenimientos, tiene muchos ganados, recreaciones y huertas, y unos baños que están junto a la Magdalena, que llaman de don Fernando, que en ellos se puede conocer su grande antigüedad.

ROJAS.- Bien cerca de ellos, agora ha dos años, vi una mujer de tan buen rostro que a no tener en él una falta, era sin duda una de las mujeres más hermosas de España.

SOLANO.- ¿Y qué venía a ser la falta?

ROJAS.- Tuerta del ojo izquierdo.

RÍOS.- Por ésa se dijo que no le hace más falta que a la tuerta el ojo.

RAMÍREZ.- Como quien dice: bebed con guindas.

SOLANO.- Dicen que huerto, tuerto, mozo y potro y mujer que mira mal, se quieren saber tratar.

ROJAS.- Pues llevaba un niño de la mano, hermoso por todo extremo, a quien también faltaba el ojo derecho; y admirado de un caso tan peregrino, fui a mi posada e hice esta loa, y por ser tan bueno el sujeto y que no fuese en Jaén conocido, fingí haberla visto en Granada, la cual dice de esta manera:

No el sitio de esta ciudad y su máquina admirable, no su hermosa y fértil vega, llena de huertas y cármenes, más ricos y más hermosos que aquéllos artificiales que en otro tiempo tenían las Hespéridas de Atlante: todos los del mundo es risa; aquí los de Chipre callen, afrentense los Pensiles, que con éstos todo es aire; no sus frescuras alegres, y no su campo agradable, más que el de Pancaya fértil, en el dulce olor suave; no sus cristalinos ríos, a aquel sacro semejantes, y origen del Po, del Nilo, del Ganges Tigris y Eufrates; no sus claras bellas fuentes, alegrando por mil partes, mejores que la Hipocrene, y aun no es

razón se le iguale las de Aganipe y Beocia, adonde las ninfas Táyidesse bañaran más contentas que entre sus bellos cristales. No trato de su grandeza, edificios, homenajes, su sagrado Monte Santo, que del mismo cielo nace; no de su Alhambra famosa, torres, plaza, Audiencia, calles; no de sus murallas fuertes las levantadas pirámides, con quien las altas de Egipto aun no pueden igualarse; no de sus hermosos templos, mejores que donde yace Erix, por Hércules muerto, porque a estos son imagen de aquel hebraico de Dios del romano de Marte. Y en efecto, la belleza de este espejo de ciudades, donde todas las mejores pueden venir a mirarse, no me han admirado tanto, como ha podido admirarme, una mujer, cielo o sol, si hay sol o cielo que hablen. Vila ayer, consideréla (si pueden considerarse con ojos de cuerpo humano las proporciones de un ángel). No digo que era criatura del suelo, que era afrentarle, ni la rubia y santa aurora, cuando las nubes esparce; no que era de Arabia el oro de su cabello admirable, ni que era más blanca y bella que la nieve cuando cae sobre los más altos montes, ni la rosa más fragante que, fresca y aljofarada, al nacer la aurora, nace; no que su nariz hermosa era al cristal semejante, sus cejas arcos del cielo, su hermoso cuello de jaspe. Pues tras esto, ¿qué diré? Sólo diré que su imagen la hizo sin duda Dios en la estampa de algún ángel. Pero tras de estas grandezas el cielo quiso quitarle el ojo izquierdo, invidioso de su hermosura notable. Conigo llevaba un niño, que de él me dijo era madre, más hermoso y más perfecto que aquel que pintó Timantes. Era un Cástor, era un Pólux, que a ver lo Júpiter antes, como al otro Ganimedes, se lo llevara en un ave. Era un retrato de Dios, tan vivo, tan semejante que al fin, como hechura suya, por suya pudo admirarme. También la naturaleza permitió que le faltase un ojo, que fue el derecho; mirad si puede admirarse. Díjele, espantado, al niño: «Niño hermosísimo, dale a tu madre el ojo izquierdo, para que nada le falte, pues si tu beldad es mucha, y de Dios eres imagen, estando ciego, podrán, cual niño Dios, adorarte. Si te vendaren los ojos, será porque a nadie mates, que de lástima de verte ninguno podrá escaparse.» No supe más que decirle, quise pasar adelante, pero transforméme en verley no pude más hablarle. Volvió la cara el rapaz, y llegándose a su madre medio lloroso, le dijo que aquel ojo le sacase: «Cumpla, madre, con las gentes, aunque mil ojos me saque, y aumente más su belleza para que nada le falte. Será Venus, yo Cupido, yo niño Dios, ella un ángel; dará gusto a este señor y nada vendrá a faltarle.» La madre le dice alegre: «Hijo mío, no os engañen, que no hay cosa en este suelo sin falta pequeña o grande.» Por cierto, ¡razón discreta y digna de que la alaben, tanto como su hermosura!, si aquésta puede alabarse, pues no hay persona en el mundo tan perfecta y tan loable, que no tenga imperfección o falta alguna notable. Que es ver a un hombre discreto, ya enfadoso, ya arrogante, ya jugador, ya perdido, ya maldiciente, o muy grave; la dama hermosa, discreta, humilde, honesta y afable, y al fin con aquellos dones que el cielo pudiera darle, muy melindrosa o muy loca, la boca un poquito grande, semejante a aquésta mía para que nada nos falte, los dientes algo morenos, que es la falta más notable, o la mayor hermosura que en un rostro puede hallarse; frente chica, grandes pechos, flaquita, de pocas carnes, ya muy gorda o muy grosera, ya muy niña o muy pasante. Asimismo en la comedia, hay malos representantes, hay mejores, no tan buenos, hay muy buenos, y hay no tales. Esta comedia de hoy ni es mala para asombrarse, ni buena para admirar, sino en un medio que aplace. Verso humilde, traza buena, y uno con otro bastante a servir y agradar; pero si en ella faltaren, al igual de los deseos, obras justas que no alcancen, supla vuestra discreción, para que nada le falte. SOLANO.- Yo he oído decir esta loa no sé a quién, de diferentes versos; pero no era buena, porque quien la hizo no supo aplicarla y por esta razón no se decía.

ROJAS.- No me espanto, que podría ser que contando el cuento a alguno quisiese hacerla y no hallase tan buena salida, y como dicen, en el fin se canta la gloria y ésa sería la razón porque fuese mala; pero ésta a dondequiera ha parecido bien.

RÍOS.- Es buena, y sin esto está bien aplicada.

ROJAS.- Un gallo he oído cantar; sin duda quiere ya amanecer.

SOLANO.- Bien podremos decir: pues los gallos cantan, cerca está el lugar.

RAMÍREZ.- ¿No sabríamos por qué canta este animal siempre a medianoche y a estas horas?

ROJAS.- No os espantéis de que el gallo, entre los demás animales, sea el que primero sienta la venida del sol y, dando las nuevas, parezca que pida a las gentes las albricias del venidero día y los despierte y llame para el trabajo. Porque en la monarquía de la máquina del mundo, ya sabéis que fue Dios servido de que se guardase este orden y concierto entre las cosas inferiores y superiores: que las otras tengan su dependencia de éstas, en cuanto en alguna manera se rigen, gobiernan y moderan por ellas, dependiendo de su influencia en sus acciones, si no es el hombre, que si bien es [verdad que] tiene dependencia de estas influencias por la parte que es corpóreo y sensible, mas por razón del libre albedrío, puede determinarse a esto o aquello, a seguir lo bueno y abrazar lo malo, aunque debajo de especie y apariencia de algún bien. Y con todo esto no podemos negar que en el hombre se muestran también algunas de estas inclinaciones o propensiones que le fueran en mil ocasiones peligrosas, a no tomarlas con el entendimiento y razón, y de éstas es de quien los astrólogos echan sus juicios, en los cuales sacan en limpio, no lo que el hombre hará (porque esto ni lo dicen ni hay razón para decirlo, porque fuera quitar al hombre el libre albedrío, poniendo en él determinación a una cosa), sino lo que los astros y aspectos de él le inclinan a hacer. Pero en los demás animales, tienen tanta fuerza las influencias de los cielos, que les hacen obedecer a aquéllos a que el tal signo, planeta o estrella inclina. Y así hay algunos astros que tienen particular y principal dominio sobre particulares animales, de suerte que en ellos mismos se les echa de ver.

En el gato predomina admirablemente el primer planeta, que es la luna, y de suerte que ordinariamente les van creciendo o menguando a estos animales las niñas de los ojos, como la luna en el cielo va creciendo o menguando. En las palomas predomina el tercero planeta, Venus, y así son muy venéreas. Los animales ponzoñosos, fríos, que participan de esta calidad en cuarto grado, como la tarántula, salamandria y otros, están sujetos a Saturno, y los cálidos a Marte, como son la víbora, culebra y la serpiente, que por nombre específico particular llama Lucano en su Farsalia «seps». De la propia suerte en el gallo predomina el sol, cuarto planeta de los del cielo, y siente su influencia de suerte que cuando el sol se va a poner, sintiendo su ausencia, se recoge primero que ningún animal, y a la media noche, sintiendo que se va llegando su venida, da nuevas de ella al mundo y despierta a los que duermen.

Y no sólo reinan en los sensibles estas influencias, sino también en los insensibles, como lo podemos echar de ver en las plantas, que unas son dulces, otras agrias, otras acedas, unas frías, otras cálidas, otras templadas. La hierba que llaman los latinos heliotropio, y acá llamamos gigantea o tornasol, sigue con tan natural fuerza al sol, que siempre le va mirando, volviendo su cogollo y hojas hacia donde el sol anda y camina; ciérrase su flor cuando el sol se pone y ábrese cuando vuelve a salir. La cicuta, hierba ponzoñosa con que murió Sócrates, por la fuerza de Saturno que en ella reina, mata con la frialdad unas veces, otras con el calor por la de Marte. Otras en las cuales predomina Júpiter, como la escorzonera, lengua buey y borraja, son templadas y sanísimas. Los milagros que hace el sol en el romero ya son públicos; y finalmente, nunca acabáramos

si hubiéramos de especificar y particularizar todas estas cosas y maravillas que se ven en las plantas.

Pues si vamos a las piedras, no nos da menos que admirar este maravilloso artificio en ellas, porque en ellas se reconoce admirablemente la superioridad de los astros. El precioso diamante es piedra del sol, cuya virtud parece divina, aunque su secreto es tan grande en la honra y castidad de los casados como necesario el callarle. El rubí es de Venus. El carbunco, parte del sol, parte de Júpiter, de quien son el zafiro y jacinto. La esmeralda es de la luna. La piedra imán del Norte, a quien mira y hace mirar al hierro, al cual atrae a sí con tanta fuerza que se sustenta de él y le convierte en su misma substancia. Y finalmente, todas estas cosas inferiores dependen de las superiores en esto: guardando el orden y armonía dicha entre sí.

RAMÍREZ.- Muy bien habéis dicho; pero dejando esto, decidme: ¿qué loa lleváis para la fiesta del Corpus de Toledo?

ROJAS.- Soy tan malo en eso de divino, que no sé si vale algo un disparate que he hecho; escuchadla, y si os pareciere bien, se dirá, y si no, el Jurado es vuestro amigo y nos podrá remediar de todo.

RÍOS.- Ahora decidla, que si no fuere buena, no faltará quien haga otra.

[ROJAS].-

A la fiesta del convite que hizo a la tierra el cielo, el mismo cielo se admira, temblando están los infiernos. Los vicedioses de Cristo, mármoles doce del templo, comiendo están, elevados con tan divino sustento. Suspensos están los hombres, en libertad nuestros cuerpos, las almas están en gloria, los ángeles en silencio. Alegres están los signos, parados los elementos, suspendidos los planetas, del orbe los movimientos; los serafines cantando, todos los santos contentos, luminosas las estrellas, firmes los ejes del cielo. Están los campos gloriosos, verdes, floridos, amenos, sesgo el reino de Neptuno, y en fiestas todos los reinos. Están los tristes alegres, están sanos los enfermos, están vivos los difuntos y los malos están buenos, alegres los animales, saltando de cerro en cerro, osos, tigres y leones vueltos en mansos corderos; las ovejuelas humildes luchando con sus hijuelos, todas las aves cantando deteniendo el veloz vuelo. ¡Ah, milagroso convite! ¡ah, convite de los cielos! ¡ah, redención de las almas! ¡ah, libertad de los cuerpos! ¡ah, sangre de Dios preciosa! ¡ah, pan de Dios verdadero! ¡ah, eterno Dios dado en pan! ¡ah, pan de Dios todo eterno! Pan sagrado y repartido, Dios precioso y todo entero, vuestra hechura dais en pan, convidáis con vuestro cuerpo. Y porque los convidados se admiren con tal suceso, vienen a comer con vosotros el manjar vos mismo. Mas, ¡qué mucho que se admiren a vos mismo os dais por ellos, y vuestra preciosa sangre dais a lanzadas del pecho! ¡Y qué mucho diga el hombre que está harto y satisfecho, si por darle de comer bajáis desde el cielo al suelo! Y vos, sagrada María, madre del rey de los cielos, intercesora del mundo, cristalino y claro espejo, de Dios tesorera rica, oloroso lirio fresco, alta torre de David, preciosísimo sol bello, estrella del mar fulgente, altivo y hermoso cedro, en tan sagrado convite merezca yo al hijo vuestro. Y vos, insigne ciudad y cristianísimo pueblo, noble, inexpugnable, antigua metrópolis de estos reinos, catolicísima y santa, archivo de mil secretos, castigo de tantos malos, defensa de tantos buenos, con tu catedral iglesia, con tus santos monasterios, con tanta fama y milagros que todos saben y vemos. Mas, ¡qué mucho que los haya, si hay un cardenal tan bueno, tan cristianísimo y justo, tan santo, tan limosnero, una ciudad, un cabildo, una justicia, un gobierno, un corregidor tan noble, tan principal, tan discreto! ¡Y qué mucho que esta fiesta sea al fin como del cielo, pues que tales diputados la honran con sus ingenios, con su virtud, con su hacienda, con su amor, con su buen celo, con su cuidado y trabajo, con sus cristianos deseos! ¡Y qué mucho esta ciudad sea la mejor del reino, si es el crisol de las damas, espejo de caballeros, retrato de

buenos tratos, cortesía de discretos, amparo de los perdidos y de los pobres remedio!; Y qué mucho que mi autor, siendo tan criado vuestro, sus faltas le perdonéis y a mí que a serviros vengo! SOLANO.- Yo no hallo en ella cosa que no me parezca tan bien como cuantas he oído.

RAMÍREZ.- A mí me ha parecido lo propio.

ROJAS.- Según eso, ¿bien se podrá decir?

RÍOS.- Y seguro que parecerá muy bien.

SOLANO.- A la venta nueva hemos llegado.

RÍOS.- Porque Rojas diga el cuento que nos tiene prometido desde el viaje pasado, os tengo de contar otro de mucho gusto que me sucedió habrá tres años en esta propia venta.

RAMÍREZ.- Dilo cantado, que se sale la cuba; ¿no diréis el que nos sucedió a entrambos?

RÍOS.- Tenéis razón, que juntos veníamos.

SOLANO.- Por vida de Ríos, que le oigamos.

RÍOS.- Yo salí una Cuaresma de Granada para Madrid, a ver una dama que tenía, a quien quería tanto que era sin duda la mitad de mi pensamiento: lo uno porque lo merecía y lo otro por lo que me costaba.

SOLANO.- Tanto te quiero cuanto me cuestas.

RÍOS.- A ésta daba ocho reales cada día para su plato, y seis ducados cada mes para la casa y todo lo que había menester de galas, acudiéndole siempre con mucha puntualidad, desde dondequiera que me hallaba y excediendo muchas veces del poder que tenía, haciendo mohatras y vendiendo mis prendas porque no le faltase dinero ni tuviese ocasión de irse con otro. En efecto, yo iba con mucha confianza, mediante la correspondencia que tenía y las cartas que de ocho a ocho días me enviaba, aunque algo temeroso, no de mudanza, sino de una maldita suegra que tenía.

ROJAS.- Cuñada y suegra, ni de barro es buena.

RÍOS.- Salimos al fin Ramírez y yo de Granada el segundo día de Cuaresma, y para regalarnos por el camino busqué pescado fresco; hallé un amigo que me dio un sabalo y dos bonitos; esto hice que se empanase todo y henchí una bota grande de vino a loque de ojo de gallo, sin otras cosas que no digo. Llegando una noche a esta venta, no hallamos qué cenar en ella sino sardinas, y yo saqué de mis alforjas las empanadas, hice poner la mesa, puse a mi lado la bota y sentámonos a cenar yo y Ramírez allí cerca de la puerta. Estando cenando, entró un estudiante, alto de cuerpo, medio capigorrista, el sombrero metido hasta los ojos, y después de saludarnos, apeóse de su mula, metióla en la caballeriza, echóla paja y cebada y sale luego sacudiéndose la sotanilla y preguntando qué había de cenar a la señora huéspeda; díjole lo que había, que eran sardinas, y él, muy enfadado, replicó: ¿Es posible que no tendrá algún pescado fresco? Y yo, como tan cortesano, díjele, si era servido que llegase, alcanzaría un bocado. Él no se hizo de rogar, sino que antes que yo lo acabara de decir, se llegó a hacernos merced y sentóse diciendo: «Señor, entre la gente principal y hombres que tanto pueden, por fuerza han de recibir merced los que poco valen»; y tras esto tomó un cuchillo, y con mucho desenfado empieza a desbastar pan como un carretero. Yo, que le había convidado y no soy nada corto, díjele que alcanzase de lo que más bien le pareciese. Señaló con el cuchillo una empanada y preguntó qué era aquello, y respondíle: «Señor, bonito». Y dice: ¿Bonito, señor? ¡Oh, pese a mi sayo, vive Dios, que no hay hombre tan amigo de bonito como yo en el suelo!», y echóse en la boca la mitad de la empanada, diciendo: «¡Oh bonito!, máteme Dios en tierra donde hay tal pescado». Señala a la del sabalo y hace lo propio, con la mayor desenvoltura del mundo, que a no ser yo tan amigo de dar, daba ocasión a que le diera con un leño. Eché tras esto vino en una taza para Ramírez, y

él, como lo vio, dijo: «¿Aloque es el vinillo? ¡Oh, plegue a mi vida, por vida de Apolo el Delfico, que se regala vuesa merced como un arzobispo y que me ha de hacer un brindis del ojo de gallo!» Yo le hice y a él parecióle ser muy chica la taza, y dícele a la huésped: «Señora, ¿no habrá una cosa ancha que se vea toda la bebida?, que tengo hecho juramento de no beber en taza angosta. Déme vuesa merced, reina mía, aquella aljufaina» (y cabía en ella media arroba). Échanle vino, y la huésped que lo iba echando paraba, pareciéndole que había echado mucho, y él decía: «Eche, señora, pese a mi ánima, y no le duela: ¿piensa vuesa merced que es gente miserable la que tiene en su casa?» Y de esta manera le echó más de azumbre y media. Y sin decir esta boca es mía, dejó ad te suspiramus la taza y acabó con decir: «¡Oh, qué pequeña es la bota!: no tengo yo hartos para una comida en seis botas como ésta; bien parece que yo no traía mucha gana, que a fe de quien soy que no había de quedar gota». Yo, por una parte reventaba de pena, y por otra no podía disimular la risa. Al fin, después que se cumplió la maldición sobre la triste bota, dio cabo de más de una empanada y dejó barrida la mesa. Dijo: «El hombre apercebido, medio combatido». Preguntéle por qué lo decía, y respondió: «Quien adelante no mira, atrás se queda; acordémonos que hay mañana, y que no es razón se destruya todo en un día». Y diciendo esto y sacando un lienzo muy encerado (de sucio), fue echando en él todo lo que había quedado de las empanadas y atóle muy bien y dijo: «Esto será para almorzar por la mañana un bocadillo, porque prometo a vuestas mercedes que soy enfermísimo del estómago y es morir si no me desayuno». Yo entendí que íbamos todos un camino y preguntéle de dónde venía o a dónde caminaba, y respondióme que de Madrid iba a la ciudad de Granada. Yo, como tenía allá mi Marcela (que así se llamaba esta mi señora), díjele qué había en Madrid de nuevo y respondió: «Señor, si trata vuesa merced del género femenino, ninguno le pudiera dar más buena razón de eso, porque soy muy juguetoncillo. Sabrá vuesa merced que está allí agora una brava dama que se llama doña Nufla, que tiene revuelta la Corte porque es muy bella mujer, y está otra doña Zangamanga, cabos negros, de buen gusto; pero la que entre todas se lleva la flor, y ha hecho raya en las salidas al sol de estas Carnestolendas, es una Marcelilla, que le doy a vuesa merced mi palabra que es los ojos de toda la villa».

Pues como me tocó en lo vivo de mi gusto, apuréle que me dijera dónde vivía, quién era o con quién trataba, y él me dijo: «Señor, vive hacia la puerta de Santo Domingo, y es mujer que hace placeres y tiene visitas, aunque es muy amiga de su gusto, y por esto no tiene ley con nadie: el otro día estuvo presa por amancebada con un licenciado forastero». Y respondió Ramírez: «Sabeldo coles, que espinazo hay en la olla». Y él prosiguió diciendo: «Éste habrá tres meses que la habla, y aunque ella dice que le quiere bien, es fingido: porque habrá vuesa merced de saber que adora a un farandulero que está aquí en Granada, que se llama Ríos, un bellaconazo de éstos que andan de venta en monte; y es con tanto extremo lo que le quiere, que me han dicho de su casa por cosa muy cierta que se muere por él. Mire vuesa merced la lástima de estas pobretas, y si un hombre honrado como vuesa merced llegara a ella, se hiciera de los godos y no se contentara con muchos ducados: y un pícaro como aquél y otros de su trato gozan del mejor entretenimiento». Yo dije entre mí: «Topado ha Sancho con su rocino». Y aunque algo alborotado con las malas nuevas, preguntéle si conocía a Ríos y respondió: «Jesús, señor, es el mayor amigo que yo tengo; Riuelos es un picaño, un hombrecillo pequeño de cuerpo, mal barbado, y aun de esto es lo que me maravillo que siendo como he pintado, le quiera una mujer de tan buen rostro. Pero sin duda que estos bellacones tienen garabato». Al fin, después que le hube oído y disimulado (que no fue poco) dije á Ramírez que nos recogiésemos, y a la mañana tomé mi camino, y llegando a Madrid

hallé verdadero todo el pronóstico de aquel mi amigo: dejéla, y ella de aburrida casóse con el licenciado que el capigorrón había dicho y yo busqué otro entretenimiento.

SOLANO.- or vida de quien soy, que ha sido bueno el caso y de mucho gusto.

ROJAS.- Verdaderamente, que todos los vicios en una mujer son como vara verde, que dobla, pero la mudanza es palo seco, que quiebra.

RAMÍREZ.- Niña, viña, peral y habar, dicen que son malos de guardar.

RÍOS.- Señor, ni hay mujer sin tacha ni mula sin raza.

ROJAS.- Sí; pero ésa fue con vos como el erizo, que primero os sacó la sangre de las venas que viédeses lo que tenía en las entrañas.

RÍOS.- Hermano mío, las mujeres son como la liga, buenas de pegar y malas de desasir; y vemos que si un hombre gasta con ellas su hacienda y las regala, le pagan de esta manera, y si no les da nada dicen que es la misma miseria; pues si las deja salir con su gusto, le tienen por necio, y si se lo estorba, por enfadoso; si las quiere, le aborrecen, y si no las quiere, le persiguen.

SOLANO.- En los anales pompeyanos he leído que allá en el Oriente y vertientes de los montes Rifeos, hay unas gentes bárbaras que llaman Masagetas y tiene cada uno de éstos, en lugar de casas, dos cuevas donde viven en la una los maridos, mozos e hijos, y en la otra mujeres, hijas y mozas, y júntanse con ellas solamente un día en toda la semana, porque dicen aquellos bárbaros que lejos de ellas están seguros de oír sus disgustos y, apartados, de ver la mudanza de sus pechos.

ROJAS.- También dice Homero que los hombres de Grecia cuentan los años que tienen desde el día en que se casan, por el estado que toman, la vida que mudan y las mudanzas a que se sujetan.

RÍOS.- Preguntando a un filósofo por qué no se casaba siendo un hombre de tanta edad, respondió que por cuatro cosas no lo hacía: porque si era fea, la había de aborrecer, si rica, de sufrir, si pobre, de mantener, y si hermosa, de guardar.

RAMÍREZ.- Por cierto decía bien.

SOLANO.- Mejor decía el otro: «Padre, ¿qué cosa es casar? -Hijo, sufrir, trabajar, gruñir y llorar».

RAMÍREZ.- Paréceme a mí que pues en España perdonan a los locos porque carecen de juicio, habían de perdonar a los enamorados, pues carecen de sentido.

RÍOS.- Yo os prometo que estaba yo bien fuera del mío cuando quise una mujer que me dio tan maldito pago, y merecía por ello en lugar de perdón muy gran castigo, pues gasté con ella en regalos y terceros muy buenos ducados.

RAMÍREZ.- Dicen que la plata blanca se labra con la pez negra, y el árbol tierno se conserva con la corteza muy áspera, y la mujer vana se rinde con pasos, escudos y terceros

ROJAS.- Bien dijistes vana, pues fue hecha entre sueños, mientras Adán dormía, y con caber en él tanta ciencia y aviso, se vino a destruir por no la saber entender.

SOLANO.- A este propósito digo algunas veces entre mí: «Ven acá, mujer; si eres de carne, ¿cómo eres tan dura? Si eres de hueso, ¿cómo eres tan blanda? Si eres compañera del hombre, ¿cómo eres tan contraria suya? Si no temiste una serpiente, ¿cómo huyes agora de una araña u otra cualquiera sabandija? Y si es verdad que tienes temor de una araña, ¿cómo eres tan brava y temible? Y si naciste desnuda, ¿cómo inventas por momentos tantos géneros de vestidos y galas? Dime, mujer: ¿cómo es posible que en el mundo sobras, si vemos claramente que fuiste compuesta de faltas? Y si fuiste hecha de una costilla, ¿cómo hay en ti tan poca firmeza? Pero sin duda que de aquí nace tu mudanza, que como fuiste hecha como a traición y de las espaldas, siempre piensas que no te pueden dejar de ver ser firme, y así apeteces tanto el ser mudable».

ROJAS.- Por vida de quien soy, que pues habemos empezado a tratar de ellas, que os he de decir una loa que hice (no ha muchos días) en su vituperio (quizá por alguna mala obra que de alguna he recibido); y aunque está en prosa, es de mucho gusto.

RÍOS.- Con no pequeño la oiré yo, por ser contra las que son malas, que las buenas no han menester nuestra alabanza.

ROJAS.- Veinte y cinco años ha que peleo por mis graves culpas en este triste campo de la miseria, y el propio tiempo ha que corro la posta de la vida, sujeto a los peligros de ella, mudanzas del tiempo, variedad de fortuna, trabajos de cautivo, escándalos de preso, aflicciones de pobre, necesidades de ausente, y sujeto sobre todo a la inconstancia de las mujeres; donde he procurado conocer sus tratos, así en España como fuera de ella, gastando este breve discurso de mi florido tiempo en saber del mundo todo aquello que mis buenos deseos pretendían y mi pobre ingenio aprender pudiese. Porque dice un sabio que el hombre que no sabe lo que ha de saber, es bruto entre los hombres, y el que no sabe más de lo que ha menester, es hombre entre los brutos, y el que sabe todo lo que se puede saber, es dios entre los hombres. Y así se me ha pasado lo mejor de mi mocedad en liviandades, aunque arrimado siempre a algunos ejercicios, como son armas o letras, procurando gastar el tiempo en semejantes actos, porque dice el divino Platón que el hombre que sin utilidad ha pasado la vida, como indigno de vida le quiten lo que le queda de vida, y confieso mi pecado que si alguno he gastado mal y merezco la muerte por él, es el desdichado que he perdido con mujeres: porque toda mi pasada pena, respecto de su daño, ha sido gloria; mi esclavitud, contento; mi prisión, libertad; mi pobreza, gusto; el regalo de amor breve, infierno perdurable; y al fin confusión todo, porque como dice Ovidio en el libro De Arte amandi: Amor es un no sé qué, viene por no sé dónde, envíale no sé quién, engéndrase no sé cómo, siéntese no sé cuándo, mata no sé por qué, y al fin, es todo viento, y la mujer nada. Sicut lex instituta, § 7: Quid levius vento? fulmen; quid fulmine? flamen; quid flamine? mulier, quid muliere? nihil. ¿Qué cosa hay más liviana que el viento? el rayo. ¿Y que el rayo? la llama. ¿Y que la llama? la mujer. ¿Y que la mujer? nada, porque es la misma nada. Quoniam quator sunt insatiabilia: terra, ignis, infernus, et mulier. Cuatro cosas hay insaciables que nunca se hartan: la tierra, el fuego, el infierno y la mujer. Y aunque lo dicho bastaba por ejemplo, con vuestra licencia pasaré adelante. Trayéndole Demócrates a Demóstenes, por cierta diferencia que entre los dos tenían, una mujer la más sabia y virtuosa que pudo hallar, vista por Demóstenes, le dijo: «Llévala, que todas son mujeres, y aquesa no tan loca como las demás».

Muchos ejemplos tenía que decir, pero hame parecido traeros a la memoria algunas historias cerca de este particular para que verdaderamente conozcáis quién son:

Por Eva perdió su mayorazgo el género humano (Gene).

Por Herodías mandó Herodes cortar la cabeza al Bautista (Mar. 6).

Mujeres hicieron idolatrar a Salomón (Reg. 3).

La sodomía comenzó por las mujeres.

La primera que dijo mentira en el mundo, fue mujer.

Los corros, bailes y danzas de las mujeres fueron la principal parte de la indignación divina contra la ciudad de Nínive.

Por quien castigó Dios tan ásperamente a David fue por el adulterio que cometió con Betsabe, por cuya causa murió el valeroso Urías (Reg. 2º).

La mujer de Lot, por inobediente, la castigó Dios, mudándola en estatua de sal; y sus hijas de ésta se echaron con su padre (Gene.).

Dina fue causa de la muerte de Siquén, príncipe (Gene.).

Por amor de Tamar perdió la vida Amón (Reg. 2º).

Y dejando las de la Escritura veremos claramente que por la Cava se perdió España.

Eulisia, la mujer de Marco Antonio, hizo cortar la cabeza a Cicerón, padre de la elocuencia.

Mesalina hizo traición a Claudio, emperador romano.

La madre Celestina dice que son las mujeres arma del diablo, destrucción del Paraíso, albañar sucio debajo de templo pintado.

Pasife se encerró en un cuero de vaca por gozar de un toro de que estaba enamorada.

Mira, Circes y Fedra fueron grandes hechiceras.

En un convite que hizo Cleopatra a Marco Antonio, en el bosque de Sefin, de sesenta hijas de senadores, remanecieron cincuenta y cinco preñadas.

Deyanira abrazó a Hércules y le quemó con una camisa.

Clitemnestra mató a su marido Agamenón por ser viciosa.

Tulia, hija de la reina Tanechil, despedazó a su padre.

Rosemunda mató a su marido Alboino, rey de los longobardos, por casarse con su criado, y segunda vez mató a éste por casarse con otro.

Romilda mató a su marido el duque Sisulfo por amores del rey Cacano.

Egialea mató a Diomedes por hacerle traición.

Henrico octavo, rey de Inglaterra, perdió la vida por una mujer, y ésta misma después le hizo traición y murió por ella.

Quien destruyó el valor del ejército de Ambal fueron mujeres de la ciudad de Capua.

Por Elena se destruyó Troya y despobló Grecia.

Fuera cansaros y proceder en infinito si hubiera de decir y especificar tantas y tan verdaderas historias como ha habido de mujeres. Pero ¿qué mayor ejemplo ni más evidente prueba queréis que las presentes de agora? Pues ellas menosprecian lo que les dan y mueren por lo que les niegan; y si el hombre hace todo lo que la mujer quiere, ella no hace nada de lo que el hombre desea. Y en efecto, digo y concluyo con decir que las mujeres son verdugo de nuestras honras, pestilencia y nuestras vidas e infierno de nuestras almas y diaquilón de nuestras bolsas, pues nos chupan las entrañas y nos cicatrizan hasta la sangre de las venas.

RÍOS.- La mejor que habéis dicho es ésta.

RAMÍREZ.- Bien se parece que vos escribistes con pasión y enamorado, y Ríos habla sin juicio y celoso, que aunque ha caminado el tiempo no dejan de quedar reliquias del mal pasado, y no he de consentir donde yo estuviere que se diga mal de quien sabemos que se encierra tanto bien. Y aunque no soy poeta, puedo decir mucho en su alabanza, pues Eusebio, Bocacio, Anio rústico y Laercio dicen que Teoclea enseñó a Pitágoras, y siendo, como era, hermana suya, aprendía él de ella.

ROJAS.- También dice Falaris el tirano tener más envidia a la fama de una mujer antigua que a la vida de todas las presentes.

RAMÍREZ.- Ése no podía hablar sino como quien era: que si era tirano, ¿cómo podía decir bien de ninguno?

ROJAS.- Pues dejemos éste y vamos al caso: la soberbia, la crueldad, la invidia, la traición, la impaciencia, la deshonestidad, la malicia y la mudanza, ¿todo esto no se hallará junto en Filomena, Marcia, Popilia, Mamea, Macrina, Medea, Domicia, Biblis, Fedra, Mirtra y otras mil de que están llenas las historias? Y dejando aparte las que aquí se han dicho en la loa de la Escritura, tratemos de la gran facilidad de otras muchas co[mo] la de Verona, Sofonisba, que se enamoró en unas fiestas de un caballero romano que se llamaba Estrasco y era mudo; Elena griega, de Paris troyano, de verse juntos sola una vez en un templo; Eurífile, reina de las Amazonas, del Magno Alejandro, en una guerra, y vino a convertirse en amores la batalla; Gemilicia, señora de Partinuplés, de Pirro, rey de los Epirotas, y de un solo día que estuvo en su ciudad quedó preñada, y en pariendo la mató un hermano suyo. Pudiera decir tantas que no tienen número.

RAMÍREZ.- Pues venid acá, mentecato; si buscamos valentía, nobleza, sabiduría, castidad, fortaleza, amor, fe y honestidad, ¿dónde la hallaremos sino en Rodogona, reina de Persia, viuda de Orón, que estando peinándose los cabellos, le dieron nuevas que se le rebelaban los suyos, y sin más aderezarlos, subió en un caballo y salió con su ejército a pelear, y después de vencidos los peinó y aderezó?

ROJAS.- Eso mismo podéis decir de Semíramis; pero decidme luego, ¿quién era, cuántos mataba y por qué lo hacía?

RAMÍREZ.- Llegado a que hayamos de especificar sus virtudes más por extenso, ya sabemos que todos los ejercicios virtuosos del mundo los inventaron las mujeres, pues la invención de escribir letras inventó Nicostrata (que por otro nombre llamaron Carmenta); Polina, la retórica, según Plinio; Milexia, los relojes; Ceres, el pan y guisados, según Solino, y Diodoro y Plinio afirman que ésta misma dio principio al haber leyes. Anachil fue la primera que se vistió paño. Aragne inventó el hilar, Safo el hacer versos, que llamó sáficos, y los de C[*o*]rina compitieron con los de Homero (según Propertio en sus libros segundo y quinto), y Teobulina, Damorfila, Valeria, Proba, Praxila, Hipatia, Aspasia, Cornelia, Musea, Fermones, Teofelia, Sisipatria y Telesila fueron grandes poetas, de las cuales escriben Lucrecio y Teofra[s]to (en la Vida de Apolonio), Erasmo, Quintiliano, Plutarco (en el libro De virtutibus mulierum), Celos (en el libro octavo, capítulo undécimo).

Y si queréis saber particularmente sus proezas y constancia, leed a Valerio Máximo, Tito Livio, Apiano y Sabélico. Si de amor verdadero y honestidad, a Pomponio Mela y Juvenal. Si de sabiduría y discreción, leed a San Jerónimo en la Biblia, San Agustín, el Diccionario Griego, Cicerón, Marcio y Capela. Si de valor, secreto y fortaleza, a Plinio, Varrón, Justino (en el libro segundo), Quinto Curcio, Diodoro. Si de esfuerzo, discreción y humildad, a Aristo, Alejandro, Areta, Licurgo, Marcial, Pitágoras, Demóstenes, Cleobulo, Columela, Juan Bocacio, Paulo Orosio, Dodrilo, don Luis Zapata, don Martín de Bolea, sin otros mil autores, y en ellos y todos los que he dicho hallaréis la honestidad de la hermosísima Lucrecia, de Tanachil, Caliusa, Aronaca, Diamira, Minerva y la reina Dido, el amor verdadero de Porcia, Paulina, Cestesa, Cleopatra y Artemisa; la discreción, valor y elocuencia de las Sibilas, Pérsica, Lábica, Elesponciaca, Déléfica, Samia, Heritea, Fisia, Cumea, Burtina, Cumana, Tiburtina, Europa, Cimeria, Policrata, Aspacia, Proba, Reina Saba y Valeria. Hechos magnánimos de Fabiola, Sabina, Panfilia, Anastasia Luceya, Telexila, Patra, Pola, Lelia, Istrina, Marcela, Pantea y Marcia.

Y si queréis conocer con más veras quién son, dejemos todas las pasadas y vengamos a las que hemos conocido y conocemos agora en nuestra edad presente: la gran cristiandad y valor de nuestra reina y señora doña Margarita de Austria, que Dios guarde felicísimos años, la gran sabiduría de doña Ana, reina de Francia, y doña María portuguesa, hermana del rey don Juan. Mirad en España a Isabel Rosales, que leyó en Roma las divinas letras y la oyeron leer muchos cardenales en escuelas, la prudencia de doña Teresa Henríquez, la reina dona Isabel y emperatriz doña María de Austria, que Dios haya, y aquel hecho de la hermosa e insigne Cordobesa, la cual, viéndose viuda y siendo muy perseguida, se abrasó la mayor parte de su cuerpo. Mirad a Catalina Ortiz Navarra, y entre todas las que tengo dichas, la santidad de Teresa de Jesús. Y sin esto, bien sabéis la gran discreción y honestidad de muchas que hoy conocemos nosotros propios en toda España, que cualquiera de ellas pudiera gobernar diez mundos, según su gran valor y prudencia.

ROJAS.- Ramírez tiene mucha razón, que está tan introducido entre algunos hombres el decir mal de las mujeres, que porque una que es la escoria del suelo hizo una baja, tuvo una mudanza u otra semejante cosa, luego decimos mal de todas, y pues yo he sido

el más culpado en esto, quiero enmendarlo y deciros otra loa que hice en su alabanza, arrepentido de decir mal de aquéllas en quien está cifrado todo nuestro bien Y sin quien es imposible que pudiésemos vivir.

SOLANO.- Ahora decid la loa, que aunque Ríos calla, no dejará de gustar de oirla.

ROJAS.- Dice de esta manera:

¿Quién duda ahora que estas mis señoras no estén quejosas, y con justa causa, de mí? Sí estarán. Pero considerando que mi deseo de ofenderlas es ánimo de servir las, me ha dado atrevimiento para reducir en su alabanza lo que ayer fue en vituperio, y así digo: Que cuando Dios crió a Eva, fue de costilla y no de carne, como lo dice la Escritura, porque quiso Dios hacer una nobilísima y fuerte criatura, y así no tomó lo más flaco, sino lo más fuerte, al contrario del hombre, que fue edificado de barro, lo cual se ve en el mismo verbo que dice el Génesis, edificavit, que es propio de palacios, casas, torres, templos, significando que les hacía templos del Espíritu Santo. De manera que, según su creación, fácil se nos da a entender quiso nuestro Señor mostrar la grandeza de su misericordia inaccesible y suma generosidad y largueza de su divina mano en criar una cosa fortísima, como fue la mujer. Y así vemos que cuando la Iglesia ruega por nosotros en particular y específicamente, no habla de los hombres sino de las mujeres, diciendo: Intercede pro devoto femineo sexu, que son palabras del gran Agustino. Y ser esto verdad (como verdaderamente lo es) baste, por ejemplo, aquella milagrosa y admirable mujer hebrea, que animaba sus siete hijos a que padeciesen muerte por la ley de Dios (2, Math. 7), y en el sermón que Cristo predicó a los fariseos, cuando hizo el milagro del endemoniado, ciego, sordo y mudo, entre tanta infinidad de ellos se levantó Marcela, una mujer sola, pobre y vieja, y dijo a voces, alabando aquel milagro: Beatus venter qui te portavit et ubera quae suxisti. Según esto, claro vemos ser las mujeres dignas de cualquier alabanza; y para que mejor se vea, diré de algunas que han sido castas, hermosas, discretas, constantes, virtuosas, profetisas, valerosas, magnánimas Y elocuentes. Y así empiezo y digo:

Que si por Eva se perdió el mundo, por la Virgen se comenzó la redención (D. Bern.).

Por la hermosura de Raquel se le facilitaron a Jacob sus catorce años de servicio (Gene.).

Por la traza de Raab fueron libres los exploradores de Israel (Josué).

Por la industria de Jael fue muerto el capitán de los cananeos, y libre de su opresión el pueblo de Dios (Iud.).

Por su virtud y paciencia mereció Rut casar con Booz (Rut).

Por el juicio de Delbora se gobernó todo el pueblo de Israel, y con su valentía venció a Sisara, capitán del ejército contrario (Ind. et c. 5).

La prudencia y hermosura de Abigail libró de la muerte a su marido Nabalcar melo (Reg. I).

Ana, mujer de Elcaná, por su humildad y oración, mereció, siendo antes estéril, ser madre del profeta Samuel (1, Reg., I).

El ánimo y hermosura de Judit dio libertad a los betulianos y cortó la cabeza al capitán Holofernes (Lud.).

Estimó Dios más las dos monedas que ofreció la viuda que los tesoros que los ricos ofrecieron.

En el misterio de la Resurrección fueron más prontas las mujeres en creer que no los hombres.

La discreta plática de la mujer Cananea alcanzó de Cristo salud para su hija (Matt. 15).

La Magdalena, con sus lágrimas, alcanzó perdón de sus delitos (Luc., 9).

La viuda de Nain, con su dolor, alcanzó vida para su muerto hijo (Luc., 7).

Marta y María, huéspedes de Cristo, con su devoción, tristeza y lágrimas, provocaron a Cristo a derramar lágrimas, y su fe mereció que les resucitase a su hermano (Ioan). A quien primero apareció Cristo resucitado, fue a su madre preciosísima (Doctor.). Aquí será bien que acabe, que aunque es verdad que pudiera traer otras más historias sin número, bastan las que he dicho para que estas mis señoras, usando en el silencio de su discreción, acudan como yo a su alabanza: que por fin de ella y engrandecimiento de todas las mujeres del mundo, sólo diré que las mujeres nos quieren, cosen, guisan, lavan, espulgan, remiendan y almidonan, cuecen la carne y guardan el dinero.

RAMÍREZ.- Paréceme agora Ríos al gaitero de Bujalance, que le dan un maravedí porque taña y tres porque calle.

SOLANO.- ¿De qué habéis enmudecido?

RAMÍREZ.- De ver que le habéis obligado a que diga bien de lo que quiere mal.

[ROJAS].- Esa fuerza tiene la verdad, que no hay nada que la pueda encubrir, sino que dondequiera tiene que resplandecer.

RÍOS.- Yo conozco que es así; pero no me negaréis que no hay algunas mujeres tan soberbias y vengativas que si las ofendéis en un pelo de la cabeza no procuren sacaros diez veces el alma.

RAMÍREZ.- ¿Pues qué persona hay ofendida que no procure tomar venganza, principalmente quien tiene en sus manos nuestra honra y aun muchas veces nuestra vida? Y siendo esto así, ¿para qué se ha de ofender a quien sabemos que se puede tan a poca costa suya vengar, dándole ocasión de poderlo hacer? Porque, sin duda, la mujer llevada por buen término es buena, y llevada por malo, no me espanto que alguna mala busque su remedio. Porque no hay tigre, oso ni león tan bravo que regalándole no sea como un cordero, ni cordero tan manso que maltratándole no sea como un toro furioso.

ROJAS.- A este propósito, os diré una loa de una enigma de la mujer que entiendo es buena.

RAMÍREZ.- Si es en su alabanza, bien podéis decirla.

SOLANO.- Ella lo dirá.

ROJAS.- Pues escuchalda:

Paseándome ayer tarde triste y solo en una huerta, después de un prolijo ensayo de una comedia no buena, acordéme de Artemisa, la hermosa Dido y Lucrecia y de otras muchas que callo, así malas como buenas. Contemplé, miré, advertí discreción y nobleza, y al fin de un breve discurso, que fue bien breve a mi cuenta, vi venir cuatro galanes y los dos de ellos poetas, por medio de aquellas ramastratando de la comedia. El uno dice que es mala, el otro que no era buena, éste que es de Miguel Sánchez, aquél de Lope de Vega; que tiene bellaco fin, malos versos, pocas veras; en efecto, que ella es mala y sea de quien se sea. Quise llegar, reportéme, porque enojado pudiera hacer una necedad, y no fuera bien hacerla. Al fin me fui y los dejé, y agora salgo a hacer prueba de sus divinos ingenios, de su discreción y letras. Oigan, que con ellos hablo, con ellos quiero contienda, con los cofrades de amor, practicantes de la esfera, ballesteros de Cupido, noveleros de Guinea, mártires de un pensamiento, confesores de mil reinas, penitentes de un favor, tributarios de seis viejas, adamados paseantes, trasnochantes con rodela; por lo humilde, serviciales, por lo soberbio, sin lenguas, devotos de media cama, ayunantes de por fuerza; a lo señor mentecatos, a lo fruncido poetas, águilas que contra el sol resisten del sol las hebras; teólogos de nación, dichosos por una estrella, sabios que enseñan y tienen conocidas academias. Cual los indos en Olimpo, o los griegos en Atenas, o los latinos en Samia, o los galos en Aurelia, los siros en Babilonia, o los hebreos en Elia, o los hispanos en Gadeso los caldeos en Tebas, así aquestos mis señores tienen dentro de sus puertas academias donde aprenden a murmurar lo que enseñan, adonde estudian sus faltas y castigan las ajenas, que sólo de ciencia

alcanzanhacer sus culpas secretas.Pregunto, pues, a estos tales,a los que saben de letras,de círculos, paralelos,de climas y de planetas,un enigma o cosa y cosaque anoche en la casapuertaestudié, con seis gabachosy cuatro mozas gallegas.Esténme un poquito atentossy adivinen lo que sea:¿Qué es la cosa que no comey come, y siempre está hambrienta?Es cobarde y animosa,es muy pesada, es ligera,es muy flaca y es muy fuerte,es muy necia y es discreta,es mísera, es dadivosa,es un bronce, es una cera,es cruel, es amorosa,es un tigre, es una oveja.Quiere y aborrece mucho,olvida y siempre se acuerda,promete mucho, da nada,da contento y da tristeza.Es valiente y es medrosa,es muy noble y es soberbia,es dichosa, es desdichada,es muy hermosa, es muy fea,es ingrata y agradece,es pobre y tiene riqueza,es amiga y enemiga,es casta y es deshonesto.Dice verdad, siempre miente,no ha estudiado y tiene escuela,aprende de los que aprenden,a los letrados enseña.A quien engaña despide,a quien desengaña ruega,desecha vivos presentesy ausentes y muertos pena.¿No hay nadie que me responda?¿No hay ninguno que lo sepa?Pues, por no enfadaros tanto,la mujer digo que es ésta,de quien tantos males diceny tantos bienes se encierran.Los hombres las hacen malas,que ellas de suyo son buenas,pues no hay pesar, no hay desdicha,no hay encanto de sirena,no hay llanto de cocodrilo,no hay basilisco, no hay fiera,no hay males, no hay mortandad,no hay rabia, no hay pestilencia,no hay engaño, no hay traición,no hay crueldad, no hay muerte eternaque más acabe y consuma,no hay pena que dé más penaque una mujer ofendida,si acaso por mal la llevan.Tratalda mal y veréisvuestra sepultura cierta,prisión, infamia y destierro,horca, cuchillo o galeras.Llevada por mal, es mala,pesada, cobarde, necia,fácil, ingrata, enemiga,desgraciada y deshonesto.Es muda y callando habla,que son los ojos sus lenguas,que hablan más que letradoscuando en su derecho alegan.La más ligera es pesada,la que es más lince, más ciega,la más fiel, más traidora,la más hermosa, más fea.Mas si la lleváis por bien,la más pesada es ligera,la más cobarde, animosa,la más necia, más discreta.Todas dan gloria y contento,gustos, regalos, ternezas,descanso, amor, vida y honra,fama, dicha, nombre y prendas.¡Oh, venturosas mujeres,nobles, constantes y bellas,discretas, damas, hermosas,castas, devotas y honestas!Estando de nuestra parte,no habrá nadie que se atreva a murmurar de nosotros,porque, en efecto, es comediaadonde se encierra todolo que en la mujer se encierra;mirada con buenos ojos,recebida con nobleza,amparada de discretos,admitida de poetas,perdonadas nuestras faltasy vista nuestra pobreza,nuestra voluntad, que es grande,ya que pequeñas las prendas,hará eternos vuestros nombres,supliréis nuestra flaqueza,remediaréis los humildes,ampararéis nuestras quejas,aumentaréis vuestras famahonraréis vuestras comedias,animaréis el deseopara que en serviros crezca,pues donde sobra aficiónno faltaron jamás fuerzas.RAMÍREZ.- Esto es lo propio que yo decía; pero hay hombres tan pobres de entendimiento, tan faltos de juicio y tan soberbios de corazón, que le dan a una mujer honrada por compañera, y a dos días la hacen su esclava, sin conocer sus prendas, virtud y honestidad, unas veces apartando cama, otras no comiendo a la mesa, y aun muchas tratándolas mal de palabra.

RÍOS.- Enemistado está con la fortuna el que no puede reposar en su casa.

SOLANO.- Sí, porque no hay mayor trabajo que no saber a qué sabe el reposo.

ROJAS.- Dice Séneca que más habíamos de llorar porque viven los hombres mal casados, que no porque mueran los buenos solteros: porque unos hacen que los temamos, pero los otros que nos enmendemos.

RAMÍREZ.- El oráculo de Apolo dijo a los embajadores del pueblo romano que si querían que estuviese su pueblo bien regido, viviesen bien los casados y se conociesen todos a sí mismos.

SOLANO.- No me parece mala ocasión ésta para que Rojas nos diga aquel cuento que nos tiene prometido, que le contó en Bretaña aquel amigo suyo.

RAMÍREZ.- Muy bien habéis dicho.

ROJAS.- Y yo estoy muy contento de decirle, porque me pareció tan bien que os lo diré de la misma manera que él me lo contó, porque era un hombre de muy buen entendimiento, gran músico y poeta, y tenido fuera de esto en todo el ejército por muy gran soldado y particular amigo mío; lo uno por ser de un mismo lugar entrambos, y lo otro por ser nuestro conocimiento desde niños. Y empieza de esta manera el cuento: Aún no bien la bellísima Aurora, acompañada de la dulcísima armonía de las sonoras aves, destilaba copiosas lágrimas, comenzando el usado lloro por la desgraciada muerte de su hijo Menón, que a manos de aquel griego capitán fortísimo perdió la vida, cuando en el lugar de Pontiví, en Bretaña, el capitán Leonardo (que así se llamaba aqueste amigo mío) y yo nos salimos paseando hacia un fuerte que está en el mismo lugar, y arrancando del alma un profundo suspiro, y dándome cuenta de su cuidado, me dijo: «Has de saber, amigo caro, que desdichas mías, que tengo de ellas harta copia, me llevaron habrá tres años a Galicia, con un cargo mayor que mi merecimiento; y dejando un día las orillas del Sil y sus apacibles y deleitosos valles, poblados de fructíferos castaños y otros mil géneros de árboles, cuajados de suaves frutas, sustento propio de los agrestes montañeses de aquellas partes, en un caballo morcillo, con más priesa de la que mi amorosa pasión pedía, empecé a caminar por los espaciosos campos de la tierra de Viana. Y no dándome mis ansiosos suspiros lugar para que del todo me despidiese de aquellas apacibles orillas del anciano Sil, sin que primero contemplase la antigua gloria que en ellas había recibido, deteniendo un poco la floja rienda del cansado caballo, volviendo el rostro a las cristalinas aguas, comencé a decir:

«¡Ay, aguas dulces y delicadas, que acompañadas de la creciente de mis ojos, apresuráis vuestra corriente más del paso acostumbrado! Deteneos un poco, pues sois testigos de mi gloria, y ayudadme a aliviar y desfogar mi pena. Acordaos de aquel venturoso y felicísimo día, principio de mi descanso y causa de todo mi cuidado, en el cual merecí ver la divina hermosura de mi querida Camila, o por mejor decir, acordarme de aquella antigua gloria, para que teniéndola presente en los ojos del alma, eche de ver la razón que tengo para llorar y sentir la desgraciada suerte de mi contraria fortuna. ¡Ay, tiempo avaro! Aquellos son los altos y apocados castaños en los cuales la vi y contemplé primero, y viendo su rara y bella hermosura perdieron los ojos su vista y el alma su libertad. Aquella es la alabastrina fuente donde primero la hablé, hallándola sola, y sirviéndome la soledad de escudo y amparo de mis libertadas razones, la descubrí mi pasión, con más ánimo del que en mí pensé hubiera. En aquel fresno levantado esculpí las primeras señas y muestras de mis primeros favores. Aquéllos son los amenos prados por donde alegres nos salíamos a pasear, seguros de los reveses y vaivenes de la fortuna. Y éste es el primero día, azote de mi alma, verdugo de mi paciencia, principio de mi destierro». Más iba a decir si la furiosa avenida de suspiros y sollozos, acompañados de lágrimas que mis ojos como fuentes despedían, no anegaran y detuvieran mis amorosas quejas; pero volviendo un poco sobre mí, mirando la compañía que me hacían la música sonora de las aves y el silencio de las demás criaturas, sacando una cítara de una caja guarnecida de zapa en que venía metida, colgada del arzón, hecha de un oloroso nebro, cuajada de espesos lazos de oro, marfil y ébano, templándola con mis ansias y suspiros, comencé después de una pequeña pieza, mirando las veloces aguas del Sil, a cantar de esta suerte (que aun los versos que cantaba me contentaron tanto que los estudié todos muy de propósito):

En este valle ameno que el Sil con sus veloces aguas baña, corriendo tan sereno a los postreros límites de España, mirando su corriente, canto mi muerte y lloro por mi ausente Camila, pues padezco este destierro por mi avara estrella, mi propia vida ofrezco a quien poco podrá durar sin ella, y si acaso durare, olvídeme de mí si te olvidare. La nave

te presento del alma, y si de ausencia el mar la cascaen medio mi tormento, no temeré su frívola borrasca, que no hay furor ni encanto que abata un alma que ha subido tanto. Y si en ella pudiera, adorada Camila, libertarte, embarcación te diera en la mar de mis ojos por librarte, siendo mi alma el navío porque no se anegara el dueño mío. Aquí llegaba, cuando un criado mío, llamado Sergesto, tomándome del brazo, me dijo. «Señor, mira que vendrá gente, y será notada mucho tu cobardía y flaqueza de ánimo por la que por este pasajero camino hace su viaje. -¡Ay, mi querido y leal criado, le dije, tienes razón! Perdona mi inadvertencia, que la sobra de mis penas me hacía caer en falta en este mi último trance y postrera despedida». Y volviendo la cítara a su lugar, torné a proseguir mi viaje diciendo: «Adiós, tierra; adiós, cielo, donde está toda mi gloria; adiós, paraíso y morada de mis deleites, adiós, que ya no pienso más veros, porque la favorable fortuna que huye de mí me priva eternamente de tu compañía» (dije).

Y proseguimos por aquellos espaciosos campos del valle de Viana, en los cuales se ve maravillosamente la abundancia de los rojos trigos y panes que la diosa Ceres fue causa hubiese en la tierra. Y pasando por el poblezuelo pequeño del Pereiro, cabeza de aquel señorío que en sus antiguas ruinas muestra la grandeza y majestad que solía tener, y hallándome de la otra parte de un pequeño río que aquellos valles riega y fertiliza, entramos por los términos anchos, ricos y espaciosos de la noble ciudad de Orense. Los más de los cuales estaban poblados de fértiles viñas llenas de sus copiosos frutos, puestos a trechos vistosos jardines, compuestos de varias y diversas flores por la naturaleza producidas, porque en estas partes poca necesidad hay del arte, donde la maravillosa compostura de la naturaleza vence y sobrepuja a cualquier otro artificio. Por las sendas, caminos y encrucijadas había maravillosos encañados donde la madre selva trababa con amorosos lazos al jazmín y rosal, y el suelo, matizado de finísimos junquillos, tomillos y otras olorosas flores, daba y producía olores suavísimos. Aquí en este puesto, propio para contemplativos, quisiera, amigo Rojas, pararme a contemplar la soledad y tristeza de mi alma, si el demasiado bullicio de gentes que iban y venían do me obligara a proseguir mi camino.

Y habiendo de entrar en la ciudad, dije a mi leal criado: «Ahora entramos en la parte donde vive aquella celosa pastora cortesana, que tanto con sus vanos celos me persigue. Y, pues, me ha sido forzoso hacer por aquí mi viaje, ten cuenta con disimular mi nombre y persona, si ya mis propias desgracias no me descubren».

No hube acabado de decir esto, cuando hallé a mi lado un escudero anciano que con una gravedad apacible me dijo: «Señor caballero, una señora que vive junto a esta puerta, cuyo nombre es Leonida, ofrece su casa y servicio al vuestro, suplicándoos os sirváis de sestar en ella, pues el riguroso calor de siesta no os da lugar a que paséis adelante hasta que el sol vaya haciendo ausencia de nuestro hemisferio. -Ya yo me espantaba, dije, volviéndome a Sergesto, que mi rigurosa estrella me dejase, no digo descansar, sino de perseguir algún pequeño tiempo. Id, señor, dije al escudero, y decid a esa señora que al punto cumplo lo que se me manda, pues de servirla y obedecerla gano y saco tan grande interés». Y guiando tras él, a pocos pasos que anduvimos después de entrados por la puerta de la ciudad, nos hallamos junto a la de la casa de la hermosa Leonida que, hechos sus ojos fuentes, no pudiendo disimular el contento, placer y regocijo que recibía con aquél que tan dentro de sus entrañas tenía, los brazos abiertos llegó a mí, y apretándome con estrechos ñudos y amorosos lazos, comenzó: «¡Ay, mi Leon...!» Y no pudo decir «ardo» con la boca, porque el que tenía en el corazón, con la súpita y demasiada alegría, le consumió lo demás; pero volviendo algo en sí, me dijo: «¡Ay, mi querido Leonardo! ¡León robador de mi alma, ardor y fuego de mi corazón! ¡Era tiempo en que esta desdichada, que sólo para ti nació y por ti sólo vive, o por mejor decir, muere, viese tu agradable semblante! ¡Cuántos millares de años ha que no me

ves?, ¿cuántos siglos que no te acuerdas de mí? ¿Qué mudanza es ésta?, ¿qué pensamientos tan nuevos?, ¿qué novedad tan extraña?, ¿qué extraño término, estilo y modo de proceder? ¿Cómo me has olvidado? ¿Cómo no te has acordado de mí? ¿Cómo has perdido la memoria de las obligaciones que me tienes? Habla. ¿Por qué no me respondes? ¿Convéncente tus culpas? ¿Ciérrante la boca tus injusticias? ¿Anúblante el entendimiento tus sinrazones? Respóndeme, aunque me engañes; dime alguna razón con la boca, aunque no la sientas con el corazón, para que siquiera entienda que no eres hombre, que no eres la misma inestabilidad y mudanza: que eres aquel que en algún tiempo fingiste ser.

-Mil años ha que sabes, hermosa Leonida, la respondí, que si a la iguala del conocimiento en que estoy de las obligaciones que te tengo, pudiera correr la afición y voluntad que quisiera tenerte, fuera ésta la mayor del mundo, pues otro tanto es lo que le debo. Mas los mismos tiempos que en los pasados nos tuvieron enredados en amorosos deseos, ahora me tienen en honestas obligaciones. ¿De qué te aprovecha que te diga que te quiero, si la distancia de la tierra en que hasta este tiempo he vivido, y la donde de aquí adelante voy a vivir o a morir de nuevo, te han de persuadir lo contrario? Mil años ha que no soy mío, sino de mis cuidados. Todos los que antes ocupaban mi pensamiento eran de servirte, y ahora son tantos los que me cercan y rodean, que ni me conozco ni deseo que alguno me conozca, porque no me vuelva a la memoria mis contentos y cielos pasados.

-¡Ay, ingrato!, me dijo Leonida, que esos cielos o esos infiernos son los que me acaban y consumen. Ya sabes que el amor entra por los ojos y se descubre y conoce por todos los sentidos. En los tuyos se echa de ver que le tienes y no a mí, pues en mí no los ocupas; veo tus ojos fijos, clavados con la tierra, varios y divertidos, tu hermoso y alegre rostro pálido y macilento, tu lengua muda, tus oídos sordos, tus manos quedas y tu alma dura y diamantina. Quiere a quien quisieres. Sólo quiero que tengas alegría y contento, para que, no viendo en tu rostro las señales y muestras de tu corazón, no me hagas padecer dobladas penas y miserias».

Con estas y otras amorosas razones, pasamos el tiempo hasta que se llegó la hora de comer, en la cual, Puestos sobre blanquísimos manteles de Alemania mil dulces y sabrosos manjares, satisfacimos la necesidad de la naturaleza, y en acabando de comer me despedí de la hermosa Leonida, no sin grandes suspiros y sollozos de la una parte y de la otra, prometiéndole no olvidar las antiguas obligaciones que la tenía.

Y prosiguiendo mi camino, vine a llegar a los famosos valles y riberas de Lacia, río copioso y abundante en pesca, y en cuyas orillas se coge el más dulce, oloroso y suave vino que en otra cualquiera de las del mundo. Y ya cerca del anochecer, sentí ruido como de un caballo que cerca de mí llegaba, y volviendo el rostro hacia tras, vi un caballero encima de un hermoso caballo manchado de manchas negras y blancas, y el dueño de tan buen parecer que luego me dio el alma ser alguna persona de respeto y consideración. Y deteniendo un poco las riendas a mi caballo, aguardé a que el otro igualase con él, que como llegase y me saludase, le dije:

«Suplícoos, señor caballero, si acaso no se os hace agravio, os sirváis de decirme a dónde guiáis vuestro viaje, porque si acaso es a parte donde yo pueda servirlos y acompañaros, os ofrezco mi persona y voluntad para ello». Y dijo el caminante: «Estimo en mucho la merced que me hacéis, y como tal la serviré, empleándome en vuestro servicio. Mi camino es para Compostela y de allí he de pasar a la Coruña, a negocios que me importan: pero si el vuestro guía a otra parte y vos me dais licencia para que os acompañe, harélo con las mismas veras y voluntad que vuestro buen término merece. -Mil gracias doy al cielo, le dije, que se me ofrece ocasión en que poder servirlos la mucha merced que de vos recibo, porque os certifico cierto que mi

camino va por las mismas partes adonde el vuestro se endereza, y así, pues el de entrambos es uno, y vos de ello recibís servicio, es justo lo sea la compañía».

Pagadas estas cortesías con otras tales, proseguimos nuestro viaje, confirmándose desde este punto con la compañía la amistad que entre los dos hubo y siempre fue creciendo. Pero yo, aficionado a la cortesía de mi noble compañero, antes de caminar más adelante, le dije: «Suplícoos, señor, para que sepa a quién tengo de estimar y servir toda mi vida, que me digáis, si de ello no recibís disgusto, vuestra tierra y nombre y todas las otras circunstancias que de aquí se siguen. -Harélo, dijo, por serviros y por suplicaros me paguéis en la misma moneda, porque me parece que alguna pasión o cuidado debe de andar en vuestra alma y acompañar vuestro corazón.

Mi nombre es Montano de Ulloa, de la noble casa de este apellido, nacido en tierra de Monterroso, donde está su antiguo solar. Y porque más claro entendáis lo que os digo, ya habrá llegado a vuestra noticia la del río Miño, cuyas aguas, naciendo en tierra de la antigua ciudad de Lugo, van regando todos aquellos espaciosos llanos y faldas de las fragosas y empinadas cuestas hasta meterse en el Sil. -Yo he oído y tengo bastante noticia de ese río, le dije, aunque por mi mal, pues en sus orillas tiene su morada y vuelve en cielo su suelo y tierra la gloria de mi alma y causa de toda mi pena. - Huélgome, dijo el noble Montano, que tengáis tanta noticia de él; sabed, pues, que más abajo de la villa de Puerto-marín, comienza luego a regar el valle y tierra que llaman de Monterroso, tierra gruesa y en quien se ven maravillosamente en grande abundancia los raros frutos de la diosa Ceres; es sitio apacible y regalado, en donde el cielo depositó todos los deleites que en una apacible soledad se pueden desear, así para el alma como para el cuerpo. En medio, pues, de este valle está un castillo y fortaleza, fuerte, vistoso, antiguo y de buen edificio y morada, que es el solar de la antigua y noble casa de los Ulloas, de donde por línea recta desciendo. Y ahora hago mi camino para la real audiencia de la Coruña, en defensa de un pleito del Mayorazgo de mi casa. Ésta es en suma la cuenta que me habéis pedido y os puedo dar de mis cosas; y pues he cumplido con lo que me mandáis, suplícoos me déis noticia de las vuestras y de la causa de la melancolía que en esta soledad os acompaña, que no debe de ser poca, pues hace señal en un pecho tan discreto como el vuestro, y aunque, por la obligación que tenéis de hacerme merced, estáis obligado a hacerlo, por el deseo que tengo de serviros, también lo habéis de hacer, para procurar el alivio de vuestro mal, pues cualquiera se disminuye comunicado, y con lágrimas se vienen a deshacer y resolver las apretadas nubes del corazón, y la tristeza que está rebalsada en el alma, repartiéndose por los demás sentidos, se viene a divertir.

-Ay, nobilísimo Montano, dije, si como conozco que tus consejos son de verdadero amigo, pudiera tener ánimo para ponerlos por obra, ¿quién duda que luego te obedeciera en lo que me mandas, conociendo la obligación que te tengo en haberme dado cuenta de tu alegre estado? Mas como el triste que padezco está tan lejos de todo remedio, no es mucho rehuse la lengua lo que es imposible que sienta el corazón. Pero por acudir a la deuda en que estoy, te daré larga y prolija relación de mis males, siquiera porque, cotejándolos con tus bienes, conozcas y reconozcas en la obligación en que al cielo le estás, en haberle dado éstos y guardádote de los otros.

Mi nombre es Leonardo de Sotomayor, capitán de infantería española por su Majestad; desciendo por línea recta de esta antiquísima casa, siendo de los deudos más cercanos de su noble mayorazgo, cuya calidad es bien conocida por el mundo, ora traiga su origen de la hercúlea sangre del padre Osiris, cuando, viniendo a librar esta tierra de Galicia de los tres hermanos Geriones (grandes cosarios que la andaban tiranizando) y fundando la torre que llaman de Hércules, junto a la Coruña, dejase en ella un primo hermano suyo que la gobernase; ora, como dicen otros, descendan de aquel lastimado

ayo del príncipe gallego que con incauta mano, pensando que la empleaba en una fiera andando a caza, empleó la lanza en el corazón de su discípulo que venía entre unas matas, por lo cual le dio el rey por armas, conocida su inocencia, tres barras negras en campo de plata. Mis padres y antepasados siguieron siempre la corte de los reyes de España, ocupados en el gobierno de ella, que por su nobleza, letras, discreción y prudencia se les encargaba y fiaba, así en la paz como en la guerra. Dioles el cielo hijos y a mí hermanos, aventajados en todo género de buena crianza y disciplina. Por lo cual fueron siempre muy favorecidos del rey, y así les entretenía en oficios y cargos de su real servicio, y a mí como a uno de ellos, o quizá por mi desdicha, que es lo más cierto, me cupo, con el cargo de capitán, el gobierno de cierta parte del reino en que estamos, adonde, o por ser mi natural o por particular amor y afición a que mi estrella me inclinaba, fui siempre aficionado desde que en ella comencé a vivir, enviándome mis padres a un noble colegio de ella, siendo de pequeña edad, a aprender las artes liberales, y después andando muchas veces con mi compañía alojado por ella, y agora últimamente, gobernando aquella parte que me tocaba, con toda la equidad, amor y clemencia que alcanzaba; porque estas dos partes, moderadas por la discreción, son las más principales en los príncipes y señores, porque con el amor atraen y con la clemencia vencen las voluntades de sus vasallos y súbditos.

Y es cierto que en mí verifiqué esto, de suerte que era tan bienquisto como amado, y pienso que fui el más amado señor que han conocido vasallos. No había regalo ni servicio que no fuese para mí, teniendo a todos mis soldados en lugar de hijos, porque su trato era digno de todo buen acogimiento, que para entre soldados no es poco. Las aves que volaban, las flores y azahares del verano, las frutas del estío, las uvas del Otoño, animales sabrosos, bravos y mansos, todo género de cazas era mío, que parecía que brotaban los árboles sus flores y frutos para mí. Sólo se armaba la red y perseguía el perro el cerdoso jabalí para darme gusto; sólo se paraba la perdiz para mí; sólo edificaban los ruiseñores sus nidos y sacaban sus pollos para mí; sólo en las frágiles aguas del Miño se ponían redes y ase. chanzas a los golosos e incautos peces para mí. Si aguardaban aguas del cielo para que con ellas creciesen los frutos de la tierra, todo era para servirme con ellas; si se cercaban los montes, si se medían los llanos, si se ojeaban los bosques, todo era para mi regalo, y al fin, ellos se desvelaban y aventajaban para servirme, cual nunca a señor sirvieron vasallos.

Pero cierto que me lo debían al cielo con que procuraban su acrecentamiento el tiempo que estuvieron debajo de mi gobierno y mando. Porque todo mi cuidado era de ayudar y amparar al pobre, conservar al rico, limpiar la tierra de alguaciles y soplones, que con nombres de justicia quiebran las leyes y fueros de ella, contentándome con pocos, y éstos honrados cristianos, y hacendados: porque la necesidad en los jueces hace doblar la punta a la espada y torcer la vara de la justicia; ésta es la que da entrada a los sobornos, puerta á los agravios, casa a las particularidades y excepciones de personas, perdonando los insultos de los ricos y castigando demasiado las flaquezas de los pobres. Si había entre ellos pleitos y rencillas, procuraba componerlas, interponiendo mi autoridad antes que entrasen enredos de corchetes, trampas de escribanos ni insolencias de alguaciles. Cuántas veces me aconteció, sabiendo la necesidad del pobre honrado, cargado de hijos, enviarle a casa de noche las limosnas secretas, quizás más de las que podía, socorriendo a su necesidad y vergüenza, el cielo lo sabe; si morían hombres honrados y dejaban hijos pequeñuelos, criábalos sin encargarlos a tutor que les destruyese la hacienda, doctrinándoles yo mismo y ocupándoles, y enseñándoles ejercicios de letras; amparaba las viudas, miraba por la honra de las casadas, no consentía holgazanes, polilla de la república, y al fin hacía todo aquello que con mis

pocos años y el consejo de gente prudente que tenía a mi lado alcanzaba que era necesario para la paz, sosiego y acrecentamiento de mis vasallos.

Y como por todas estas cosas y los pocos años que tenía creciesen en mí los bríos juveniles, procuraba conversaciones y entretenimientos de gusto, a que me ayudaba la demasiada entrada que tenía en las casas de mis súbditos, por el amor grande que para conmigo tenían. Entre todos éstos había uno casi de mi propio nombre, nobilísimo en linaje, riquísimo en hacienda, de bonísimas entrañas y condición para con todos, y para conmigo de rara fe y amistad, aunque particularmente le tenía por padre, por su consejo y prudencia. Y todas estas partes de nobleza y discreción, con las demás que he dicho, concurrían en su amada y querida compañera. Éstos tenían cuatro hijas de singular y rara belleza, pero entre todas resplandecía como la luna entre las estrellas de la noche la tercera hija, cuyo nombre es Camila, que en hermosura, bondad y gentileza no la igualó la de su nombre que se halló en los campos latinos. Ésta fue la cruel Medusa de mis entrañas y el principio del metamórfosis de mi corazón que, privándole del ser que tenía, le hizo esclavo, de libre y señor, y de hielo vivo, eficacísimo fuego.

La primera vez que la vi, te puedo decir de veras que quedé helado y las alas de mi afligido corazón se quedaron en aquel punto del modo en que les cogió su vista, y sin poderse menear, privadas de su oficio, tuvieron al cuerpo y a todas las demás potencias y partes suyas yertas, sin moverse, con aquel espanto que las causó tener delante tan divina y soberana hermosura. No la conocía ni imaginaba quién podría ser, por verla fuera de su casa, persiguiendo un fiero y cerdoso jabalí, con su venablo en la mano, cogidos sus hermosos cabellos en una redecita de oro y echados a las espaldas; mas avisado de los que me acompañaban de quién era, apreté las piernas y bordé con el espuela las ijadas de una yegua alazana en que iba, y aguardando a la bestia fiera desde un lado, la tiré una media lanza que llevaba en la mano, guiada de tan felice estrella que al punto quedó cosida con el suelo; y no bien se declaró en esto por mía la buena dicha, cuando llegaba la hermosa Camila, volando con sus hermosas plantas más que la antigua Atlanta. Entonces, saltando en un punto de mi yegua, me llegué a ella y disimulando la turbación de mi alma: «Recibid, la dije, hermosísima Camila, este pequeño servicio de mi mano, que si me atreví a matar lo que vos buscábades, fue porque no se alabase esta bestia fiera de haber cansado vuestros divinos y delicados pies. Pero si acaso en ello se ofendió vuestra beldad, ella y yo estamos humildes, postrados, pidiendo aquel perdón que merecemos ambos con haber pagado con la vida el desacato que cometimos».

No sé si ella me entendió, mas sé que me quise dar harto a entender. Ella, matizando con el virgíneo color aquel hermoso rostro, espejo de mi alma y causa de todo mi bien: «No tenía, me dijo con una agradable risa y afabilidad, señor gobernador, esta fiera bestia necesidad de un tan honrado y noble verdugo que le atajase los pasos y cortase los días de la vida. Pero quizá le quiso hacer merced el cielo para aumentar vuestras hazañas y hacerle digno de que muriendo por vuestro brazo, bordando su cuerpo de estrellas, contase de aquí adelante y pusiese entre los signos que en su zodíaco tienen asiento y lugar».

Cada palabra que salía de aquella divina boca era saeta que atravesaba mi corazón, el cual, estimando en más verse así rendido y preso que libre y señor, procuró con corteses cumplimientos exagerar y estimar la soberana merced que me parecía hacerme en aguardar mis cortas razones, y al fin, poniendo el jabalí en la yegua, paso a paso me volví con ella a casa de sus padres que, alegres y contentos en ver la compañía que venía haciendo a su hija, no sabían con qué exagerar la merced que les parecía hacerles, siendo yo el que la recibía.

Cuál volvería a mi casa, tú lo puedes conocer, o aquél a quien ha pasado tan extraña novedad y miseria como la que mi alma padecía. Recógime en mi cámara, y haciendo entre mí mismo silogismos de mil imposibles, miraba la poca esperanza que tenía mi deseo de alcanzar lo que deseaba, porque aunque se me ponía delante la nobleza de mi linaje, grandeza de mi ánimo, muchedumbre de buenas obras con que tenía obligados a sus padres, eso mismo me hacía dificultar y reparar es lo que deseaba, viendo la obligación que tenía, de por todos estos respetos y consideraciones, no mancillar nuestra amistad, no desdorar mi calidad y nobleza con pretender algo contra la honra de tal señora, hija de tales padres, y no perder en un punto todo lo que en ellos había sembrado con la largueza de mi ánimo. Pero cuando después consideraba y contemplaba aquella divina hermosura, aquella frente alabastrina, limpia, lisa y hermosa, aquellas enarcadas cejas, algo pobladas y del color del azabache, aquellos dos espejos y soles en cuyo campo se parecía la una y otra esmeralda, aquellas rosadas mejillas, aquella divina boca hermosea y sembrada de coral, en cuyo centro se miraban menudas perlecitas que la servían de dientes y, lo que más me sacaba, de mí, aquellas doradas trenzas, que te puedo decir con verdad (y nadie piense que es encarecimiento) que el oro era oscuro en comparación suya, no podía, amigo Montano, dejar de deshacerme en vivo fuego, ni dejar de llorar desde aquel punto el poco recato que había tenido en hacer dueña de mi alma a quien no sabía cómo había de tratar prenda de tanta estima. Ya desde entonces hice firme propósito de hacer treguas con el contento, deshacerme en vivas lágrimas, apartarme del trato y comunicación de todos para llorar con solo mi sola desventura: y lo peor es que lo puse por obra mejor de lo que lo prometí.

Esta súbita mudanza dio mucho que pensar a todos mis amigos, y más que a todos, al noble Floriso, padre de mi Camila, que viendo que me retraía y apartaba tanto de las cosas en que antes hallaba gusto, y que cuando salía fuera de mi casa, mi semblante iba triste, alis ojos fijos y clavados en tierra destilando de cuando en cuando algunas lágrimas que, sin reparar, de ellos se me iban, los profundos suspiros que despedía, como no sabían la ocasión, sentían en extremo tanto mi miseria y desventura cuanto el no saber la causa de ella. Todos procuraban ocasiones de mi gusto, y yo, como estaba tan lejos de tenerle, con ninguna recibía mudanza, y todas me daban en rostro. No frecuentaba la caza ni visitaba las sombrías arboledas para gozar del murmurio de las sonoras fuentes. Si alguno iba a mi casa a consolarme, todos estaban parados sin saber con qué entretenerme como no sabían de dónde procedía mi tristeza, y hallándome retraído en mi aposento, solo, cerradas las ventanas, porque aun la luz del sol no me hiciese compañía, espantábanse de tan extraña novedad y con silencio acompañaban mi dudoso silencio.

Mas al fin, Floriso, como el más noble, discreto y amigo mío y de todos, cansado de tanta suspensión, estando conmigo un día entre otros, me dijo: «Señor capitán Leonardo, todos vuestros servidores y amigos, y entre todos yo más que todos lo soy y he sido y seré toda mi vida, sentimos, como es razón, esta súbita y lastimosa mudanza que vemos en vuestra persona, y más nos aflige y atormenta que no nos hagáis dignos de saber la causa de ella, para ver si nuestras fuerzas llegan a serviros y poner en ello el justo remedio. Suplícoos que nos saquéis de esta suspensión, que no es justo que en tan poco estiméis los que tanto os desean servir.

-No ignoro, le respondí, noble Floriso, aquel cuidado que siempre en hacerme merced y mirar por mis cosas tuviste; mas el desconsuelo que aflige mi corazón es sin remedio, porque aunque quiera, no es posible ni sabré decirte de adónde procede, que es cierto que semejante pasión no la tuve en mi vida.

-Algunas melancolías deben de ser, dijo Floriso, ésas sin falta, que tienen por principio algún humor melancólico, que muchas veces fatiga sin conocerse. Mas en un

entendimiento tan aventajado como el vuestro, no es razón que así se les dé entrada; suplicoos procuréis desenfadaros y divertirlos, que con esto se suele remediar pasión, y así os pido por merced os vais mañana a comer conmigo y con mi amada Claridia y mis dulces hijas, pues sabéis la voluntad con que en mi casa, propia vuestra, se os sirve.

-Nunca dejé de aceptar la merced que me hiciste, le respondí, y ansí agora lo hago, y espero que por ese camino quizá tendré el consuelo que me falta». Esto lo prometí, porque desde aquella hora me pareció se me abría la puerta para mi remedio, o por lo menos, que todo el tiempo que durase la comida, podría dar algún alivio a mi alma, cebando mis ojos en mi hermosa Camila. La noche se me hizo mil años y en toda ella siempre me engañaba la imaginación con la ilusión de los falsos sueños que en ella veía, una vez pareciéndome que mi Camila me miraba con aquellos divinos soles, bastantes a sacar gruesos vapores que, vueltos en lágrimas copiosas, regaban mi cuerpo de donde habían salido, y sonriéndose de ver mi pena, me prometía el remedio de ella. Otras veces me parecía que me miraba con rostro airado, indignada por mi atrevimiento, amenazándome si insistía en amarla, y que yo, las rodillas en el suelo, enseñándola mi corazón, la decía: «Saca éste del pecho donde vive y pon en su lugar otro, el que a ti te agradare; pero mientras estuviere, tan imposible será dejar de quererte como dejar tú de ser la más hermosa del mundo».

Al fin, entre todos estos devaneos, vino la mañana y en ella la hora de ir en casa de Floriso al convite aplazado; que como mis súbditos oyeron que salía de casa a algún negocio de gusto, no quedó hombre que no me acompañase, alegrándose tanto todos de esto como si fuera remedio para aliviar y remediar el dolor de cada uno en particular. En llegando a su casa, era de ver el contento del noble Floriso y toda su dulce familia. La nobilísima y anciana Claridia, con el semblante grave, fingiendo un amoroso enojo, me reprendía pidiéndome celos del tiempo que había estado sin visitar aquella casa. Y estando ya disculpándome como mejor podía, estimando aquella cortesía lo que era justo, atajóme mis palabras ver salir a la bella Diana, mi hermosísima Camila, acompañada de sus tres bellas hermanas: a las cuatro hacía tanta diferencia en beldad y hermosura como entre la diosa Diana y sus compañeras. Yo quedé sin sentido de verla, pero disimulando mi turbación, llegué a ellas, y haciéndolas la debida cortesía y reverencia: «Aquí vengo (dije), hermosa Camila, a acabar de daros satisfacción de los agravios del día pasado, si acaso la vida de un hombre puede ser bastante satisfacción por la de un fiero jabalí. -No me contentara yo con menos, dijo ella con un donaire extraño, si no entendiera que había de tener necesidad de ella para semejantes aventuras».

Con estas y otras amorosas y corteses razones, nos sentamos a comer, donde yo, con color de cortesía, me senté junto a la discreta Claridia, por tener enfrente a mi Camila hermosa. No cuento la grandeza del convite, la variedad de manjares, la majestad del servicio, porque esto fuera nunca acabar. Sólo te digo que en él acabé de beber la ponzoña que agora me abrasa, porque, cebando los ojos de cuando en cuando en mi Camila, se acabó de apoderar de mi alma el fuego que la deshace y consume, contemplando más despacio sus divinas perfecciones.

Acabando de comer, dijo Floriso que nos fuésemos a tomar el fresco a la huerta, porque, aunque era la hora de siesta y el sol aún no había salido de Géminis, hacía un día fresco y pardo, propio para gozar de la armonía que las hojas de los verdes álamos hacían, respondiendo al dulce canto de las parleras aves, y divertir los sentidos con el murmurio de las delicadas aguas que con apacible son en las cristalinas y alabastrinas fuentes se hacían consonancia. Aquí se entraron padres e hijos acompañándome, y como Floriso y Claridia eran tan discretos y cortesanos, en entrando se salieron disimulando y fingiendo alguna necesidad, y me dejaron solo con sus regaladas prendas en dulce y suave

conversación, donde, por entretenerme, ni dejaron fábula, ni patraña, ni historia trágica o cómica que no me contasen, señalándose en procurar mi gusto. Mi hermosa Camila, como quien más obligación le parecía tener por lo cosas pasadas, y para regocijar más la conversación, tomó en sus delicadas manos una curiosa arpa, y templándola, comenzó a esparcir por el aire la voz angelical; y suspendiendo con su dulzura todas las criaturas, cantó así:

Con el consuelo sólo de esperanza, de una parte el ausencia y el cuidado, de otra el temor del pecho enamorado, tienen mi alma en una igual balanza. Sospechas que atormentan con mudanza, temor destruye el medio procurado, amor añade al alma amor doblado, y la da del remedio confianza. Cuanto más me descuido, más me siento rendido al amoroso y dulce fuego que causa en mis entrañas vida y gloria. Hallo vida en el fuego del tormento, y como salamandra, estoy tan ciego que añade el fuego gloria á mi memoria. Aquí lo dejó, y yo, como quien despierta de un profundo sueño con repentino temor y sobresalto, volví en mí, porque aquella melodía y suavidad angelical me tenía elevado, absorto y suspenso, y lo que más me espantó en aquella suspensión y éxtasis fue que las sentencias que había cantado eran tan conformes a mi sentimiento que parecía tener su corazón en mi boca o en su boca mi corazón. No pude disimular las lágrimas que, como de preñadas nubes, salieron de mis ojos, y ellas, entendiendo que todo aquello procedía de mis melancolías, mandáronme que cantase, porque sabían que lo sabía hacer, y mi Camila, poniendo el arpa en mis manos: «Entendí (dijo), señor Leonardo, que la música había de aliviar vuestro cuidado, y paréceme que os le he añadido; en mí debe de haber estado la falta: perdonad. Y pues que vos sois el enfermo y os podéis dar la medicina, el instrumento está en vuestras manos: abrid la botica a vuestro gusto, sacad de vos mismo el medicamento que quisiéredes y fuere más conforme a él».

Yo la respondí: «Hermosa y querida Camila, no ignoro que con tu divino entendimiento conoces que con un cuidado se suele aliviar y divertir otro cuidado, y que si los míos proceden de melancolía, con la suave armonía que de la música suele proceder y más de la celestial tuya, se me aliviarán y divertirán del todo, y quizá estas lágrimas salían del gozo que recibió mi alma con la nueva medicina. Pero por obedecerte y porque se conozca la excelencia de tus gracias por las mías rudas y toscas, como un contrario suele mostrar sus excelencias puesto con su contrario, haré lo que me mandas». Y tomando el arpa en las manos, comencé de esta suerte a cantar este soneto del amor: Amor de amor nacido y engendrado, a la fe de tu amor estoy rendido; Amor, si en fe de amor fe te he tenido, ¿cómo es posible, Amor, que me has dejado? Amor, donde hay amor siempre hay cuidado; Amor, do no hay amor, siempre hay olvido; a tu blanda coyunda, Amor, asido, mi indomable cerviz has sujetado. Amor, sin ti no hay gusto, no hay contento; Amor, contigo hay rabia, hay pena, hay llanto; Amor, por ti hay desgracias, hay castigo. Si busco amor, Amor me da tormento; si dejo amor, Amor me causa espanto; ¿pues a quién seguiré si Amor no sigo? No pude pasar adelante, aunque quisiera porque la avenida de sollozos y suspiros ató en este punto mi voz al paladar, y fuera muy notada mi flaqueza de cuatro hermanas, si entonces no llegaran Floriso y Claridia, con cuya venida reprimí las lágrimas, porque no echasen de ver mi cobardía; y como nuestra conversación se deshizo, fingiendo algún caso forzoso me despedí de todos y me embosqué en lo más intrincado del bosque, y entendiendo que estaba solo y lejos de todos, comencé a esparcir mis quejas al viento de esta suerte:

«Fiero monstruo que despedazas y consumes mis entrañas, ¿qué contradicciones son éstas que en mí veo? ¡Que muera cruel y rabiosa muerte, y teniendo delante el remedio para mi vida, me hagas huir y volver el rostro atrás como el mordido y herido de rabia huye del agua, medicina que piensa ser de su vida! ¿Quién me ha de remediar, si yo

mismo huyo de mi remedio? ¿Que se quejen otros de no poder dar un alcance a la medicina y al médico, y que pueda yo quejarme de que por tenerlos delante se me dobla el dolor! ¿Quién ata mi lengua? ¿Quién cierra mi boca? ¿Quién da mil nudos a mi garganta? ¿La vergüenza? No. Porque quien no pretende cosa contra la honra de mi cruel homicida no tiene de qué tenerla. ¿El miedo y temor? No; porque quien perdió la vida, ¿qué cosa teme que pueda, perder? Mas, ¡ay de mí!, que ésta es la mayor enfermedad y la causa de la muerte que padezco; mil contrariedades se ven en mí: conozco mi mal y no lo conozco, busco el remedio para mi muerte y huyo juntamente de él, y lo que peor es, aborrezco la vida, y no hay cosa que más me agrade que no desear la muerte».

Estando en estas razones, sentí que se meneaban algunas ramas de los árboles que estaban junto a mí, y determinado de inquirir quién era el que así se atrevía a interrumpir mis quejas, viéndome determinado y que casi iba hacia allá, veo salir de entre las matas otro león más furioso que el de la selva Nemea, mi bellísima Camila que, como conocía que mi brazo no era el hercúleo, venía derecha y segura a la presa. La cual, como llegase a mí: «No os espantéis (me dijo), señor Leonardo, en ver que así vaya siguiendo vuestros pasos, que tengo sé y sabéis la obligación que os tengo por las muchas veras con que me hacéis merced, siento en el alma vuestro mal». Y tomando con su blanca y poderosa mano la mía: «Sentémonos (dijo) en esta alabastrina fuente, que aquí quiero que me deis cuenta de vuestro trabajo y dolor, y aunque entendáis que se me encubre el origen y causa de él, no el así: que bien se echa de ver que procede de tener amor a quien no sé yo cómo es posible dejar de remediar vuestro mal. Siendo vos en quien el cielo deposité tantas partes y dones de discreción, grandeza, valentía y hermosura, ¿quién puede ser aquella que no reconozca la merced que el cielo la hace en que pongáis los ojos en ella? ¿Quién será la que no estime y se tenga por dichosa de que vos la queráis? No lo sé ni puedo conocerlo, si vos mismo no me lo descubría.

Suplícoos, pues, que no me encubráis cosa que tanto saber deseo, que muchas veces donde menos se piensa se halla el remedio al trabajo, y por demás calla la lengua y disimula cuando el corazón y todas las demás partes descubren la pasión.

-Milagro y portento del mundo en hermosura, discreción y prudencia, la respondí, tan grande como el mi desconsuelo y la miseria en que me veo es la soberana merced que de vuestra poderosa mano recibo, y aunque no dudo que entre las grandes y excelentes gracias de que el cielo maravillosamente os dotó no había de faltar el don de las apolíneas sacerdotisas, es mi dolor tan grande que aun yo mismo que padezco, no le acabo de entender ni conocer: cuanto y más quien no lo siente y padece. Verdad es que vos misma, que os preciáis de conocerle, podéis también preciaros de remediarle, porque sois la persona más conocida y querida de la que atormenta y apasiona mi alma; y así puedo decir y tener por cierto que vuestras manos está mi vida y mi muerte, mi enfermedad y salud, mi pena y mi gloria, mi tormento y alivio.

-En mucho me estimo y estimaré más de aquí adelante, respondió mi Camila, que puedo ser aquella merezca que por mi mano recibáis algún servicio y consuelo y más en cosa que tanto nos importa, como en que vos tengáis aquél que todos deseamos; pues acabad suplícoos, de sacarme de esta duda y suspensión y decidme presto quién es ésa con quien tanta mano tengo.» Aquí me digas, noble Montano, qué fue la con la y lucha del temor con el amor, del miedo con la esperanza, del recelo con la vergüenza. Mas al fin, sacando algunas fuerzas de mi acobardada flaqueza, y venciendo con la esperanza de mi remedio cualquier amor espantoso, ofrecióseme camino con que descubriese mi amoroso pensamiento, sin recelo del temor y miedo, y sin que la vergüenza me lo impidiese. Y así la dije:

«Divina Camila, estoy tan confiado en tu soberano valor de que en todo cumplirás la palabra que me has dado y que pondrás en ejecución el remedio que de tu libre voluntad me has prometido, que estoy determinado de manifestarte la causa, origen y principio de mi tristeza y desconsuelo. Pero porque conviene primero hacer cierta diligencia, vamos hacia casa, que presto verás y te satisfarás de lo que deseas.»

Diciendo esto, comenzamos a caminar, y yo, con una firme esperanza de que aquél, sin duda, había de ser el último día de mis trabajos y penas y primero de mis consuelos y alegrías, iba tan demudado y tan otro que quien me mirara mi semblante, fácilmente pudiera conocer ser los cuidados que traía diferentes de los que había llevado: que no poco contento dio al noble Floriso y a la anciana y grave Claridia. Entréme derecho en llegando a casa en un aposento donde había visto un terso y resplandeciente espejo, y tomándole sin que alguno le viese, volví con él a aquella fuente donde habíamos estado mi hermosa Camila y yo, y envolviéndole en un limpio lienzo de holanda blanquísima, le puse al pie de un poblado laurel que junto a la fuente estaba, y diciéndole: «Quédate a Dios, secretario fiel de mi corazón, intérprete de mi alma, que si usando de tu oficio declarares la causa de mi pasión, yo te pondré en más honrado y excelente lugar que estuvo aquel antiguo y adivinador en la torre fundada por Hércules.» Hecho esto, me volví a casa, y encontrando luego a mi Camila, la dije:

«En la misma fuente donde estábamos, al pie del victorioso árbol en que se volvió y convirtió la rigurosa Dafne, hallaréis, señora, el retrato de la que atormenta mi alma, bien conocida por vos; suplícoos, pues mostráis tanto remediar mi pena, y en vuestra sola mano está declararla el tormento en que vivo, procuréis mi remedio con las mismas veras que hacerlo prometistes.»

Ella, sin aguardar a que la dijese más, tomó su camino derecho para allá, y yo, metido entre varios y diversos pensamientos, me fui con sus padres a aguardar la resolución que tendría la traza con que había procurado que conociese mi pena y la causa de ella. La cual, como llegase a la fuente (según después me confesó), rodeada de algunos nuevos desasosiegos y cuidados, viendo el lienzo al pie del alto laurel, estuvo un rato suspensa, temerosa y recelándose del secreto que dentro de él habría. Pero al fin, determinada y codiciosa de saberlo, levantólo de tierra, y quitando la cortina descubrió el cristalino espejo y en él su bello rostro angelical; que como le viese, de la misma suerte huyó y volvió el rostro hacia atrás, como aquél que yendo descuidado por un camino, encuentra la ponzoñosa serpiente sobre cuyo cuello iba ya casi a poner el pie. Y al fin, sin detenerse más, dejando mis prendas y despojos despreciados en el suelo, en pena de aquel loco y soberbio desvarío que quisieron tener, demudadas las colores de su bellísimo rostro, se volvió a casa, y pasando como un rayo por delante de sus padres y de mí, dio muestra de la ofensa que había recibido su virginal vergüenza, descubriéndola mi pasión con modo tan libre y ajeno de su soberana modestia, aunque en mis ojos el más humilde y apacible de todos, y entrándose en su aposento cerró la puerta tras sí algo furiosa.

Yo, que en las señales eché de ver que la sentencia se había dado contra mí, lleno de un pavoroso miedo como quien sin pensarlo recibe las nuevas de la pérdida de las cosas que más ama y estima, sin aguardar a más, el rostro demudado, los ojos hundidos, el paso alborotado y sin compás, despidiéndome como pude de mis huéspedes, me fui para mi palacio, y metiéndome en mi aposento me dejé caer en la cama y con furiosas bascas, revolviendo en mi fantasía mil dudosos imposibles, estaba inquieto y desasosegado sin saber tener reposo en un lugar. Y viendo cuán falsa y frustrada había quedado mi esperanza con que al principio me había prometido el alivio de mi pena, apretado de la melancolía, tomé una cítara que hallé a mano, y sin curarme de templarla, comencé a decir así contra mi engañosa esperanza:

Vana y dudosa esperanza, en balde tu ser contemplo, siendo un retrato o ejemplo que se viste de mudanza. Es dulce tu nacimiento, tu fin es fingido engaño que promete bien de un año y da dos mil de tormento. Tu ser es largo y dudoso, es seguro y es incierto, es viva imagen de muerto, es descanso sin reposo. Es medroso y arrojado, es animoso y cobarde y madruga a veces tarde para caminar doblado. Es mano del desconcierto de un reloj desbaratado, que señala el bien soñado como si fuese muy cierto. Es viva imagen del miedo, veloz más que el mismo viento, y va tras el pensamiento volando y siempre está quedo. ¿Qué tienes, vana esperanza, que bueno pueda llamarse, o que pueda desearse, o que merezca alabanza? Desde que en el hombre naces, comienza en él tu tormento, porque siempre estás de asiento junto a los males que haces. Tú agotas el alegría y la conviertes en pena, y bebes la sangre ajena de aquel mismo que te cría. Tú, si duermes, le despiertas y le consumes la vida; y das al placer salida y abres al dolor las puertas. Tú haces al dueño esperar y le estás entreteniendo con lo que estás prometiendo, aunque nunca ha de llegar. Das promesa imaginada que de apariencia depende, y es un tesoro de duende que mirado bien no es nada. Aunque el hombre no se acuerde prometes bien de futuro, y es a veces tan seguro que de seguro se pierde. No tienes vista ni ojos, y en cualquiera coyuntura pones por tu locura mil diferencias de antojos. Y en este desasosiego, como es de imaginación, das crédito a su ficción como a muchacho de ciego. Jamás se halla paz contigo, aunque con ella acometes, porque es la paz que prometes como de fingido amigo. Con engaño manifiesto vives siempre, a lo que veo, dando veneno al deseo para acabarle más presto. Prometes glorias extrañas que aseguran mil venturas, pero con lo que aseguras lo mismo con que engañas. Es tu engaño manifiesto tan doble, falso y fingido, que a quien más te ha conocido, aqué se engaña más presto. Cuando es mi gloria acabada y vives dentro de mí, pienso que en tenerte a ti tengo mucho y tengo nada. Que aunque tu ser es eterno en tus fingidos placeres, es eterno porque eres pena eterna del infierno. Y así dispones la suerte que eres, sin ser conocida, la salida de la vida y la entrada de la muerte. En este punto llegaba cuando de súbito se apoderó de mi corazón una desesperada y rabiosa desconfianza de alcanzar aquello que su deseo me tenía fuera de mí. Porque decía: «¡Desventurado yo! Si aquélla que deseaba y andaba al alcance de mi remedio, procurando saber los medios más ciertos para él, es la que más enemiga se me muestra, ¿qué refugio puedo tener en mis trabajos?» Pero como entre estas indisposiciones y accidentes de amor, el mayor suele ser la inconstancia del que ama, en la variedad y confusión de sus pensamientos, volvía luego sobre mí y decía: ¿Quién es el que aparta de mi pecho la firmeza antigua de la esperanza de mi remedio? ¿Mi divina Camila? No, porque en toda ella no hay cosa que no prometa bonanza a la nave que camina por el mar de mis deseos; porque en aquel rostro angelical, ¿cómo puede hallarse muestra ni rastro de infernal corazón? La suavidad y dulzura de su término y nobleza, ¿cómo puede prometer pecho y alma de tigre rabioso? Tantos pasos andados para saber mi mal y procurar mi remedio no pueden prometerme la confirmación de mi tormento: quizá aquel enojo no procedió de mala voluntad que me tenga, sino de vergüenza suya en pensar que hubo en mí atrevimiento de fiar mis secretos de mudos intérpretes. Y al fin, sea lo que fuere, yo no estoy obligado a condenarme si no hay parte que dé queja de mí y juez que pronuncie la sentencia en mi contra».

Y determinándome de acabar de salir de esta sospecha y confusión, parecióme que sería mejor escribir a mi Camila una carta en que más claro le declarase mi pasión y la causa de ella. Y después que la tuve escrita, estuve un rato dudando cómo la pondría en sus manos, y no había poco que dudar, porque para dársela aun no me fiaba de las propias mías. Que es mucha razón que el príncipe y señor, que está obligado a dar buen ejemplo y buen olor de sí a sus inferiores, cuando por su flaqueza y miseria tropiece y dé de

ojos, procure huir de todo punto los testigos de su desventura, por el mal ejemplo y el escándalo que de él se sigue: que es tanto mayor que los otros cuanto él es más aventajado en obligaciones, honra y dignidad. Y ya en nuestros tiempos, pocos o ninguno hay de quien fiar. Porque fiarse el hombre de los que son más que él, es notable yerro, porque si antes le estimaban en poco, después le estiman en nada, viendo no sólo que es menos que ellos sino que eso poco está delustrado con la pasión y desordenado el deseo. Si el hombre se fía de los iguales, queda inferior a ellos, mostrándoles su flaqueza, si de sus menores, igualase con ellos, dando ocasión para que se le pierda el respeto, si de sus criados, hay pocos tan seguros, que ya pienso que está de más el oficio de secretario en la casa de los príncipes y que por vagamundo le podrían desterrar de los palacios. De suerte que entiendo que por nuestros pecados nunca ha habido ni tiempo de más secretos, ni menos de quien fiarlos, que en los tristes y desventurados en que vivimos. La razón de todo esto debe de ser que como la malicia va creciendo y es contraria de la bondad, hay menos de ésta y más de esotra; y así se calla lo bueno (si hay algo) y se descubre lo malo, y aun basta la verdad se descubre a fuerza de mentiras. Tampoco me atrevía a fiar mis secretos de nadie porque la honra de las mujeres y más la de las doncellas y gente principal es más que de vidrio, y así corre peligro de quebrarse y perderse al menor golpecito del mundo: a una sospecha, a una parlería, a un recelo, a un si es no es, puede un hombre aventurar la honra de la más señalada mujer. Y en los hombres principales, que están más obligados a guardar y mirar por ellas con más veras, ha de ser mirada y ponderada esta obligación y respeto. Por todas estas cosas no me atreví a fiar mi carta ni secretos de nadie, y rodeado y cercado de todos estos varios y penosos pensamientos, pasé la noche con las mayores ansias que se pueden imaginar. Y el día siguiente oí que Floriso y Claridia con sus hijas, y entre ellas mi hermosa Camila, se iban al campo a recrear y gozar de la frescura de sus fuentes y alamedas oyendo esto, quise probar fortuna y tentar todos los caminos posibles para dar vado a mi afligido pensamiento. Y así mandé ensillar un hermosísimo caballo para mí y otros para mis criados, y mandando a los monteros aparejasen y sacasen las redes, traillasen los perros, cargasen las escopetas, comencé, con todos estos instrumentos de caza, a rodear y buscar el monte, de suerte que en breve tiempo cazamos mil animales de diferentes especies. Y sabiendo en qué parte del bosque estaba la fiera que andaba a buscar con todas estas trazas y estratagemas, di orden a mis monteros que guiasen hacia allá un oso que habían levantado, y siguiéndole yo con toda la priesa que mi caballo podía, vinimos a llegar a unos castaños en cuya sombra estaban Floriso, Claridia y sus amadas prendas. Los cuales, espantados con la súpita vista de la temerosa fiera, sin saber dónde guarecerse, quedaron turbados. Yo entonces, volviendo el brazo derecho un poco hacia atrás, invocando al dios de amor, a mi fortuna y a los cielos en mi ayuda, arrojé un venablo, que en la mano traía, con tan buena dicha y tanta fuerza y pujanza que, cogiendo en el camino a la fugitiva bestia, la pasó de parte a parte, quedando el hierro sepultado en tierra y el oso muerto a los pies de mi hermosa Camila».

RÍOS.- ¡Válgate el diablo por mosca, si no me viene persiguiendo más ha de una hora! Perdonad si corto el hilo a cuento tan bueno, que entiendo que en mi vida no he oído cosa con más gusto.

SOLANO.- Cierto que tenéis razón.

RAMÍREZ.- Dad al diablo la mosca y volvamos a oír esto.

ROJAS.- Primero, con vuestra licencia, os tengo de decir una loa en alabanza de esa mosca de quien Ríos viene tan quejoso y fue la causa que parase nuestro cuento.

RÍOS.- Todo será de mucho gusto, y así la escucharemos con todo aquél que merece la merced que recebimos; pero con protestación que habéis de proseguir luego con lo que tenéis empezado.

ROJAS.- Ese interés es mío, y por agora que me escuchéis os ruego:

La omnipotencia y valordel autor de cuantas cosas ha criado en cielo y tierra con su mano poderosa, más se mira en la hermosura y perfección milagrosa que resplandeciendo están las más chicas de todas. Porque criar de este mundo una máquina poderosa, entapizar a los cielos de diamantes, perlas, joyas, de signos y de planetas y de estrellas luminosas, con diversas calidades cuya influencia grandiosa a los terrestres gobierna para que los compongan al elemento del agua pone límite en sus ondas; criar plantas y animales, aunque son excelsas obras, y tienen poder sin términos si bien miramos en otras, parece que son más grandes ver en las pequeñas cosas, como una mosca, una hormiga, los sentidos que la adornan, las manos, las piernas ínfimas, ojos, narices y boca, y todas las demás partes que con estas conforman, que por la ánima sensible les competen y les tocan, tan bien puestas y adornadas que a admiración nos provocan; ¡cuánto más nos moverá esta maravilla entre otras, para el autor conocer que es hacedor de todas! Fiado en esto, pretendiendo en esta una cosa bien humilde, aunque a muchos enfada. Ésta, con vuestra licencia, señores, será la mosca, cuyo sujeto es tan alto cuanto mi alabanza corta. Empiezo por su valor, por su antigüedad notoria, sus franquezas, libertades y prosapia generosa. Célebrense su nobleza desde París hasta Roma y desde el Tajo hasta el Bactro su grandeza se conozca. Desde el rústico gañán que se calza abarcas toscas, al príncipe más supremo que ciñe regia corona, ¿qué casas o qué palacios de reinas y de señoras, qué antecámaras ocultas, qué damas las más hermosas, qué templos o que mezquitas, qué anchas naves, qué galeotas, qué senado o real audiencia, qué saraos, fiestas o bodas, qué taberna, que hospital, hay de España hasta Etiopía que la mosca no visite y entre libremente en todas? ¿Quién le ha negado jamás el paso franco a la mosca? ¿En qué lugar no se sienta? ¿De qué hermosura no goza? ¿De qué dama más bizarra, con más arandela y pompa, los hermosísimos labios no besa alegre y gozosa? Y no contenta con esto, suele bajar de la boca hasta los hermosos pechos, y aun lo mal oculto toca. ¿A cuántos su libertad no enciende en rabia celosa, viéndola libre y exentagozar lo que ellos adoran? ¿En qué Consejo no se halla? ¿Qué consulta hay que se esconde de su vista peregrina, o qué secretos pregona? Ella oye, ve y calla, no se precia de habladora, no dice lo que no sabe, es discreta, no es chismosa. En el teatro se asienta a ver la farsa dos horas, sin pagar blanca a la entrada ni hacer caso del que cobra. Si quiere ver todo el mundo, no ha menester llevar bolsa, que ella come donde quiere y todos le hacen la costa. Los príncipes la acompañan, duques y marqueses la honran llevándola a donde van junto a sus mismas personas. Tiene carta de hidalguía y tan noble ejecutoria, que nunca paga portazgo en barco, puente, ni flota. En su vida tuvo pleito, y si vende alguna cosa, jamás no paga alcabala, ni por pérdida se ahorca. Goza de todas las frutas, comiendo las más gustosas; es amiga del buen pan, del buen vino y buenas ollas, del turrón y mermeladas, de arrope, miel y meloja, de tortadas, manjar blanco, y de nada nada escota. En Salamanca, en París, en Alcalá y en Bolonia, tiene cursos, y en escuela se sienta a do se le antoja. Cuantos juegos tiene el mundo, tantos sabe; así a la argolla, como a naipes y ajedrez, dados, trucos y pelota. Es hidalga, es bien nacida y natural de Moscovia, ciudad en Moscu antigua muy noble antes de agora. Para ella no hay engaños, bebedizos no la ahogan, los tormentos no la matan, la justicia no la enoja. Ella entra en las batallas, atrevida y animosa, sin arcabuz, sin mosquete, peto fuerte, lanza o cota. Los hechizos no la ofenden, que ha estado en Colcos y Rodas, en el monte de la Lunay en las fuentes de Beocia. En su aposento ve al rey y al mazapán o la torta, la trucha, el pavo, el faisán que el paje en sus manos toma, para llevarlo a la mesa, antes que el rey de ello goza, que porque le hagan la salva la dejan de todo coma. Ella ha de beber primero, y en aquella misma copa que bebiere el santo Papa: mosca mil veces dichosa. Fue

esta ave preciosísima otro tiempo más hermosa que la del Arabia Félix, aunque tan pequeña agora. La culpa tuvo Dianay cierto coro de diosas, que porque las vio bañaren una fuente, la mojan, sus coloradas plumas en un momento transforman en cosa tan negra y muda; pero a questo poco importa, pues sabemos que ella fue quien de la muerte en sus bodas libró al valeroso Alcides de su madrastra enojosa. Quien tanta nobleza tiene, a quien tantas partes honran, tantas grandezas competen, inmensas gracias adornan, digna es de más alabanza, de eterna fama y memoria y que otra lengua la alabe, que la mía queda corta. Suplícoos, pues, nos honréis nuestro trabajo dos horas, y si alguno no lo hiciera, murmure y hable en buen hora, que un moscón está en el patio, marido de nuestra mosca, que si fuere a decir mal, se le meterá en la boca, y se le caerá en el plato cuando algún guisado coma, y si durmiere la siesta, e dará tanta congoja, que busque donde jugar y pierda hacienda y persona y venga las manos puestas a pedir misericordia. RAMÍREZ.- La loa es muy buena, y aunque yo he oído otra del mismo sujeto, no es tan buena como ésta.

ROJAS.- Los días pasados la dije en Medina, y acabada la comedia se llegó a mí un hombre muy pobre y tan viejo que, sin duda, tendría más de setenta años, a pedírmela con muchos ruegos; preguntado para qué la quería, dijo que para leerla algunos ratos y gustar de ella. En efecto se la dí, y admirado de que un viejo que apenas se podía tener en pie y era más de la otra vida que de ésta se entretuviese en procurar loas para leer, habiendo cuentas en que rezar, y en Medina del Campo tan buenos vinos que beber.

SOLANO.- Dice Galeno que la vejez ni es enfermedad acabada, ni salud perfecta.

RAMÍREZ.- También dice el mismo que los hombres tienen seis edades, que son: puericia, hasta los siete años; infancia, que dura hasta los diez y siete; juventud, hasta los treinta; viril edad, hasta los cincuenta y cinco; senectud, hasta los setenta y ocho, y decrepita edad hasta la muerte. Y éste era de los setenta arriba, porque no tenía pelo que no fuese blanco.

RÍOS.- Muchas veces vienen las canas por herencia, como la vejez por dolencia.

SOLANO.- Las canas de la cabeza son emplazadoras de la muerte, y las de la barba, ejecutores de la sepultura.

ROJAS.- Verdaderamente digo que cuando un viejo (si es pobre) no llore por la pobreza que tiene, podría llorar por lo mucho que vive.

RAMÍREZ.- Leí los días pasados en un libro de un hombre de muy buen ingenio un caso que sucedió al duque Filipo el bueno, que fue el primero que instituyó la Orden del Tusón en la villa de Tomer, en una iglesia que llaman de San Bertín, dándole a veinte y cuatro caballeros, a quien él llamaba sus doce pares, el cual traía por insignia pintada en sus banderas una mano con un eslabón que iba a dar en un pedernal, y alrededor un letrero que decía: «primero se ha de dar el golpe que salten las centellas». Leí, pues, como digo, que este cristianísimo príncipe era de mucha edad y acostumbraba a decir infinitas veces lo que era el mundo y cuán poco había que confiar en él. Yendo, pues, una noche rondando con algunos criados suyos, hallaron tendido en una calle un hombre que estaba borracho, lleno de lodo, toda la cara sucia y tiznada, y tan dormido estaba, que no pudieron meterle en su acuerdo. Mandó el duque que le llevasen a palacio, que quería aquel hombre enseñarles lo que era el mundo. Lleváronle de la manera que lo mandó, y después de esto dijo que le desnudasen y vistiesen una camisa muy buena y acostasen en su propia cama, y a la mañana le diesen de vestir y sirviesen como a su misma persona. Hízose todo aquesto, y otro día, cuando ya se había acabado la borrachera, entraron los gentiles hombres de la cámara a decirle de qué color quería vestirse, y él, asombrado de verse en aposento tan rico y rodeado de gente tan principal, y viendo que estaban tantos delante de él descubiertos, no sabía qué responder, sino mirábalos a todos, y debía de parecerle a él, sin ninguna duda, que no había dos horas

que estaba bebiendo en la taberna y andando los fuelles en su casa (que según se supo después era herrero y vivía cerca de palacio). Diéronle, pues, un vestido muy bueno, diéronle agua a manos, la cual él rehusaba de tomar, porque aún no sabía cómo había de lavarse. A todo cuanto le preguntaban no respondía; miraba desde unas ventanas su casa y debía de decir: «¡Válgame Dios!, la casilla de aquella chimenea, ¿no es mía? Aquel muchacho que juega a la peonza, ¿no es mi hijo Bartolillo? Y aquella que hila a la puerta, ¿no es mi mujer Toribia? ¿Pues quién me ha puesto a mí en tanta grandeza?» Digo yo, sin duda que diría él esto.

Cuando pusieron las mesas, sentóse a comer, y el duque presente a todo: hecho esto y venida la noche, diéronle vino bastante para ponerle como le hallaron, y cuando estuvo fuera de juicio y bien dormido, desnudáronle y volvieron a poner su vestido viejo, y mandó el duque que le llevasen al mismo puesto donde le habían hallado. Hízose, y hecho, llegó el duque con mucha gente y dijo que le despertasen, y despierto, preguntóle quién era, y él, muy asombrado, respondió que según las cosas que en dos horas habían por él pasado, no sabría decir quién era. Preguntado la causa, respondió: «Señor, yo soy un herrero y me llamo Fulano; salí de mi casa habrá una hora o poco más, bebí un poco de vino, cargóme el sueño y quedéme aquí dormido. Y en este tiempo he soñado que era rey y que me servían tantos de caballeros, y traía tan lindos vestidos, y que dormía en una cama de brocado, y comía muy bien y bebía, y estaba yo tan gozoso de verme tan servido y regalado, que casi estaba fuera de juicio de contento, y bien se ve que lo estaba, pues todo fue sueño». Y dijo entonces el duque: «Veis aquí, amigos, lo que es el mundo: todo es un sueño, pues esto verdaderamente ha pasado por éste, como habéis visto, y le parece que lo ha soñado.

SOLANO.- El Magno Alejandro, siendo señor del mundo, supo de un filósofo que, sin aquél, había otros tres mundos, y dijo que era gran cortedad suya ser señor de uno solo, y en lo que paró fue que, estando con esperanza de gobernar tres mundos, no fue señor dos años de uno.

RÍOS.- De eso se entiende que en todo un mundo no hay hartos para un corazón soberbio.

ROJAS.- Yo he leído que, preguntando Filippo, padre de ese Alejandro, a unos filósofos cuál era la mayor cosa del mundo, dijo uno que el agua, otro que el sol, otro que el monte Olimpo, pues de él se descubría todo el mundo; otro dijo que el gigante Atlas, pues sobre su sepultura estaba fundado el monte Etna; otro dijo que el poeta Homero, pues había contienda entre siete ciudades sobre cuál sería su patria, y otro dijo que la mayor cosa del mundo era el corazón que despreciaba las cosas del mundo.

ROJAS.- Él dijo bien, por cierto, porque los bienes de él son como el sueño del otro, que cuando más metidos estamos en él y más sin memoria que ha de tener fin, entonces nos quita las haciendas y nos ejecuta en las vidas, porque mientras vivimos en él no hay hora de placer que no se mezcle con mil de pesares, y no hay día de gusto tras quien no vengan mil de acíbar. Porque todo este mundo no es más que trabajar para tener, tener para desear, desear para gozar, gozar para vivir, vivir para morir y morir para dejar. Porque hasta los animales en el mundo vemos no tener contento, sino que los unos riñen con los otros, peleando la onza con el león, el rinoceronte con el crocodilo, el elefante con el minotauro, el oso con el toro, el girifalte con la garza, el águila con el avestruz, el sacre con el milano, el hombre con el hombre, y todos juntos con la muerte.

SOLANO.- Desdichado del que en él se fía y venturoso el que de él se aparta. De lo más que he gustado de todo lo que habéis dicho, es del cuento del borracho, que verdaderamente es muy bueno para considerado y mejor para tomar de él ejemplo.

RÍOS.- ¿Quién era al que decís que le sucedió?

RAMÍREZ.- Al duque Filipo de la casa de Borgoña, abuelo de Madama María, que fue casada con el emperador Maximiliano, por donde se juntaron estas dos tan nobilísimas casas de Austria y Borgoña.

ROJAS.- Pues habéis tocado en ellas, os quiero decir una loa que hice el otro día de esta famosa casa de Austria.

RÍOS.- Mucho gustaremos todos de oírla.

ROJAS.Tengo dichas tantas loas,he compuesto tantos casos de sucesos fabulosos, ficciones, burlas, engaños, alabanzas, vituperios, enigmas y cuentos varios, que ya no sé qué me digadespués de haber dicho tanto. Pero mis buenos deseos me han abierto un fértil campo, una hermosísima vega, llena de árboles tan altos, que al cielo besan sus puntas y eclipsan al sol sus ramos, de cuyo tronco dichos nacen príncipes magnánimos poderosísimos reyes, invictísimos y santos, nacen monarcas del mundo y emperadores cristianos. Con vega tan abundosa, con campo tan soberano, con árbol tan venturoso, y con sujeto tan alto, ¿quién no dirá alguna cosa teniendo que decir tanto? ¡Ánimo, todo es ventura, quiero, temo, dudo y callo! ¡Oh, tú, cabalina fuente, la de Helicon y Pegaso! Infundidme nueva ciencia para que yo acierte en algo: que la descendencia ilustre, principio y origen claro de la casa milagrosa de Austria quiero contaros. Denme todos grato oído, ayuden mi pecho flaco, el bajo estilo perdonen, mis deseos amparando. Austria, parte de Panonia en otros tiempos pasados, muy vecina de Alemania y noble en todos sus tratos, pasa por medio el Danubio, y en sus riberas a un lado está fundada Viena, cabeza de estos estados. Fueron marqueses primero los que esta tierra gozaron, que elegían emperadores en su defensa y amparo. Y entonces a esta provinciala «marca oriental» llamaron los marqueses, cuyos nombres iré, señores, contando: Balario, Grifón, Geroldo, Teodorico, Alberto, Ocario, Gotifredo, Rudigero, Balderico, Sigenardo, Gebelardo, Upaldo, Arnulfo, otro Geroldo y Conrado, y faltando aquí heredero que viniese a estos estados, el emperador Enrico tercero dio el marquesado a Opoldo, duque suevo, cuyo descendiente entrando fue duque de Austria el primero y que éste fue Enrique el Magno. A éste sucedió Leopoldo, que habiendo vencido en campo a los infieles prusones, en memoria de este caso, puso por blasón de este hecho, en sus armas, como sabio, una ancha faja de plata en campo rojo, dejándolas antiguas de su casa y de sus antepasados, que eran cinco cuajadas de oro en un azul campo. Después de a éste hubo muchos, y al fin sucedió al ducado Federico el inquieto, que «el Belicoso» llamaron, al cual mataron los húngaros, sin heredero acabando. Y por ser la casa de Austria feudo al imperio romano, la recuperó Rodolfo, descendiente por milagro de la casa nobilísima que es de los condes de Aspurg, cuyos descendientes fueron, por un don inmenso y raro, Alberto, Alberto el segundo, y a éste, llamado «el Sabio», Leopoldo el Bueno y Ernesto, a quien «el Férreo» llamaron, y Federico el Pacífico, el Noble, el Bueno, el Callado, que fue emperador tercero, padre de un Maximiliano, emperador invictísimo, fuerte, invencible, gallardo, muy piadoso y justiciero, poderoso, justo y sabio. A éste sucedió Filipo, un gran príncipe cristiano y el primero rey de España, de su nombre y su reinado. Este gran Príncipe fue con doña Juana casado, hija única, heredera de Isabel y de Fernando. Sucedió a a éste Filipo el emperador don Carlos, un gran monarca del mundo y el mayor de sus pasados, gloria de sus venideros, cuchillo de sus contrarios, señor de sus enemigos y defensa de cristianos. Pues ni do destruye el griego, ni do edifica el troyano, ni donde ennoblece el godo, ni donde canta el tebano, ni donde tremola el libio, ni donde guerrea el parto, ni donde el indio no entiende, ni donde engaña el gitano, ni del Oriente y Levantehasta el Poniente y Ocaso, hubo temor sin su nombre, porque fue del mundo espanto. A éste sucedió Filipo, invictísimo cristiano, el segundo de este nombre «sin segundo» llamado, la luz de la cristiandad, el terror de los paganos, la discreción de los

hombres, del mismo cielo el retrato; invicto monarca y rey, noble, justiciero, sabio, por su valor y proezas, por su prosapia y reinado, por su imperio y fortaleza, por sus hechos soberanos, por su industria milagrosa el príncipe más cristiano que ciñó corona regia, ni tuvo en el mundo mando; señor de la redondez, de todo el cóncavo santo, otro nuevo Julio César, otro emperador Trajano: que si Aquiles mató a Héctor, venció a Brante Argesilao, el buen César a Pompeyo, el magno Alejandro a Dario, y Augusto a Marco Antonio, y a Aníbal, Scipión el Bravo, el gran Scila a Mitrídates, y a Decebal, Trajano, este príncipe triunfó del mundo y sus partes cuatro. Sucedióle otro Filipo, que guarde Dios largos años, de aqueste nombre el tercer y el primero de Alejandro. Este monarca invencible es espejo de cristianos, santo, justo y cristianísimo, fuerte, cortés y gallardo. Si otro tiempo las naciones y en este que agora estamos se han sujetado a mil reyes, como agora veréis claro; si fue rey de los asirios, un Nino, tan justo y sabio, Licurgo lacedemones, Ptolomeo de egipcianos, un Hércules de los griegos, un Héctor de los troyanos, un Teotonio de los umbros, un Viriato de los hispanos, Aníbal, cartagineses, Julio César de romanos, éste será rey de todos, por más que todos cristiano. Éste hará lo que no hicieron ningunos de sus pasados; éste vencerá a Mahometo, emperador otomano. Entrará en Constantinopla de su enemigo triunfando; sujetará a Inglaterra, al turco y morisco bando. Desde el uno al otro pololibrará al clero cristiano de esclavitud, servidumbre, de enemigos y contrarios. Será, en fin, señor del mundo, tendrá debajo su mano cuanto mira el ancho cielo y cubre el celeste manto: que según su gran valor y los hechos soberanos de su padre y sus abuelos, mucho más de él esperamos. Sus deseos cumpla Dios, pues son tan justos y santos, y vos esta voluntad, discretísimo senado, que buscando cada día novedad con que agradaros, desvelándome en servir vuestro gusto procurando, bien merezco perdoné mis yerros, que ellos son tantos, que sólo en vuestra clemencia puedo salir confiado. Vuestros ingenios conozco, aquí con ellos me amparo; nobles y discretos sois, perdonar sabréis agravios, pues éstos, que no son yerros de voluntad, ya está claro que podrán tener disculpa con el deseo de agradaros. SOLANO.- Buena es la loa. RAMÍREZ.- De lo que me pesa es que llegamos ya a Toledo y no hemos sabido en lo que paré aquel cuento de aquel amigo vuestro. ROJAS.- Es largo, y por esto, y estar tan cerca como estamos, no le prosigo; pero yo tendré cuidado, del primer viaje que hagamos, de irle prosiguiendo. RAMÍREZ.- ¡Ay, Toledo mío! ¿Qué es posible que te veo? Nunca entendí que este deseo se me cumpliera, según lo deseaba. ROJAS.- Siempre el bien que mucho se desea para que se tiene de alcanzar menos esperanza; y al cuando más se siente, es cuando se pierde. RÍOS.- Oído he decir que es este lugar de los ni antiguos de España. SOLANO.- Lo que yo he leído de la muy noble e imperial ciudad de Toledo es que fue poblada quinientos años pocos más o menos, antes del nacimiento de nuestro Señor y Redentor Jesucristo, y que fueron sus fundadores Tolemón y Bruto, capitanes romanos, de los cuales se llamó Toledo, y de esto hacen mención Estrabón y Plinio. RAMÍREZ.- Una de las cosas más notables que hay en esta ciudad es el templo de Santa María, que es, como ya sabéis, la iglesia mayor, la cual edificaron el santo rey de Don Fernando, que ganó a Sevilla, y Don Rodrigo, arzobispo de Toledo. RÍOS.- Entre muchas reliquias que tiene nuestra santa iglesia está el cuerpo de San Eugenio, primer arzobispo de este lugar. ROJAS.- También se honra mucho con el cuerpo de Santa Leocadia, y un libro que tiene escrito de la mano de San Juan Evangelista, que daba un rey a Guadalajara por él y no se le quisieron dar.

SOLANO.- Y la leche que enseñan de Nuestra Señora en una redomita, ¿no es de las mayores reliquias que se pueden decir? Querer tratar de las que tiene es cosa innumerable, y por esto es mejor dejarlas; porque si bien se considera, no sé comparar la de la piedra blanca, que se toca con los dedos por entre aquella rejita pequeña, que es del tamaño de media mano, que encima de ella tiene escritas estas letras, que tantas veces habréis leído:

Cuando la reina del cielo puso los pies en el suelo, en esta piedra los puso: de besarla tened usopara más vuestro consuelo. RÍOS.- ¿Qué mayor grandeza, si bien se mira, que aquel altar donde el bienaventurado San Ildefonso, arzobispo de esta gran ciudad, se vio revestido de una casulla traída del cielo por mano de Nuestra Señora la madre de Dios, la cual está agora en la iglesia de San Salvador de Oviedo, entre otras que de España allí se recogieron al tiempo que entraron los moros en ella? Y este gran misterio está puesto de bulto de alabastro en una capilla pequeña, de su santa iglesia, la cual tiene por armas este gran milagro. Pues si miráis el oro y plata, perlas y piedras preciosas que tiene en el Sagrario, es proceder en infinito, pues tiene unas ajorcas de oro, que son de Nuestra Señora, que costaron catorce mil ducados de hechura, y una mitra, que dejó un arzobispo, que vale más de ochenta mil ducados. Esto sin las muchas casullas que tiene de sedas y brocados; y dicen que del primero oro que vino de las Indias se hizo parte de la custodia de esta iglesia, la cual tiene, sin otras muchas cosas que no digo, setecientas y cincuenta vidrieras de varios colores.

RAMÍREZ.- Pues si queremos tratar de la ciudad, cosa milagrosa los edificios, recreaciones y antigüedades que tiene, pues vemos que se manda por cuatro puertas principales, y la más frecuentada de ellas es la que sale a la puente de Alcántara, la cual es la más rara y artificiosa de cuantas hay en España y aun en gran parte del mundo. Porque es, como sabéis, de un solo ojo, muy alta y de gran firmeza porque está fabricada toda de cal y canto.

ROJAS.- Rasis, escritor, coronista de los árabes, celebra mucho esta puente y dice él mismo que fue hecha en tiempo de Mahomet Helimen, que fue hijo del rey Habdarratiman, en la de los árabes, de doscientos y cuarenta y cuatro.

SOLANO.- También tiene otra puente sobre el río Tajo, de dos ojos, que llaman de San Martín, labrada con tanta excelencia, que es tenida por una de las buenas de España. De ésta dicen algunos que la hicieron de nuevo los reyes godos teniendo su corte en Toledo, el cual cerca Tajo más de las dos tercias partes de él; y lo que no cerca está muy fortalecido de dos fuertes murallas en que hay ciento y cincuenta torres. Y tiene un campo llano, que se llama la Vega, la cual es muy apacible, y donde salen a recrearse las ninfas de este lugar en todos tiempos, porque en invierno tiene sol y en verano frescura. Sin esto, aquel Alcázar tan fuerte y suntuoso que casi compite con el cielo.

RAMÍREZ.- Y aquel artificio que sube el agua desde Tajo a lo más alto de la ciudad, ¿no es cosa increíble y que causa notable admiración que suba por más de quinientos codos de altura?

SOLANO.- Obra es la más insigne y de mayor ingenio de cuantas de su género sabemos que hay en el mundo, cuyo inventor fue Juanelo Turriano, natural de Cremona, en Lombardía, que por sola esta obra mereció igual gloria con aquel Arquímedes de Siracusa o con el otro Arquitas, tarentino, que fue tan gran matemático que hizo volar una paloma de madera por toda una ciudad. Y vemos que sola la invención de su maderaje de este artificio tiene más de doscientos carros de madera delgada, que sustentan encima más de quinientos quintales de latón y más de mil y seiscientos cántaros de agua.

ROJAS.- Obra fue, por cierto, ingeniosísima y digna de eterna alabanza.

RÍOS.- Pues sin esto, tiene esta ciudad otra grandeza, no menor que las que habemos dicho, y es que en el reino de Toledo tienen sus estados muchos señores de las casas más antiguas y más calificadas de España, como son el marqués de Villena y duque de Escalona, el duque de Maqueda, marqués de Montemayor, conde de Orgaz, conde de Fuensalida, conde de Casarrubios, conde de Arcos, marqués de Malpica, conde de Malagón y el mariscal de Eobes, sin otros señores particulares que tienen mucha renta y no son títulos, aunque pudieran serlo. Pues sin esto tiene hombres de grande ingenio, y sino miraldo en nuestro oficio, que los famosos autores que le han ilustrado y puesto en el punto que agora vemos han sido todos naturales de Toledo, de donde se arguye que produce este lugar personas de peregrinos entendimientos y hábiles para todo género de artes ingeniosas y de habilidad, pues dejando aparte los antiguos que fueron Lope de Rueda, Bautista, Juan Correa, Herrera y Navarro, que aunque éstos dieron principio a las comedias, no con tanta perfección como los que agora sabemos y hemos conocido, y que empezaron a hacerlas costosas de trajes y galas, como son Cisneros, Velázquez, Tomás de la Fuente, Angulo. Alcocer, Gabriel de la Torre y yo que también lo soy. Pues representantes los mejores que ha habido en nuestro oficio también han sido de Toledo; si no, díganlo Ramírez y Solano, Nobles, Navarrico, Quirós, Miguel Ruiz, Marcos Ramírez, Loyola y otros muchos que no me acuerdo.

ROJAS.- El rato que hemos traído ha sido de tanto gusto, que no se me han hecho estas cuatro leguas un paso, y pues que ya estamos no más de una de Toledo, quiero entretenerla con deciros una loa que dije aquí cuando estuve con Villegas, que pareció bien con grandísimo extremo, por ser la traza nueva y la novedad peregrina, y dice de esta manera:

Piedras, bronce, chapiteles, pirámides, coliseos, obeliscos y colosos, móviles y paralelos, rafe, techumbre, arquitebas, pentágonos y cruceros, bien sé que sólo me entienden no más de los arquitectos. Dioptra, tímpano, limbo, aranaes, pínolas, globos, almicantarad, numitos, coluros y meteoros, pleyadas, Arturo, norte, Vía láctea, signos, polos: bien sé que sólo me entienden aquellos que son astrólogos. Laurel blanco, gramonilla, flor salvaje e higuera, aceites para la cara, de jazmín, limón, violeta, de azufre, de estoraque, de altramuces y de arvejas, cabezas de codornices, los granos de aquella hierba, piedra del nido del águila, lengua de víbora fiera, aguja marina y sogababa morisca y la tela del caballo y la criatura, sesos de asno y flor de hiedra: bien sé que sólo me entienden no más de las hechiceras. Sacres, petajes, trabucos, morteruelos, falconetes, escurribandas, cortinas, tijeras, espaldas, frente, peñas, guardas, casamatas, culebrinas y mosquetes; ma foy, monsieur, si voules, je port un brave capitene, qui vou donara un cheval, tout asteur que vou voudrés, argen, cuiraza, pistola, samordia, alón, amené, à diner à mon mesonvitement, & tout insieme: ya entenderán lo que digo los soldados y franceses. El guro está en el verdoso, avizora el antano, polinches y lobatones, poleos y chupagranos, que las marquisas godeñas, las guimarras del cercado, entruchan cualquier resuello entre van todo reclamo, de mondruchos, brechadores, floraineros, y lagartos: ya entenderán lo que digo los del germánico trato. Contumelia y puspusura, argonauta y cicatriza, regomello y dinguindaina, cazpotea y sinfonía, magalania y sinfuntunia, zogomella y ciparisa: esta lengua entiende Ríos y otros que echan bernardinas. Sahúmate bien las faldas, frunce esa boca, mozuela, llégate al rostro esa toca, clava esos ojos en tierra. ¡Ay, señor, que es una tonta! ¡Malograda de su abuela! Alza ese manto del rostro, descubre esas manos, necia: tiénelas como alabastro, más blandas que una manteca, un piececillo tamaño y unas tetillas tan tiernas; pues el olfato de boca más lindo que de azucenas. Aún no ha cumplido quince años, quítele aquella vergüenza. ¡Lléguese, no tenga empacho! ¡Mire qué muchacha aquesta! ¡Putas higas para todas! ¡Llégate, bobillo, a ella!, que es como una

pava gorday como una polla tierna.¿Piensas que no sé del mundo?Pues más tengo de cuarenta.¡Dale esa sortija, acaba,ponle al cuello esa cadena!¡Ay, qué flojón, Dios me guarde!ya me entenderán las viejas.«Vuesa merced, señor mío,me tenga por su criada,porque en lo que es voluntadnadie en el mundo me iguala.¡Hola!, si viene el platerodirás que no estoy en casa.y al mercader di que acudaque no tengo ahora blanca.Cierto, señor, que quisierahacer lo que se me manda,mas no faltarán mujeresa vuesa merced de gracia.Lo otro, en la vecindadestoy en muy buena fama,y yo no querría perderlapor quien se me ha de ir mañana.¡Hola!, ha pasado don Diego,corre y dile a doña Juanaque venga a hacerme merced,que ya son las once dadas.Por mi fe que estoy corrida,que tengo una convidaday no se halló qué comeresta mañana en la plaza.Una olluela tengo ahí,y no sé qué zarandajas,que aún el pan no me han traído»:ya me entenderán las damas.¿No sabéis de qué me espanto?¿Cómo estos farsantes pueden,haciendo tanto como hacen,tener la fama que tienen?Porque no hay negro en España,ni esclavo en Argel se vende,que no tenga mejor vidaque un farsante, si se advierte.El esclavo que es esclavoquiero que trabaje siempre,por la mañana y la tarde;pero por la noche, duerme.No tiene a quien contentar,sino a un amo o dos que tiene,y haciendo lo que le mandanya cumple con lo que debe.Pero estos representantes,antes que Dios amanece,escribiendo y estudiandodesde las cinco a las nueve,y de las nueve a las doce se están ensayando siempre;comen, vanse a la comediay salen de allí a las siete.Y cuando han de descansar,los llaman el presidente,los oidores, los alcaldes,los fiscales, los regentes,y a todos van a servir,a cualquier hora que quieren.¿Que es eso aire?; yo me admirócómo es posible que puedenestudiar toda su viday andar caminando siempre,pues no hay trabajo en el mundoque puede igualarse a éste.Con el agua, con el sol,con el aire, con la nieve,con el frío, con el hieloy comer y pagar fletes;sufrir tantas necedades,oír tantos pareceres,contentar a tantos gustosy dar gusto a tantas gentes.Ya me han entendido todos;gracias a Dios que me entienden,y pues ya me han entendidohombres, niños y mujeres,astrólogos, arquitectos,viejas, damas y franceses,hechiceras y soldadosy todas las demás gentes,murmuren, hablen y ríande todos los que salieren:del uno porque salió,del otro porque se entre.Ríanse de la comedia,digan que es impertinente,malos versos, mala traza,que es la música aleve,los entremeses malditos,los que los hacen crueles;ansí Dios les dé salud,mucha vida y muchos bienes,tengan contento en su casa,el estado y honra aumente,dé a las doncellas maridosy a las casadas placeres,a las viudas hombres viudos,ricos, galanes, alegres,a las viejas pan y vino,y tras todos estos bienes,una tos que los ahogue,una mujer que los peley una sarnaza perrunaque les dure ochenta meses.RÍOS.- La loa es buena, de mucho gusto y entretenimiento, por la variedad de las cosas que tiene, que eso es sin duda lo que más agrada.

SOLANO.- Decía un amigo mío que las alcahuetas son como el abecedario de los mercaderes, que tienen libro donde escriben las partidas y su abecedario para buscarlas, pues sin él no las hallarían con tanta facilidad. Y ansí son las damas sin ellas, que las andará un hombre buscando toda la ciudad, y no las halla, y para esto es menester acudir a la alcahueta, que es el abecedario, para que vea dónde vive Fulana, en qué calle y a cuántas casas.

RAMÍREZ.- Yo me he aprovechado alguna vez de esa industria.

RÍOS.- Trataba un hombre mozo diez y ocho años había con una vieja, y djóle un amigo suyo que se apartase de ella, si no por ser el tiempo tan largo, el pecado tan escandaloso y la carga tan pesada, a lo menos por ser ella tan vieja.

SOLANO.- Señor, ése podía decir: «Amiga vieja y camisa rota, no es deshonra».

RÍOS.- Yo conocí a Solano una que tenía más de cincuenta años; no sé yo si era su amiga, pero yo le vi muchas veces hablar con ella.

SOLANO.- Por estar ya en Toledo no respondo lo que hay en eso, ni digo quién era ni por qué lo hacía.

ROJAS.- Bien se puede creer todo de vuestra buena fama; y así eso como esotro se puede quedar para el siguiente camino.

Libro III

Ríos, Ramírez, Solano, Rojas

SOLANO.- Humo, gotera y mujer parlera, dicen que echan al hombre de su casa; pero deseo saber qué nos echa a nosotros tan presto de nuestra tierra; pues ayer acabamos la fiesta del Corpus de ella y hoy nos ponemos en camino para Valladolid.

RÍOS.- Lo que me saca de Toledo con tanta brevedad son tres cosas: gusto, interés y fuerza; pato, ganso y ansarón, que tres cosas suenan y una son. Gusto de representar en la Corte, por la mucha merced que en ella se me hace: que quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija; e interés por el grande que se me sigue: porque más da el duro que el desnudo; y fuerza porque me han enviado a llamar que esté en la Corte para veinte de éste: y donde hay fuerza, piérdese derecho.

RAMÍREZ.- Achaques al viernes por no le ayunar. Pues lo que decís de ganancia, de mayor es las octavas de Toledo que todo lo que se puede ganar en Valladolid en este tiempo.

RÍOS.- Para la Corte no hay ninguno malo y más habiendo un autor solo.

SOLANO.- Señor, quien gasta y miente, su bolsa lo siente. Ése es vuestro gusto, como habéis dicho, y supuesto eso, yo callo y lo demás remito al tiempo.

RAMÍREZ.- Muy bien dice Solano; pero dejemos esto, y pues en el viaje pasado tratamos de algunas grandezas de Toledo, no se nos pase en blanco lo que no es de menos consideración que todas que es de este famoso río Tajo.

ROJAS.- Lo que cerca de él os podré decir es que en cuanto al nombre que tiene de Tajo, le tomó de Tago, que fue rey de España; y Plinio dice de este río ser preferido a otros muchos, así por sus aguas como por las arenas de oro que en él encierra, y por estas como por otras muchas causas ha sido ordinariamente tan celebrado de los poetas y escritores antiguos.

RÍOS.- Luego, ¿de veras decís que son sus arenas de oro?

ROJAS.- Es sin duda.

RÍOS.- Yo entendí que era por encarecimiento.

ROJAS.- De él dice Juvenal, encareciendo su riqueza: «No tengas en tanto todo el oro que se halla en el río Tajo». Y fuera de esto le llama aurífero, porque cría en sus arenas, como he dicho, mucho oro.

SOLANO.- No sólo me parece a mí que cría oro, pero que todo él es de cristal. Pues vemos pone los rostros más tersos que plata muy fina y acendrada, siendo estimada para esto en toda España su agua cristalina, la cual, si se vendiera, le pudieran con razón llamar río de plata, según el interés que diera y la plata que de él se sacara.

RAMÍREZ.- ¿De dónde nace este río?

ROJAS.- De unas montañas muy altas del reino de Aragón, cerca de una ciudad que llaman Albarracín. Aunque a unos he oído decir que nace en las sierras de Molina, y a otros en las sierras de Cuenca, muy cerca de la raya de Aragón; el cual entra en la mar media legua más abajo de la ciudad de Lisboa.

RÍOS.- Orillas de este río, cerca de la huerta del rey, vi los días pasados una mujer de muy buen talle, buena cara y hermosísimos dientes.

ROJAS.- Bastaba eso para que fuese hermosa.

RÍOS.- La cual me dijo que era portuguesa; supe su casa y hame regalado mientras hemos estado en Toledo con muchas cajas de dulce que Ramírez, como enfermo, ha participado de algunas.

RAMÍREZ.- Y aun después acá me duelen las muelas de manera que no puedo sosegar.

RÍOS.- Yo os prometo que me duele a mí este diente que reviento de dolor de él.

SOLANO.- Cualquiera cosa dulce es muy dañosa para la dentadura.

ROJAS.- Cerca de eso hice yo una loa que tiene hartos remedios para ella.

RÍOS.- Decíla; podría ser nos aprovechásemos de alguno.

SOLANO.- ¿No la oiremos?

ROJAS.- Dice así:

No sé si mi buena suerte, discretísimo senado, o el fin de mis desventuras que ha llegado en breves plazos, me llevó a misa ha seis días al monasterio sagrado, de aquel santo a quien dio Cristo por armas suyas dos brazos. Descuidado y venturoso, que es muy propio en descuidados venirles de presto el bien, sin saber por dónde, o cuándo, yo, que iba a entrar en la iglesia más que devoto, bizarro, el pensamiento en Baviera y mi rosario en la mano, en ella vi una mujer, vi un ángel en cuerpo humano, que por ser ángel del cielo estaba en lugar tan santo. Llamóme, llegué y oíla, Dios sabe si más temblando que la sentencia de muerte escucha algún condenado. Pasé la palabra «alerta» a mis bienes mal logrados, y al escarmiento dichos opuse de posta un soldado. Toqué al arma al pensamiento para que saliese armado, a competir con el cielo de aquel ángel soberano. Mis deseos recogí, mandéles hiciesen alto, que vi el enemigo al ojo tocando al arma de falso. Mandé marchar mi firmeza y fue el amor guiando, que aunque es ceguezuelo el niño, sabe muy bien los pantanos. Eché un bando a mis memorias, y, pena de muerte, mandono pretendan imposibles, que es fuego de desengaños. Con aquesta prevención legó el general Mandando, y el capitán Obediencia, que es un soldado gallardo, el alférez Humildad con el sargento Cuidado, y el cabo de escuadras Gusto que es de mil escuadras cabo. Llegué al fin, y dijo: «Rey, así viva muchos años, que me diga cómo tiene aquellos dientes tan blancos. Diga con qué se los limpia, y para que valgan algo, ¿han de ser chicos o grandes, menudos, juntos o ralos? Respóndame por su vida, que estos míos me han loado, y no acabo de entender si son buenos o son malos. -Ansí hiciera Dios los míos porque pudiera igualarlos con los de vuestra merced, que son más que perlas blancos», la respondí medio muerto, y ella, sacando una mano, se echó el manto sobre el rostro, y sobre el cielo un nublado. Levantóse y dijo: «Basta; pues dicen que es cortesano, haga lo que le he pedido». Repliqué: «Obedezco y callo». Fuese y dejóme, y ayer me avisó con un criado que hoy en la farsa estaría en un aposento bajo; que en la loa le dijese lo que me había preguntado, so pena de su desgracia, y al fin cumplí su mandato. Recógime, escribí un poco, y lo más que he alcanzado cerca de aqueste propósito diré aquí, si digo algo. Dientes, colmillos y muelas, blancura, cuenta y tamaño que tendrán quiero decir, con avisos necesarios. Ha de haber treinta y dos piezas, diez y seis en cada lado, cuatro dientes, dos colmillos y dos muelas que llamamos colmillares, y ocho simples, doce arriba y doce abajo, y por todos treinta y dos, ansí en bajo como en alto. El ancho, largo y color será de un mismo tamaño, la dentadura por orden, los dientes algo más largos que las muelas y colmillos, muy poca cosa apartados, blancos, delgados, menudos, firmes y bien encarnados; los colmillos puntiagudos, rollizos, recios y blancos, y las encías delgadas, que esté el diente muy pegado a ellas, y éstas macizas, enjutas, color rosado; los dientes serán un poco más salidos los más altos, de manera que, cerrada la boca, cubran los bajos, y las muelas que parezcan de una pieza en ambos lados. Digo, pues, que para ser buena dentadura, es llano que tendrán los que aquí he dicho y es aquesto lo ordinario. Enseña naturaleza que estas muelas que tratamos son para sólo masticar y ansí las dio asiento llano; para morder,

los colmillos,recios y agudos un tanto,y para bien parecery bien hablar, dientes blancos.A auestos suelen venirpor momentos muchos dañonacidos de corrimientos,fístolas, flemón salado,apostemas, pudrimientosde algunos dientes gastados,dolor, movimiento, toba,limosidad, olor malo,neguijón, deminución,y otros males que no trato,que hay también cruentación,esponjiosidad y tantosque fuera nunca acabardecir de ellos ni tratarlos,que hay remedios para todosmas por no enfadar los callo.Aceites y aguas diversasos diré algunas de paso,como es agua llovediza,rosada, llantén, del palo,agua de murta, agua ardiente,agua de lentisco amargo,agua de piñas, zumaque,aceite simple y rosado,aceite de mirto, almástiga,azúcar candi, alabastro,cortezas de olmo y ciprés,de pino y nogal granado;canela, cuerno de ciervo,coral blanco y colorado,cáscaras de huevos, cal,cardamomo, cera, clavos,encienso, ladrillo, hollín,huesos de mirabolanos,las hojas de hiedra, ruda,oro, plata, orines, bálsamo,raíces de nogal, rosas,romero, sangre de drago,tricaa, torvisco, vidrio,rasuras, vinagre aguado,piedra alumbre, porcelana,salvia y unguento egipciaco,sal común, violetas, vino,piñas, jarabe violado.De esto se hacen cocimientos,agua estíptica, y del palopebetes, destilaciones,pólvoras, colirios, bálsamos,polvos, conservas, opiatasy otras mil cosas que callo,por dejar lo que no importae ir a lo que hace al caso.Para que la dentaduraesté limpia todo el año y se conserve en un ser,lo siguiente es necesario:lo primero que han de hacer,luego que hayan despertado,es enjuagar las encíascon un paño muy delgado;luego inmediate tras esto,después de ya levantados,enjuagarse bien la bocacon agua fría en verano,y para que temple el frío,en invierno, de la mano,porque el agua es santa cosay éste un remedio acertadoque refresca las encías,templa el calor demasiado,mundifica la inmundicia,y sobre todo, es muy claroque repercute la reuma;y ansimismo el vino aguado,después de comida o cena,es bueno para enjuagarlos.Los mondadientes que se usanson tan diversos y tantos,que unos los traen de biznaga,tea, enebro y otros palos,de nogal, salce, lentisco,malvarisco, hinojo, y damosen traer de plata y oro,que esto es malo de ordinario;y lo mejor que es de todo,y que más fácil hallamosy podríamos traer,es una pluma de ganso:pues no tiene calidadcontraria, es recio y delgado,y limpia entre diente y diente mejor, y es mucho más sanoque los demás que aquí he dicho y de que muchos usamos,corta la toba mejory éste ha de ser romo y blando.Digo también que a los dienteses dañosísimo y malolavarse con lejías fuerteslos cabellos, ni enrubiarlos,ponerse afeite en los rostros,comer dulce, leche, rábanos,berzas, repollos, cebollas,queso, cuajada, pescado,y cualquier cosa flemosa,esto cuando es de ordinarioy mucho, que, como dicen,rejalgar poco no es malo.Comer canteros de panmuy duros es reprobado;hacer fuerza con los dienteses de hombres insensatos.Roer huesos, comer nervios,beber tras lo frío cálidoni tras lo cálido fríoes dañoso, y acertadocomer un poco de panantes de esto; y aquí parocon decir, señora mía,que no sé más de este caso.Esto he dicho de experienciay de haberlo ejercitado;vuesa merced me perdone,que yo holgara saber algocerca de aueste propósitoque es el que se me ha mandado;mas reciba mi deseode servirla, que es tan alto,que donde yo acabo, empieza,señores, a suplicarosperdonéis mi atrevimiento,que ya conozco que os cansocon necesidades prolijas,con fabulosos engaños,con disparates forzososy con versos mal limados.Mas todo tiene disculpacon ser yo vuestro criadoy tan honrado mi celode serviros y agradaros. RÍOS.- La loa es buena, y para conservar uno la dentadura, no ha menester sino aprenderla y guardar todo lo que dice con puntualidad.

ROJAS.- Los dientes ni quieren mucho descuido ni demasiado cuidado: que tan malo es lo uno como lo otro.

SOLANO.- En llegando a Valladolid me habéis de dar un traslado de esta loa, porque, dejado aparte que es de mucho gusto, me quiero aprovechar de algún remedio para

limpiarme los dientes, aunque los tengo tan malos que me parece imposible que yo venga a tener en mi vida buena dentadura.

ROJAS.- De ella se dicen tantas cosas, y tan extrañas, que no fácilmente se puede dar crédito a ellas, aunque de las que vemos cada día, les podremos dar alguno. Yo he oído decir que a una mujer le faltó su regla y se le cayó toda la dentadura, y a los ochenta años le volvió su costumbre y a nacer los dientes. Y ansimismo de otra que en cada año los mudaba, y que otras los han mudado dos veces en la vida.

RÍOS.- Una persona de mucha autoridad y crédito me dijo que a una abuela y tía suya le habían salido a cada una de estas señoras dos dientes delanteros, de edad de ochenta años, y otros que de treinta años arriba se han sacado dientes y muelas y les han vuelto a nacer.

RAMÍREZ.- Una cosa harto extraña me dijeron a mí de un hombre que nunca le nacieron dientes ni aun encías donde pudiesen nacer, sino que los labios venían y comenzaban donde habían de nacer los dientes.

ROJAS.- Pues una persona (de no menos crédito y autoridad que las pasadas) me dijo le había dicho un juez que en un lugar de las Alpujarras, estando él allí en una comisión, vio un hombre y conoció, con cabellos blancos y sin dientes, y que volvió al mismo lugar de ahí a doce años, donde halló aquel hombre con cabellos negros y dientes.

RAMÍREZ.- Parece que quiso Naturaleza verificar aquel dicho, que los muy viejos son dos veces niño que dice Aristóteles, que a los ochenta años tornan a renacer los dientes.

SOLANO.- De un caballero me dijeron a mí en Sevilla personas que le vieron en Indias, que los dientes de arriba eran todos una pieza y los de abajo otra, sin hacer división ni señal de dientes.

RAMÍREZ.- Yo conocí una doncella en Toledo que se metió monja de edad de veinte y cinco años, y de achaque de tener un aposento recién labrado y húmedo, dicen que se le cayó toda la dentadura y después le tornó a nacer.

RÍOS.- Pues yo vi por mis ojos un colmillo a una mujer, y me dijo la misma que le había mudado cinco veces.

SOLANO.- En el año de mil y quinientos y sesenta y seis, oí decir a mi padre que trajeron a Madrid una muela que se halló en Argel en una sepultura de un gigante, que pesó más de dos libras y tenía cuatro dedos de ancho; y otros dicen que era pedazo de quijada, y por gran maravilla la llevaron a palacio.

RAMÍREZ.- Yo conocí un religioso que le nacieron las muelas cordales de edad de más de cincuenta años.

RÍOS.- Sucesos son que parecen increíbles.

ROJAS.- Pues escuchad, que no me había acordado: un grande amigo mío (y persona a quien se puede dar mucho crédito) me contó en Salamanca los días pasados un cuento que le sucedió a un villano en un lugar del reino de Valencia, en que se le cayeron, por cierta desgracia, todos los dientes y muelas de la boca, y comía después tan bien con las encías, que decía que no le pesaba sino del tiempo que los había tenido. Y fue el cuento de tanto gusto que compuse de él una loa, que gustaréis de oírla, y dice de esta manera: En la ciudad más insigne que hay en Francia, Egipto, España, ni el sol y las cinco zonas alumbran con su luz clara; no la que Baco fundó, Tebas, ni la gran Dardania, Partenope la famosa, que es la belleza de Italia; ni del nevado alemán la adusta Tingintania, hay ciudad que sea mejor que la insigne Salamanca. Si miráis sus edificios, asientos, calles y casas, colegios, templos y escuelas, muda quedará la fama. Si advertís en los regales de su generosa plaza, en grandeza y bastimentos, ¿cuál en el mundo la iguala? Si queréis ver su nobleza, veréis en ella cifrada toda la que tiene el suelo de Europa, Flandes y Francia. Pues si miráis sus ingenios, tanta ciencia y letras tantas, decid todos: «non plus ultra, aquí es donde el mundo acaba». Donde acaba y donde

empieza, pues vemos que es cosa clara que los que el mundo gobiernan son ramos de aquesta planta. Los pilotos que en la nave de Dios gobiernan las almas, salen de esta gran ciudad: para saber quién es, basta. Cardenales, arzobispos, reyes, príncipes, monarcas, que tienen al mundo en peso, ella les dio las tiaras, las mitras y las coronas; de ella han salido las plazas de presidentes, oidores, dignos de eterna alabanza. Pues si dejamos las letras y venimos a las armas (aunque ha publicado guerra contra la pluma la lanza), ya conocemos, y es cierto, que entre las naciones varias que tiene el mundo españoles, entre todas se aventajan; pues si españoles buscáis buscaldos en Salamanca, que allí hallaréis de andaluzes la flor de Córdoba y Málaga; si de Castilla, también; si de Aragón, de Navarra, de Valencia, Cataluña, de Portugal, de Vizcaya, de Galicia, de León, de las Asturias, Montañas, todo lo mejor de todo, aquesta ciudad abraza, porque los siete milagros del mundo en ella se hallan, y la que aquel poblador fundó primero en España. Digo, pues, que un estudiante de aquesta ciudad sagrada, a quien el gran Aristóteles en ninguna ciencia iguala, me contó un cuento donoso que os ha de parecer fábula, no sucedido en la China, en la isla Taprobana, en los montes Pirineos, de Chipre o de Sierra Caspia, sí en el reino de Valencia, que me dijo ser su patria. Fue el caso que hay de costumbre celebrar con muchas danzas mil diversas invenciones, autos divinos y farsas, aquel día tan solene en que Jesucristo bajó desde el cielo hasta la tierra a darse al hombre en substancia. Entre todas estas cosas, me dijo: «Sacar un águila, donde va metido un hombre con unas muy grandes alas; la cual va haciendo camino cuando la procesión pasa, y juntamente con esto, entre otras figuras, sacara dos ángeles vestidos, muchachos de buenas caras, con cabelleras muy rubias y con sus alas doradas. Viendo, pues, un labrador la fiesta, por su desgracia, al águila y a los ángeles y las alas que llevaban, fabrica en su pensamiento la más peregrina traza, la invención más inaudita que el gran Sertorio inventara, ni en género de tormentos Perilo, ni el rey de Tracia, Progne, Scinis o Medea, que con ésta todas callan. Pues pareciéndole a él que con las alas volara, procura hacer experiencia de su imaginación vana. Y habiendo de ir otro día al campo que acostumbraba, a un hijo suyo le dijo que llevase allá las alas. Llevólas, y a mediodía, cuando del trabajo alzan un rato para comer, le dijo aquestas palabras: «Has de saber, hijo mío, que he pensado una gran traza para no venir a pie a la heredad, desde casa. Y es que, si con gran fuerza aquestas alas me atarasa los brazos, pienso yo que cual las aves volara». Al hijo le pareció aquella invención no mala, y determinase al fin de hacer lo que el padre manda. Átase las fuertemente, y en una peña muy alta el pobre viejo se sube a ejecutar su ignorancia. Empezó a mover los brazos, y con las alas trabajó para levantar el vuelo, y viendo que no bastaba, dijo al hijo que entretanto que sus fuerzas le ayudaban y estuviese algo más diestro en el volar, que llegar y le diera un empujón; obedece el hijo y calla, con el deseo de ver el fin de invención tan alta. Llega y dale, y por volar hacia el cielo, da en el agua, que era un pequeño arroyo que al pie de aquel monte estaba. Quebróse el mísero viejo los brazos y las quijadas, una pierna y la cabeza, y viendo lástima tanta, el hijo fue a buscar gente: vienen, llévanle a su casa, pónenle en cura, y al fin de más de cinco semanas que estaba el triste mejor, dijo a los que le curaban que le pareció sin duda, cuando cayó, que volaba, y que volara sin duda, si no llevara una falta; y preguntado qué era aquello que le faltaba, le respondió que la cola, que, a no faltarle, volara; pero que él se acordaría para otra vez de llevarla. Bien podrá decir agora que entre muchos que aquí hablan hay algunos a quien sobra lo que al labrador faltaba. ¡Cuántos hay aquí con colas! A fe que si rebuznaran, que dijeran que eran bestias más de cuarenta que callan: los que dicen mal del verso, de la comedia y la traza, si fue propia o si fue impropia, larga o corta la jornada. Traer las comedias buenas, para el autor es ganancia, que pues le cuestan su hacienda, no procura que sean malas. Sucede que compra una, que leída y ensayada nos parece milagrosa, y es mala

representada. ¿Quién tiene la culpa de esto? ¿El poeta? no. ¿La farsa? menos. ¿Los representantes? tampoco. ¿Será el errarla? No, por cierto: no es la culpa sino vuestra, cosa es llana; a los de las colas digo, los que emiendan, los que tachan, los que pretenden volar sin alas donde no alcanzan, los que quitan, los que ponen y no les contenta nada; que como la presunción les sobra, que es cola larga, piensan con ella suplirlo que no alcanzan sus alas. De aquestos, pues, es la culpa, pero nuestra la desgracia en haber de alas tan pocas para suplir faltas tantas. Pero a los pocos que hubiere, que Pocos pienso que bastan, suplico que si nosotros hoy voláremos sin alas, y desde el monte del yerro se despenare la farsa, con las alas de su ingenio suplan todas nuestras faltas. SOLANO.- Vos tuvistes razón de alabarla, porque verdaderamente es de mucha risa.

RAMÍREZ.- ¿No es buena la invención de querer volar?

ROJAS.- Sin duda éste quería ser correo, y como era viejo y le faltaban fuerzas, quiso caminar con alas, y lo que no hizo Pirro (que fue el primero que inventó correos) quiso hacer éste, siendo segundo, que se hiciesen los hombres pájaros.

RÍOS.- Trujo un correo los días pasados una carta al mozo que me guarda el hato, y decía el sobrescrito: «A Juan Díaz, guarda mayor de la ropa de Ríos y maestro de hacer nubes en los tablados; porte, un cuartillo», y dijo uno: «échele media azumbre».

SOLANO.- Cuando fuera arropa, yo aseguro que no la huyéramos la cara.

RAMÍREZ.- ¿No es Madrid aquel que se divisa?

RÍOS.- ¿Quién puede ser sino el mejor lugar que tiene España?; y cuando dijera el mundo, no hiciera a ninguno agravio.

SOLANO.- Cierto que me pesa de haber por aquí venido.

ROJAS.- ¿Por qué?

SOLANO.- No quisiera verle tan solo.

ROJAS.- No por eso deja de ser el que siempre ha sido, y quien tiene tantos méritos y ha hecho tan buenos servicios no es posible esté tan olvidado que algún día no le den el gobierno de alguna real Corte a cargo, que es el oficio de que tantos años ha servido.

Que para otra cosa sin duda que no es bueno, y ésta asienta en él como sobre azul el oro.

RAMÍREZ.- Participa Madrid, entre otras muchas cosas, de un cielo muy claro, que así por esto, como por ser los aires que por ella corren muy delgados, es el lugar más sano que conocemos.

SOLANO.- ¿Sabéis cómo se llamó aquesta villa ti mente?

ROJAS.- Según dice una corónica, fue su nombre antiguo Mantua Carpetanorum, la cual dicen fundó un hijo de Tiberino (esto toca a la ciudad de Mantua de Italia), rey de los latinos, y la llamó de este nombre de Mantua, por memoria de su madre, que se llamó Manto, y el sobrenombre Carpetana se le dio por estar en los pueblos Carpetanos. Y después dicen algunos que se llamó Ursaria.

RÍOS.- Querer tratar de su grandeza, templos, suntuosidad y edificios, es cansarnos; sólo digo que no hay rincón en Madrid donde no se puede volver los ojos con extraño gusto, por haber en él tanto que mirar. Fuera de esto, es el lugar más venturoso y de mejor estrella de cuantos cubre el cielo.

SOLANO.- ¿De qué manera?

RÍOS.- Porque no hallaréis en el mundo nación, por remota que sea (aunque nunca la haya visto si no es de oídas), que no le quiera bien, desee bien, diga de él bien y le pese entrañablemente de su mal.

RAMÍREZ.- Verdaderamente que tenéis razón: que hasta hoy no he visto hombre ni mujer, natural ni extraño, que no le alabe.

RÍOS.- Todo lo merece, y pues nos es tan claro su merecimiento y le viene tan de atrás, quédese su alabanza en silencio mientras estuviere puesto en olvido.

ROJAS.- Cerca del silencio os quiero decir una loa, que sin duda entiendo que es la mejor que hasta agora he dicho ni hecho.

SOLANO.- Siendo loa, será para nosotros de mucho gusto.

[ROJAS]No salgo a pedir que callen,no a pedir silencio vengo,que ya no se halla en España,ni en los más remotos reinos.Ya en los alcázares sacros,ya en los cristalinos cielos,ya en los siete errantes signos,ya en todos cuatro elementos,ya en cuanto Telus ocupacon su manto oscuro y negro,ya en los astros luminosos,ya en los palacios de Febo,ya en los campos, ya en los prados, a en los lugares plebeyos,ya en los más peinados riscos,ya en los más desiertos yermos,ya en las plazas, ya en las calles,ya en las ventas, ya en los pueblos,ya en las fuentes, ya en los ríos,ya en los jardines, ya en huertos,ya ni en los cerúleos mares,ya ni en casas, ya ni en templos,ni en cuanto hay del Gange a Atlante,ya no se hallará silencio.¡Ah, omnipotente fortuna,y cómo es fácil tu crédito!¡Ay, cielo voluble y móvil!¡Ay, triste siglo del yerro!¡Ay, hambre sedienta de oro!¡A cuántos hidalgos de pehostu cruel maldad incitaa hacer negocios bien feos!¡Ay, vengativas discordias!¡Ay, pálido y torpe miedo!¡Ay, trabajos! ¡Ay, desdichas!¡Ay, amor! ¡Ay, duros celos!¡Ay, gran máquina del mundo!Mas ¡ay, licencioso tiempo,con qué ligereza pasasy cuán veloz es tu vuelo!¡Cómo encumbras al humildey humillas al altanero,descasas a los casadosy cautivas los solteros,quitas mujer, das amiga!Mas ¿cómo es posible, tiempo,que olvides discretos pobresy quieras a ricos necios?¡Ay, silencio de mi alma,quédese a questo en silencio,que yo callaré verdadesbien a costa de mi pecho!Murió el silencio, ya en fin;ya en fin, el silencio es muerto:envidiosos le mataron;¿que a quién no matarán ellos?Crédito, fortuna, amor,trabajos, desdichas, celos,oro, bien, necesidad,discordia, maldades, miedo,mundo, temor, cielo y tierra,mujeres, máquinas, tiempo,envidia, discretos, pobres,casados, ricos y necios:todos éstos le mataron,y a questo sé por muy cierto,y si queréis saber cómoestadme un poquito atentos.Cuando en descanso apacible,en grave y profundo sueño,en el silencio y aplausode la muda noche en medio,los humanos dan reposoa los miserables cuerpos,cual si el licor de la Estigiao el agua del río Leteo,les hubiera ruciadoojos, sienes y cerebros;cuando al fin descansan todosy yo solo, triste, peno,por medio de una ancha callevi venir un bulto negro,y entre un susurrar confusoalgunos suspiros tiernos.Detuve el paso, paréme,harto temeroso el pecho,inquieto el corazón,erizados los cabellos.Ya que estuvieron más cerca,vi cuatro enlutados cuerposcon grillos y con cadenas,todos cargados de hierro.Llevaban cuatro mordazasy al mísero son funesto,mil tristezas, mil gemidos,ansias, congoja y lamentos.Sustentaban en los hombrosuna ancha tabla o maderotraída del sacro Gárgano,sin duda para este efecto.Iba de diez mil heridasun hombre pasado el pecho,y en cada herida una lenguay a un lado a questo letrado:Éstas me dieron la viday a estas lenguas me han muerto.Era la noche tan clara,cual si la aurora en el cielocon su lámpara febealuz diera a nuestro hemisferio,de suerte que pude vertodo lo que iré diciendo.Iba al otro lado escritoa questo epitafio en verso:Bueno me ha dejado el tiempo,y para mejor decir,con tiempo para morir y para vivir sin tiempo.Llevaba un purpúreo lustrey un hermoso rostro bello,que le juzgara por viva no saber que iba muerto.No pude saber quién era,y deseando saberlolleguéme más, y en la bocallebaba escritos dos versos: Aquí yace mi venturay aquí dio fin el silencio.De una novedad tan grandequedé admirado y suspenso,y por saber lo que fuesequise ver el fin postrero.Fueron saliendo hacia el campo,y al fin me salí tras ellos,y entre unos sombrosos árboles,de hojosas ramas cubiertos,cuyas levantadas cimacompetían con los cielos,a donde nace una fuentey despeña un arroyuelo,que con rauda remolinohace un sonoro estruendo,sobre una nativa piedrapusieron el triste cuerpo,y encima de él muchos ramos,colocasia y nardo bello,sagrado mirto y laurel,y acanto florido en medio,y con yesca y pedernalotros encendiendo fuegos,donde

aplicaban oloresquemando incienso sabeo, al fin le dieron sepulcro; y después de todo a questo, ocho funerales hachassobre el sepulcro pusieron. No pude esperar a más, porque ya iba amaneciendo, y el ánimo no era tanto que no le venciera el miedo. Yéndome, pues, a mi casa, vi llevar algunos presos, por indicios de esta muerte condenados a tormento. Vi que la justicia andabagrande información haciendo, por saber quién le mató y nunca se ha descubierto. Esto está en aqueste estado; todos me tengan silencio, porque al primero que hablarehe de decir que le ha muerto. RAMÍREZ.- ¡Qué breve aplicación y qué buena! SOLANO.- Toda se acabó con una copia.

RÍOS.- Cierto que me ha contentado con grande extremo el discurso de ella.

RAMÍREZ.- Ahora venid acá, Solano; decidme qué es cosa y cosa que no es juez y juzga, no es letrado y arma pleitos, no es verdugo y afrenta, no es sastre y corta de vestir, y es todo esto y no es nada de esto, y si no hace nada goza del cielo y si todo lo hace le lleva el diablo.

SOLANO.- ¿Qué es, en efecto?

RAMÍREZ.- La mala lengua. Porque sin ser juez juzga las vidas ajenas; sin ser letrado arma pleitos con todos sus vecinos; sin ser inquisidor quema aquél y al otro, y sin ser verdugo afrenta a todos, llamando bellacos a unos y cornudos a otros; y sin ser sastre corta de vestir a todo un lugar; y ya se ve que es todo esto y que no es nada de esto, y que si no lo hace gana el cielo, y si todo lo hace se le lleva el diablo.

RÍOS.- No es malo este enigma para una loa.

RAM. No sabéis lo que me espanta que haya remedios y defensivos para el rejalgar, de triaca y unicornio, y que el veneno del maldiciente sea sin re. medio y mate sin que se le halle defensivo.

ROJAS.- Dice Salomón que el callado tiene la lengua en el corazón y el maldiciente el corazón en la lengua.

SOLANO.- El que a semejantes descubriese su secreto, pa. réceme que en esa hora se vendía por su esclavo.

RAMÍREZ.- El hombre callado (que es lo mismo que decir discreto) por muchos casos de fortuna siempre está en pie; pero el hablador (que es decir necio), en el menor que tropiece da de ojos.

ROJAS.- Jenofonte el Filósofo decía que tenía lástima al hablador encumbrado y envidia al callado abatido.

RÍOS.- Nigidio, Sanocracio, Ovidio y otros escribieron muchos libros del remedio de saber querer pero no de saber callar.

ROJAS.- Estotro día (por lo que decís de querer) estaban en Toledo no sé cuántos galanes tratando en la comedia quién sería el amor, y uno decía que debía de ser como avestruz, otro como galápago: cada uno, al fin, lo que con su juicio alcanzaba y lo que cerca de esto sabía, Y yo, con aquel pensamiento, estuve algún rato variando, y en efecto, hice aquesta loa acerca de este propósito, que entiendo que es de mucho gusto. Debajo de una ventana que mira al sagrado Betis, cuyas cristalinas aguas besan sus murallas fuertes, estaban ciertos amigos de éstos de manteo y bonete, tratando ayer del amor, anochece no anochece. Llegué y, aunque iba de prisa, por escucharles paréme, y oí que el uno decía: «Éste es pájaro celeste, pues que vuela más que el viento y anda vendado siempre, con arco y flechas al hombro, hiriendo y matando gentes. Mas las heridas que dan son heridas de muerte, sino heridas con que sangralas bolsas de los que hieren. Es amigo que le den, quiere más mientras más tiene, y todo aquesto que he dicho de aqueste verso se infiere: *Crescit amor nummi quantum ipsa pecunia crescit*. Dijo otro: «Dalde a las furias, que hartas haciendas tiene usurpadas el avaro usurero maldiciente, cuya avaricia profunda a la de Midas excede, como se podrá entender de este verso claramente: *Avaritia caput malarum est omnium*. Dijo otro medio poeta: «Amor es

un accidente, es un caos, es confusión, es un no ver, no entenderse, es en el siglo un infierno, es rabia, es la misma muerte, y es la mayor maravilla de las maravillas siete. Es en estas mis señoras usual suele ser un cohete de una centella encendido que allá en el cielo se mete, y en faltando la materia, que es este dar que apetecen, cae de la esfera del fuego en el agua, donde muere. De la hermosura no naceste trasgo en quinta especie, que a ser así no dijera Virgilio el verso siguiente: Hic crudelis amor tauri suposta que surto. Pero nació este nigromante de lo que el Petrarca quiere, cuando en su Triunfo de amor estos versos se leen: Ei nacque d'ozio, e di lascivia umana nudrito di pensier dolci e soavi, fatto signor e dio da gente vana. Dieron todos en reír, y yo clavado quedéme, pensando quién pueda ser a queste trasgo o juguete, y con este pensamiento fuime a mi casa y dejéme confuso con mi cuidado y con el buen rato alegre. Estuve considerando quién este buen hombre fuese, qué talle podía tener, si andaría vendado siempre, si tendría los ojos grandes, como otros muchachos suelen, si hablaría como yo y todas vuestras mercedes. Un niño que a todos manda, rapaz que a nadie obedece, un ciego que nos gobierna y un dios que todo lo puede. Y al cabo de más de una hora que procuré conocerle, me pareció que sería un muchacho regordete, como aquel moscatelillo que está jugando allí enfrente; y estando considerando las propiedades de a queste, acordéme de su padre, que es dios que todo lo puede, quiero decir el dios Marte a quien el mundo obedece, a quien el cielo respeta y todos los hombres temen. Figuré en mi pensamiento un hombre de extraña suerte: alto, sufridor, nervioso, robusto, fiero, valiente, intrépido, denodado, animoso, bravo, fuerte, esforzado, guerrador, gran comedor de molletes, de unas narices muy grandes, como otras (que ya me entienden) que son trompa de elefante de un amigo penitente, un hombre de grande espalda, de facciones diferentes, ceja junto, patituerto, los ojos chicos y alegres, como aquel que está sentado vuelta la cara a la gente. Discurriendo por mis lances, de lance en lance acordéme de aquel dios de Monico que andaba tiznado siempre. Dícenme que fue Vulcano, de este dios Marte pariente, no sé sí en el sexto grado, que este texto no parece. Pensando en a queste dios casi elevado quedéme, de verle junto a la fragua ser dios y andando los fuelles. Considerando entre mí el talle que tendría de éste, pinté en mi memoria un hombre de baja y humilde suerte. Digo que sería callado, sufrido, honrado, paciente, amigo de hacer su oficio y en lo demás no meterse; toda la cara tiznada, narices, orejas, frente, los brazos arremangados, dando martilladas siempre, con un devantal de cuero y en la cabeza un birrete; de buen cuerpo, corcovado, chica boca, grandes dientes, brazos, piernas, pecho, espaldas, tan blancos como la nieve, pero el vello sería tanto que pusiese espanto verle. ¡Válgate Dios por herrero, y qué mala cara tienes! Páreceme que sería como aquel negro de enfrente. Pero que casase Venus con un hombre como a queste, una dama tan hermosa, de tan honrados parientes, que sería sin duda alguna una mujer con copete, con un verdugado grande, con muchas dueñas y gente, muy hermosísima y grave, de un rostro resplandeciente, sabia, honesta, recatada y que no se pondría afeite; con un manto de soplillo, vestida de blanco y verde, los ojos zarcos azules, de aljófar sus blancos dientes. ¡Hideputa bellacona! ¡Cómo tendría buen jarrete, y sabría amartelara los hombres con desdenes! ¡Qué amiga sería de arroz y de patatas calientes, como aquella mi señora que está sentada allí enfrente! Pero sólo faltó a Venus que una criada tuviese, como otra Circe o Medea que embelecara la gente; que no importa la hermosura en las hembras todas veces que hay feas con mucha dicha y hermosas con poca suerte. Pero ya que toqué en Circe, será acertado que piense quién sería esta mujer que tanto embeleco hiciera, tantos enredos, marañas, encantamientos, vaivenes, embustes, hechicerías, tanto engaño a las gentes. Digo yo: ¿qué sería ésta? Moza no es posible fuese, sino alguna mala vieja de más de setenta y nueve: la barbilla arremangada, arrugada cara y frente, la boquita con alforjas, las narices con

juanetes, la frente con pabellón, los ojos con caballetes, el rostro con espolones y las manos con caireles. ¡Válgate el diablo por vieja! ¿Que me haces señal? ¿Qué quieres? Que no diré que eres tú, que ya conozco quién eres. ¿Tengo de decir quién es? No, que basta que me entiende, y está sentada frontero entre aquellas dos mujeres. Señoras, nadie se corra, y si quién es saber quieren, es la que fuere más vieja de todas vuestras mercedes. Y si alguna confesare, quiero que me den la muerte, que no hay vieja que sea vieja ni moza que serlo piense. Mas ruego a Dios que si hablaren, que Dios las dé como pueden de madre, romadizo, calentura, tabardete, tiña, bubas, pestilencia, ausencia, celos, desdeñosa ellas, si no callaren, y a todas vuestras mercedes.

SOLANO.- La loa es buena, y mejor para representada en el tablado que para dicha por el camino. Porque será de mucho gusto el señalar al niño, al negro y a la vieja.

RÍOS.- Sin duda será de mucha risa; pero volviendo a lo que tratamos del amor, muchos ejemplos tenemos entre manos de hombres poderosos que han hecho casos muy feos; por donde se puede colegir la gran fuerza que tiene, pues vemos que a Hércules hallaron en regazo de su amiga sacándole aradores, con un zapa to de ella en su cabeza y ella puesta la corona de él de la suya. Atanarico, rey de los godos y señor de la Europa, mirad lo que hizo por Pincia su amiga. El rey Demetrio estuvo tan enamorado de una cautiva suya que, estando ella enojada, la pidió de rodillas que se fuese a acostar, y no queriendo, la llevó a cuestras hasta la cama. Dionisio, siracusano, siendo tan fiero, estuvo de su amiga Mirta tan vencido, que firmaba ella y despachaba todos los negocios que el rey tenía. Mironides, griego, quiso tanto a Numidia, que la dio de una vez cuanto ganó en la guerra de Boecia.

RAMÍREZ.- Calígula dio para reparar los muros de Roma seis mil sestercios, y cien mil para forrar la ropa de una amiga suya.

ROJAS.- Temístocles, capitán, quiso tanto a una su cautiva egipcia que, estando enferma ella, todas las veces que se purgaba y sangraba lo hacía él, y con la sangre de su brazo se lavaba él el rostro.

SOLANO.- Notable extremo de afición.

RAMÍREZ.- De ninguna necesidad que haga un hombre queriendo me espanto, y así de las muchas que hace aquel nuestro amigo le disculpo.

RÍOS.- Agora que me acuerdo, ¿no sabríamos en qué paró el cuento de aquel soldado?

RAMÍREZ.- Muy bien ha dicho Ríos.

RÍOS.- Cierto que le habemos de acabar de oír mientras llegamos a Segovia, pues que quiere Solano que vamos por ella.

SOLANO.- No importa nada, que poco es lo que se arrodea.

ROJAS.- Si no me acuerdo mal, quedamos en que Leonardo mató al fiero oso en presencia de su querida Camila.

RAMÍREZ.- Muy bien decís, que el cuento quedó en ese punto.

ROJAS.- Pues haced cuenta que habla el mismo Leonardo, y prosiguiendo el suceso, dice de esta manera a aquel nuevo amigo suyo que os he dicho.

«Atravesada y muerta la fiera homicida, amigo Montano, a los pies de mi fiera homicida, no te puedo decir quién se turbó más, si ella de ver aquel suceso tan repentino, o yo de ver su divina hermosura. Al fin, después de varios y diversos cumplimientos y cortesías, ofrecida a Floriso y a su noble compañera la mayor parte de la caza, supliqué a mi Camila se sirviese del oso, pues parece que su suerte le había traído a morir a sus pies. Y fingiendo la risa que de mi corazón estaba bien ajena: «No sé, señora, la dije, si tiene igual vuestro rigor, pues ya cualquier cosa que merece veros lo paga con la vida. Pero ¿qué culpa tuvo quien no pudo dejar de miraros, porque vos misma quisistes que os viese».

Ella no me respondió con la lengua, aunque yo colegí de sus acciones una respuesta no muy contra mí deseo; porque la veía pensativa, mudando varias y diversas veces los colores de su rostro, despidiendo de cuando en cuando un medio suspiro, a quien la virginal vergüenza hacía que se quedase en el camino y se quebrase y deshiciese entre los dientes, destilando de cuando en cuando algunas orientales perlas de sus dos divinos y soberanos soles. Todos estos accidentes, a mi parecer, substanciaban el proceso de mi causa no muy en contra mía: y así, viendo esto, saqué la carta que la llevaba conmigo, y fingiendo sacar un lienzo de narices, descuidadamente hice como que la carta, sin notarlo yo, saliese con él y cayese sobre su regazo, teniendo cuenta con que fuese a tal tiempo y sazón que sus padres en ninguna manera pudiesen notarlo. Ella que vio la carta, casi sin saber por dónde había venido, tomóla, y viendo que el sobrescrito venía para ella, con grandísima presteza la metió en la manga de la ropa. Yo que vi que todo me había sucedido conforme a mi deseo, fingiendo que se me hacía tarde, volví para mi casa, aguardando buen suceso de mi invención, pues hasta entonces me había todo sucedido como deseaba. Y porque entiendo que gustarás de oír las necedades que en la carta iban, te la quiero decir, que como todas éstas eran finezas de amor, me recreo cada vez que de ellas me acuerdo, y así, procurando refrescar con ellas la memoria, se me quedan en ella, la cual decía así:

Si a los humanos ojos mover suelever un humano cuerpo maltratado, y tanto más el mal ajeno duele, cuanto es más riguroso y encumbrado; si les suele mover a los leones el tímido animal que se ha humillado; si suelen los sangrientos corazones a piedad compasiva provocarse, movidos de unas lúgubres razones; si suelen los valientes aplacarse por mirar humillado al enemigo y a lágrimas humanas incitarse, ¿por qué a quien se le humilla, a un dulce amigo, ha de tener el pecho alabastro cerrado a la verdad de un fiel testigo? ¿Por qué su corazón tan diamantino le ha de mostrar al animal rendido un animal tan dulce y tan divino? ¿Por qué ha de ser un pobre perseguido, sin lástima o piedad, de un pecho fuerte, y si afligido está, más afligido? ¿Por qué aquél que está en punto de la muerte le han de ayudar a despedir el alma procurando acabar su triste suerte? ¿Por qué no llevará de amor la palma quien tiene por amar su triste vida en el mar de la muerte puesta en calma? ¿Por qué se ha de morir de aquesta herida quien la tomó por saludable gloria y trae su alma de ella revestida? Muévate, pues, mi lástima notoria, y piensa, mi Camila, y considera que te tiene por blanco mi memoria. Recibe mi fe pura y verdadera, salida de un hidalgo y noble pecho, contra quien eres, sin razón, tan fiera. Mira que estoy en lágrimas deshecho, sírveme de verdugo mis porffas, que traen mi alma en tan amargo estrecho. Ya el fin de mis humanas alegrías espera el sin ventura tiempo, cuando con muerte acaben las desdichas mías. Ya está mi triste vida contemplando que entiendes mi firmeza ser incierta, y por eso me irás menospreciando. Ya mi esperanza está segura y cierta del temor de la rígida sentencia que ha de cerrar al bien del bien la puerta. Ya entiendo que el amor y la clemencia están de tu beldad tan apartadas como está de mi pecho la paciencia. Ya entiendo que han de ser enarboladas contra mi vida rígidas banderas, en el alcázar del rigor fijadas. Ya me acometen las sospechas fieras de rabias, pesadumbres, penas, celos, que amenazan mi muerte en mil maneras. Ya los dos soles que adoré por cielos sintiendo que mi amor cándido y puro pisan, huellan y arrastran por los suelos. Ya entiendo no hay lugar que esté seguro para apartarme de tu airada vista y de los golpes de ese pecho duro. Ya entiendo soy en vista y en revista condenado a morir por tu belleza, aunque más en amarte siempre insista. Entiendo, mas no entiendas mi firmeza ser de tan vil caudal y poco brío que resistir no pueda a tu fiereza. Sólo pido, señora, lo que es mío, sólo el premio de amarte y de quererte de un fuego que encendiera un hielo frío. Confieso que he pecado en conocerte; mas pues tuve la gloria de mirarte, entiendo la merezco en merecerte. Mi corazón se avasalló en amarte, mi alma se

deshizo en amor tierno luego que pudo verte y contemplarte. Confieso que será mi fuego eterno, si algunas gotas de tu dulce fuente no me libran de aqueste horrible infierno. Siempre mis ojos te tendrán presente, tu divina belleza contemplando, aunque estés de mi vista más ausente. De tu clemencia sola confiando, en esta confusión y amarga duda, acaba quien se queda ya acabando, si tu beldad divina no le ayuda. Hecho esto como has oído, y venida la noche, atormentado de la melancolía ordinaria de mis pensamientos, tomando una vihuela, me salí por una puerta trasera al campo a suspender mis cuidados y gozar del viento fresco que corría. Y enderezando mis pasos hacia la casa de Floriso y hallándome en una alameda bien cerca de ella, sentándome al pie de un alto y derecho álamo, de adonde, con las vislumbres que entre las pobladas ramas los rayos de la hija de Latona hacían, podía ver el sitio que era guarda y depósito de todo mi bien, comencé a cantar de esta suerte:

Pues un amor tan leal pagas con tanto desdén, y porque te quiero bien tú, mi bien, me quieres mal; pues mi tormento inmortal tu pecho no ha enternecido, señora, clemencia pido, que, en los tormentos de amor, el que tengo por mayores querer sin ser querido. Para el olvido hay razón; para el amor, esperanza, para el desdén hay mudanza, y a celos, satisfacción; mas, ¡ay de mi corazón!, que tan desdichado es, que ruega un mes y otro mes, y cuanto más te importuna, eres como la Fortuna, que mata al que está a sus pies. No fuerzo tu libertad, mi Camila, a que me quieras, mas sólo que agradecieras dos años de voluntad. Ten, gloria, de mí piedad, y dame, si eres servida, no más de un hora de vida, que no es mucho, ingrata amada, que a dos años de adoradaseas un hora agradecida. Como el sol de aquese cielo, yo me consumo y traspaso, y este fuego en que me abraso jamás ablanda tu hielo; pero sin duda recelo que como tú me aborreces, con fuego tu hielo creces, y al sol que me está abrasando, yo soy cera que me ablando, tú piedra que te endureces. Aquí lo dejé y no de derramar algunas lágrimas con que hice compañía a mi trágica música. Y estando en esto sentí cecear, como que llamaban a alguno para que viniese. Y como yo quisiese saber, algo turbado, quién había sido el testigo de mis quejas, movido de la curiosidad y del enojo, me levanté y fui hacia donde había oído la voz. Y como siempre la fuese oyendo de más cerca, sin perder el tino, a pocos pasos que caminé me hallé junto a la casa de Floriso, pegado casi con una ventana, en donde estaba una menuda reja. Aquí cesaron de llamar y yo de caminar. Y como viese abierta la ventana, estuve un rato aguardando sin atreverme a respirar ni alentar, dándome mil saltos el corazón, cosidos los pies con la tierra, más fuertemente que si fuera una de las hayas de aquel monte. Y al cabo de pequeño rato oí que salía de parte de adentro una voz humilde que preguntaba quién era yo. Y como el eco de ella retumbase en lo más profundo de mi corazón, sentí y reconocí ser de mi querida Camila. Y dándome temblores de muerte, respondí: «Vuestro Leonardo es, señora, si acaso hay quien merezca tener algún ser delante de vuestra divina presencia». Ella, turbada, preguntó que cómo la conocía y sabía que era la que decía. «En mi alma, la dije, en quien no puede haber engaño de vuestro conocimiento, tengo figurada vuestra soberana imagen. Y por lo que esa voz dice con lo que está en ella, echo de ver que sois mi divina señora y su propio original».

Ella, entonces, haciendo cielo de aquella reja, se puso en ella, desterrando las tinieblas de la noche, alegrando y regocijando el campo e hinchendo mi alma de una súbita y no esperada alegría. Y abriendo aquellos bellísimos corales me dijo:

«Señor Leonardo, bajad la voz, porque nos pueden oír, y oídmelo ahora un rato. Las muchas obligaciones que os tengo y las que siento tener para cumplir con lo mucho que sois, me tenían en este punto con alguna duda y suspensión para responderos a un papel que artificiosamente dejastes esta tarde en mi poder. Y aunque me pudiera hacer algo de la ofendida, de la arisca y enojada, y hacer culpado vuestro atrevimiento por no haber

procedido, al parecer de algún juicio, con el término y leyes que vuestra discreción prometía, y deciros (como otras suelen) que cuándo vistas cosa en mí que os diese alas y atrevimiento para pretender cosa contra vuestra autoridad y mi honra; con todo eso, como os tengo por tan discreto y cuerdo que sé que no la habréis deseado, y por tan reportado que sé que no la habréis pretendido, conociéndoos en la suavidad de la voz y armonía de la música, quise llamaros por esta ventana que cae a mi aposento, para saber de vos mismo cuál es vuestro pensamiento. No ignoro que me tenéis afición, ni culpo en esta parte vuestra voluntad, porque conozco que estas cosas no son en nuestra mano. Mas quisiera saber qué es lo que con ella pretendéis estando obligado a saber, por ser quien sois, cómo debéis guardar y mirar por mi propia honra, por la de mis padres y de mi linaje, y por la vuestra misma, que se desdorara y perdiera pretendiendo vos algo contra la mía.

-Hermosísima señora, la respondí, doy mil gracias al Criador que os hizo tan discreta como bella y os formó la más bella del mundo. Habiendo vos entendido la enfermedad de mi alma, no tengo de ser como el indiscreto enfermo que anda recelándose y recatándose de descubrir su mal al médico que puede darle salud. Sabe el Cielo que nunca tuve pensamiento de ofenderos, porque fuera ofender su divina y soberana grandeza, sino que esta vergüenza y temor, enemigos de la vida y salud de las almas, han cerrado mi boca y atado mi lengua para que aun no fuesen instrumentos muertos de mi remedio. Pero aunque estas potencias no han hecho su oficio, no han faltado los caminos que vos sabéis, por donde os he venido a descubrir mi mal. Lo que pretendo y lo que deseo es solamente quereros y servirlos, y esto de la manera que vos quisiéredes, que pues tenéis mi alma desde el primero día que os merecí ver en vuestro poder, es bien que uséis de ella como os diere gusto.

-¿Cómo queréis, me dijo ella, que pueda creer ésas que, lo uno por ser en mi favor, lo otro siendo al propósito que son, se pueden llamar lisonjas, si son públicos en esta tierra los amores que con Leonida, la hermosa dama de Orense, tenéis?

-¿Tengo?, la respondí; señora, mejor dijéradas que tuve, y esto fue por no haber amanecido ni salido en mi hemisferio el sol de vuestra divina hermosura; que si esto fuera así, cualquiera otra se desvaneciera, como con los rayos del sol se deshacen las tinieblas de la noche. El tiempo que yo he gastado en servir a Leonida sólo fue por cortesía, deseándola pagar la merced que en todas ocasiones mostró hacerme. Y no pasó de aquí, aunque envidiosos de mi honra quieran persuadir lo contrario. Mas después que conocí vuestro soberano valor, ya veis que de todas las demás cosas me he privado, cifrando todo mi contento en emplear todos mis sentidos y potencias en contemplaros y mis fuerzas en servirlos. Y de esto no pongo otro testigo sino a vos misma, que sabéis los sollozos, los suspiros, las lágrimas que por vos he derramado, las lóbregas y tenebrosas noches en que mi alma se ha visto hasta este punto, todos estos montes tengo llenos de mis quejas; al eco, cansado de responderme; los arroyos y ríos de esta vega han salido de madre con mis lágrimas, y los árboles y plantas han crecido con las continuas lluvias de mis ojos. Y por todos estos trabajos que en servicio vuestro he pasado, sólo os suplico miréis quién soy y, tratándome como quien sois, permitáis que os ame y que os sirva eternamente. Y si, andando el tiempo, mis servicios merecieren que levantéis mi estado y mi ventura en lo alto de vuestra divina hermosura con el legítimo matrimonio, eso lo dejo a vuestra disposición».

Todas estas razones y otras que aquella noche entre mi señora y mí pasaron, fueron bien oídas y admitidas de los dos; y aunque con la gravedad natural de su soberano semblante quisiera mi Camila disimular el contento que recibió en saber tan a las claras mi amorosa pasión, para quien padecía el mismo mal era inútil y por demás aquella disimulación: porque el mismo faraute que estaba en su alma estaba en la mía,

interpretando sus incógnitas pasiones. Y después de haber pasado otras razones concernientes al propósito de entrambos, concertamos de tener secretos nuestros amores hasta que nos pareciese descubrirlos a sus padres, para que, con contento de todas las partes, ligados en el nudo del santo matrimonio, cogiésemos el fruto de nuestros deseos. Y en aquella misma reja me juró mi Camila de amarme eternamente y no trocarme por otro del mundo. Y después de haber besado su blanca mano y concertado de vernos algunas noches por aquel mismo lugar, tomada su licencia, me volví para mi casa con el contento que puedes imaginar, y ponderar y sentir cualquiera que hubiere navegado por este proceloso mar del amor y la esperanza.

Ya desde aquel punto comenzó a amanecer otro nuevo sol en mi alma: no se me acordaba de tristeza alguna que por mí hubiese pasado, pareciéndome que el menor rastro de alegría que entonces ocupaba mi alma era mayor, de más aventajados quilates y ventajas que todas cuantas tristezas y pasiones había antes tenido. Ya desde aquel día comenzó a vivir en mí otro nuevo hombre: vestía algo galán, de varias y diferentes libreas, conformando los colores del cuerpo con los del alma; frecuentaba las cazas; era autor de las fiestas, y acudiendo ordinariamente a la casa de Floriso y Claridia, procuraba, haciendo mil muestras de mi persona, aficionarles mucho a ella, para disponer nuestras cosas para adelante. Y como ellos conocían mis honrados pensamientos, y por esto no se recataban de mí, entraba y salía cuando quería en su casa, recreando mi alma con la vista y conversación de mi amada Camila, y acudiendo de noche al puesto acostumbrado, donde si los días pasaba con contento, las noches pasaba en la gloria, porque lo era para mí el verla y oírla; porque, fuera de su divina hermosura, tiene una lengua tan suave y delicada, y unas razones tan vivas y dulces, que bastan para elevar y suspender al más vivo y agudo entendimiento. Y como los dotes de su alma son de tanta perfección y quilates, te puedo jurar y prometer de cierto que nunca mi pensamiento se bajó a pensar cosa contra su divina honestidad. Que esta diferencia hay entre el amor casto y honesto al que no lo es, que como el primero tiene su asiento en el alma, y en solos los gustos, deleites y contentos de ella, y el alma es eterna, pura, y espíritu, también él es eterno y nunca se acaba: antes mientras más el alma ama, con más fuerza y más viveza, con mayor pureza y espíritu va amando y estando siempre satisfecha, siempre está con nueva sed y hambre de amor. Lo cual no acontece en el amor torpe y lascivo, porque, como éste tiene su asiento en el cuerpo y por objeto el de[le]ite carnal, sensual y temporal, y todas estas cosas son vanas, caducas y percederas, en llegando éste a alcanzar su fin y a tener lo que desea, allí se acaba y perece, embaza el deseo, y la voluntad no sólo se harta, sino hartándose se fastidia. Y así los que tienen este amor son comparados a los animales brutos, y los que tienen el primero a los ángeles y bienaventurados, que viendo siempre y gozando de Dios, estando hartos y satisfechos, están con nueva hambre y deseo de Él. Y la causa de esta comparación es porque los que aman con amor casto y honesto las criaturas, ámanlas en cuanto las perfecciones de su Criador resplandecen en ellas. Y por esto, todo este amor se viene a resolver en el Criador como divino y soberano primer principio, causa, fuente y origen de todas las perfecciones. Éste, pues, era el amor que había entre los dos, y por esto nunca nos hartábamos de amarnos y querernos, porque ni nos cansábamos ni dábamos ocasión a aquéllos que con nosotros trataban de cansarse con nosotros. Y aunque Floriso y Claridia echaban de ver algunas muestras, rastros y centellas de amor entre los dos (que éste, por una parte o por otra, es imposible encubrirse), como me tenían por tan honrado y mirado, y a su hija por tan casta y honesta, no nos interrumpían nuestros deseos ni les pesaba de las veras con que servía a su hija, pareciéndoles, como yo no estaba ligado ni impedido por otra parte, que aquéllos serían medios, como lo fueron, para ligar nuestros cuerpos, pues lo estaban las almas, con el nudo del santo

matrimonio. Por estas razones tenía entrada franca en su casa, con mucho gusto y contento de todos, y aunque con todos hablaba y conversaba, no dejaba de hurtar mil ratos y guardarlos para mi amada Camila.

Y así, en el discurso de todo este tiempo, viví con el mayor gusto y contento que se puede imaginar. Y acuérdome que una vez, entrando en la huerta de Floriso, hallé a mi Camila sentada al pie de aquel alto laurel, donde primero tuvo noticia de mi amor, conociendo su divino rostro en el limpio, terso y cristalino espejo, y vi que absorta y elevada, tañendo una guitarra y concertando con ella su divina voz, estaba cantando un romance; y luego que me acertó a ver, antes de acabarle, dejando la música, se levantó para mí los brazos abiertos, y coronando mi cuello, nos sentamos un rato junto a la cristalina fuente, renovando las memorias del primer cuento de nuestros amores, que allí nos había acaecido a los dos. Éste y otros alegres días pasamos, reinando en mi alma el más agradable clima que podía hombre constituido en el más felice y venturoso estado desear. Aunque también te digo, amigo Montano, que comimos estos sabrosos y regalados bocados del amor con su salsa, pues aunque hubo contentos, alegrías, descansos y glorias, no faltaron penas, recelos, temores, desasosiegos, ni perdonaron al alcázar y homenaje de mi firmeza y amor los infernales celos, que siempre acompañan al alma que con veras quiere bien.

Había cerca de mi gobernación un noble y principal caballero, más en oficio que en linaje, que en estos tiempos procuró obscurecer mi gloria y anublar mi contento. Éste dio en servir y visitar a mi Camila, frecuentando la casa de sus padres más de lo que yo quisiera. Y como los amantes, aunque ciegos, ven más que Argos con sus cien ojos veladores, no se me pudieron esconder sus pretensiones. Y aunque me pesaba de verle entrar tantas veces en casa de Floriso, no podía dar muestra de este sentimiento, por no dar a entender de camino mi amor. Mi Camila bien sentía y conocía mis imaginaciones y los pasos mal dados de Persanio (que así se llamaba mi injusto competidor), y por esto procuraba haberse de suerte con él que, aunque su mal término de él me diese ocasión para sospechar algo, su recato, recogimiento y limpieza de ella me pudiese librar de cualquier sospecha. Hacíaseme Persanio muy amigo y muy familiar prenda de mi casa, sin ver que me procuraba robar la mejor y más preciada de ella. Entendía que, teniendo mano conmigo, podía entrar y salir con seguridad y sin sospecha en la casa de Floriso, por ser él y su noble amada Claridia cosas tan mías. Ves aquí, Montano, las amistades del mundo, que son tan falsas como aparentes, y siendo todo aparentes, serán todas falsas; son como langostas que hacen asiento en el prado mientras dura la verde hierba, y cuando se van, le dejan todo seco, mustio, marchito, agostado y abrasado; son sol de invierno, que cuando más luce y abrasa, es señal que se ha de cubrir y anublar más presto. Tal era la amistad que Persanio tenía conmigo, porque sabía yo al blanco que tiraba, y así te prometo que no podía disimular la variedad de pensamientos que en mi alma estaban. Y era de suerte que mi querida Camila conocía casi con certidumbre mi sentimiento, y por esto con más veras procuraba siempre hurtar el cuerpo a mi enemigo.

Quiso mi desgracia que una vez fuésemos Persanio y yo a casa de sus padres, la cual, como le viese que iba un poco delante de mí, retiróse colérica a su aposento, de que no poco me alboroté, pensando que yo era la causa de aquella huida, porque nunca entendiera que aunque lo fuera acompañado de leones y basiliscos, mi Camila huyera mi vista, entendiendo que ella sola les pudiera servir de salvoconducto para que ella no lo hiciese. Ella, por otra parte, que veía su enemigo acompañado de mí, entendía que todo aquello era por mi gusto, por tenerle yo ya puesto en otra parte, y así gustar que Persanio se acomodase con ella, y que para esto se servía de mi compañía, como de tercero. Ves aquí cuáles andábamos los dos, y considera cuál estaría yo, que no tenía ni

esperaba tener otro contento sino el que me podía dar la fe y amor de mi señora. Para sacar en limpio todos mis temores y averiguar todos mis recelos, determiné hablarla una noche por la ventana de la reja que había sido el testigo de nuestras primeras palabras, y yendo allá hice la seña acostumbrada una, dos y tres veces. Ella, que entendió que yo traía la compañía que antes, ni quiso abrir ni responder, lo cual sentí tanto que desde aquel punto se confirmaron mis sospechas. Y ansí, sin aguardar más, desesperado me volví para mi casa, y otro día, muy de mañana, con dos o tres criados, me retiré a una aldea mía que estaba tres leguas de allí, y no lo pude hacer con tanto secreto que no se publicase luego mi ausencia y mi Camila con ella no confirmase la sospecha que de mi poca fe había tenido. Yo, por otra parte, que me era tan imposible vivir sin ella como sin el movimiento del cielo, el calor del sol y la influencia de las estrellas, deshacíame en vivas lágrimas, todo el día le llevaba y pasaba en un suspiro, no hallaba diferencia entre el día y la noche para mí, porque todo me parecía una noche oscura. Y con la fuerza de la desesperación, tomé un día tinta y pluma y determiné de escribirla esta carta:

Leonardo, el triste amator, el noble que ser solía vivo retrato de amor, a quien más que a sí quería, ésta escribe con temor. En otras mil te he enviado mi amorosa pesadumbre, y ha sido bien escusado, pues al fin las han borrado mis lágrimas y tu lumbre. Mas por más que en este estrecho pretendas gloriosa palma, no ha de ser de provecho, que así podrás en el pecho borrarlas, como en el alma. Pero no puedo negarte que me canso de escribirte, cansada en aquesta partela mano, de porfiarte, y el alma, no de servirte. Y aunque en aquesta labor mi mano nada descansa, no es porque me falte amor, mas porque el pincel se cansa por más que quiera el pintor. Muchas veces dibujé en papeles excusado tu bella gracia, y erré: pues al fin, como tu fe, quedaron ellos borrados. De mi pecho desencié muchos ratos esta queja, porque (y en esto no yerro) fe jurada en una reja comienza y acaba en hierro. Pero luego que revive la esperanza con que lucho, dice al alma en donde vive, que lo que en hierro se escribe siempre suele durar mucho. Despierta mi desventura al punto que llego aquí y dice al alma segura que la fe en el hierro dura, pues que dura el hierro en mí. El que muestra tu mudanza, mi Camila, tu desdén, a ver un milagro alcanza, ve mi fe sin esperanza, mi mal juzgado por bien. Aunque quien con sufrimiento, viere mi mal poco a poco, dirá que yo, en mi tormento, como estoy muerto no siento, ni juzgo como estoy loco. Mi poco juicio confieso mi vida he renunciado, porque mirando tu exceso muero porque te has mudado, y por verte pierdo el seso. No sé qué ha sido la causa de venirme a aborrecer; pero ¿qué causa ha de haber, si no es que mi muerte causase hombre y tú ser mujer? Soy peña, soy firme roca, soy fe, soy todo esperanza, soy do el amor siempre toca; tú, mujer, que es cosa poca, fácil confusión, mudanza. Perdona que determino decir quién son las mujeres, pues quizás si las difino podré decir de camino, fiera ingrata, quién tú eres. Son las mujeres (si son) las que nunca tienen ser, retrato de la opinión, cifra escrita con carbón que no se puede entender. Son la fábula del Momo, en mal decir su trasunto, la fe y belleza sin tomo, como imágenes de plomo que se doblan en un punto. Es su aviso parlaría y su donaire, malicia, su silencio bobería, sus dádivas, granjería y su granjear, codicia. Sus ojos, de basilisco, su voz, de cruel sirena, sus suspiros, son de hiena, su condición, no de risco, mas de movediza arena. Su amor es torpe deleite, su afición, sensualidad, su recato, necedad, sus lágrimas, torpe afeite, que es solimán la mitad. Su esencia es ser variables y en todo ser repugnables a aquel sumo inmenso modo; Dios es inmutable en todo y ellas en todo mudables. En todo su proceder al hombre contrarias son, y por no me detener son, han sido y han de ser su misma contradicción. No digo que te he servido, enemiga injusta mía, que aunque quise, no has querido; con amar sí que he excedido a quien más te serviría. Mi don es fe verdadera, y tu palabra primera fue, ingrata, que me querías; mas todo son burlerías: fe en la mujer, sello en cera. No en conchas de nácar, perlas, para

poder ofrecerte,tuve ni quise tenerlas,pensando que merecerlasbastaba para quererte.Los más soberbios despojoscon que enriquecí tu palmaa montones y a manojos,son suspiros de mi almay lágrimas de mis ojos.Mas muero habiendo sabidoque las deudas tan estrechasque en ti sembré, se han perdido,y de entre ciertas sospechasmil verdades he cogido.Conozco que el más gallardoes ya de menos valor,y menos vale el amorde un noble y leal Leonardoque el de un Persanio tr[a]jidor.Estas razones estaba escribiendo, amigo Montano, y de repente oí en el zaguán de mi casa gran ruido de perros, caballos y gente que entraba como de tropel».

Pero porque parece llegamos ya a la ciudad de Segovia y mi cuento va algo prolijo, dejémoslo para otro día, y trátese de otra cosa esta legua y media que nos queda, pues ya la chirriadora Progne, con sus últimos acentos, se recoge a abrigar sus recién puestos huevos y comienza la lóbrega y obscura noche a cubrir con su manto la tierra.

RÍOS.- Ya que no pasáis adelante, decidme antes que se me pase de la memoria: ¿hicistes aquella loa que os dije para empezar en Valladolid?

ROJAS.- Téngola hecha y no me he acordado de decíroslo; pero como es entre toda la compañía, hay poco que estudiar en ella.

RAMÍREZ.- ¿No podremos oírla?

ROJAS.- Juana Vázquez y yo comenzamos de esta manera:

JUANANo por mucho madrugaramanece más aína.ROJASLa ocasión es peregrina.JUANA¿Qué hemos de representar?ROJASEn Valladolid estamos;ya no hay temer, sino hacer.JUANAPues agora quiero verla farsa con que empezamos.El temor que traigo veo,porque es tan grande mi amor,que de este justo temorse ha engendrado mi deseo.Vengo a agradar y dar gusto,y como me veo venirsin fuerzas para servir,tengo el temor que es muy justo.Veo la mejor ciudadque ciñe el mar, cubre el cielo,veo la discreción del suelo,del mundo la majestad.Veo a Ríos que se fue después del Corpus de aquí,veo que me trae a mí,y lo demás que trae séque aunque es algo, todo es nada,porque habiendo estado tantoen esta corte, me espantohiciese aquesta jornada.Comedias trae, no lo niego;pero si a Toledo tieney a Madrid, ¿cómo se vienedonde ayer salió? ¿Está ciego?ROJASComo el fuego va a su esfera,el aire a su firmamentoy a su húmedo elementoel pez, de aquesta maneraacude Ríos aquí,como aire, pez, fuego y mar,que es su centro este lugary descansa en él.JUANAAnsí.ROJASFuera de esto trae estudiadasseis comedias.JUANAYa lo sé.ROJASPues si lo sabe, ¿no velo que han sido celebradasdonde se han hecho?JUANA Ea, acabe.ROJASSin esto por mejoríayo mi casa dejaría.JUANASÍ; pero quien poco sabe...ROJASDirá que presto lo reza.JUANA Es ansí.ROJASPues, mi señora,deje ese temor agora,que a representar empieza.

QUITERIA y TORRES.

TORRES;Dónde irá el buey que no are!Si va a decir la verdad,¡por diez, que es temeridadlo que hace Ríos!QUITERIADonairetiene; ¿de qué es el temor?TORRESDe lo que es justo tener:que es haber salido ayery volver hoy, que es rigor.QUITERIAAhora, por lo que dirán,no venga de mala gana,que el molino andando gana.TORRESBien o mal, casado me han.

BARTOLICO y MARÍA, NIÑOS.

BARTOLICOA las veces lleva el hombrea su casa con qué llore.MARÍA¿Quién es el hombre?BARTOLICONo ignoreque lo soy.MARÍA¿Cómo es su nombre?BARTOLICOBartolillo.MARÍA¿Y eso soloes nombre de hombre?BARTOLICOSeñora,Bartolillo soy agora;mas ya puedo ser Bartolo.Así [me] puedo llamar,que si sé decir y hacer,a más me puedo atrever;y si no, ¿quiere

apostar?MARÍA No diga más.BARTOLICO Va un doblón que no hace lo que yo hiciera.MARÍA ¡Aqueste nonada quiere que le vuelva un torniscón!BARTOLICO Si soy Bartolillo o no quiero que en esto se vea: va un ochavo que no me a la pared como yo. Pero gente veo venir, y por esto callo, dama, si no...

CALLENUEVA y ARCE.

CALLENUEVA Cobra buena fama y échate luego a dormir.ARCE En la Corte estamos ya.CALLENUEVA Yo espero en Dios que han de verletras que sombra han de ser de cuanto bailado está. ¿Qué decís vos?ARCE Que me corrode no poderla servir.CALLENUEVA Por vos se podrá decir: ¿bailo bien y echáisme del corro?

RAMÍREZ y ROSALES.

RAMÍREZ Mal de muchos gozo es.ROSALES Vive el cielo que me he holgado de echar cuidados a un lado estos dos meses o tres.RAMÍREZ ¡Qué alegre estáis!ROSALES ¿No he de estar?RAMÍREZ Por mi vida que me espanta.ROSALES Señor, cada gallo canta...RAMÍREZ ¿Adónde?ROSALES En su muladar.RAMÍREZ Pues vos, ¿sois gallo o capón?ROSALES En los nidos del otro año habrá pájaros hogaño.RAMÍREZ En eso tenéis razón. Que si barbado no habéis en tanto tiempo como ha, ¿cómo pájaros habrá, pues vos barbas no traéis?

ANTONIO y SOLANO.

ANTONIO Dígole la leche al vino: bien venido seáis, amigo.SOLANO Yo soy de eso buen testigo.ANTONIO Sin serio yo lo adivino. En Valladolid estamos, señor Solano.SOLANO Ya ve cumplido vuestro deseo; pero no el que deseamos, que es de acertar a servir como es razón.ANTONIO Bien podéis, que en su grandeza veréis una octava maravilla.SOLANO Con eso el temor aplazo y quedo más satisfecho: mas dicen que honra y provecho que no caben en un saco.

RÍOS

ANTONIO Ríos viene,SOLANO ¿Ríos?ANTONIO Sí.RÍOS Ahora Dios me dé contienda, ruego a él, con quien me entienda. Señores, ¿qué hacen aquí?JUANA Estábamos esperando si se ha de representar.RÍOS ¿Ya no es hora de empezar? ¿Qué esperan?JUANA Estoy dudando si se burla o es de veras lo que dice, señor Ríos.RÍOS ¿Qué donosos desvaríos!JUANA Mas ¡qué gentiles quimeras!ANTONIO Hay algunos descontentos y están con algún temor de salir aquí.RÍOS Señor, éstos son otros quinientos. Pero quisiera saber de dó el temor ha nacido.JUANA ¿De dónde? De haber salido de aquesta ciudad ayer. Hacer como hizo la fiesta y haberse representado lo más del año pasado en ella: la causa es ésta.RÍOS Señores, no nos matemos; los que entonces me ampararon, favorecieron y honraron, ¿no son los mismos que vemos? ¿No son estas mis señoras, las que mercedes me hacían y entonces favorecían en mi comedia dos horas? Así humildes como altas, ¿no gustaban de ampararme, de verme, oírme y honrarme, perdonándome mis faltas? Los duques, condes, marqueses, caballeros principales, nobles, discretos, leales, generosos y corteses que en ese tiempo me honraban, ¿no son los mismos que veo? Hasta aquestos bancos creoson los propios que alquilaban. ¿No son estos mosqueteros quien con gozos infinitos aquí me daban mil gritos y a la puerta sus dineros? Hablad, mosqueteros míos, respondedme unos a otros; que, ¡pordiez!, que sois vosotros los que hacéis la barba a Ríos. Son nuestras ollas las cajas donde cobran los dineros, y de ellas los mosqueteros el tocino y zarandajas.ROSALES ¿Cómo se han de haber mudado todos los que están aquí, si yo con barbas salí y me he vuelto desbarbado? ¿Y que es posible que crece cabello, uñas,

persona, y esta barba socarrona contino se esté en sus trece? BARTOLICO Todos los santos le valgan; mi señor, no esté afligido, porque en todo, largo ha sido, mas no en que barbas le salgan. Él juró, dándole vaya, antes de Pascua barbar; pero ya puede cantar; jura mala en piedra caya. ROSALES Niño, téngoo de azotar con la merced que alcanzamos. Señores, adentro vamos, que ya es hora de empezar. ANTONIO Eso es andar por las ramas; señoras, pues son tan bellas, hablen los galanes ellas, y Rosales a las damas. ROSALES Digo, pues, que yo me fundo en serviros humillado, como el hombre más barbado que tenga España ni el mundo. (Éntrase cada uno como hablando.) JUANA En tu gran merced fiadasegura me puedo entrar. QUITERIA Yo también con suplicarme amparéis como a criada. MARÍA Yo para servir nací: no tengo que me ofrecer, ARCE Yo, que me holgara de ser el mejor que viene aquí. ANTONIO Yo me ofrezco, que es muy justo, como un humilde criado. TORRES Y yo, como esclavo herrado al banco de vuestro gusto. SOLANO Yo os pido, por Dios, también recibáis mi voluntad. CALLE NUEVA Yo que guarde esta ciudad por muchos años, amén. RAMÍREZ Yo, que es lo más importante, me perdonéis os suplico. BARTOLOMÉ Yo quisiera, aunque soy chico, ser en serviros gigante. ROJA Yo, que me perdonéis vos, si a serviros no acertare. RÍOS Y si aquesto no bastare, baste la gracia de Dios. SOLANO.- Buena es la loa y muy breve, para ser entre toda la chusma, y eso de ir a la fin diciendo cada uno sus dos versos y entrándose es muy bueno.

RÍOS.- Pues será menester que aquí, en este lugar, se saque en papeles, porque se reparta en llegando a Valladolid.

[?].- Bien cerca estamos de la ciudad de Segovia.

SOLANO.- ¿No es cosa peregrina las muchas rajadas y paños que se labran en ella? ¡Y qué buenos todos!

RÍOS.- Es así; pero otras cosas tiene de grandísima alabanza, como son la casa de la moneda, alcázar y fortaleza, que es de las mejores, más vistosas y fuertes que hay en el reino.

RAMÍREZ.- Y aquel bosque que está metido en aquel valle, con tantas arboledas y aguas, lleno de jabalíes, corzos, gamos y todo género de animales, así de aves como fieras, ¿no es cosa que admira?

ROJAS.- Pues si se trata de su antigüedad, de las más antiguas es de España. Pues según dice una corónica, fue fundada por los celtiberios españoles, y poblada por el rey Hispán, de quien España tomó nombre, aunque hay algunos que quieren que esta ciudad sea la que Ptolomeo llamó Segoncia en los pueblos arevacos. Entre los grandes edificios que hay en ella, así fuertes como principales, hay una puente de piedra por la cual viene el agua a la ciudad, que dicen fue hecha por mandado del emperador Trajano, la cual tiene, como ya habéis visto, muchos arcos sobre arcos, y es sin género de mezcla de cal, yeso, ni otra materia alguna.

RAMÍREZ.- La sala de las armas, que está en el Alcázar, ¿no es notable? ¿Y aquella donde están pintados los retratos de todos los reyes y príncipes de España, imitando las efigies, figuras y edad que cada uno tenía cuando murió?

SOLANO.- Sin eso tiene muchos monasterios, y muy buenos, y entre ellos el del Parral, que es de Jerónimos, y el de Santa Cruz la Real, de Dominicos, y aquella iglesia que se está labrando de Nuestra Señora de la Fuencisla, que hace tantos milagros cada día.

ROJAS.- Muchas cosas se pudieran decir en alabanza de esta gran ciudad, porque sin duda entiendo que es donde más limosnas se hacen de todas cuantas hay en Castilla ni en mucha parte de España, y esto puedo decir como testigo de vista que lo vi y supe el tiempo que estuve aquí con Ríos, ahora tres años, que fue cuando hice aquella loa en alabanza de la A.

RÍOS.- Bien me acuerdo de ella.

SOLANO.- Yo no la he oído y gustaré de oírla.

ROJAS.- Pues escuchalda.

De la antigua Babilonia, ciudad insignia y soberbia, habrá que salí tres años; ¡pluguiera a Dios no saliera! Surqué el mar de Alejandría, en Ancona pisé tierra, vi a Nápoles, a Milán, Padua, Génova, Florencia, Sena, Numancia, Sicilia, Tiro, Cartago, Venecia, a Tebas, Corinto, Troya, a Roma la santa y bella; vi sus alcázares sacros, murallas, torres, almenas, pirámides, chapiteles, bronce, mármoles y sierras, pináculos y obeliscos, cornisas, efigies, termas, simulacros, mauseolos, colosos, láminas, puertas, monumentos inmortales, y en los sepulcros de letra mil epitafios escritos con caracteres en piedra. Mas como el hombre se incline continuo a ver cosas nuevas, dejé a Roma, vine a España, que es mi patria y es ajena, pues ampara a los extraños y a sus propios hijos niega, que la virtud al extraño hace natural por fuerza. Yéndome, pues, una tarde acaso a ver la comedia, entre otras cosas que vi, vi una novedad, que es ésta: que en la loa engrandecían la alabanza de una letra, de forma que de una cosa tan mínima y tan pequeña, con divino entendimiento, gracia, ser, ingenio y ciencia, le venían a dar lustre, forma, virtud y excelencia. Yo, entendiendo parecerme a uno de estos que se emplean en cosas tan levantadas, quise alabar esta letra, que es A, por ser de mi nombre, mejor por ser la primera que todas las que le siguen, pues todas vienen tras ésta. Digo, pues, que Dios se llama en griego y en lengua hebrea, Alfa et o y Adonái, y Agnus Dei en cielo y tierra. Los ángeles que crió son las criaturas primeras; donde Dios baja es altar y ara donde se recrea. El primero signo es Aries, y Acuario el postrero llega; también Apolo es el cuarto de todos siete planetas, y los ejes de aquel cielo, que esta máquina sustentan, llaman Ártico y Antártico, y astros llaman las estrellas. De todos cuatro elementos los tres se nombran con ésta: aire y agua, y en el texto se nombra árida a la tierra. Crió Dios al primer hombre, que fue Adán, y a este peca; dióle ánima, albedrío; hizo en un árbol la ofensa, restauróle amor divino, fue Anunciación medianera, trájola el ángel, diciendo: Ave María, gratia plena. Ancilla Domini, diola Virgen por su respuesta; su madre se llamó Ana, Aula Virginalis ella. El primer mártir fue Abel; patriarca Abraham era; primer pontífice Aaron; Amós y Albacuc profetas. En un arca salvó Dios a escogidos en tierra, a sus apóstoles hizo vice dioses en su ausencia. La primera ciudad cristiana fue Antioquía la primera; Ambrosio y Agustín son doctores de la Iglesia. Tres partes del mundo son Asia, África y América; y si extendemos la vista por árboles, plantas, hierbas, veremos almoradux, alhelíes, azucenas, achicoria, acelgas, ajos, ajonjolí, alcaravea, anís, arrayán, ajenjos, azahar, alpiste, avena, amapolas, albahaca, alfalfas, apio, alhucema, ambrosía, acanto y amomo, ajonje, amaro y adelfas; los árboles, avellanas, albaricoques, almendras, aceitunas, alcaparras, azufaija, amacenas, alcarchofas, algarrobas, sin otras muchas sin éstas. Es el águila caudal de todas las aves reina; la más libre es el azor, el alcón la más ligera; de animales, el armiño más bello y casto en limpieza; el más fuerte es el abada, el áspid más en fiereza, el más pequeño, arador; el más dulce es el abeja, el más ponzoñoso, arañay más el asno en nobleza. Los primeros navegantes; Argonautas, y Argo era la primera nave que hubo, y lo que la nao gobiernan son aguja, y astrolabio; tienen árboles por fuerza, y con áncoras y amarras que estas naves se aferran. Éstas han menester armas, arcos, astas, y en troneras, arcabuces, alabardas, y si faltaran rodela, alfanjes, adarga, arnés, ardid, ánimo y alteza. Son Atenas y Alcalá depósito de las ciencias. Fue Alejandro rey del mundo, Augusto, señor de Grecia, Antioco, rey de Egipto, Ariadna, reina en Creta, Asaraco, rey de Troya, Ascanio, el hijo de Eneas, el mejor pintor, Apeles; Arquímedes, Avicena, Anaxágoras y Aristes, inventores de las ciencias, de éstos príncipe Aristóteles, y Ariosto de poetas. Alpes y Apeninos, montes son los que ellos más

celebran, y porque se vea más claro el valor de aquesta letra, sólo al mudo se le entienda, a, a de todas ellas, y entre todas las demás, no pronuncian más de aquesta. Principales instrumentos que nuestra vida sustentan, han sido aguijón y azada, aguijada, arado y reja. Son los mejores pescados que el mar en su seno encierra, albur, acedia y atún, aguja, arañas y almejas. De las Indias orientales vienen alfombras de seda, ámbar, algalia y almizcle, anime, algodón, alheña, alabastros, amatistas, sin otras preciosas piedras, aljofares, abanillos, para estas señoras reinas. Ellas dicen: alma, amigo, amor, déme una agujeta, arivique, argentería, alfileres y arandelas, albayalde y alcanfor, arrebol y arrebolera, azafrán para la toca, arina para la artesa, almidón para las mangas, azúcar para la lengua, alcohol para los ojos, alumbre para las muelas, anillos para los dedos, arillos a las orejas. Lo que ha menester mi autor, auditorio en la comedia, ayuntamiento, aparatos, atención, aplauso, alteza, auxilio y autoridad, argentum et aurum etiam. RAMÍREZ.- No he visto yo ninguna de alabanza de letra en romance como ésta, sino en prosa o verso castellano.

SOLANO.- Bien decís, porque también he oído yo otra a Rojas de la R, pero es en prosa, y cierto que es de las mejores que se han hecho de letras.

RÍOS.- En siendo loa, habéis de perdonar, porque no os excusáis de decirla.

ROJAS.- Ya sé a lo que me obliga el día que hacemos jornada, y así no replico; dice de esta manera:

Según la diversidad de tantos y tan buenos entendimientos como hoy en España florecen, y por momentos nuestra amada madre la tierra produce, y el levantado estilo que al presente la composición poética tiene entre la muchedumbre de levantados pensamientos y conceptos humildes y entronizados versos que a mis manos han llegado, así en representación como fuera de ella, me ha parecido ser uno bueno y de mucho entretenimiento la alabanza de las letras, tanto para el ministerio a que es aplicado de la loa, como para grandeza de la misma letra. Deseoso de alcanzar con mi pobre entendimiento el caudal de mayor suma que los de rico alcanzan, la necesidad me hizo pobre de ciencia, y mis nobles deseos rico de conocimiento, según dice Homero en su Iliada: «A los filósofos, condeno lo que supieron y agradezco lo que desearon saber». Y así en la presente obra no se juzgue lo que nos falta, pero estímesse lo que nos sobra, que es deseo de saber para serviros, y entendimiento para conoceros, porque como dice el sabio a los veinte y ocho capítulos de sus Proverbios: «Yo soy el más necio de todos los hombres, y no se halla en mí la sabiduría de los hombres, y entiendo lo que saben los santos». Mucho tenía que decir cerca de este particular, pero no quiero enfadaros; sólo diré que lo que un sabio con mucho acuerdo escribe, un simple, sin oírlo, lo menosprecia. Y así, Marco Aurelio dice no alcanzó el imperio por la filosofía que aprendió entre los sabios, sino por la paciencia que tuvo entre los necios. No ha de faltar quien murmure mi atrevimiento cerca de la alabanza de esta milagrosa letra R, que es a lo que salgo, habiendo oído la de la F, P y otras; pero el ser ésta de mi nombre me ha animado a engrandecerla, así en divino como humano. Y empiezo probando ser la mejor de todas, y digo:

Que los hebreos llamaron a Cristo Rabí (Mat. 26).

Los judíos, Rex Judaeorum (Mat. 15).

El Apocalipsi, Rex regum et Dominus dominantium, y este letrado traía Nuestro Señor escrito en un muslo, según San Juan, Cap. 19 (Apo. 19).

La bendita Magdalena, Raboni (Ioan, 20).

Cristo redimió el mundo, reparó el pecado, rescató al hombre, y digo que no importara que Dios muriera, si no resucitara, según San Pablo: Si Christus non resurrexit, vana est fides nostra (I. Cor., C. 15).

Erré y remedióme Dios.

Uno de los grandes milagros que Nuestro Señor hizo, fueron los rostros diferentes de las criaturas.

El sumo sacerdote en la ley antigua traía escrito en la frente en una lámina de oro: *rationale iudicii* (Exod., c. 28).

El mejor estado del mundo, la religión, según San Agustín (Epístola 137); escribiendo al pueblo de Lona, dice no haber hallado más buenos en el mundo de los que aprovecharon en la religión, ni peores de los que en ella habían faltado.

Una de las mejores armas que trae el cristiano es el rosario.

Rebeca fue una mujer famosa.

Por quien Jacob sirvió catorce años de pastor fue por la hermosísima Raquel (Gén., c. 29).

Ahogado de la pestilencia, el bienaventurado San Roque.

Llamamos medicina de Dios a San Rafael.

Lo que más hermosea los campos y los sustenta faltando el agua es el rocío, y en Rocío dio Nuestro Señor dos veces la señal a Gedeón de que vencería la batalla.

Con lo que la Virgen sahumó las mantillas de su precioso hijo, fue con romero.

Y dejando cosas tan levantadas y hablando de otras más humildes, vemos que en los campos hay rosales y éstos producen rosas; de rosas hacemos ramilletes, con éstos se adornan los retablos, las iglesias con ramas; éstos tienen raíces y ellas racioneros.

La fruta que estimamos en más a su tiempo, el agraz y las uvas, éstas llamamos racimos.

Con lo que se gobierna la gente es el reloj.

En las costas de mar tocan rebato, responde la atalaya, repican las iglesias, los moros roban, y en robando se recogen y aquesto lo reparten, y lo más precioso, que tiene el mundo es la libertad y ésta se alcanza con el rescate.

A las damas servimos con regocijos, regalos y requiebros; mas todo es viento si no hay reales; para sus cabellos son buenas rasuras, y lo que más estiman estas mis señoras es el resplandor para la cara, y lo que más temen los hombres es el remo para las manos.

Lo que más se teme y más se desea es la respuesta.

Quien gobierna nuestra España es el Rey, que Dios guarde.

Las leyes con que nos gobierna, reglas; para esto hay en ella república, regidores, y en Sevilla regente.

Lo que más ordinariamente nos vestimos, raso y raja; en ella caben recamados, randados y en ligas rapacejos.

Lo que más usan los ricos y más necesidad tienen los pobres, es ropa en casa y no falte en la cama.

El Cid se llamó Ruy Díaz de Vivar.

Uno de los reyes más cristianos de España, Ramiro.

Quien más hecho hizo con los moros fue Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.

La mejor ciudad del mundo, Roma, porque en ella tiene asiento la cabeza de la cristiandad. Sus fundadores, Rómulo y Remo. En ella hay reliquias de santos, remisión de pecados, remedio de almas, restitución de bienes, relevación de culpas, revelación a santos.

El mejor puerto de mar del mundo y ciudad de Bretaña, la Rochela.

La más antigua, Rosternan.

La mejor de Francia, Ruan.

El árbol donde cría el ave Fénix se llama rasín.

Los ríos tienen riberas, sus corrientes llamamos raudales. Y el mejor que hoy se conoce en diversos reinos Y naciones es el Rhin, en Francia, y montes los Rifeos, y por fama

los robledos de Corpes y Roncesvalles, y allí murió el más famoso francés que hubo, que fue Roldán.

Todos los caballeros tienen recámaras y retretes, y éstos se adornan con reposteros.

Lo primero que enseñan los maestros de esgrima es el reparo.

El mundo es redondo.

El mayor animal de él, el rinoceronte.

El más astuto, la raposa.

El más suave, el ruiseñor.

Lo que más teme la tierra del cielo son rayos y relámpagos, y a la justicia, como ruines, los rufianes. Ellos riñen, hacen resistencias, echan retos, retráense en sagrado y paran en el rollo.

El más bajo de los ladrones es el ratero.

Con lo que Su Majestad sustenta la gente de guerra, es con sus rentas reales; sobre ellas hay requerimientos, respuestas, sentencias en revista, remates de bienes, registros de escribanos.

En lo que bate la mar y se pierden bajeles, riscos y rocas.

Al juego de los naipes, a la primera hay restos, a los cientos repiques, a la cartera reparos, y lo que acostumbran más a jugar bebedores, es al rentoy.

La Fortuna tiene rueda.

Los judíos, ritos.

Los prados, reses.

Los caminos, recuas y recueros.

Los honrados, respeto.

Los estudios y academias, rótulos, rectores y retóricos.

Los sacristanes, por Todos Santos, roscas.

Un entretenimiento sabroso es el rascar cuando hay sarna.

Lo mejor de las ciudades, villas y lugares, rastro.

Lo peor de los españoles, rabia con razón.

Lo mejor de los poetas, romances, rimas y redondillas. El autor de esta compañía se llama Ríos, el que hace los galanes, Ramírez, el que hace los reyes, Rosales, y el que dice las loas, Rojas. Procediera en infinito en la alabanza de esta preciosa letra; pero sólo diré que con lo que a un hombre pagan después de muchos servicios, es con un requiescat in pace.

SOLANO.- No sé cuál de las dos juzgue por mejor, porque entrambas son tan buenas que no hallo diferencia en ninguna.

RAMÍREZ.- ¿Y son éstas nuevas en Valladolid?

ROJAS.- Y todas las que hasta aquí habéis oído.

RÍOS.- Mucho me holgara, si no lleváramos esta loa, que dijérades una en alabanza de Valladolid.

ROJAS.- Es tan ordinario esto de empezar alabando los lugares, que tengo por mejor la que llevamos. Lo uno por ser novedad, y lo otro por huir de lo que dicen todos.

SOLANO.- Harto había que decir en su alabanza, porque es la ciudad más noble y principal de toda Castilla. La cual, según he oído, se llamó en otro tiempo Pincia, y Ptolomeo la pone en la región de los pueblos Vaceos, de donde se colige, si así es, su mucha antigüedad.

RÍOS.- ¿Pues cómo se vino a llamar Valladolid?

SOLANO.- De un moro, que fue señor de ella, que se llamó Olith, y por estar fundada en un valle que antes había, se llamó Valladolid.

RAMÍREZ.- Mañana pienso ver su plaza con el favor de Dios.

RÍOS.- Ésa es la mejor que yo he visto en España.

ROJAS.- ¿Pues qué tiene? Que yo, como no he estado en ella, no la he visto.

RAMÍREZ.- Es tan grande, y está hecha con tanto nivel, que no discrepa una cosa de otra cosa ninguna.

ROJAS.- No viniera mal para esa ciudad una loa que yo hice muchos días ha.

RÍOS.- Decíla; podrá ser que la estudie y empiece con ella.

ROJAS.- No sé si será a propósito; pero si os contentare, fácil será de enmendar. No en alcázares reales, no en sus chapiteles altos, no en los bronce y obeliscos del transparente alabastro, no en la gran arquitectura, no en los relevados casos de historias acontecidas en bellos mármores parios; no de Dédalo en las obras, labradas a lo mosaico, no en las pinturas de Apeles ni de Arquímedes retratos, no en los portales ebúrneos del sacro templo de Jano, no en el mausoleo sepulcro, no en los palacios troyanos, no en el diamantino Hemo, no en el nevado Moncayo, no en el Mongibelo ardiente, no en el sublime Cáucaso, no en las lóbregas cavernas, no en los inhiestos peñascos, con cuyas cumbres compite el elemento salado; no en las cristalinas fuentes, no en los borbollones raudos, no en los frondosos olivos, no en los cerúleos lagos, no en las corrientes de Ebro, no en el amoroso Tajo, no en donde el Gange y el Tíber dan tributo al mar hinchado; no donde Eolo gobierna sus tremebundos vasallos, con ser la región más fría que tiene el cóncavo santo; no donde el árabe habita, no donde reposa el mauro, no donde come el francés, no donde ayuna el pagano; no en las efigies supremas que están en el zodíaco, no en todas las cinco zonas, no en el trópico de Cáncer; no en el lugar más sublime de estrellas, signos y astros, luceros móviles y quietos, así fijos como erráticos, puede haber gusto si la ausencia es llanto, pena la gloria y muerte los regalos; pero al fin vuela el tiempo. y con sus mismas alas mis deseos Alcázares, chapiteles, obeliscos, alabastros, arquitecturas, historias, Dédalo, mármores parios, Apeles, Jano, Arquímedes, retratos, obras, mosaico, Cáucaso y Mongibelo, Hemo, Mausoleo, Moncayo, portales, palacios, templo, cavernas, cumbres, peñascos, elemento, olivos, fuentes, Ebro, Gange, Tíber, Tajo, árabe, mauro, Eolo, franceses, región, pagano, efigies, zonas, estrellas, signos, luceros, zodíaco, todo lo hubiera solo caminado por veros, por servirlos y agradaarlos, porque a mi gran deseo, sierras, montes y mares fueran viento. No de aquel famoso Ajax el suceso desgraciado; el de Agenor y su Europeo ni el valiente Belisario; de Curcio el insigne hechón ni el de aquel famoso Claudio, Leonides ni Marco Sceva, Milciades ni Torcato; no el heroico fundador de aquel pueblo veneciano, ni del gigante Briareo las cien espadas y manos; no la crueldad de Busiris ni los cicones ismarios, de Erine la gran discordia, ni de Cigneo el llanto amargo; no de Jacinto Amicleo el bellissimo retrato, la desgracia de Orión, de Ino el intento falso; no de aquel valiente Minias el pecho animoso y bravo, de Onfale reina el rigor, la transformación de Glauco; no la dulzura celeste de aquellos Orfeos gallardos, Yopas y Demodoco, grandes músicos entrambos; no la hermosísima Andrómeda ni Asteria, retrato amado del ojo del cielo hermoso que alumbró su luz a tantos; no los caballos del sol, de Canacé el pecho osado, la cabeza de Quimeria los arúspices sabios; no de Nubis la figura, de Canícula el cuidado, fábula de las palomas, ni de Policena el llanto, de Palinuro la suerte, de Ramnusia los abrazos, de Libitina las roscas, del grande Jerjes el campo; no de Saturno el asiento ni de Cipris los regalos, del gran Faetón la caída, ni la muerte del Troyano, pudieran impedir deseos honrados, yendo a vuestro servicio dedicados. Que Ajax, Agenor, Europa, Belisario, Curcio, Claudio, Leonides y Marco Sceva, Milciades y Torcato, Antenor y Briareo, Busiris, Erine, Ismarios, Cigneo, Jacinto, Amicleo, Minias, Ino, Orión, Glauco, Onfale, Yopas, Demodoco, Andrómeda, sol, retrato, Canacé, Quimera, arúspices, Nubis, Canícula, llanto, Policena, Palinuro, fábula, Ramnusia, abrazos, Libitina, Jerjes, Cipris, Saturno, Faetón, Troyano, nos trajeran a todos en sus brazos por llegar a gozar vuestros abrazos, que a los hombres discretos, cielo, fortuna y tiempo están

sujetos.No el contento de serviros,no el gusto de contentaros,no la alegría de veros,que nada aquesta ha igualado;no los caminos ni penas,no los pasados trabajos,no los cielos rigurososni el tiempo cruel y airado;no la vida que vivimos,no la muerte que esperamos,no el regalo que hoy tenemos,ni nuestra gloria y descanso;no el amor que todos traen,no el deseo de agradaos,ni fortuna que le impide,haciendo mares los campos;no las peñascosas sierras,los montes de nieve canos,contra quien el cielo inmensodespide furiosos rayos;no aquesta ciudad famosa,no sus templos sacrosantos,no su río y alameda,sus fuentes, casas y prados;no la prudencia, que encierra el mundo y sus partes cuatro,cifrada en sus bellas damasde hermosura, ingenio y trato;no los caballeros nobles,oficiales hijosdalgo,no el título que nos dais,ni el favor de que hoy gozamos,no el estado en que nos vemos,la humildad que profesamos,no la honra y no el provecho,que aquí caben juntos ambos;no vuestra gran discreción,no su nobleza y aplauso,que a nuestra gran voluntad,sirve de escudo y amparo;no la razón que tenéisde oírnos y de ampararnos,ni la ventura que de estoseguimos si lo alcanzamos.No el ser, señores, quien sois,que aunque esto os obliga tanto,no os obligue, que no es justoni el ser yo vuestro criado,sino el amor inmenso y celo honrado,que a vuestros pies, humilde, me ha arrojado;que si humildad levanta,hoy la mía en los cielos me trasplanta.Contento, gusto, alegría,caminos, penas, trabajos,cielos, tiempo, vida, muerte,regalo, gloria, descanso,amor, deseo, fortuna,campos, sierras, montes, rayos,ciudad, templos, alameda,río, fuentes, casas, prados,prudencia, damas y mundo,hermosura, ingenio, trato,caballeros, oficiales,título, favor, estado,humildad, honra, provecho,discreción, nobleza, aplauso,voluntad, amparo, escudo,razón, ventura y criado,todo a vuestra grandeza lo consagro,si hiciédesdes conmigo este milagro,pues no es de hidalgos tratosa tan nobles deseos ser ingratos,y si obliga el buen trato hasta los robles,¿por qué no ha de obligar pechos tan nobles?SOLANO.- La loa y estilo me ha agradado mucho; pero ya llevamos ésta, y fuera de esto es poco el tiempo que hay para estudiarla, pues empezaremos dentro de tres días.

RÍOS.- Lo que tendremos bueno en Valladolid es que gozaremos de muchos y muy buenos pescados, así frescos como salados, y vino por todo extremo bueno, aunque algo caro; pero lo que es pan, carne, caza, fruta y todo género de bastimentos, muy bueno y a precios muy moderados. Y también a las tardes, en acabando la comedia, podréis gozar algunos ratos de Pisuerga, que es un famoso río, aunque sin éste hay otro riachuelo que se llama Esgueva, que es el que tiene a su cargo la limpieza de toda esta ciudad. Y sin esto, veréis el prado que llaman de la Magdalena, el cual es de mucha recreación, y toda Valladolid la tiene, así de riberas, heredades, huertas, granjas, arboledas y casas de placer como de templos suntuosísimos, y entre ellos el que llaman de San Benito el Real, y otro de San Pablo, que son los mejores que habréis visto.

RAMÍREZ.- Acuérdomme que representando yo, agora ha dos años, al Rey el día del Corpus, cerca de ese monasterio de San Pablo que decís, dije aquella loa vuestra del Santísimo Sacramento, hecha por el mismo estilo que la que acabastes de decir agora, que pareció notablemente.

ROJAS.- ¿No es una de unos bailes?

RÍOS.- La misma, y si la supiera toda, la dijera, por. que la oyera Solano, que no la ha oído. Pero ya sabéis que es vuestra y vuestro el oficio el decirlas, y así lo podéis hacer, mientras llegamos a Valladolid.

ROJAS.- No sé si me tengo de acordar; pero si no me acordare, diré lo que supiere: Hoy, que es día de alegría,de fiestas y convidados,y tan gran huésped tenemos,¿cómo no nos alegramos?Alégrense el sol hermoso,den gloriosa luz sus rayos,pues tienen de mirar hoyaque el sol divino y claro.Alégrense las estrellas,y bájenle acompañandola, signos y planetasa sus pies vengam postrados.Hoy los ángeles se alegren,también se

alegren los santos, querubines, serafines le canten: Te Deum laudamus. Alégrense el denso velodel pabellón turquesado; hoy las vírgenes se alegren, santas, bienaventurados. Alégrense los del cielo, los confesores sagrados; hoy los mártires se alegren en premio de sus trabajos. Alégrense nuestra vida, pues hoy la eterna alcanzamos; también la muerte se alegre, pues goza del que ha triunfado. Alégrense cielo y gloria, pues se acaba nuestro llanto; alégrense las ofensas, las culpas y los pecados, que a perdonar baja Dios, y no sólo a perdonarlos, pero a darnos a sí mismo, sólo con que le digamos: Domine mi, non sum dignus que entres en mi cuerpo flaco, mas por tu santa palabra espero ser perdonado. Sol, estrellas, luna, signos, planetas, ángeles, santos, querubines, serafines, velo, bienaventurados, santas, confesores, vírgenes, cielo, mártires sagrados, vida, muerte, gloria, pena, hombres, culpas y pecados, todos se alegren con un bien tan alto, panderos y sonajas repicando; salgan pastores, toquen instrumentos, y aquí bailando canten estos versos. (Salen los músicos con panderos, sonajas y guitarras y cantan y bailan todos.) Que no me los ame nadie a los pecadores he, que yo que morí por ellos cuerpo y sangre les daré. Alégrense el purgatorio, digan las almas cantando: in te Domine speravi, aunque sea su plazo largo. Alégrense los infiernos, mas no pueden, que su llanto es sin fin, y pues lo es, nulla est redemptio, digamos. Alégrense el aire y fuego, alégrense el mar hinchado, también la tierra se alegre, de tanta gloria gozando. Alégrense el gran Pontífice, pues hoy viene a visitarlo, aquel Dios, que es trino y uno, Padre eterno y consagrado. Hagan fiestas y alegrías, alégrense sus perlados, pues baja Dios a la tierra a ser hoy su convidado. Alégrense Rey y Reina, que guarde el cielo mil años, pues es Dios quien les convida a sí mismo viene a darlos. Hoy Valladolid se alegre, pues goza del bien más alto, que gozó ciudad ninguna en presentes ni pasados. Alégrense sus consejos, su cabildo y comisarios, pues esta fiesta celebran con ánimos tan cristianos. Hasta la Virgen se alegre, pues su hijo soberano, llena de racimos de ángeles la trae a su diestro lado. Y como a señora, reina e intercesora, digamos: Mater Dei, memento mei, pues sois todo nuestro amparo. Purgatorio, llanto, infierno, tormento, padre, descanso, aire, fuego, tierra, mar, fin, Pontífice, perlados, Reina, Rey, Valladolid, consejos y comisarios, Virgen, hijo, intercesora, ángeles, reina y amparo, todos se alegren y hoy nos alegremos, con el divino huésped que tenemos. (Y bailando contentos, vuelvan luego a tañer los instrumentos.) Que en viernes murió el rey de tierra y cielo, y en jueves se da al hombre en sangre y cuerpo. Alégrense aquesta corte, que hoy en ella está encerrado de todo el cielo el poder, de toda la tierra el mando. Sus santos templos se alegren, y su gloria publicando, con himnos y dulces voces, y al son de instrumentos varios, digan: Benedictus Dominus, Deus Israel, cantando, pues el Señor de los cielos hoy su pueblo ha visitado. Casas y calles se alegren, pues con sedas y brocados se ven hoy, y hasta sus suelos, con espadaña y mastranzos. Alégrense los jardines, alégrense huertas, campos, pues hoy dan flores y rosas este santo relicario. Alégrense el río Pisuerga, detenga su raudal manso; también las aves se alegren nuestra gloria publicando. Alégrense la alameda, produzcan maná sus ramos, todas las viejas se alegren, pues que de este día han gozado. Alégrense ricos, pobres, alguaciles y escribanos, y hasta las niñas se alegren, pues hoy las compran zapatos. Alégrense sacristanes, pues llevan hoy en sus brazos la cruz donde murió Aquél que hoy viene a alegrar a tantos. Los monacillos se alegren, alégrense los notarios, y nosotros, ¿por qué no? recitantes, alegraos. Corte, templos, pueblo, cielos, casas, calles y brocados, río, aves, alameda, jardines, huertas y campos, viejas, ricos, pobres, niñas, alguaciles, escribanos, sacristanes, monacillos, recitantes y notarios, salgan, canten y bailen un villano, pues ninguna a esta gloria se ha igualado. Y pidiendo perdón de nuestros

yerrosacaben con cantar aquestos versos:«Hoy al hombre se le dana Dios vivo en cuerpo y pan».ROJAS.- Y cantando y bailando aquestos versos, se entraban.

SOLANO.- Buena es, por cierto, y la novedad muy peregrina.

RAMÍREZ.- Con el buen trato no sentimos el camino, principalmente como paramos en las posadas poco, y eso es de día, por el gran calor que hace, y de noche con el entretenimiento no se duerme, camínase mucho y sin cansancio.

RÍOS.- ¿Negoció ya Solano lo que tenía en Segovia?

SOLANO.- No era más de dar allí una carta y cobrar respuesta, y ansí lo hice en poco más de una hora.

ROJAS.- ¿Qué? ¿Luego no fue a más la venida que por ella?

SOLANO.- Era para cierta dama, e importaba mucho que se diera en mano propia.

RAMÍREZ.- Yo traigo otra para un colegial, y en llegando que llegue, es fuerza que vaya a darla.

ROJAS.- ¿Pues hay colegios en Valladolid?

RAMÍREZ.- Y Universidad de las más graves y honradas de España, con los mismos privilegios que tiene la de Salamanca, donde se leen muchas lecciones de Teología, Cánones, Leyes, Medicina, Artes, Hebreo y Griego, y de donde han salido grandísimos escritores y muy conocidos.

ROJAS.- Despacio tengo de verlo todo.

RAMÍREZ.- Pues hay que ver mucho.

SOLANO.- Acuérdomo que agora siete años, viniendo a Valladolid (en la compañía de Cisneros) en este mesmo arroyo que agora llegamos, se atolló un carro hasta el cubo, y no pudiendo sacarle, dijo un compañero nuestro: «¿Cómo ha de salir si no valen nada las mulas? A fe que, si fueran las de Frutos, que él saliera». Y respondió el carretero: «¿Cómo las mulas de Frutos? Juro a Dios no le sacaran ni aun las de Ventris tui».

RÍOS.- Una mujer de mi compañía, no cabiendo un carro, de lo alto, por un mesón, dijo: «Quítenle las reatas y cabrá luego».

RAMÍREZ.- Dicho fue como suyo.

SOLANO.- Venid acá, Rojas (agora que me acuerdo): ¿por qué os llamaron el Caballero del Milagro?»

ROJAS.- Es muy largo este cuento y estamos ya muy cerca de Valladolid, y por esta causa no os lo digo. Una loa que yo hice a ese propósito os diré mientras llegamos, que no es de pequeño gusto para quien sabe el suceso; pero lo demás se dirá cuando Dios fuere servido y tengamos más tiempo.

SOLANO.- Pues ya que no sea lo uno, decidnos lo otro.

ROJAS.- Lo que es la loa, mientras llegamos a Valladolid (pues ya estamos tan cerca), podéis oírla:

Después que de mis desdichasvi mi suerte mala o buena,y de quien llaman Fortunatue un pie sobre su rueda;después que pasé a Bretaña y sulqué el mar con galeras,anduve en corso dos años y vi la cara a la Inglesa,trabajé un año en un fuerte,marché otros cuatro por fuerza,a ley de soldado viejo,armado de todas piezas,a pie, descalzo y desnudode vestidos y paciencia,que ésta muchas veces faltaa los de más fortaleza;después de muchos trabajos,después de muchas miserias,después de algunas bonanzas,después de muchas tormentas,después de algunas batallas y después de algunas fuerzasque tomaron y rindierontodos juntos y yo a vueltas;después de otras muchas cosasque agora en silencio quedan,que para más larga historiaeste discurso se deja;y después de estar cautivoalgún tiempo en la Rochela,vine a dar, por mi ventura,en las manos de una vieja.Después que por agradarla,por no sé qué que vi en ella,la serví, la regalé,hice versos, canté endechas,dije mentiras al uno,formé del otro querellas,engañé con la verdad,libréla de una tormenta,vestíme al uso de Corte,capa corta, calza entera,y,

confieso mi pecado, que la prometí mi hacienda. No diera en dársela mucho cuando toda se la diera, que bastaba ser mujer, y si no díganlo ellas. Al fin la buena señora echó en burla mi promesa, como no merecedora de tan voluntaria oferta. En aquellos tristes días que seguí esta mala seta, dejé el cielo por infierno, la amada paz por la guerra, la señora por la esclava, la discreta por la necia, la agua clara por la turbia y la hermosa por la fea. Burlándonos muchas veces, que es muy burlona la hembra, entre ellas me dijo un día: «Las mujeres que son necias, ya vuesa merced sabrá, rey mío, por experiencia, que se mueren por saber, así yo soy una de ellas. ¿No me dirá, señor Rojas, un enigma que quisierasaber mucho por mi gusto al cabo de una cuaresma?: ¿Por qué le llaman los hombres, así en plazas como en ventas, «Caballero del Milagro?» Pues es milagro sin rentas, diga qué son sus milagros, que tengo un dolor de muela y no puedo sosegar de un mal de madre y jaqueca». Como yo vi la mujer vuelta en burlona de necia, no buena para burlar y mala para discreta, respondíle: «Reina mía, vuesa merced esté atenta». Y ella, dando grato oído, la dije de esta manera: «Son mis milagros, señora, milagros acá en la tierra, que aboban a las mujeres y a los bobos embelecán. A las mujeres taimadas las digo razones necias, y no hablo en un mes palabra fundado siempre en cautela. Si me piden, oigo y callo, y allá, entre burlas y veras, digo que soy insensato y hágame tonto con ellas. Y cuando están en más fuga de cumplimiento y ternezas, suelo prometer el alma, y tras del alma, el hacienda. Cuento luego un cuentecito y una cosita risueña, y cuando están con más gusto, me salgo la puerta afuera. Si es hermosa, rica y tonta, la digo que es muy discreta, y que quise a una mujer que era tan linda como ella. Cuéntola al fin mil mentiras envueltas entre mil quejas, enójome y pido celos, y si veo que le pesa, como ella demuda el rostro, voy yo mudando la lengua y digo: «Ya sé, mi bien, que eres honrada y honesta; mas no te espantes de mí, que si celos me atormentan, no puedo más, que te adoro, no te dé mi gloria pena». Llévola con humildad, porque a las mujeres necias procuro hablar con crianza y engañarlas con vergüenza. Y si es más fea que el diablo, la digo luego que es fea, pero que tiene unos ojos más lindos que las estrellas, y que su olfato de bocano le tienen todas hembras; y poco a poco la alabo hasta que la hago Lucrecia. Y si es vieja endemoniada y tiene más de setenta, la digo yo que es mujer de hasta veinte y seis o treinta; y a ésta martirizo a celos, y por no dormir con ella, en cenando que he cenado, armo luego una pendencia: y sobre si fue o no fue, si era ella o no lo era, si miraba o no miró, la doy con toda la mesa. Todo esto es si yo no quiero; pero si quiero, no hay tretas, no hay cautelas que aprovechen, pues milagros no aprovechan. Soy con damas Alejandro, con los sabios, trato veras, con los arrogantes, grave, con los humildes, oveja; con los avaros soy Midas, con los magnánimos, César, con los galanes, Narciso, con los soldados, la guerra, con los oradores, Tulio, con los poetas, poeta, con los músicos, Jusquín, con históricos, Illescas, con los arriscados, Casio, con los gramáticos, etiam, templum, sermo quis vel qui, ego, sensus, biblioteca. Mas sobre todo, señora, cautiva el alma en Ginebra, vine a dar, por mi desdicha, en las manos de una vieja». Atenta estuvo escuchando, y revolviendo en su idea quién esta vieja sería, echó de ver que era ella. Disimulando calló, y pidióme una receta para el mal de necedad, que es incurable dolencia. Tomé papel, tinta y pluma, y ella, corrida y suspensa, me rogó que le escribiese, y dije de esta manera: Stultus tacendo, judicabitur sapiens. Que quiere decir, señoras, para que todas me entiendan, que la que es necia, callando es tenida por discreta. Con este récipe míose fue muy triste la hembra, maldiciendo ella sus años, yo culpando mi inocencia. Al fin, para concluir, con sus gracias y mi afrenta ella es fea y nada hermosa, ella es necia y no discreta. Ella es sucia y nada limpia, ella engaña y amarta, y al fin es vieja, que basta, más pobre que seis poetas. Es Lucrecia en castidad, y pasando de cincuenta, me dijo al cabo de un año: «Señor Rojas, soy doncella». Y vive Dios que lo creo, que habló la vieja de veras, porque una mujer tan mala no es milagro

que sea buena. A vuestras mercedes ruego y suplico a todas ellas, así Dios les dé salud y muchas Pascuas como éstas, que a nadie digan mi error, que a mi ceguedad no atiendan, que no descubran mis faltas, que en los hombres hay flaquezas; que callen como discretos, que como amantes aprendan, que las damas me disculpen y me perdonen las viejas. Que yo, como pecador, queriendo hacer penitencia, vine a dar, por mi desdicha, en las manos de una vieja. RAMÍREZ.- ¿No sabéis lo que he notado? Que el viaje pasado (cuando entramos en Toledo) se acabó con un cuento de una vieja de Solano, y agora que llegamos a Valladolid, con otro vuestro.

ROJAS.- Lo que es el mío, bien os podré jurar que escapó esta vieja tan virgen de mis manos como la mujer de Focio de las de Dionisio, y la del Rey Darío de las de Alejandro.

SOLANO.- También puedo yo decir que salió la de Toledo de las mías como la dama de Cartago de las manos de Scipión, y Cleopatra de las de Augusto.

RÍOS.- Ahora, señores, dejemos eso, que en esto del sexto y séptimo, pocos hombres hay cuerdos a caballo, porque son treinta y nueve legítimas con que el diablo envidia el resto. Y no digo más, porque entramos ya por la puerta del Campo.

Libro IV

Ríos, Ramírez, Solano, Rojas

SOLANO.- No poco contento he recibido de que con tanta brevedad vamos a Burgos: lo uno porque la mudanza de la tierra es ocasión de mudar la vida, lo otro porque aunque Valladolid es un lugar muy bueno, verdaderamente estaba ya en él enfadado.

RAMÍREZ.- Sería por la misma causa que todos lo salimos, que es ser las posadas tan estrechas, calurosas y caras que he estado este mes y medio con el mayor disgusto del mundo. Pero dejando esto (que no hace a nuestro propósito), antes que prosigamos más adelante nuestro camino, habéis de acabar aquel cuento que tanto tenemos deseado de saber el fin que tuvo.

ROJAS.- Por no seros con él enfadoso, ni yo en contarle prolijo (aunque ya queda de él muy poco), digo que un día, cuando el sol de todo punto había dejado los antípodas sin luz, extendiendo sus luminosos rayos por esta parte de la esfera, los nobles Leonardo y Montano comenzaron (según me contó aquel amigo mío) a proseguir su viaje. Y como la prolijidad del camino (como agora el nuestro) les diese materia para procurar divertirse en alguna cosa de gusto con que engañar al cansancio, arrojando mil lastimosos suspiros de lo más íntimo y secreto de su corazón, fue Leonardo prosiguiendo su amorosa historia desde el punto donde yo la dejé, que fue el fin de aquella carta y principio de un ruido que sintió en el patio de su casa, y dice de esta manera:

«Luego que sentí aquel rumor, deteniendo el vuelo de mi pluma suspenso, sin pasar adelante con mis razones, veo las pobres salas de mi soledad acompañadas y adornadas con la más rica tapicería del mundo, haciendo esta preciosa labor los nobles Floriso y Claridia y las bellas Cintia, Roselia y Anati[?]si, sus hijas, y con ellas mi divina y hermosa Camila. Lo que con [este] extraño y súbito espectáculo sentí, bien lo puedes echar de ver claramente y cualquiera que se considerare en semejante desconuelo y apretura de corazón, y viendo delante de sus ojos la causa de ella. Fingiendo al fin el aliento que no tenía, recibí a mis nuevos huéspedes los brazos abiertos diciendo a Floriso: «Agora veo, señor, que no hay puesto, sitio o parte, por escondida que esté, que se pueda escapar y librar de ladrones, y más siendo caseros, que saben y escudriñan los más escondidos rincones».

Él y su Claridia, con término apacible, discreto y urbano, después de pagadas mis cortesías con otras semejantes, me dijeron que habiendo sabido mi retraimiento e ignorando la causa de haberme apartado de mi propio palacio tan sin pensar, venían a

saber la razón de todo esto de mi boca misma y hacerme compañía en esta soledad, no gustando yo de volverme a poblado. Y que para divertirme traían todos los aparejos de caza como eran perros, redes, gavilanes, azores, sacres, halcones, y añadió tras esto la nobilísima Claridia: «Camila trae el venablo de la caza del primer jabalí, por ver si en estos montes se ofrecía otra ventura (por no decir aventura) semejante a la primera que tuvo».

Yo, después de haber agradecido y estimado esta merced lo que pude, disimulando mis pasiones, fino haberme venido a aquella extraña soledad a divertirme un poco de los cuidados de Corte y gobierno. Aunque se echa de ver que esta disculpa era tan frívola como aparente, porque la flaqueza y amarillez de mi rostro daba evidentes señales de que estaba en aquel puesto llorando y sepultado entre mil terribles cuidados, antes que divertidos de ellos. Lo cual sintió mi Camila con tan extremo, viéndome con gusto tan nuevo y diferente del que ella entendía que tenía, que no pudo detener las lágrimas que como menudas perlas destilaban sus ojos divinos. Las cuales sabe Dios si quisiera mezclar con las mías, como las aguas de la Salmácida fuente, si la varonil vergüenza no me detuviera.

Al fin, después de haber los huéspedes descansado y tomado algún pequeño alivio con lo que en aquella soledad servirles pude: «De otra manera, me dijo Floriso, gastáis por acá el tiempo de lo que por allá se gasta. -¿Cómo?, le pregunté yo, ¿en qué se entiende por allá? -¿Tan olvidado estáis de fiestas, me dijo, que no sabéis las que por allá tenemos con los casamientos de Persanio?» Yo, con tan súbita y extraordinaria turbación que no quedó parte en mi cuerpo que no la sintiese, espantado del nombre de mi enemigo, que aun hasta él me asombraba: ¿cómo?, le dije, ¿Persanio casado? ¿Persanio casado? ¿Con quién, Floriso? Dímelo presto. -Con Crinarda, la gallarda dama del valle de Amante, me respondió; ¿es posible que no lo sabías?»

Tal quedé como quien acaba de despertar de un grave y pesado sueño, que duda si duerme o está despierto. Desde aquel punto comenzó a ilustrar a mi alma una nueva luz, con cuyos rayos se deshicieron los nublados de mi corazón. Y al fin, poco a poco, vine a caer en la cuenta de mi yerro. Y por no dar a entender la variedad de mis pensamientos, dí orden de que luego saliésemos a caza, de que había grande abundancia en aquellos montes. Y dejando a Claridia y sus tres hijas en un hermoso y fresco jardín que aquella casa tenía, nos salimos al monte Floriso, mi Camila y yo, con todos nuestros criados, y puestas las redes en partes convenientes, a pocos pasos levantamos un ligero ciervo, al cual siguió Floriso con toda la gente, codiciosos de alcanzarle, siéndome con este lance favorable la fortuna para que tuviese lugar de quedarme con mi Camila. Lo cual ella también deseaba. Y así, al paso y compás que los otros corrían, nos fuimos los dos quedando. Y entonces ella, mirándome con ceño terrible, armando los divinos ojos que así relucían como si fueran rayos del cielo, me dijo:

«Ingrato desconocido, ¿es honra de los hombres de tus prendas y de los que aman y ponen sus pensamientos donde tú pusiste el tuyo, engañar con palabras halagüeñas, lisongeras y falsas, a las nobles doncellas? ¿Dónde huiste? ¿Dónde te pensaste esconder de mi presencia, pensando que estabas libre de mi vista? ¿Así dejaste la tierna ovejuela en la boca y dientes de los sangrientos lobos? ¿Piensas que mi padre es el que me ha traído acá? Engañaste, porque yo he sido la que he traído a mi padre para ser testigo de tu injusto olvido. ¿Qué es de tu amigo y compañero Persanio? ¿Cómo no eres el padrino de su boda? ¿Es porque no la celebra conmigo, como tú quisieras y pretendías? ¿Has huido de mi presencia por vergüenza de no salir con lo que quisiste o por querer a alguna a quien no puedes tener sino injusto amor? Pero haz lo que quisieres, y quiere a quien gustares, que yo tengo la culpa y merezco cualquier pena, por haberme fiado y creído al más ingrato y desconocido hombre del mundo».

No pudo pasar más adelante, porque los cielos o soles de su divino cielo comenzaron a despedir espesa lluvia de cristalinas lágrimas. Yo, que hice harto en no perder allí el poco aliento y espíritu que sustentaba mi cansada vida, comencé, culpando mi ignorancia, a dar las disculpas que pude de mi destierro. Y dando muestras de mi amor con la manifestación que hice de mis celos y de la razón que tuve para tenerlos, se deshizo el laberinto y enredo que hasta aquel punto habían enmarañado nuestros pechos, quedando mi Camila contenta y yo más enamorado de lo que estaba antes a su divina hermosura, soberano valor y extraordinaria fidelidad. Entonces me contó ella los enredos de Persanio y las quimeras, estratagemas y telas que había urdido para aficionarla a que le quisiese bien, no habiendo dejado de aprovecharse de cautelas, dádivas, mensajes, tercerías, promesas, visitas y muestras de su persona, y finalmente, de todo aquello que le pareció a propósito para alcanzarla. Y que, al fin, viendo que todo esto era azotar al viento y sembrar en arena, desesperado se había casado con la hermosa Crinarda, dama de mejor talle y rostro que nombre y reputación. Preguntóme después de esto mi Camila qué era aquello que estaba escribiendo cuando entraron en mi casa, de que quedé harto turbado y suspenso sin saber por un rato qué responder. Mas al fin acordéme de no sé qué que había hecho el día antes a la soledad, divertido con la rabiosa melancolía que en ella pasaba, y díjele que cuando entró estaba escribiendo esta canción, alabando la soledad en que me hallaba (disimulando cuanto pude lo de la carta). Diciendo ella que le dijese, si se me acordaba, dije de esta suerte: Sagrada soledad, albergue y nidode aquel cuyos divinos pensamientos derechos van al gusto y al sosiego, hoy que en ti se acomoda mi sentido y libro mis placeres y contentos, en tu amoroso albergue y dulce fuego, escucha el justo ruego de aquél que tanto estimatu más que humana gloria, y alienta la memoria que el contrario bullicio desanima, tú que eres en el suelo la escala por do el alma sube al cielo. En ti el Rector del cielo soberano, quiso que hallase el gusto y el alivio, el pecho celestial y humano pecho. Halla en ti su contento el pecho humano, cuando entre el descontento y placer tibioso ambiguo corazón se siente estrecho: en lágrimas deshecho buscando va tu amparo, que la melancolía halla su compañía en la divina luz del cielo claro, y en la tranquila calma halla el silencio que pretende el alma. Mientras más de ti goza, más suspende la espada que sus gustos taja y corta el temeroso golpe que amenaza. Ninguno le es contrario ni le ofende, en paz el cuerpo tiene, el alma absorta, ni él tráfigo le ocupa ni embaraza. Halla en tus aguas traza a su vivir iguales, pues cuanto más camina tanto más le adivinan que aquél es el estado de sus males, que como el sol y luna, corren y vuelan sin tardanza alguna. El verde de los árboles sombríos, con que el florido Abril su tronco cubre, añade a su esperanza la esperanza; los pesados calores y los fríos, cuando el Diciembre el rostro yerto encubre, prometen a su airado mar bonanza. No hay en igual balanza cosa alguna en el suelo: lo que hoy de hoja carece mañana reverdece; camina el agua y nunca para el cielo; el bello sol dorado hoy da luz y mañana está eclipsado. No del adulador la lengua falsani del parlero la nociva lengua perturba su quietud y su reposo; ni como la grandeza con la salsa de la abatida y deshonrada mengua que le causa el vecino cauteloso: él es el poderoso; él a quien reverencia el vecino sencillo; él quien sólo en decirlo cualquier dicho le tienen por sentencia; y él solo es el seguro del Jano, amigo falso, y del perjuro. No envidia los brocados de los reyes ni el paño del traidor inglés bastardo viste, por contrabando, con recelo. Mucho más apacibles son sus leyes, con el tosco sayal ya más gallardo, que al mundo sale el gran señor de Delo. No vive con recelo del vano cumplimiento que tiene el cortesano, ni teme del tirano el bárbaro rigor y el fin violento, ni de un injusto mando su vida, ser y honor están colgando. ¿Pues qué, si el cielo santo le enriquece para engañar los tiempos más prolijos con una hermosa y, bella compañera? Con nueva juventud su edad florece, crece el amor con los queridos

hijos, la entrañable afición, la fe sincera es verde primavera su vida, corta o larga, ni teme los recelos, fruta que al más cobarde gusto amarga, porque en beldad y aviso, él solo es el Adonis y el Narciso. Después que sus labores ha tratado, desde que Apolo mira su hemisferio hasta que se escondió en el mar de España gozando del descanso deseado, sin temer el argolla o cautiverio, a sus hijuelos tiernos acompaña, y desde su cabaña gobierna el mundo todo, y con el pensamiento mide el furor violento del hereje alemán, del persa o godo, hasta que el dulce sueño restituye a su lecho el propio dueño. ¡Oh, vida solitaria!, el que no te conoce no te adora, pues sólo eres contraria a aquel que por perderte siempre llora, y de ti despedido, canta tu gloria como yo afligido. Quedó mi Camila tan contenta como engañada con la elegancia y grandeza de estilo de la canción, y ciñendo mi cuello con sus divinos brazos en pago de haberla recitado, me dejó más ufano que está el coronado Atlante con la pesada carga de los cielos. Y después de haber un poco considerado sus pensamientos y la verdad de ellos, me dijo:

«¡Ah, Leonardo mío, y quién fuera tan dichosa que como una humilde y simple pastora pudiera pasar la vida de la propia suerte que la has pintado, teniéndote por compañero de ella! Agora digo que con razón envidio el cayado pastoril por todas esas razones con que le has abonado. -Mucho más es, mi señora, la dije, el contento y alivio con que en ella se vive que lo que de él se puede decir, pues por más que en pintarla se esmere la más cortada pluma y el más delicado pincel, hay del escribirla al vivirla tanta diferencia como va de lo vivo a lo pintado; aunque si estuviera algo despacio yo te la pintara de suerte que te aficionaras más de ella. -Ya que no sea agora, por la parte y oficio en que estamos, dijo ella, no te perdono esa palabra que me das, mandándote que a la noche en el jardín me cantes algo de la vida pastoril, dándome alguna cuenta de ella y fingiéndote el mismo pastor que has de pintar.» Yo se lo prometí, de la misma suerte que ella me lo mandó, pues era lo menos que por servirla podía hacer.

Y al fin, estando en medio de nuestra conversación, vimos menear unas matas del monte en donde estábamos y procurando inquirir quién fuese la causa de ello, levantamos casi de entre los pies de los caballos dos fieros lobos, que en viéndonos comenzaron a huir y nosotros a seguirlos, aunque mi divina Camila, impaciente de que tanto se alejasen, sacó de una aljaba que de los hombros le colgaba, una aguda saeta, y poniéndola en el arco, la despidió con tanta fuerza y destreza que cogió a la bestia en medio del camino, y atravesada de parte a parte, a pocos pasos, cayó muerta en tierra. Y yo, que con la furia de mi caballo vine a alcanzar al otro, metiéndole dos pelotas de un pistoleta, le hice pasar por la propia suerte del compañero, que no poco contento nos dio. Después discurrimos el monte y matamos diversos géneros de fieras, y cargando de nuestra caza los dos caballos, aún no bien habíamos salido del monte cuando encontramos a Floriso con toda la demás gente, cargados de diversos despojos, que cuando nos vimos, nos recibimos con regocijo general de una y otra parte, y con él nos volvimos a casa, donde nos estaban esperando Claridia con sus tres bellas prendas, descosadas de nuestra vista.

Y después de haber pasado parte de la noche en contar cada uno sus lances y aventuras, determinamos partirnos otro día para la villa, y luego todos de compañía nos metimos en el vergel y divirtiéndose cada cual por donde mejor le pareció, mi Camila y yo nos entramos por ingenioso laberinto de madre selvas y ave. llanos, entretejidos en diversos encañados que venían a dar a una fuente que la copa, chafariz y figuras todas eran de un mármol pario. Y sentándonos en unos asientos de finísimo jaspe que alrededor estaban, comencé a templar una guitarra que había hecho traer, y poniéndola en las manos blancas de mi hermosa Camila, la supliqué diese principio a la conversación. Y como ella me dijese que no se me debía de acordar de la palabra que le había dado en el campo: «Bien me acuerdo, la dije, ángel mío; pero antes que yo entre alabando la vida

pastoril, quisiera que vos alabárades la vida en común, pues la que yo en particular tengo y poseo, es cierto que es por sola vos, que sois la causa de ella, y todo cuanto por tenerla espero». Ella, estimando mis humildes y corteses razones, haciendo parar los cielos de su continuo movimiento y deteniendo el de las más livianas hojas de los verdes y frescos árboles, por oírla dejaron las cristalinas aguas de la fuente y pequeños arroyuelos su murmurar continuo, y ella dijo y cantó de esta suerte:

Bien es, Leonardo, que la vida alabequién sabe por la muerte lo que es vida; que al fin dará difinición cumplida, si acaso en un humano juicio cabe. Es vida un manso céfiro süave, gloria entera en mil glorias dividida, deseo y esperanza poseída, de todo el bien y el mal la puerta y llave. Es un camino corto y prolongado, un éxtasis del alma imperceptible, y es vida al fin aquello que no es muerte. Es vida un mar tranquilo y sosegado, y si ha de ser la vida de esta suerte, que es muerte, la que paso, es infalible; ¡Oh, suerte corruptible, al fin viene Camila a conceder muerte que el punto de la vida está en la muerte! «Divina sentencia es esa con que acabastes, hermosa Camila mía, la dije, pues en un punto me distes gloriosa vida y muerte. Y agora vi la vida en vuestra soberana y dulce armonía, acompañada en un punto con la muerte del fin de vuestra divina difinición y música. Dejáos de eso, mi Leonardo, dijo ella, que bien sabéis vos que sois la causa de mi vida y de mi muerte, aunque tengo la muerte por dichosa vida.» Y entonces, obedeciéndola, canté este romance, dando a mi divina Camila muestras de quién era su Leonardo, y alabando la vida pastoril:

Bellísima pastorcilla más hermosa que los cielos, alma de mi voluntad, vida de mi pensamiento; ya que merezco ser tuyo, o aunque yo no lo merezco, quiere el cielo que me llame el más dichoso del suelo; ya que has subido mi suerte sobre el alto firmamento, al cielo de quien tus ojos son el sol y luna bellos, escucha un rato, que canto en estos humildes versos, a quien amas, y el oficio que tú quieres que cantemos. No es soberbia que publiques tu altura es soberbio cedro, pues quien le conoce sabe que es en altura soberbio. Ni en que yo diga quién soy perder lo que soy pretendo; mas quiero, ya que no en más, que no me tengan en menos. Los campos de Manzanares saben quién son mis abuelos, cuya apacible ribera conoce mi nacimiento. Las sombras de sus alisos ni las ramas de sus fresnos se acuerdan por qué entonces me vieron dorados techos. Yo, aunque de la gran noblezade mis padres estoy lejos, cualquiera que me conoceme dice que los parezco. No digo que esto es verdad, mas con ella decir puedo, si serlo el deseo arguye, que son nobles mis deseos. Es oficio de pastor, pastora hermosa, el que tengo, el más feliz de la tierra y el que más parece al cielo. Tiene el año doce meses, y el mes treinta días enteros, veinte y cuatro horas el día, que a mi gusto se las cuento. Levántome de mañana, y al alba, que está riendo, la saludo, acompañando a los pintados jirgueros. Llamo entonces mi familia que, habiendo vencido el sueño, sin pereza y sin cuidado deja el apacible lecho. Después de estar en pie todoses de mirar el contento que alrededor de la lumbre tienen al sol del torrezno. Y en habiendo reforzado las fuerzas con el almuerzo, acuden a su ejercicio más que los rayos ligeros. Unos ponen con presteza al arado el corvo hierro, otros al buey perezoso unen con el compañero. Van al campo a sus trabajos a pagar el grave censo que puso Dios por sus culpa a nuestros padres primeros. Y después de haber medido los campos y los oteros, vuelven el ganado a casa con sus veladores perros. El labrador da a sus bueyes con francas manos el heno, que aun hasta en los animales se sigue al trabajo el premio. Pero el pastor codicioso coge al tierno cordero y lo a la madre se le pone, que bala por darle el pecho. Y a la cabra, que codicia el recién nacido hijuelo, saca el cabrito que en casarse quedó por ser tan tierno. Éste es todo su cuidado; después, de todos ajenos, más contentos que los reyes, ponen a la mesa cerco. Para vencer a la hambre, que es el contrario más recio, no faltan dulces manjares sin envidiar a los cetros. La manteca regalada ocupa el primer asiento, que en vez de azúcar

la comen con panal reciente y fresco. Y cuando de su dulzura están hartos satisfechos, tienen, como le desean, el tierno y grueso carnero. De los mejores del hatocogen un cabrito grueso, y sin reparar en gastos le comen cuando es su tiempo. Cuando viene el San Martín, de los más cebados puercos rechinan los chicharrones y trasciende el entrecuesto. Hay entonces las marranas, que a pares las da el Enero, que hacen labor con el ajoy milagros con sus cueros. Y sí para hartar su sed no bastan los arroyuelos, en casa del mayoral no les falta el vino añejo. Ésta es la vida que paso, señora, y la que te ofrezco por víctima y por primicias de nuestro dulce himeneo. Las sedas y los brocados que he de colgar en tu templo, son rendidas voluntades y amorosos pensamientos; los ámbares y estoraques y el encienso más sabeo, la firmeza en adorarte, que es el más precioso incienso. Las piedras y los anillos con que he de adornar tus dedos, no serán duros diamantes, sino corazones tiernos. Aunque si fueres servidadora otros tesoros de precio, con todo puede servirte quien de todo te hace dueño. Las márgenes de Madrid y las vegas de Toledo, sabes que todas son tuyas, porque yo soy tuyo mismo. Las naves que de la India traen los tesoros inmensos, todo es tuyo, porque es mío, si acaso quiero quererlo. Y si quieres que te ofrezca las prestas aves del viento, la tórtola y la paloma vendrán a ver qué las quiero. Y aunque te parezca rico, es mucho más lo que tengo, porque te tengo en el alma y en lo que es razón te precio. Y pues merecí tenerte por amor casto y honesto, todos los demás tesoros desde hoy más los aborrezco. Sólo a ti, coyunda dulce, sujeto el ufano cuello, a tu belleza me postro y tu beldad reverencio. El contento con que mi hermosa Camila oyó el romance no te lo sabría explicar, amigo Montano. Mezcló los suspiros de su alma con los últimos acentos de mis versos. Y díjome: «No en balde, querido Leonardo, estoy ufana de la merced que el cielo por tu causa me hace, pues dices lo que sientes y dices también que las piedras de los tebanos muros huyeran de Orfeo por oírte y las atrajera tu divina melodía con más ventajas. Y si como el espíritu de Eurídice estuviera el mío en las estigias aguas, aunque las infernales furias tuvieran fiereza doblada, pausaran de sus acostumbrados castigos y dejaran de atormentar las almas desventuradas de los condenados. -Tu discreción supla mis faltas, la dije, que lo más que puedo hacer y decir en tu servicio, me parece muy poco respecto de lo mucho que te debo.» Entre estas y otras razones que hablamos y platicamos de nuestros pasados sucesos, no dejándome ella de preguntar la menor circunstancia de mi solitaria vida, se hizo hora de recogernos, y determiné con los nobles Floriso y Claridia y sus hermosas y divinas prendas volverme otro día a la villa. Y en el mismo punto que los rubios cabellos del radiante Apolo comenzaron a ilustrar el nuevo día, lo hicimos así. Y antes que hiciese su viaje por el meridiano, llegamos allá, cosa que no poco placer y contento dio a mis vasallos y soldados. Y al fin, desde aquel día pasé la vida más agradable y dulce que se puede imaginar, no pasándose punto que no recibiese mil soberanos favores de mi Camila. Y como a los dos nos pareciese justo acabar de premiar nuestras voluntades y esperanzas con la dulce posesión del fruto de nuestro limpio amor, un día, habiendo convidado a Floriso y Claridia, con sus bellas hijas, a comer en mi palacio, estando sobremesa, declaré a los padres el extremado amor que siempre tuve a su hermosa hija, las veras con que procuré mostrarle la limpieza de mi voluntad, declarada y manifestada en mis justas pretensiones; y al fin, que en pago de todo esto estaba determinado de suplicarles que me hiciese tan soberano favor y merced de darme por compañera y señora de mi alma a la que siempre lo había sido, prometiéndoles que en las veras con que conocerían lo que yo estimaba el verme colocado en tan excelso grado de grandeza echarían de ver lo que amaba su divina prenda. Ellos, que otra cosa no deseaban, bañados los venerables rostros de tiernas lágrimas, me abrazaron y recibieron desde luego por su amado yerno.

Y llamado el sacerdote, hinchándose la tierra de mil diversos y varios regocijos, asistiendo por testigos la gente toda principal del pueblo, nos desposamos, dilatando las velaciones para el día de San Juan, que siempre le tuve por venturoso y propicio de todos mis sucesos. Hasta el cual día (que cerca estaba) diferí el traer a mi palacio a mi dulce esposa para cumplir en todo sus honestos y nobles deseos. Lo que los dos sentiríamos, bien lo puedes echar de ver, y así lo quiero reservar y dejar a tu discreto pensamiento. Pues lo que mis vasallos sintieron es inexplicable: había regocijos públicos, recíprocos parabienes, como si de todos en particular fuera la buena dicha. Parece que entonces revistió la hermosa Flora los campos segunda vez y que los peces saltaban de contento en el caudaloso Miño. Las aves, con nuevos y desusados cantos, publicaban mi ventura; los hermosos planetas, los bellos signos y las lucientes estrellas relucían con nueva fuerza, viveza y resplandor.

Ésta, amigo Montano, hasta este punto es la historia de mi vida; lo que de aquí adelante se sigue abreviaré en dos palabras porque no se me acabe la poca que tengo, que aunque la tengo aborrecida, huyo de la muerte como el que rabia de las fuentes que desea, y quizá es para pasarla más larga y penosa. Digo, pues, que habrá seis días, que eran catorce antes de San Juan, me vino una carta y mandamiento del Rey nuestro Señor, en que me manda que dos días antes de San Juan, sin falta ninguna, esté en su Corte por cosas tocantes a su real servicio. Ves aquí, amigo Montano, anublado mi cielo, cortadas las alas de mi esperanza, atajados los pasos de mi descanso y sosiego. Fuese necesario apresurar mi jornada, llevando el cuerpo sin alma a servir a mi rey y dejar a mi esposa, a mi cielo, a mi esperanza, a mi descanso y sosiego, sola, sepultada entre amargos sollozos y desventuras y viuda antes que casada. La cual me dijo, despidiéndome de ella con muchas lágrimas y suspiros, que para que no creyese había sido mi amor fingido en quererla, que no fuese parte la ausencia para olvidarla, ni yo mostrase ser hombre en aborrecerla, que aunque mujer, me prometía de ser en adorarme la misma firmeza. Y a este propósito te quiero decir unas décimas que las hice antes que me fuese, probando cómo era imposible olvidarla, y al contrario, lo que ella por ser mujer me prometía. Y esto no embargante, que yo estaba bien seguro de su gran firmeza y ser, como era, mi adorada esposa.

Si te da pena mi ausencia, no te dé temor mudanza, que mi fe te da esperanzay tu amor me da paciencia; mas si por justa sentenciatantos males me han venido, llorar tengo lo que he sido, y así forzoso ha de ser, que presente he de tenerla gloria del bien perdido. Si no supiera querer, nunca la ausencia temiera, porque si amar no supiera, no tuviera qué temer; si ausente he de padecer, bien me pueden enterrar, que la memoria de amarlo da lugar al vivir, y así es más cierto morir que no poder olvidar. Quien no sabe qué es amor no juzgue de mi derecho; meta la mano en su pecho quien sabe de este dolor; tener recelo y temor, de amor nace su accidente que se halla ordinariamente en el amante más fiel; mas desdichado de aquel que está celoso o ausente. Culpar mi ausencia no es justo, pues donde hay tanta razón no perdiendo la afición se ha de posponer el gusto; y si dices que es injusto, pues de ti no he de acordarme, no hay razón por qué culparme, pues si me ausento de ti, sabes que te llevo en mí y a mí no puedo olvidarme. No negaré que te adoro, y si quieres, yo lo niego, y aquí verás si estoy ciego, pues confieso lo que ignoro; guardo a tu amor el decoro, y como es fuerza partir, donde sin ti no hay vivir, es cual la vela mi amor, que da claridad mayor cuando ya se va a morir. Dicen algunos amantes que de ausencia nace olvido, y yo digo que ha nacido el olvidar de ignorantes, que el ser o no ser constantes consiste sólo en razón; que no es la ausencia ocasión a vencer la voluntad, así donde hay necesidad jamás hay firme afición. Si te dijeren de mí, señora, que no te amé, si dudares de mi fe, que ruego a Dios no sea así, sólo te suplico aquí que te acuerdes de quién eres, que me quieras si me quieres, aunque tenga por simpleza pedir

que tengan firmeza en ausencia las mujeres. Confieso que algunas son llanas, fáciles, posibles, y otras fuertes e invencibles, más que el monte de Sión; pero llegado a razón, ¿qué mujer hay que en un mes, por gusto o por interés, o cosas más importantes, no olvide lo que fue antes por lo que vino después? El tiempo doy por testigo en él, Camila, verás, que si de mí ausente vas, te lleva mi alma consigo; denme los cielos castigo, si en lo que digo no acierto, que puedo jurarte cierto, y esto solo te apercibo, que en tus ojos estoy vivo y en tu ausencia parto muerto. Pues cuando tú consideres que eres mujer, y yo ausente, tú discreta, yo imprudente, yo quién soy y tú quién eres, si por ventura me vieres de aquí a un mes o de aquí a un año, verás claro el desengaño me dirás que acerté, yo en guardarte amor y fe y tú en conocer tu engaño. No hay decir no lo sabrán como presentes no se hallen, pues cuando todos lo callen mis ojos te lo dirán, porque en ellos se verán las quejas de tu razón, mi mudanza o tu afición, que si bien lo consideras, son los ojos vidrieras del alma y del corazón. Cuando tu amor sea ninguno, yo con tu gusto concuerdo, que jamás un hombre cuerdo ha sido amante importuno; mas sí te dijere alguno que no tengas confianza, viendo ausente tu esperanza, no lo creas, que es error, porque siempre un nuevo amor requiere nueva mudanza. Y acabando de escribir estos tristes y últimos versos y poniéndome en camino todo fue uno, porque como los mandados de los reyes son imperio y las obligaciones de la honra mayores que las de la vida, dejo el cuidado de vivir y de mi propia voluntad sigo el de la amarga, triste y desastrada muerte».

Aquí acabé de contar mi historia á mi noble amigo Montano, acompañando el último y postrimero fin de ella con mil suspiros, sollozos y lágrimas que la fuente del corazón, como arroyos, despedía. El cual me consoló lo que pudo, prometiéndome, como fidelísimo amigo, de ocupar siempre el tiempo en mi amistad y servicio de la noble Camila, sin apartarse de ella un solo punto, pues no estaba su tierra del Miño más que distancia de cinco o seis leguas. Y al fin, aquel mismo día me partí y llegué a la antigua ciudad de la Coruña, honra de la noble y leal Galicia, donde vi sus fuertes muros, sus gruesas piezas de artillería, los fuertes de San Antón y de Santa Marta, y todas las demás cosas que hay que ver, que son hartas. Y habiendo visitado al gobernador y gente principal de la ciudad, que eran mis deudos, me despedí de mi fidelísimo y nobilísimo amigo Montano, que casi me faltó el corazón en esta despedida, dejándole encargadas las prendas de mi alma: todo lo cual él prometió de hacer, después de haber acabado los negocios a que había ido a la Coruña. Cual quedaron la bella y hermosísima Camila y sus ancianos padres, tú, amigo Rojas, pues eres discreto, lo podrás considerar, y así tengo por indiscreción exagerarlo. Yo tomé luego mi camino, y saliendo de los muros de la Coruña, contemplando su soledad, comencé a decir:

Adiós, hercúleos muros, que a los cielos amenazáis con la soberbia altura. Adiós, tierra dichosa, sepultura de mis contentos, glorias y consuelos. Adiós, árboles verdes, que mil hielos, mil blancos pechos, más que nieve pura, encubris en quien tiene la hermosura tanto lugar como hay en mí recelos. Adiós, sabrosas fuentes apacibles; adiós, mar, que hoy os vence el de mis ojos; quedaos adiós, y adiós también yo mismo. Hoy muero, hoy son mis penas insufribles, hoy me voy y me quedo, y mis enojos hallan en mi destierro el propio abismo. Esto acabé de decir, y luego, por la posta, tomé mi camino para la Corte, do en llegando me mandó su majestad levantase esta compañía que agora tengo en Bretaña, y apenas salí con la conduta y levanté mi bandera, cuando de improviso recibí una carta de mi querido y fiel amigo Montano, en que me avisaba estaba enferma mi Camila». Y diciendo esto, quedó tan fuera de sentido el sin ventura Leonardo, que le tuve más de dos horas por muerto. El cual, vuelto en su acuerdo, empezó a despedir un arroyo de lágrimas que me enternecieron de manera que en lugar de consolarle en su pena, le ayudé a llorar su desgracia con lo cual dio fin a su amorosa

historia, y dentro de ocho días mi capitán (que se llamaba Rostubaldo) a su miserable vida. Porque llegando una tarde al campo de la verdad en busca del enemigo, le hallamos atrincherado entre unos castillos donde el triste Rostubaldo, que era un capitán valentísimo, con cincuenta arcabuceros llegó a reconocer el puesto y a ganarle dos trincheas al contrario, y al retirarse le dieron un mosquetazo. De cuya muerte todo el campo hizo no pequeño sentimiento, porque era de todos los soldados generalmente muy querido. Y esta misma noche (que fue domingo), le sacó un cabo de escuadra suyo al hombro de donde había caído, y se le hizo en una ermita un lastimoso entierro. Por cuya muerte le encargó Su Majestad al capitán Leonardo una de las más principales fuerzas y gobiernos del reino de Bretaña, donde asiste agora, con los cuidados que es razón, de su hermosa Camila, cuyo casamiento pienso se cumplirá en la cercana primavera, en la cual sin falta irá por su querida esposa, y se acabarán los deseos de estos dos ilustres apasionados, que en el modo de tenerlos enseñan a los príncipes a guiar los suyos y a guardar el decoro a las nobles doncellas, refrenando ellos su apetito y midiéndole con la honra y razón. Lo que sucediere adelante en el discurso de la vida de estos dos espejos de honra y amor, se cantará en nuevos libros, en los cuales se proseguirá esta dulce, apacible y agradable historia.

RÍOS.- Por cierto, el cuento ha sido bueno y de mucho gusto.

ROJAS.- Pues por lo que dije había sucedido esta desgracia de mi capitán en domingo, os tengo de decir una loa en alabanza de este día, y de la misma loa, y después ansimismo, de todos los demás días de la semana. Que porque me han costado algún trabajo y son de mucho entretenimiento, os las tengo de decir.

RAMÍREZ.- Todos le tendremos por grandísimo en que nos hagáis esa merced,

ROJAS.- Ya sabéis que os tengo de servir; escuchad:

Son tantas y tan varias las comedias, tanta la muchedumbre de romances y tan grande el discurso de las loas que hasta agora se han hecho, que me espanto que nadie pueda hacer más de lo hecho ni nosotros decir más de lo dicho. Unos hacen las farsas de marañas, otros de historias, fábulas, ficciones; las loas de alabanzas de las letras, de plantas, animales, de colores; uno alaba lo negro, otro lo blanco, éste el silencio, la humildad el otro, sin otras muchas de que no me acuerdo. Y es trabajo tan mal agradecido esto de loas, como en otro tiempo fue de todos los hombres estimado; porque los versos se inventaron sólo para las loas (como dice Eusebio); que habiendo ya pasado el mar Bermejo con su gente Moisés, compuso himnos (que es lo mismo que loas), alabando (1) al sumo Dios que tanto bien le hizo. Y todos los cantares que compuso Salomón a la esposa del esposo (2) (según el texto) también se llaman loas. El profeta David también nos dice que alabemos a Dios, cuando en sus Salmos nos dice así: Laudate pueri Dominum, Laudate nomen Domini. Y Porfirio también dice que Orfeo hizo estas loas, y el decir las fue oficio antiguamente de aquellos oradores tan insignes (según lo cuenta Plinio, libro sétimo), que entrando nuestro padre, el gran Virgilio a decir una loa al gran Senado, todos se levantaron y le hicieron una gran cortesía (merced rara a nadie hecha jamás, si a emperadores). Por otra loa que Píndaro había hecho a aquel invicto César Alejandro, yendo asolando la ciudad de Tebas, mandó que no tocasen a la casa de aquel famoso Píndaro, poeta. Scipión el Africano, de continuo a su lado llevaba al poeta Enio por las loas que hacía, y éste muerto, mandó que edificasen una estatua. Los antiguos también, si uno moría, le hacían una loa en su alabanza, que es lo que ahora llamamos epigrama, endechas o elegías, que esto es loas, y a questo (según Livio) era gran honra. Loó a su padre muerto el buen Marcelo cónsul; Suetonio dice Cayo César loó de doce años a su abuela, y Tiberio de nueve, y en los rostros, que es como agora decir en los teatros, hizo una loa a su difunto padre. Y Plinio dice que una de las cosas que eternizaron a Virginio Rufo fue una loa de Cornelio Tácito. Vino esta

dignidad de hacer las loas tanta calidad y tanto punto, que Cicerón lo tuvo por oficio, y aquel sabio andaluz Quintiliano. El segundo Filippo, señor nuestro (que Dios tenga en su gloria como puede), cuatrocientos escudos dio de renta por una loa hecha a la Católica reina doña Isabel, que el cielo haya. Las loas que compuso el gran Petrarca de aquella Laura le han eternizado; y según la opinión de mucha gente, los sonetos, los himnos, las canciones, todos son loas, y fueron inventadas para loar y eternizar los nombres, para hacer inmortales a las famas, para animar los hombres que emprendiesen cosas altas, empresas memorables, y en comedias antiguas y modernas, para tener propicios los oyentes, para alabar sus ánimos hidalgos y para engrandecerles sus ingenios. Y así, pues trato sólo de alabanzas, alabaré hoy domingo a este día; mañana lunes, trataré del lunes, y de esta misma suerte por su orden todos los días que hay en la semana. Digo, pues, que en domingo tuvo el mundo (3) su principio, según escribe el Génesis: in principio creavit Deus caelum et terram. En domingo tendrán fin las desdichas, miserias y trabajos de esta vida, porque, según Guillermo, en este día se ha de acabar el mundo miserable. En domingo nació la Virgen nuestra, madre de Dios, y en este mismo día Jesucristo nació de esta señora. En domingo también el mismo Cristo, primero día de año, mes, semana, comenzó a derramar su santa sangre. En domingo fue este mismo día (4) el dulce nombre de Jesús le dieron. En domingo hizo Dios aquel convite a más de cinco mil personas juntas (5) con solos cinco panes y dos peces. En domingo, que acá dicen de ramos, el cordero dulcísimo triunfando entró en Jerusalén, de su enemigo ya condenado a muerte; y en domingo (6) obró muchas e inmensas maravillas. En domingo también en cuerpo y alma (7) resucitó el Señor de entre los muertos. En domingo, la Iglesia nuestra madre recibió la merced tan soberana del Espíritu Santo, y su venida (8) sobre aquel apostólico colegio. La gloriosa María Magdalena (9) en domingo llegó a los pies de Cristo. Y en domingo también las tres Marías ungüentos preciosísimos compraron, y fueron al sepulcro a unguir a Cristo, (10) el cual hallaron ya resucitado, según San Marcos dice, evangelista. San Agustín, doctor de nuestra Iglesia, nació en domingo. Y en efecto, España, se perdió en el espacio de ocho meses, y en ochocientos años que pasaron no se recuperó: al fin, en domingo afirman muchos que volvió a ganarse. En domingo también, siete de Octubre, el señor Don Juan de Austria (que Dios haya) la batalla naval ganó en Lepanto. Los que en domingo nacen, según cuento astronómico, suelen ser hermosos, virtuosos, altivos y seguros. En domingo cayó el primero día del año que llamamos Todos Santos; huelgan los oficiales los domingos, los domingos se visten las fregonas, júntese los domingos las vecinas, los domingos se alegran las comadres, pásense en domingo los maridos y juegan al rento y los caldereros. Nosotros deseamos los domingos, porque en domingo viene mucha gente, y siempre las comedias en domingo, representamos todos con más gusto, porque en domingo hay siempre más dineros. Los galanes desean los domingos para ver a sus damas en la iglesia, o sin el almohadilla a la ventana. Todos los más estados de este mundo, así plebeyos como principales, desean el domingo; hasta los niños, para no ir a la escuela, dicen todos: «Señora madre, ¿cuándo es el domingo?» Y en efecto, en domingo hay tantas cosas que fuera proceder en infinito tratar de engrandecerlas ni alabarlas. Sólo suplicaré, pues hoy domingo es día de contento y alabanza, de holgura, regocijo y alegría, que no tengan silencio, que murmuren, que den voces, que rían, que se huelguen, que Dios les deje ver tantos domingos que de a este en cien años nos veamos vejezuelos, caducos y sin bríos, corremos los muchachos por las calles con martingalas justas un domingo, sin colmillos, sin dientes ni sin muelas, llenos de sarampión y de viruelas. SOLANO. - La mejor es, de más consideración, que habéis dicho y acabóse a tiempo que llegamos a Palencia.

RÍOS.- Ésta es una de las ciudades más antiguas de España, y según Pomponio Mela y Estrabón, se nombró primero Palancia; la cual fundó el rey Palatino, y estuvo primero en ella el estudio general de España, y desde aquí se pasó a Salamanca por el rey Don Fernando de Castilla, que comenzó a reinar el año de mil y doscientos y diez y seis.

RAMÍREZ.- Yo leí los días pasados que reinando en Castilla don Sancho, que era de Navarra, y yendo a caza por las riberas de Carrión, halló un puerco montés, y siguiéndole con un venablo se le metió en una cueva, y entrando tras él le halló echado al pie de un altar, y queriéndole herir le fue detenido el brazo. El cual, pidiendo a Dios misericordia, le fueron restituidas sus fuerzas, y en saliendo de la cueva se informó y supo que allí había habido un santo llamado Antolio y mandó reedificar, la ciudad de Palencia, que estaba destruida desde la general destrucción de España, y su iglesia mayor es agora donde estaba aquesta cueva, y ella se llama de San Antolín, por San Antonino, y aun dicen que se entra a ella por debajo de tierra, cosa de diez pasos, y que es un lugar de mucha devoción.

SOLANO.- Yo he oído decir que hay en la diócesis de esta ciudad cuatrocientos beneficios curados que instituyó la misma ciudad; y éstos no se dan sino a los naturales de ella.

RÍOS.- Porque no se pase de la memoria lo que nos habéis prometido, y porque es tan bueno que obliga a acordarlo, nos habéis de ir prosiguiendo las loas de la semana.

ROJAS.- Pues gustáis de eso, oid la del lunes:

Diodoro Sículo dice que cuando algún vasallo egipcio tenía con su príncipe que negociar, hincaba ante él las rodillas y con humildad decía estas palabras: «Soberano señor, si estoy en tu gracia, osaré pedir, y si no lo estoy, no te quiero importunar».

Aquesto mismo, con vuestra licencia podría yo decir: si acaso, discretísimo auditorio, estoy en vuestra gracia, seguro puedo aquí salir; pero si no me podéis ver ¿cómo me atreveré a representar?

El divino Platón, en los libros de su República, dice que servir y agradar es imposible ninguno por sabio merecerlo, sino fortuna a quien le parece darlo, pues vemos a cada hora que quien no ha servido un mes precede al que ha servido toda su vida, y esto, no por lo bien que sirve, sino por la gracia en que cae. No me negaréis que no es grandísimo trabajo dar gusto a muchos, servir a muchos y alcanzar favor de muchos, porque son algunos que me oyen como las palmas, que primero tienen debajo de la tierra una vara de raíz que descubran señal de hoja: primero habemos de hacer milagros que os tengamos contento, primero han de ser inmensas nuestras obras que de vosotros alcancemos buenas palabras, pues ya sé por mi suerte que para contentaros son menester mil servicios supremos, y para caer en vuestro disgusto basta un solo yerro pequeño.

Pues si yo me planté ayer en vuestro servicio, ¿cómo es posible que antes de descubrir hoja, pretenda ganar fama? Verdad es que la opinión, con gente tan discreta y principal, es honrosa y provechosa; pero junto con esto es muy percedera, porque sin duda es nuestro oficio como la luna, que cuando está en más creciente, espera su menguante, y aun suele estar a pique de padecer eclipse. Cuando la fortuna ensalza a uno de poco a ser mucho, ésta sin duda es gloria, pero cuando le abate de grande a pequeño, diremos que es afrenta; porque para subir al escalón de daros gusto es menester ventura, y para caer de este escalón, tropezar en cualquiera piedra pequeña.

Preguntando a Sócrates qué cosa era más cierta y más segura en esta vida, respondió: «No hay cosa en esta vida más cierta que es tener á todas las cosas por inciertas»; y dijo bien, porque si la mayor riqueza que podemos tener y de que podemos gozar es la vida, y al fin aquella vida es tan dudosa, ¿qué cosa puede haber en ella segura?

El rey Filipo, padre que fue del Magno Alejandro, como en un día le trajesen nuevas de tres insignes victorias (que sus ejércitos en diversas tierras habían vencido), hincadas las rodillas y fijados los ojos en el cielo, dijo estas palabras: «¡Oh, fortuna cruel! ¡oh, dioses poderosos! ¡oh, triste hados míos! Humil[de]mente os ruego que después de tanta gloria como me habéis dado, os templéis en el castigo que me habéis de dar, de manera que me castiguéis y del todo no me destruyáis, porque tanta felicidad sin duda que es agüero de alguna gran desdicha». A los que fortuna sublima de pequeños a ser repentinamente grandes, más es para infamarlos que para engrandecerlos. Ansimismo, si siendo yo tan humilde y valiendo tan poco me ensalzáis para ser mucho, en la comedia dirán que soy venturoso; pero si en viéndome ensalzado me vuelvo a ver abatido, podrán todos decir: «¡Ay de aquél desdichado!»

Lucano dice que muchas veces decía Pompeyo a sus vasallos: «Sé deciros, amigos, una cosa muy cierta para que veáis lo poco que hay que fiar de la fortuna, y es que el imperio romano, sin tener esperanza de alcanzarle, le alcancé, y después, sin tener sospecha de perderle, le perdí». Lo que cerca de esto puedo yo decir es que jamás me fié de la fortuna, porque si alguna vez la creí y entre mí y ella hubo treguas, fue no para favorecerme, sino para asegurarme y después de todo punto destruirme. La fama que nos dais, la honra que nos hacéis, todo nos lo dais dado, mas yo lo recibo en depósito y nunca su vana gloria me ha alterado el pecho; porque si hoy decís que soy bueno y llego hasta la cumbre de daros gusto, mañana represento mal y bajo al centro donde eternamente quedo a vuestro disgusto condenado.

Conociendo esto, ¿quién hay en el mundo tan necio que pretenda tener un solo jirón de confiado, si no es que le sobre mucha ropa de loco? ¿Quién hay de nosotros, auditorio insigne, tan venturoso que acierte siempre a daros gusto sin caer de su estado ni verse de vuestras lenguas abatido? ¿Qué autor hay en nuestro oficio tan bueno, tan justo y que más servicios. hecho y con más voluntad servido, a quien por el menor descuido no hayáis en vuestros pechos condenado? ¡Oh, mil veces venturoso aquél que acierta a daros gusto y se ve de vosotros más apartado! Y porque no parezca que me salgo del propósito, ya sé que vengo a tratar de la alabanza de este glorioso día lunes, y ansí digo:

Que en lunes hizo Dios el firmamento en medio de las aguas, y apartó las superiores de las inferiores, llamando al firmamento cielo. (11)

En lunes se hacen todos los sufragios por las benditas ánimas.

Lunes instituyó el duque Filipo el Bueno la orden del Tusón en San Bertín, en la villa de Tomer.

Lunes fue fundada Bizancio, dicha Constantinopla, por Pausanias, rey de los espartanos, según Justino, libro nono, y Paulo Orosio, tercero.

Lunes, después de assolada por el emperador Severo, la cobró y ganó Constantino, hijo de Elena, donde se llamó Constantinopla; la cual poseyeron cristianos, pasados de mil y ciento y noventa años.

Lunes nació el hombre primero que plantó viña, hizo vino y lo bebió.

Lunes comenzó a llover en Israel por ruegos del profeta Elías, cuando habían pasado tres años y medio que no llovía en él por sus mismos ruegos.

Lunes se empezó aquella famosa obra del Escorial

Lunes cesó el diluvio de Noé, según San Hierónimo en su traslación, y Filón Hebreo en sus corónicas.

Lunes se edificó Roma.

Lunes se empezó a poblar España por Túbal, año del diluvio ciento y cuarenta y tres.

Lunes ganó el rey don Alonso Sexto la ciudad de Toledo, cuyo reino comenzó año de mil y setenta y tres, en el cual floreció don Esteban Illan, de quien descienden los señores del linaje de Toledo, cuya imagen está en la iglesia mayor de la dicha ciudad, porque la libertó de cierto tributo.

Lunes se fundó la orden del glorioso San Benito, que es la más antigua de Europa; la cual floreció en los años del Señor de quinientos, y pasa de mil y ciento y cincuenta que fue instituida.

Lunes se fundó la orden de la Cartuja. Tuvo fundamento año del Señor de mil y ochenta y seis, por el santo varón Bruno, el cual fundó el primer monasterio en Cartusia, de donde tomó renombre la religión.

Lunes se fundó la orden de los predicadores; tuvo principio por el santísimo padre Santo Domingo, año del Señor de mil y doscientos y diez y seis; el cual fundó algunos conventos como el de Santa Cruz de Segovia, y Santo Domingo el Real de Madrid.

Lunes se fundó la orden de los Menores, por el glorioso padre San Francisco, y llegó el número de sus religiosos, según Antonio Sabelico, cerca de los años del Señor de mil y quinientos, cuando él lo escribió, a más de sesenta mil frailes.

Lunes, a cinco de Mayo, nació el rey don Felipe, nuestro señor, que esté en el cielo; fue bautizado en San Pablo de Valladolid, por Don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo.

Lunes, cinco de Abril, día de santo Matías, se coronó en Bolonia el invictísimo Don Carlos por emperador.

Lunes, año de mil y quinientos y treinta y cinco, tomó la ciudad de Túnez de poder de Barbarroja.

Los que nacen en lunes, según curso astronómico, son constantes y nobles, aunque algo perezosos y dormilones, pero ésta no es falta.

Muchas más alabanzas pudiera decir de este dichosísimo día lunes, pero sólo os ruego, y con la humildad que puedo os suplico, que perdonéis nuestros yerros, considerando que sólo venimos a servirlos. Y pues Dios siendo Dios se dejó rogar de los de Nínive, que estaban condenados; de Ezequías, que estaba oleado; de David, que cometió el adulterio; de Josué, que no había vencido; y de Susana, por el falso testimonio, no es mucho que vosotros os dejéis de rogar de quien no os ha ofendido y os dejéis servir de quien desea daros gusto.

SOLANO.- Si no me engaño, decís en la loa que fue instituida la orden del glorioso padre San Benito en lunes, y he oído decir de ella tantas grandezas, que os quisiera rogar, si habéis leído algo cerca de esto, nos lo dijérades para ir entreteniendo nuestro camino.

ROJAS.- No quisiera meterme en tan extraña hondura y de adonde con tanta dificultad tengo de salir, como en contaros las grandezas de esta sagrada y soberana religión, y de las casas y monasterios y moradores de ella, pero al fin os diré lo que cerca de esto he leído;

Ya sabréis cómo el glorioso padre San Benito fue hijo de los condes de Murcia y nieto del emperador Justiniano. Su santidad conoce y reconoce el mundo que tanta gloria por él y ella ha recibido; su persona reverencia la tierra, y la grandeza de su gloria publica el Cielo. Instituyó su religión en los años que he dicho del Señor, de quinientos poco más o menos, la cual divina y soberanamente se extendió tanto, que hubo tiempo en que se vieron juntos treinta y siete mil monasterios, abadías principales de religiosos y religiosas y quince mil prioratos, y en muchas de estas abadías había a mil y a dos mil monjes, en cuyos tiempos el glorioso padre San Benito revelación de Dios que en

trescientos años no se le había de condenar religioso de su orden. Esta sagrada religión honró y enriqueció el mundo, convirtió a la fe católica treinta reinos y provincias, ilustró la religión cristiana, instituyendo cien mil cosas concernientes a la honra y gloria de Dios. Porque en ella, por Hermano Contrato, monje y religioso, se compuso la Salve Regina a la madre de Dios una de las cuatro oraciones más principales de la iglesia. Por ella se instituyó la fiesta de Todos los Santos, la conmemoración de los difuntos, la fiesta que se celebra del Santísimo Sacramento después de la Trinidad. E instituyó la ceremonia de tomar la ceniza, miércoles de Cuaresma, el lavatorio de los pies del Jueves Santo, el ayuno del santo Adviento. Y San Pedro, monje de ella, instituyó el Rosario de Nuestra Señora, de cincuenta avemarías y cinco paternostres, el cual después tresdobló el bienaventurado Santo Domingo, padre de los predicadores, a honor de tres maneras de gozos de la Virgen. Ella instituyó seis fiestas de las de la madre de Dios. Ella ilustró todas las ciencias y facultades, la teología y letras divinas, con tantos y tan insignes doctores como ha tenido, que son quince mil y setecientos, y entre ellos tan ilustres como San Gregorio el Magno, San Bernardo, San Ildefonso, arzobispo de Toledo, San Anselmo, San Roberto Beda y otros señaladísimos de ella. Halló Juan XXII, pontífice, cincuenta y cinco mil santos canonizados en los archivos de Roma. De ella han salido cuarenta y seis santos pontífices, todos santos, y de los más excelentes de la Iglesia; han salido más de doscientos cardenales, cincuenta dos patriarcas, mil y seiscientos arzobispos, cuatro mil y setecientos obispos. Han dejado los cetros y coronas del mundo por vivir en este santo hábito, diez y ocho emperadores, veinte y cinco emperatrices, cuarenta y seis reyes, cincuenta y una reinas, ciento y cuarenta y seis hijos de emperadores y reyes, doscientos y cuarenta y tres príncipes, condes, duques y marqueses. Más de seiscientos años estuvieron las universidades de la cristiandad en esta sagrada religión. De ella salieron un Graciano y un Abad Panormitano que ilustraron los cánones y otros mil que ilustraron la medicina y todas las artes liberales, insignes y soberanos varones.

Y aunque esta sagrada religión se extendió por el mundo tanto como he dicho, no cupo la menor parte a España, pues antes de su destrucción por los moros había en ella más de setecientas abadías principales, todas de su hábito, las más de las cuales poblaron de mártires al cielo y de sagrados cuerpos los más ilustres lugares de España. Y aunque vemos que los infieles bárbaros, enemigos de Dios, destruyeron algunos monasterios de éstos, todavía quedaron muchos nobilísimos, y de suerte que os puedo decir que los de esta sagrada religión son de los más nobles de España, enriquecidos ellos solos con más cuerpos de santos que todos los monasterios juntos de las demás religiones, pues hay abadía que tiene más de doscientos cuerpos enteros de mártires, que es la de San Pedro de Cardena. E ilustrada con los más cuerpos de los reyes de nuestra España, habiendo casa que tiene más de diez y seis cuerpos reales, que es en Santa María la Real de Nájera. De los monasterios, pues, más insignes de esta sagrada religión, le cupo al reino de Galicia no la menor parte, porque en Compostela está la nobilísima abadía de San Martín; en Rivas del Sil, junto a Orense, la insigne abadía y colegio de San Esteban, enriquecida con nueve cuerpos de santos obispos; junto a Sarriá la ilustrísima casa de San Julián de Samos, que en una ermita suya tiene el cuerpo de San Eufrasio, discípulo de Santiago y compañero de San Torcuato, apóstol de España, que fueron de los pocos discípulos que Santiago el Mayor convirtió a la fe en España; y después del martirio de Santiago los volvió a enviar a España el apóstol San Pedro, con otros cinco, todos siete hechos obispos. Y estos siete convirtieron toda España, y por eso se llaman apóstoles de España. Junto a Pontevedra están San Juan del Poyo, San Salvador de Lerez, Nuestra Señora de Lorenzana, todas casas muy ilustres de esta sagrada religión. Pero entre todas las que he dicho tiene un no sé qué de mayor grandeza la de San Salvador de Celanova,

que en entrando en ella se siente más que se puede explicar, porque parece que se ensancha el corazón y levanta el espíritu para alabar al Criador (que como yo anduve alejado por esta tierra puedo bien decir muchas grandezas de ella). Fue su fundador San Rosendo, ilustrísimo santo, gallego de nación, de linaje y sangre real, que después de haber sido obispo de la ciudad de Dumio, de Mondoñedo y arzobispo de Santiago, fundando de su propio vínculo y mayorazgo, y entre sus propios vasallos, este monasterio, e instituyéndole por heredero suyo, trocando el mando y dignidad temporal por la celestial, trajo al glorioso San Franquila, que era abad de San Esteban de Ribas del Sil, y recibiendo el hábito de San Benito de su mano, fue el primer abad después de él en esta casa, y ennoblecíó en vida con sus milagros y santidad, y en muerte con sus santas reliquias este monasterio. Toda la renta que tiene (como he dicho) es el vínculo de este glorioso santo, con que es de los más ricos del reino, porque un año con otro alcanza de once a doce mil ducados; tiene cuatro o cinco mil vasallos, y en toda su jurisdicción pone y quita justicias con tanta equidad, discreción y prudencia, que siempre son de los más bien gobernados del reino; sustenta ochenta o noventa religiosos, y más dentro de casa y en prioratos, y da tantas limosnas que ordinariamente suele remediar un día con otro más de doscientos pobres.

Aquí se me acaba la paciencia cuando considero la miseria de nuestros tiempos, que haya caballeros de diez, veinte, cuarenta, ochenta, cien mil ducados de renta y mucho más, y que éstos, con veinte o treinta criados que sustentan, andan siempre alcanzados y empeñados sin tener una blanca ni un maravedí, echando tributos a sus vasallos cada punto. Y que un monasterio, con solos once o doce mil ducados de renta sustente cien religiosos, otros tantos criados, doscientos pobres, el culto divino con la majestad y grandeza que estas religiones suelen, sobrando siempre tres o cuatro mil ducados cada año, trayendo sus vasallos bien regidos y gobernados, ricos, prósperos y contentos: es cosa que mientras más la considero, más me causa admiración.

Esto es lo que cerca de lo que me habéis pedido puedo decir, que es todo lo que yo he alcanzado a saber. Y porque veo en el rostro escrito a Solano que quiere mandarme prosiga con lo que a todos tengo ofrecido, empiezo así en la alabanza de este soberano día martes (que algunos tienen por desgraciado):

Desde las cumbres más altas que el mar del Poniente besa, cuya inmensa excelcitud compite con las estrellas, salí a llorar mis desdichas y a contemplar las ajenas un martes por la mañana; verdad es que martes era. Y al cabo de más de un hora que en una prolija arenga entretuve el pensamiento, volví a un lado a ver la tierra, y como me vi tan alto, parece que la cabeza se me iba desvaneciéndose de imaginaciones necias. Iba engendrando locuras, como me vi en tanta alteza, y por no desvanecerme con altivez y soberbia, bajéme muy poco a poco, y cuando me vi en la arena paréme a considerar una locura harta buena (Pluguiera al cielo que todos la contemplaran y vieran con ojos de la razón y no sin los ojos de ella), que es la grande presunción y la vanagloria necia la soberbia y vanidad que a tantos hombres nos ciega. Estuve considerándolas desventuras que cercana un altivo corazón que da a sus locuras rienda. Viniéronme a la memoria mil historias verdaderas, mil ejemplos de filósofos y de sabios mil sentencias que cerca de esto han escrito, y aunque importunas os sean, las diré, porque son dignas de que se digan y aprendan, y porque mi intento ha sido que so color de quimeras y de burlas fabulosas a quemar a luz las veras. Digo, pues, que Domiciano, tan soberbísimo era, que en sus pregones mandaba que de esta suerte dijeran: «Domiciano, nuestro Dios y nuestro príncipe, ordena que a questo y esto se haga, y al fin toda aquesta alteza vino a parar en que, al cabo, su mujer misma aconsejara a puñaladas le maten porque su maldad fenezca. (12) Perdió el rey Jeroboán, por su idolatría soberbia, doce reinos que su padre le dio en posesión y herencia. El rey Demetrio

también(según Plutarco nos cuenta)fue tan soberbio, que él mismomandaba en todas sus tierrasle adorasen como a Diosy por tal le obedecieran;y para aquesta ambiciónen que como vivió muera.(13)Fue tan estimado Amándeel rey Asuero, que intentaque como a señor le sirvany como a rey obedezcan:y viendo que Mardoqueo no le hace reverenciay él solo no le obedece,a la horca le condena;y su soberbia intenciónpara en que el señor ordenaque donde pensó ahorcarle,allí Amán ahorcado muera.(14)No contento Faraón.con las mercedes inmensasde haberle Dios castigadocon las diez plagas sus tierras,y perdonarle despuéstodas sus culpas y ofensas,al israelítico pueblo tanto persigue y aqueja,que quiere Dios que los mares,que caminos antes eranpara los tristes hebreos,por su maldita soberbia,(15)viene a ordenar que sepulcrosy abismos profundos seanpara él y sus egipciosadonde todos perezcan.Estando Pompeyo en Asiale avisan que Julio Césarle viene a dar la batallacon mucha gente de guerra,y el gran Pompeyo, furioso,herido de pena inmensa,amenazando los cielosresponde de esta manera:«El gran Pompeyo no temede un hombre solo la fuerza,ni teme a los mismos dioses,porque es tanta su potenciapara este atrevido loco,que haré que la tierra mesmase levante contra ély contra sus gentes fieras.»Y para al fin su arrogancia,y su altivez loca y necia,en que pierda la batallay que su fama se pierda,todas sus gentes las vidas,todos sus hijos la hacienda,la libertad pierda Romay Pompeyo la cabeza.¡Oh, soberbia endemoniada!¡Oh, presunción altanera!¡Cuántos de tus altas cumbresvemos hoy que se despeñan!¡Oh, profundo mar!, ¡oh abismo,adonde tantos se anegan,con mil propósitos santosy mil intenciones buenas!Si acaso los animales,si por dicha los planetas,pudieran aprovecharse,como nosotros, de lenguas,sin duda que nos quitaranla vanagloria y soberbiaque en mil corazones neciospor nuestras locuras reina:porque nos podrían decir las refulgentes estrellasque en el alto firmamentose habían criado ellas.El claro sol, que en el cielose crió también dijera,y las aves, en el aire,decir lo mismo pudieran;la salamandra en el fuego(que es de lo que se sustenta)y los peces en el agua;pero el hombre triste en tierra.Por muy rico y principal,por muy señor que uno sea,jamás le preguntaremosde qué cielo es, qué planeta,de qué sol ni de qué luna,de qué aire, de qué esfera,de qué mar ni de qué fuego,sino sólo de qué tierra.Pues somos de tierra al finy al fin nacimos en ésta,y como a natural nuestrohemos de volver a ella,grandísima necesidady aun locura no pequeñaes la del hombre que quiereen un día, por soberbia,perder lo que la fortunale dio en cien años de herencia.¡Ay, hombre ensoberbecido,triste de ti si tropiezas!,que cualquiera china basta para humillar tu grandeza,y para alzarte después,aun no la humana potencia.¿De qué presumes, cuitado?¿Qué vanidades te ciegan?¿Qué disparates fabricas?¿Qué vanaglorias intentas?(16)¿No sabes que el rey Saúlescogido por Dios era,y por el gran Samuel,ungido con su potencia,y siendo rey, como digo,de ser labrador se precia,y porque lo fue su padrede serlo no se desdeña?También el rey Agatocles,por ser hijo de una ollera,mandaba que sus criadosen su aparador y mesa,pusiesen platos de barroentre el oro, plata y piedras;y preguntando el por quémandaba cosa como ésta,respondió: «Para acordarmequién soy y mis padres eran,y por no ensoberbecermeviéndome en tanta riqueza,y porque es más fácil cosaque de rey a ollero vuelva,que no de ollero a ser rey».¡Profunda y alta sentencia!Siempre los más abatidos,los que de humildes se precian,los despreciados del mundo,los ignorantes sin letras,a los que el vulgo no estimay los soberbios desdeñan,(17)vemos que el Señor ensalza,y de estos tristes se acuerda.Al gran Judas Macabeo,(18)que de tres hermanos erael mayor y el más humilde,le encomiendan la defensade los hebreos y a él sóloansimismo dan y entreganarmas contra los asirios:suma bondad, gran largueza.(19)De los hijos de Abrahána Isaac el menor precianporque en él solo se puso(20)de Cristo la línea recta.(21)José, hijo de Jacob,de los doce tribus cuentanser el menor en la edady el

mayor en la obediencia.(22)Y él fue quien halló la gracia con su humildad y nobleza,entre los reyes egipcios y sus sueños interpreta.(23)También David fue el menor de siete hermanos, y ordenado la divina Majestad que siendo pastor de ovejas, por la soberbia maldita(24)de Goliat, a ser vengado castigo de su locura y rey de toda su tierra.Como de aquestos he dicho, decir de otros mil pudiera, que por humildad subieron y cayeron por soberbia.Todos los vicios del mundo que hoy en los hombres se encierran, les hallaremos disculpa: pero a éste, mala ni buena.Puede el jugador decir que por pasatiempo juega, el que guarda lo que tiene, que es hombre que se gobierna; el hablador, que es alegre; el callado, que se precia de ser cuerdo; el bebedor, que tiene buena cabeza; el gastador, que es magnánimo, y de esta misma manera darán su disculpa todos.Solamente la soberbia no la tiene: que caeren cualquier vicio es flaqueza, pero a questo es de locura y al fin redundante en afrenta.Mas poco a poco me salgo de la intención verdadera que salí, y así callo, porque es razón tratar de ella.Quédese esto en este punto, que la alabanza me espere hoy martes, dichoso día, y así su alabanza empieza.(25)En martes, día tercer del mundo y semana, ordenado el gran Dios y Señor nuestro que apareciese la tierra, a la cual, con su poder y soberana clemencia, la mandó que produjese árboles, plantas y hierbas, y diese fruto y semillas, según la naturaleza que de su divina mano todas juntas recibieran.Martes, año del Señor de quinientos y noventa, reinando el gran Recaredo, fue aquesta la vez primera que se comenzó en España, por gracia de Dios inmensa, a predicar y crearse su ley divina y perfecta.También es claro y notorio que los hombres que en las guerras han valido por sus armas y han hecho algunas proezas, les decimos que son Martes, porque Marte, es cosa cierta, fue el primer maestro que hubo de este arte, según cuenta Diodoro Sículo. En martes fueron las primeras tierras y las primeras provincias que se ganaron por guerra; y a estas ganó el rey Nino, que de los asirios era; y esto, según Fabio Pictorio Trogo Pompeyo cuentan, y San Agustín también, con estos mismos concuerda(n), (libro cuarto, intitulado Ciudad de Dios); martes era el día que halló un judío cavando junto a una peña, dentro de Toledo, un libro el cual de dos mundos cuenta, desde Adán al Antecristo, y en otro, decían sus letras que Cristo, hijo de Dios, nacería de doncella, y en parto y fuera de parto quedaría siempre entera; y el otro que moriría por la salud universal de todo el linaje humano. ¡Suma bondad! ¡Gran clemencia!Martes, a diez de Septiembre de mil quinientos cuarenta y nueve, la villa de Africa quedó rendida y sujeta por los fuertes españoles y su gran valor y fuerzas.En el año de seiscientos y veinte y seis, en las Huelgas, que es en la ciudad de Burgos, en martes, que día era del apóstol Santiago, se coronaron en ella el rey don Juan el primero, que ya con los santos reina, con doña Leonor, su esposa, dignos de memoria eterna, sin otras cosas que callo por no enfadarlos con ellas.Todos los que en martes nacen se inclinan a cosas buenas, los unos a religión y los otros a la guerra.Y así me sucedió a mí, que en martes dejé mi tierra por mi gusto y ser soldado, porque sin él no lo hiciera.Martes asenté mi plaza de soldado en Castilleja, y en martes también salí a lojar con la bandera.Martes me embarqué en Sanlúcar en una urca pequeña, de edad de catorce años, lleno de una gloria inmensa.En martes me sobrevino, llegando a vista de tierra, no muy lejos del Ferrol, una furiosa tormenta: martes nos echó a la mar más de cuatrocientas leguas, engolfados y perdidos, sin árbol mayor ni antenas.Martes al fin tomé puerto en Bretaña, y en la fuerza que tuvo nombre del Aguila: en martes empecé en ella a echar tierra, a echar fagina, cargado con parihuelas; en martes me embarqué en Nantes, por mi ventura, en galera.En martes se levantó, martes llegó a la Rochela, en martes quedé cautivo, martes salí de cadena, martes tuve libertad, martes alcancé licencia para que viniese a España a hacer ciertas diligencias.Martes fue el primero día que vi en Sevilla comedias; martes fui representante y en martes puse una tienda.Todo aquesto ha sido en martes, y aunque es verdad que lo era, y muchas de ellas desgracias por alabanzas se

cuentan, que yo por tales las tengo, pues es cierto que por ellas dejé el mal, conocí el bien, tengo vida, y tengo hacienda. En martes me enamoré de una mujer muy discreta; yo la digo que es hermosa ella dice que es Lucrecia. En martes la vi y la amé, en martes me quiso ella, y en martes empezó a ser casta, devota y honesta. En martes salgo a servir y en martes mi autor os ruega que por ser martes le honréis hoy martes en su comedia. RAMÍREZ.- La loa es buena, y por lo que tratáis en ella de soberbia, yo he leído que Hanon, cartaginés, fue tan soberbio y ambicioso de gloria, que enseñaba a las aves a decir «Hanon es Dios», y para que después lo publicasen las soltaba (según Luis Contareno).

RÍOS.- Al hombre soberbio ni hay señor que le señoree, justicia que le castigue, ley que le sojuzgue, vergüenza que le enfrene ni aun padre que le corrija.

RAMÍREZ.- Decía Filípides el poeta que el consejo y cordura de los padres honrados remedia los desatinos de los hijos soberbios. Pero yo digo que en esto son muchos los que saben aconsejar y pocos los que dan consejo.

ROJAS.- Leí no ha muchos días, cerca de lo que vamos tratando de la soberbia, los sobrenombres que tomaban algunos príncipes antiguos, y dice[n] que Nabucodonosor se llamaba «rey de los reyes», Dionisio «huésped de todos», Ciro «guarda de los dioses» y Atila «el azote de Dios» (que aún no hay en él hartito para un hombre que es soberbio). Y porque soberbia y envidia son primas hermanas y andan siempre juntas, oíd la loa que se sigue en alabanza del miércoles que trata de ella:

Considerando la gravedad de las cosas que emprendo, los levantados sujetos a que me arrimo y el poco ingenio que tengo, unas veces me hallo corto y otras corrido; y en efecto, cuanto más saber procuro, más ignorante me hallo. Trabajo por acertar y siempre yerro; procuro teneros gratos y jamás acierto a servirlos. ¿Qué me aprovecha que Platón diga que el hombre que trabaja por no errar, que está cerca de acertar, si cuando yo imagino que acierto, nunca falta un filósofo que censure mi buen deseo y otro que contradiga mis honrados pensamientos? ¡Ricos de los pobres que saben que no saben y pobres de los necios que de saber presumen!, pues la menor parte de lo que éstos ignoran es mayor que todo cuanto alcanzan. Decía Sócrates que no sabía otra cosa más cierta que saber que no sabía nada. No digo que unos no sepan más que otros pero, sabio, si yo te conozco por sabio y aprendo de tu escuela lo que aprendo, ¿para qué dices que soy un asno si ves que me confieso por tu discípulo? Peleando Ifícrates, varón insigne ateniense, como valiente capitán, y metiéndose mucho entre los enemigos, dijéronle sus soldados que qué hacía, y él respondió: «Que digáis a los vivos cómo yo muero peleando, que yo diré a los muertos cómo vosotros os vais huyendo». Así podré decir yo ahora: «Decid a los necios que yo muero peleando por saber, que yo diré a los sabios cómo vosotros vais huyendo por no me enseñar, que hartito mejor dijera de envidia de verme morir»

Y aunque es verdad que yo no tengo en mí nada que nadie pueda envidiar, lo que unos juzgan a virtud en otros puede ser que cause envidia, por ser éste como es el vicio más antiguo del mundo. Adán y la serpiente (Gen., c. 34), Abel y Caín (Gen., c. 27, 37), Jacob y Esaú, José y sus hermanos, Saul y David (1 Reg., 18), Job y Satán (Iob., I), Arquifol y Cusi (I Reg., I7), Amán y Mardoqueo (Ester.), no se perseguían por las haciendas que tenían, sino por la mucha envidia que en ellos reinaba; porque este maldito veneno no hay pecho donde no quepa ni aun casa donde no viva. El ser un hombre envidiado es de virtud y el envidioso de vicio, porque la diferencia que hay entre éstos es que el envidiado entre los envidiosos es una rosa entre las espinas y una perla entre la concha, y por el contrario, es el envidioso con sus entrañas rabiosas, como

las píldoras doradas a la vista y amargas para el gusto, como herida curada sobre sano, como redoma de botica abierta con el sobrescrito nuevo, como pantano helado que yendo a pasar se queda dentro: persiguen a un hombre hasta hacerle caer y caído no le ayudan a levantar. El envidioso no sólo es malo para sí, pero es malo para cuantos se llegan a él. La hermosura de Absalón (3. Reg., c. 14), la ligereza de Azael (2. Reg., c. 2), la fortaleza de Sansón, las riquezas de Crespo, la largueza de Alejandro, las fuerzas de Héctor, la fortuna de Julio César, la vida de Augusto, la elocuencia de Homero y la justicia de Trajano: todos estos insignes varones fueron de muchos ensalzados y temidos, y con todo esto no se pudieron escapar de ser envidiados; porque la envidia y su ponzoña entre buenos y malos se derrama, y en efecto, a altos ni a bajos no perdona. Mucho más tenía que decir; pero callo por cumplir con la obligación que tengo cerca de la alabanza de este soberano día miércoles, y así digo:

Que en miércoles, Dios trino y uno crió el sol, luna Y estrellas, para que nos alegrasen y alumbrasen día y noche (Gen., c. I).

Miércoles se fundó la santísima ciudad de Jerusalén, y fue fundador Melquisedec, según Josefo, y Nicolao de Mira, en el capítulo veinte y ocho del Génesis. Y después de éste hubo muchos que la poseyeron: David, Salomón, las doce Tribus, Judas Macabeo; y al fin vino a ser tomada por Vespasiano, después de cuatro años de cerco, en el cual fueron muertos seiscientos mil hombres, según Josefo, testigo de vista, que dice fueron un cuento de muertos y los cautivos noventa y siete mil: y esto no digo que sucedió en miércoles, pero fue a los setenta y tres años del nacimiento de Cristo, y quinientos y noventa y uno que fue segunda vez edificado el templo (1. Paral., cap. 3) y mil y ciento y dos años que Salomón le edificó, hasta que fue asolada, según Eusebio.

Miércoles se volvió a edificar, después de esto más de cincuenta años, por el emperador Adriano, y la llamó Aelia Adria (1. Esaias, cap. 3); y trescientos años después del nacimiento de Cristo, Elena, madre de Constantino, halló la santa cruz miércoles, y después de ésta, Cosroe y otros muchos, hasta Godofre de Bullón, que la ganó miércoles, y tras de éstos y otros, vino a poder del Saladino, a dos de Octubre del año de mil y ciento y ochenta y siete. Y al fin, por nuestros pecados ha quedado hasta hoy en poder de infieles.

Los que nacen miércoles, según curso astronómico, son industriosos e ingeniosos e inclinados a ir por el mundo.

Miércoles, año de mil y doscientos y cuarenta y ocho, se le entregó Sevilla al rey don Fernando el tercero.

Miércoles, día de Santo Matía apóstol, el emperador don Carlos venció la batalla de los franceses en Pavia y prendió al rey Francisco en ella.

Miércoles nació San Julián en la ciudad de Burgos, año de mil y ciento y veinte y ocho; bautizóse miércoles, y estando para bautizarle, le apareció un niño con un báculo y una mitra, que dijo le pusiesen nombre «Julián», y por mandado del rey don Alonso el nono fue obispo de Cuenca en miércoles y entró miércoles en la dicha ciudad a pie. Y después de muchos milagros que hizo en vida, le llevó Dios para sí en miércoles; el cual murió en una cama de ceniza a veinte y ocho de Enero de mil y doscientos y seis, de edad de setenta y ocho años.

Miércoles, a veinte y cuatro de Abril de mil y quinientos y cuarenta y siete, víspera de San Marcos, venció el emperador Don Carlos y prendió al duque Federico de Sajonia, siendo capitán general Don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba.

Miércoles de Ceniza del año pasado de mil y seiscientos y uno, la reina de Inglaterra sentenció a degollar a algunos grandes de su reino; pónese en alabanza de este día, porque tantos cuantos murieron, tantos enemigos tiene menos nuestra santa Fe Católica.

Miércoles se descubrió aquella sagrada reliquia del Monte Santo de Granada. Y en efecto, digo que este milagroso día miércoles es el mejor de toda la semana, porque en él han sucedido cosas dignas de gran memoria, muchos nacimientos de infantes, juras de príncipes, casamientos y coronaciones de reyes y elecciones de emperadores, y sobre todo, en miércoles ha habido grandes regocijos y fiestas de toros para alegrar los cuerpos y muchos jubileos plenísimos para salvar las almas.

SOLANO.- En cada loa tomáis un tema y en ésta fue de la envidia, y por cierto vos habéis dicho muy bien mal de ella, porque si bien se mira, es una peste de las vidas, una ponzoña de las almas, un demonio encubierto, una víbora fea y encorvada, un basilisco con la cara hermosa, una apacible fantasma muy fuerte para los males, muy flaca para los bienes. Y digo sin duda que es el más fiero monstruo del mundo, pues que causa en él tantas disensiones, inficiona tantos cuerpos y corrompe tantas honras. Y sin esto es polilla de nuestras vidas Y aun azote de muchas famas, porque es otra segunda mentira, destrucción del Paraíso, arma de los demonios y cabeza de tantos males nuestros.

RÍOS.- Ya estoy con deseo de saber qué es lo que tratáis en la loa del jueves.

RAMÍREZ.- Yo voy con tanto gusto de oírlas que parece que estuvistes en mi pensamiento.

SOLANO.- ¿Quién no lleva aqueso mismo?

ROJAS.- No es menester que lo encarezcáis tanto, que yo voy con mucho deseo de hacer vuestro gusto, y siendo así, digo:

Cansado estoy de oír a mis oídos algunos habladores ignorantes, que entre murmuración y barbarismo, allá en sus buenos juicios han pensado que, como dicen muchos por su gusto que vivo de milagro, también puedo sustentarme por gracia de algún santo, y vivir sin comer; y dicen muchos: «¡Cuerpo de tal, Señor! ¿No ha de estar rico ese Rojas que llaman del milagro, si no come, ni riñe, ni putea, ni bebe vino, presta, ni convida, ni jamás a mujer le dio una blanca, ni en su vida ha jugado un real siquiera? A fe que si él gastara como gasto, que no tuviera tanto como tiene, pese a tal que queréis. Pone un puchero, con un poco de carne y zarandajas, y a la noche un pastel o un guisadillo, un bizcocho, unos huevos, un hormigo, y tras todo se arroja un jarro de agua; ni él merienda, ni almuerzo, ni se meten más que su ordinario: lindo cuento, pese a quien me parió. Si ahorra tanto, ¿no ha de tener vestidos y dineros? Si él se comiera, como yo me como, mi perdiz a almorzar o mi conejo, la olla reverenda al mediodía con su pedazo de jamón asado y media azumbre de lo de a seis reales, y a merendar un pastelito hechizo o la gallina bien salpimentada que me guarda mi amigo el del bodega, y a la noche su cuarto de cabrito o las albondiguillas y el solomo, y tras esto la media que no falta, que la puede beber el Santo Padre, y el ordinario a doña Fafulina, y para el faldellín de cuando en cuando, ¡por vida de la tierra!, que él se hallara con más salud y menos pedorreras». ¡Válgate Dios!, salvaje, ¿en qué imaginas? Ven acá, simple, gastador magnánimo, sin cuello ni camisa, siempre roto, y el ingenio tan bronco como el traje: ¿no ves que yo no como por mi gusto, sí por necesidad, y tú, al contrario, porque el censo que echó naturaleza sobre sí misma, fue que no pudiese vivir los hombres sin comer, de suerte que podremos decir que yo no como más de para vivir y sustentarme, y tú por ser glotón y porque digan que no tienes un cuarto que sea tuyo? El superfluo comer no sólo es malo para pasar la miserable vida, mas también es enfermo para el cuerpo, porque ya sabes (aunque sabes poco) que hemos visto morir a hombres muy ricos más por lo que les sobra en sus despensas que no por lo que a pobres tristes falta. El filósofo Sócrates decía a los de su academia estas razones: «Hágoos saber, carísimos discípulos, que en los reinos que están bien gobernados, repúblicas y cortes bien regidas, jamás para comer viven los hombres sino para hablar, y es cosa justa». Cuando desde Sicilia volvió a Grecia el divino Platón, en su academia dijo cómo venía asombradísimo de un monstruo

que había visto allá en Sicilia: y preguntado quién era aquel monstruo, respondió que el tirano de Dionisio, pues no se contentaba aquel injusto de comer una vez a mediodía, sino cenar también otra a la noche. ¡Oh, sabio insigne! ¡Oh, tiempo milagroso! Ejemplo es éste digno de memoria, porque el mucho comer desordenado otra cosa no es sino una campana que los deseos torpes nos despierta a mil libidinosos pensamientos. Del glorioso Jerónimo he leído que estaba en el desierto con un saco, muy quemado del sol manos y cara, los pies descalzos, azotado el cuerpo, ayunando los días y las noches: y confiesa de sí el bendito santo que con hacer tan grande penitencia soñaba estar en Roma el gran Jerónimo con las romanas viles de aquel tiempo. El divino Agustín también confiesa, en aquel libro de sus Confesiones, que al destierro se fue, que comía poco, que grandísimamente castigaba su cuerpo con ayunos, disciplinas, continuo contemplando y escribiendo; y viendo que sus torpes pensamientos a fondo echaban sus deseos santos, por aquellas montañas decía a voces: «Mándame, tú, Señor, que yo sea casto, y no lo puedo yo acabar con mígoni con este maldito de mi cuerpo; da, pues, Señor inmenso, lo que mandas y mándame después lo que quisieres». (26) El apóstol San Pablo, varón justo, pues que vio los secretos nunca vistos, (27) trabajó más que todos los apóstoles; (28) la comida ganaba con sus manos (29) andaba a pie y descalzo por los reinos predicó y convirtió infinitos bárbaros, y porque era cristiano le azotaban los enemigos de la ley divina, y él, por gran pecador, hacía lo mismo. Dice que con pasar tantos trabajos no se podía valer, ni era posible, de los torpes y feos pensamientos (30) de la concupiscencia y de sus llamas. Pues cuando a estos santos gloriosísimos haciendo tan crecidas penitencias no se podían librar con sus ayunos de la humana flaqueza de la carne, ¿qué haremos los glotones miserables comiendo mil manjares diferentes? Leí los días pasados en un libro que en un mesón que estaba allá en Italia, había escrito encima de la puerta ciertas palabras, las cuales quien entraba tenía de decir, y eran estas: cuando quisiese entrar, «Salve Regina», mientras comía allí, «vita dulcedo», Y al tiempo que llamasen a la cuenta, dijese de por sí «ad te suspiramus», y al punto de pagar, que es el mal punto, que «gementes et flentes» digan todos. En otro libro que anda traducido intitulado de Los doce Césares, leí de un famosísimo convite que aquel emperador Vitelio hizo, en el cual no había más de una cazuela que «el broquel de Minerva» se llamaba, y allí mandó que echasen mil aves, dos mil peces, cien vacas, cien terneros, mil barbos enlardados con tocino, cien lechones rellenos de lampreas, de culebras, de ranas, de tortugas, asaduras de mulas y caballos, gato montés, cabezas de elefantes, hígados de leones y camellos, corazones de sauros y cerebros de faisanes y colas de ballenas, lenguas traídas desde el mar Carpaci para aquesto, de diez fenicopteros y lenguas de murenas que trajeron de las columnas de Hércules: y todo mandó que se guisase en la campaña en horno de trescientos pies de largo. Y acabado el convite y borrachera, Roma se levantó contra Vitelio y dieron el imperio a Vespasiano, el cual entró triunfando, y este día, los soldados de aqueste, a puntillazos, al tirano Vitelio le llevaron en medio de la plaza en una horca, donde acabó su miserable vida. Como de este banquete sólo he dicho, os pudiera decir de otros sin número, de que tenemos llenas las historias, así en letras divinas como humanas, de mil muertes, sucesos desgraciados que del mucho comer han procedido; y porque no parezca esto donaire, diré de algunos, si me estáis atentos, do probaré ser malos los convites y el comer demasiado dañosísimo. (31) El primero que se hizo en todo el mundo fue uno, que Adán y Eva hicieron con el demonio, y al fin de este convite, redundó a Dios alzarle la obediencia, ser nuestra madre Eva allí engañada, el perder la inocencia Adán resulta, y suceder naturaleza humana por nuestra gran miseria en la malicia. (32) El rey Asuero hizo otro banquete tan costoso que duró su gasto ciento y ochenta días, y al fin para (33) que la reina Vastí quede sin reino (34) la noble Ester en su lugar suceda, (35) el privado del rey Aman muriese y a Mardoqueo en honra

levantasen.(36)Hizo también Rebeca otro convite a su marido Isaac, y de él resulta que perdiese Esaú su mayorazgo y Jacob sucediese en esta casa, que diese Isaac la bendición al unopensando darla al otro, y que Rebeca saliese al fin con su intención en todo.(37)También hizo Absalón a sus hermanos otro banquete, y lo que de él procediese quedar allí muerto Amán su hermano, Tamar, su noble hermana, difamada, su padre, el rey David, desesperado, y del caso asombrado todo el reino.(38)También el Santo Job tenía diez hijos, los siete hombres y las tres mujeres: ordenaron de hacer otro banquete, y vinieron a ser tan infelices que perdieron las vidas todos juntos.(39)Aquel gran Baltasar también hizo otra todas sus mujeres concubinas, y toda la vajilla en que comieron, Nabucodonosor, su padre de éste, había robado del sagrado templo de Jerusalén; y al fin resulta que el rey en el banquete fuese muerto y el reino a sus contrarios entregado.(40)Y aquellas dos ciudades generosas de Sodoma y Gomorra, perecieron y vinieron a ser todas hundidas no por otra ocasión, si por el vicio(41)del comer demasiado, según dice el profeta Ezequías, como es llano. Entre los scitas hubo una costumbre bien digna de notar en nuestros tiempos, y aquesta fue que si escupía alguno, todos lo reprendían por mal hecho; pero si acaso regoldaba otro le castigaban, porque aquél decían que del mucho comer estaba ahito. También dice Platón que en las ciudades donde muchos médicos residen, es argumento cierto que hay en ellas muchos glotones y hombres muy viciosos, porque el mucho comer, sin duda alguna, hace torpes los hombres y pesados. El comer demasiado engendra sueño y aun el mucho beber embota el juicio; quien come mucho siempre está sujeto a infinitos peligros y desgracias, como tengo probado antes de agora, y fuera de esto a mil enfermedades y a ponerse en las manos de algún médico que le quite la hacienda y aun la vida; y por diez que no es sueño lo que digo, porque ¡ay del hombre triste que se cura con médico que es necio y porfiado, que no mataron tantos sus abuelos peleando en la guerra con sus lanzas como éste recetando en las boticas! Y que esto sea verdad quiero probarlo con todos los que hubo en otros tiempos, desde el primero que halló este arte, que fue Apolo, y tras aqueste vino Esculapio, su hijo, y después de ellos perdida estuvo nuestra Medicina más de quinientos años, hasta tanto que Artajerjes nació, y en este tiempo nació también Hipocras y Diodoro, Estrabón, Plinio, y junto con aquestos una mujer greciana también hubo muy grandísima médico y astrólogo, y otra también en la provincia Acaya, que aquesta fue la que curó primero con ensalmo en el mundo; hubo Hipocras, Crisipo y Aristrato y Herofilo, y Aselépides también, el cual tomaba el pulso en las narices y en las sienas. Y Roma, al fin, después de todos éstos, se pasó más de cuatrocientos años sin médicos ningunos, y vivían los hombres sanos y por largos tiempos. Y el primero que entró después en ella fue un Antonio Musa, y era griego, y aqueste curó a Augusto una sciática en un muslo, al cual por esta cura mandó el emperador le levantasen a nuestro honrado médico una estatua; el cual, dando en usar la cirugía y viendo que cortaba piernas, brazos, vino a morir el mísero a pedradas, arrastrado por Roma, y desde entonces médicos, abogados, cirujanos de allí los desterraron, y aun del mundo. Cuando los griegos no podían con armas matar sus enemigos, enviaban a matarlos con médicos. Los godos jamás pagaron a doctores necios, y otros mil, que en el mundo no han querido que haya en su reino médicos ni astrólogos. Todo esto he dicho cerca del propósito que tratamos atrás del comer mucho; y pues tengo probado con ejemplos, con historias humanas y divinas, ser infierno abreviado para el alma y muerte conocida para el cuerpo, quiero decir agora a lo que salgo, probando ser el jueves mejor día que cuantos hasta aquí me habéis oído; y así empiezo diciendo en su alabanza:(42) Jueves crió la Majestad del cielo, nuestro Señor, los peces de las aguas y produjo las aves de los vientos las cuales les dio virtud inmensa para que se ampliasen y creciesen, con su bendición santa y mandamiento.(43)En jueves, Cristo, redentor del mundo(44)cenó

el pascual cordero a este día⁽⁴⁵⁾ con sus santos discípulos amados.⁽⁴⁶⁾ En jueves también hizo Dios al hombre⁽⁴⁷⁾ instituyendo para el hombre en jueves de la Eucaristía al santo sacramento. En jueves fue el señor del cielo preso, jueves, por su virtud, subió a los cielos. Los que nacen en jueves son modestos, sosegados, pacíficos y humildes; en un jueves también, que fue año santo que de mil y quinientos se contaba, nació el emperador Carlos quinto, señor nuestro, que Dios tenga en su gloria. Jueves fue electo, día del bendito San Ildefonso, y este mismo día a reinar empezó. También en jueves, según Justino, Abidis, rey de España, fue el primer hombre que enseñó a los hombres a uncir los bueyes para arar la tierra. En jueves empezó la orden sagrada de nuestros Carmelitas, por Alberto, de aquella gran Jerusalén patriarca. También en jueves fue fundada la orden que es de la Trinidad, por Juan Matense y otro que llaman Félix, a los cuales por mandado de un ángel les fue dicho que se llamasen así y del pontífice Inocencio tercero, y este ángel traía dos cautivos en las manos para señal de que sería esta orden la que les redimiese, como es cierto. En jueves fue la orden instaurada del bendito y glorioso San Jerónimo, por el padre fray Lope, de Sevilla, y floreció en su vida y en su hábito el padre fray Hernando Talavera, arzobispo primero de Granada. Aquel rey don Alonso, que fue el sexto, que a Toledo ganó, después de muerto ocho días no más, mandaron agualas piedras del altar mayor e iglesia por lo macizo de ellas, y fue en jueves el día que empezó a este milagro; duró tres días: jueves, viernes, sábado, y esta agua se guardó por gran reliquia. En jueves se casó el rey don Felipe, que yace con los santos en el cielo, en la insigne ciudad de Salamanca, con la señora infanta, que Dios haya, doña María; nació también en jueves el infante don Carlos, en la villa que el rey hizo ciudad y agora es corte. También en jueves y en Guadalaracelebraron las bodas de Felipe e Isabel de la Paz, reyes católicos. Hanse ganado en jueves mil victorias, hanse dado coronas y laureles, ha habido en jueves muchos regocijos de justas, de sortija, de torneos. Estrenamos hoy jueves, finalmente, una comedia mía, ruego al cielo que Dios la saque al puerto con bonanza, del alterado mar de vuestros gustos, para que puesta en tierra en salvamento, a serviros me anime con la vida, que a vuestra voluntad está ofrecida, y yo pueda decir a cuantos veo que igualaron las obras al deseo. SOLANO.- Sin duda que gastan muchos más por la opinión que no por la razón.

RÍOS.- En tres cosas se conoce el hombre sabio o el necio, que es en saber gobernar su casa, refrenar la ira y escribir una carta.

RAMÍREZ.- Tres cosas son muy buenas y de harta consideración; porque el hombre de necesidad ha de gastar lo que justamente puede y con discreción repartir lo que tiene. Y para refrenarse ha menester paciencia y para gobernarse cordura.

RÍOS.- No era como ninguno de los que dijistes en la loa el rey Don Alonso el décimo de Castilla, que diferentemente gastaba y con más discreción repartía. Pues os contaré de él una de las mayores grandezas que he oído hasta hoy de ningún príncipe.

ROJAS.- ¿Y cuál fue?

RÍOS.- Reinando en la ciudad de Burgos este rey don Alonso el décimo (que he dicho), vino la emperatriz de Constantinopla a ella; la cual habló al rey y dijo cómo el emperador su marido estaba preso en poder del Soldán de Babilonia, y que su rescate era cincuenta quintales de plata, para lo cual el Padre Santo le había dado la tercia parte y el rey de Francia la otra, y venía a suplicarle le favoreciera con la que faltaba. Y el rey la consoló y dijo que todo cuanto le habían dado volviese de quien lo había recibido y mandó que se le diese todo el rescate entero, que eran diez mil marcos.

SOLANO.- Notable pecho.

RÍOS.- Digo que este rey cristianísimo no gastaba sus rentas (como esos príncipes que dijistes) en banquetes, sino en grandezas semejantes.

RAMÍREZ.- Nosotros llegaremos mañana temprano (siendo Dios servido) a uno de los mejores lugares que hay en Castilla, que bien puedo decirlo que es cabeza de todo el reino.

ROJAS.- Mucho deseo tengo de llegar a él por ver el santo Crucifijo, que ha muchos días que lo he deseado.

RÍOS.- Pues veréis una de las devotas imágenes que hay en el mundo, el cual dicen que hizo Nicodemus, y que le halló un mercader que venía por la mar metido en un esquife y le trajo a esta ciudad (como parece por cierta memoria que está en el monasterio de San Agustín).

SOLANO.- Uno vi en Palencia los días pasados, en el monasterio de Santa Clara, que sin duda ninguna es uno de los más contemplativos que he visto en mi vida.

RAMÍREZ.- ¿No es el que está en un sepulcro y le enseñan las mismas monjas?

SOLANO.- Ése mismo.

RAMÍREZ.- Puedo decir que la primera vez que le vi me admiró y no le ve ninguno a quien no suceda lo propio.

ROJAS.- Muchas grandezas y antigüedades he oído decir de esta ciudad de Burgos.

RAMÍREZ.- Lo que yo he leído de ella y puedo decir es que antiguamente se llamó Auca, y algo corrompido el vocablo, los montes de Oca; y también Plinio la llamó Ceuca, y después Masburgi, y alterado este nombre se vino a llamar Burgos. Cuya iglesia catedral es muy rica, y tiene muchas reliquias de cuerpos de santos, y entre ellos el de Santa Centolla, virgen y mártir, y una capilla muy grande y suntuosa del condestable de Castilla. Pero porque con esto no se olvide esotro, oigamos la loa del viernes.

ROJAS.- No tengo que replicar, pues soy mandado, y veo que os doy en eso gusto; dice así:

Antequam incipias caveto. Antes que te cases, mira lo que haces; digo que si son muchos los casados, los más, sin duda, están arrepentidos, pues no hay hombre casado en esta vida que viva sin trabajo, aunque le sobre el descanso, la hacienda y la ventura, que mala se la mando al que por suertecupiere en casamiento mujer necia, que más a aque[ste] triste le valierase de un hombre de bien humilde esclavo que de una mujer necia ser marido; y aunque esto no lo supe de casado, ni por revelación como profeta, tampoco en cerco como nigromante, ni lo hallé en Tolomeo como astrólogo, ni conocí en el pulso como médico, ni lo supe por ciencia cual filósofo, de experiencia lo sé por lo que he visto: ¡pluguiera a Dios no hubiera visto tanto! Quoniam melius est mulierem sepelire quam ducere in uxorem. Más vale sepultarse que casarse, y es cierto, pues no tengo por tan gravemeterse un hombre honrado en noviciado como a casarse mal o sin prudencia, porque el uno saldrá cuando quieray el otro no podrá hasta que muera, y si casa temprano y sin cordura, temprano llorará su desventura. Taurino el orador dice y afirma que son los casamientos a disgusto como al que tiran un terrón de tierra: que al que con él aciertan le lastiman, y a los que están más cerca de éste ciegan, y en efecto el terrón se desmorona. ¡pobre de ti, insensato! ¿En qué imaginas, que aún no tienes veinte años y te casas, pues ni sabes la carga que te tomas ni aun conoces la libertad que pierdes? Pues hágote saber, pobre ignorante, que no hay mayor desdicha en este mundo que ser un hombre enamorado necio, pues todos los oficios y las ciencias de aquesta vida pueden aprenderse, pero el saber amar es imposible; porque ni Cicerón supo escribirlo, pintar Timantes, enseñarlo Sócrates, cantar Elena ni aprender Cleopatra, sino que ha de salir aquesta ciencia de nuestro corazón y de su escuela de la pura discreción del alma. Dime, bárbaro, simple, desdichado: ¿que porque tienes cuatro mil de renta te casas por poder con una dama que te dijeron que era muy discreta, muy noble, bien nacida y muy honrada, y muy hermosa, según necedad tuya, folio cuarenta y cinco, en un

retrato, aelatis suae veinte y cuatro, etcétera? ¿Es posible, di, hombre, que te cases por un retrato? Estás aborrecido: ¿no ves que puede esta mujer ser necia, no tener dientes, si los tiene, malos, el olor de la boca ser pestífero y ser su condición endemoniada? y aquesto no se pinta en un retrato ni menos se publica por escrito. El verdadero casamiento, hermano, ha de ser sobre amor y no intereses, ha de haber igualdad en las personas, hanse de haber tratado o conocido, y aqueste trato puede sin ser mácula, visitándose dos de cuando en cuando, reír, jugar, hablar, entretenerse, todo con honra y junto con la honra, haber entre ellos un amor sencillo, que aqueste viene a ser el verdadero. Con los ojos, que son lenguas del alma, se suelen penetrar los pensamientos, hoy de la discreción minando el muro, asaltando mañana el buen intento, luego la condición, luego el buen trato, y poco a poco ir descubriendo tierra, y lo postrero que ha de ser de todo será la hacienda y luego la hermosura, porque donde hay amor todo es hermoso y donde no hay amor todo es infierno. Mira que es la mujer cual bestia mala que cuando la cargamos se está quedando siempre al descargarla tira coces. Si procuras, señor, ser bien casado, procura una mujer que sea discreta, digo discreta en gobernar su casa, honesta y grave para salir fuera, que tenga amor para criar los hijos y paciencia en sufrir a su marido; tenga afabilidad con los vecinos, para guardar la hacienda, diligencia, en las cosas de honor, generosísima, muy amiga de buenas compañías, pero de liviandades enemiga, y todo esto tendrá siendo discreta. Mira que tiene el bien casado cielo, pero el que no, infierno y desventura, y que los casamientos, al principio, suelen ser blandos, suelen ser gustosos, pero acabado el gusto o el dinero, tocan luego a la puerta los enojos y aun dan que murmurar a los vecinos. Que pudiera avisarte cerca de esto, ¡inas tengo que decir en la alabanza de aqueste día viernes, y así callo por tratar lo que importa a mi propósito. En este venturoso y santo día, que es el sexto del mundo y la semana, (48) crió nuestro señor los animales distintos en especie, y todos juntos, sólo para servicio de los hombres. (49) Viernes crió la Majestad del cielo nuestros primeros padres, y criólosa imagen suya y propia semejanza, haciéndoles capaces de su gloria y absolutos señores de la tierra. (50) Aunque ellos por su culpa después de esta santa gracia con pecar perdieron. (51) También a veinte y cinco días de Marzo del año de tres mil y novecientos y cincuenta y nueve años, que fue viernes, después de la creación de aqueste mundo, el verdadero Dios y Señor nuestro encarnó en las entrañas virginales (52) de la humilde y purísima María. Viernes, a veinte y cuatro días de Junio, nació el divino precursor Bautista. (53) Viernes fue visitado y adorado nuestro niño Jesús en un pesebre de los tres Reyes Magos dichosísimos, ofreciéndole oro, incienso y mirra. (54) Viernes también, a seis del mes de Enero, siendo el Señor de veinte y nueve años y trece días de edad, fue bautizado por nuestro gloriosísimo Bautista. (55) Viernes también, a veinte días de Marzo, resucitó el verdadero Cristo a Lázaro, de cuatro días muerto. Viernes, a tres de Abril, murió, viviendo, el Redentor del mundo y Señor nuestro. San Francisco de Paula nació en viernes, y viernes, a la misma hora que Cristo, murió también este glorioso santo. Los que nacen en viernes son dichosos, nobles de condición, ingeniosísimos, son callados y viven largo tiempo. Ganó en viernes a Orán, a seis de Mayo, fray Francisco Jiménez, que Dios haya. Los Católicos Reyes cristianísimos, ganaron a Granada también viernes. Viernes se convirtieron en Toledo noventa mil judíos, y uno entre ellos, y aqueste fue San Julián Pomerio. En viernes, el noveno rey Alfonso venció también las Navas de Tolosa. Viernes encorozaron en Granada once o doce famosas hechiceras, y entre ellas una vieja de noventa, que lo menos que hacía esta señora era juntar un escuadrón de diablos y arar, sembrar, nacer y coger trigo dentro de un cuarto de hora en una artesa. En Sevilla los viernes de Cuaresma van a la Cruz las damas y galanes. Todos los pasteleros huelgan viernes. Viernes se enamoró de mí una vieja de más de sesenta años, y a tres días dijo estaba preñada, y que la diecien reales para hacerle camisitas, pañales y

mantillas al infante; por alcahueta la prendieron viernes, y viernes me sacaron a mi hembradándola cien azotes por las calles, y a fe que hay más de cuatro que me escuchan..., no se alborote el aula, que ya callo. Viernes, al fin, hacemos nuestra farsa, y pues en viernes nos hacéis merced desde veniros a oír, y de este día hay tantas excelencias, como he dicho, que premian buenos y castigan malos, y son las voluntades suple faltas de los hombres que tienen pocas fuerzas, las nuestras perdonad, pues cierto creo que no las puede haber en el deseo. RAMÍREZ.- El Magno Alejandro dijo que el oficio del marido es ganar lo perdido, y el de la mujer conservar lo ganado.

RÍOS.- Quejábase una vez un amigo mío casado de que tenía gran cruz con su mujer, y respondióle otro: «¿Y de sola una cruz se queja? ¿Qué hiciera si tuviera vuestra merced a cuestras, como yo, todo un calvario?» Preguntado cómo era que él tenía un calvario, dijo que el otro tenía mujer sola (que era la cruz que había dicho), pero él madre, hija y mujer, que era un calvario entero.

SOLANO.- Donde no hay gusto, sin duda que es infierno.

ROJAS.- Aconsejaba el divino Platón a los de su República que en tal edad casasen a sus hijos, que considerasen lo que elegían y conociesen bien la carga que tomaban.

RAMÍREZ.- Dijistes en la loa, cómo se ha de buscar la mujer y lo que ha de hacer para tener contento a su marido, y no os acordásteis lo que ha de hacer el marido para no dar disgusto a su mujer.

ROJAS.- Ya dije atrás que muy temprano lloran los que desde poca edad se casan, y de aquí nacen cada día entre los casados mil disgustos. Porque, como no tienen edad ni experiencia, cásanse al primero día, y los hombres que saben poco no hay cosa que les enfade más presto que ver a una mujer siempre a su lado, y esto nace de lo que tengo dicho. Y así ordenó Solón a los atenienses que no se casase ninguno hasta edad de veinte y cinco años; Licurgo a los lacedemonios, hasta los treinta, y Prometeo a los egipcios, hasta los treinta y cuatro, y si alguno se casase, castigasen al padre y desheredasen al hijo.

SOLANO.- Casamiento hagas que a pleito andes que es la mayor maldición que pueden darte los hombres.

ROJAS.- No lo digáis burlando porque, sin duda, ése es el infierno que hay en este siglo. Y aunque yo no he sido casado, me parece que puedo dar en esto algún consejo (según lo mucho que he visto y los trabajos que por mí han pasado), y así digo, que para que un marido viva contento y tenga cielo en este mundo (si puede haberlo), lo principal que ha de tener será ser muy verdadero en lo que con todos hablare, secreto en lo que se le dijere y fiel en lo que se le confiare; tras esto, será sufrido en las importunidades de su mujer, celoso en la crianza de sus hijos, cuidadoso en proveer su casa, diligente en curar de su hacienda y muy recatado en las cosas de la honra; porque si encuentra con mujer generosa, ha de saber sufrirla su locura; si con mujer hermosa, muchas veces se la dan sin blanca, y ha menester trabajar para mantenerla y discreción para no celarla; si con brava y arrojadiza, ha de saber ser muy discreto y reportado para con ella; y si por sus pecados encuentra con mujer fea y da en ser celosa, ha de vivir con cuidado de no ofenderla, y si lo hiciere (que no digo que lo haga) con tanto secreto que ella no lo entienda, porque aunque sea fea, cuando nace la escoba, nace el asno que la roa, y no faltará quien diga que de casada y ensalada, dos bocados y dejarla. Y, en andando de esta manera, ¡ay de su honra! Porque si da en encerrarla, siempre se queja; si sale muy a menudo y cuando quiere, da a todos que decir, y en la vida la mujer tres salidas ha de hacer. Pues si la riñe porque sale, anda rostrituerta y no hay remedio que haga nada. Si calla y la deja, dice luego que no la estima y se le sube a las barbas, porque la boda de los pobres todo es voces, y la de los ricos, cuando pitos, flautas, cuando flautas, pitos. Pues si ella gasta, ¡ay de la hacienda!, y si no gasta, se levanta de

noche y le visita la faltriguera, o le vende lo que hay en casa, y por esto me parece que huele la casa a hombre. Pues si siempre está en ella, tiénele por sospechoso, y si viene a deshoras, por travieso, que quien bueyes ha perdido, cencerros se le antojan. Si la quiere mucho, estímale en poco, y si no, siempre anda riñendo, y mire no se diga por él que en la casa del ruin la mujer es alguacil. Si la viste y trae muy galana, quiere ser vista, que es el primer escalón para ser amada: y la mujer y el huerto, no quieren más de un dueño. Y si anda holgazán y no trabaja para regalarla y vestirla (como hay algunos hoy, y aun muchos, que no se les da nada, vienen a mesa puesta y cama hecha, y sin tener una blanca ni un maravedí de renta), ven hoy el faldellín, esotro día la ropa, y aun muchas veces la cadena y la sortija, y no preguntan de adónde vino toda esta deshonra. Quizá le dirá algún día su mujer: «Marido, ¡cornudo sodes!» Y él responderá: «Más vale que hinchar odres». Porque el casado, pobre y enemigo del trabajo está a mucho mal sujeto. Porque ya sabemos que el hombre es fuego y la mujer estopa, y llega el diablo y sopla. Y así digo, que haga él de su parte lo que le toca, pues como hombre, está obligado a tener más prudencia y a saber quitar la causa. Que quien quita la causa, quita el pecado, y muy pocas mujeres hay que sean buenas, si ven que sus maridos las dan ocasión para ser malas. Y de aquí nace aquel refrán que dice: «Amor loco, yo por vos y vos por otro». Esto es lo que yo puedo decir, y sobre todo, te aviso, casado, que ni cabalgues en potro, ni tu mujer confíes a otro. Y pues me queda por decir la loa del sábado, y no es justo ser con esto más importuno, digo así:

Dice el divino Platón en su Timeo, que tanta necesidad tienen los ricos de consejo como los ingratos de castigo. Cornelia, mujer de Sempronio Graco, también, escribiendo a sus hijos, dice estas memorables palabras: «Por lo mucho que os quiero, ¡oh, hijos míos!, deseo que aprendáis a ser bien criados, y procuréis de ser agradecidos, pues no tengo otra hacienda que dejaros». Por cierto, razones fueron éstas bien dignas de ser notadas, y aun de quedar en las memorias de los hombres eternas.

Oí decir los días pasados a un hombre de buen ingenio, que tenía más envidia a la fama de un hombre antiguo que a la vida de todos los presentes: porque el discreto era desdichado y el necio desagradecido; y él dijo muy bien, por cierto, pues ni los gastos que hizo Marco Antonio con Cleopatra, ni la conjuración que inventó Catilina contra su patria, ni la sangre que se derramó por Pompeyo en los campos de Farsalia, ni las crueldades de Nerón con su madre, el robo de Julio César del Erario, los estupro de Calígula con sus hermanas, la traición que hizo Bruto con su padre Gayo, ni las crueldades de Domiciano, no fueron tan grandes en todos los pasados, como una ingratitud en los presentes. Las mercedes que los príncipes hacen, quieren que se las sirvan, pero Dios que se las agradezcan (Colo, c. 3): porque no hay para su Majestad divina tan acepto sacrificio como el agradecimiento del beneficio recibido, y la buena obra, más es agradecerla que pagarla.

Y así digo que, vicio por vicio, traición por traición, maldad por maldad y malo por malo, no hay en el mundo hombre tan malo como el hombre desagradecido. Porque ni el pecado de Judas, la crueldad de Caín, la idolatría de Salomón, el adulterio de David, la soberbia de Lucifer, ni las culpas de todos cuantos hay en el infierno, no son tan grandes como las de una persona ingrata a Dios, porque por ley no había de vivir el que no sabe agradecer. Pregunta Séneca que por qué las leyes no señalan castigo a la ingratitud como a los demás vicios, pues en ninguna se halla castigo señalado para ella, y responde que como es un vicio tan abominable, tuvieron por imposible que hubiese hombre que le cometiese, y así no le señalaron, y si acaso algún hombre le cometiese, les pareció se reservase su castigo a los dioses, pues sabrían ponderar la culpa, a lo cual

no se atrevieron los legisladores, porque por ley no había de vivir el que no sabe agradecer.

Dice Sócrates que los desagradecidos son bobos, y los bobos, por la mayor parte viven sanos, y digo según esto, que en el sabio es muy mal empleada la muerte, y en el ingrato es muy peor empleada la vida. El vicio más antiguo en el mundo es la envidia (como tengo dicho antes de ahora). Pero digo que más mal hace un ingrato que un envidioso, porque ya sabemos que donde no hay sujeción no hay rey; donde no hay rey, no hay ley; donde no hay ley, no hay justicia; donde no hay justicia, no hay paz; donde no hay paz, hay guerra, y donde hay guerra, no puede durar la República; pero donde hay ingratitud, no puede haber obra buena, porque más muerta está el alma ingrata y sin gracia, que lo suele estar un cuerpo sin alma. Dice Séneca que mayor gloria mereció Cicerón por desterrar los vicios de los ingratos de Roma, que Scipión por vencer los cartagineses en Africa. Quéjase Asiria que se revolvió por Semíramis, Damasco por Mitrida, Armenia por Pincia, Grecia por Elena, Germania por Uxodonia, Roma por Agripina, España que se perdió por la Cava, y el mundo por una mujer ingrata. Mucho pudiera decir, si el alabanza de este soberano día sábado no me obligara a callar; pero pues salgo a esto, y es éste mi intento, digo:

Que sábado, séptimo día del mundo, y el último de la semana, se llama sabbatum, que en hebreo significa «holganza» o «reposo», porque en tal día reposó en el sepulcro el cuerpo sacrosanto de nuestro Maestro y Redentor Jesucristo, cesando los dolores y tormentos (Gén. c. 2; Math. c. 27).

En sábado, a ocho de Diciembre, fue concebida la Virgen, nuestra Señora, sin pecado original.

En sábado, a seis de Enero, obró Cristo aquel famoso y primero milagro, que fue convertir el agua en vino en Carmá de Galilea, teniendo Cristo treinta y un años (Ioan, c. 2).

En sábado estuvo la Iglesia firme y constante en la Virgen María y en los demás fieles.

En sábado murió nuestra Señora, Madre de Dios, de edad de sesenta años menos veinte y tres días, según lo escribió Nicéforo Calixto, el cual dice que vivió la dicha Señora once años después de la muerte de su precioso Hijo, Dios y hombre verdadero.

En sábado era la fiesta entre los judíos (Luc., c. 19), y ansí como la Iglesia nombra a los días de la semana domingo «primera feria», y al lunes «segunda feria», etc., los judíos decían al domingo prima sabbathi, al lunes segunda sabbathi (Ioan, c. 20), porque sabbathum (según Silvestro, a sabe, que es dicción hebraica, o de saba, que es vocablo siriaco, que en latín decimos septum), diremos que sabbathum se llama cualquiera día de la semana o toda entera. Y aunque la Iglesia haga conmemoración de la Virgen casi en todos los días de ella, en especial en el sábado, la razón pone el Racional en el libro cuarenta, capítulo primero. Y es que en una iglesia de Constantinopla había una imagen de la Virgen María, la cual cubría un velo, y éste se apartaba milagrosamente sin llegar a él, todas las vísperas del sábado, y acabadas, se cerraba. Visto este milagro, se ordenó que en este día se festejase la fiesta de la Purísima María, y también porque así como Dios descansó en el sábado en el vientre y alma de esta Señora benditísima, el papa Urbano segundo ordenó que se dijese las horas de nuestra Señora en sábado, y se hiciese su santo oficio en este día.

Cuenta Jacobo de Voragine en la leyenda de Pelagio, papa, que en el año del Señor de cuatrocientos y noventa florecieron dos hermanos, San Medardo y San Geraldo, nacidos en sábado de un vientre, en sábado hechos obispos, en sábado muertos, y en sábado

colocados con Cristo en la bienaventuranza. Todos los sábados tenía de costumbre San Luis, rey de Francia, lavar los pies a doce pobres, y este día comía con ellos.

En sábado se casó el bendito santo con la reina Margarita, su mujer.

En sábado mandó pusiesen guarda a su persona, la cual no habían tenido hasta allí ningunos reyes, sus pasados.

En sábado enviudó.

En sábado tomó el hábito de religión de la orden Francisca, donde acabó.

En sábado empezó la orden de los Mínimos, por el bienaventurado San Francisco de Paula, año de mil y cuatrocientos y noventa y uno, y año de mil y quinientos y seis se confirmó, y su fin fue año de mil y quinientos y siete.

Los que nacen en sábado, según curso astronómico, son fuertes y principales, y en efecto digo que hablando de cosas humildes y bajas:

En sábado matan carne en el matadero.

Las mondongueras compran menudo, hacen morcillas, cuecen tripicallo, venden mondongo, y los pícaros hinchen el pancho.

Y concluyo con decir que en sábado lavan las mujeres las tocas, arriman las almohadillas, almidonan las gorgueras, enrúbianse los cabellos, pónense las pasas, quítanse las mudas, sahúmanse las camisas y lávanse las piernas.

RÍOS.- Las loas de la semana son tan buenas y ejemplares, que echo de ver según me han parecido, y lo mucho que tienen bueno, el trabajo que os deben de haber costado.

ROJAS.- Algunos libros he revuelto para hacerlas.

SOLANO.- No es de pequeña alabanza saber un hombre aprovecharse bien de lo que hurta, y que venga a propósito de lo que trata.

ROJAS.- ¿Qué hombre hay en el mundo que no hurte y se aproveche de algo ajeno? Porque todo lo más que hoy se escribe (si bien se mira) está ya dicho; pero el buen estilo con que se dice es justo que se celebre. Y a este propósito os diré una loa en alabanza de los ladrones, que os ha de parecer buena.

RAMÍREZ.- Para nosotros será de mucho gusto oírla.

[ROJAS].-

¿Cuánto va, señores míos, que no saben a qué vengo, aunque haya tantos que digan que entienden los pensamientos? Ya van doscientos azotes contra aquel que escucha atento, que no hay nadie que adivine que salgo a pedir silencio. Pero dejemos a un cabo apuestas y pasatiempos, decir quiero a lo que salgo, oigan, que ya va de cuento. Viniendo ayer por la tarde a la comedia un mancebo, de aquestos de mangas anchas, calzón justo y tieso cuello, llegó y me dijo: « ¡Oh mi rey! Señor Rojas, ¿qué hay de nuevo? - Servir a vuestra merced », le respondí, y él, muy tieso, replicó: « No hay tal farsante; oírle hablar es contento; ¡qué lengua, qué talle y gracia, por mi vida que es del cielo! Y tras esto, poco a poco se llegó, y dándome un tiento, con dos dedos me sacó de la faltriquera un lienzo. Sentilo y callé, y él dijo: « Crea, Rojas, que deseoservirle en lo que se ofrezca, porque lo merece cierto ». Y con muchas reverencias, mucho sombrero hasta el suelo, y francesas cortesías, se fue muy grave y severo. Fui en casa de una mujer, y pidiéndome el pañuelo, porque era suyo, la dije la verdad de todo el cuento. Estuvo atenta escuchando, y admirada del suceso, parecióle tan honrado de aqueste ladrón el término, que me mandó que callase, y no sólo mandó aquesto, pero que si era posible, compusiese algunos versos en alabanza de un hombre, aunque ladrón, tan discreto, tan astuto y cortesano. No pude dejar de hacerlo, que a mí también me obligarásu gran cortesía a ello, a no ser mandado suyo, y así su alabanza empiezo. Ladrones, hoy es el día que salís de cautiverio, dadme albricias

brechadores, lagartos y cicateros: que hoy diré en vuestra alabanza cosas que asombren el suelo. Ea, señores ladrones, escuchen y oigan atentos: que no quisiera yo más, de las capas y sombreros de los que me están mirando y piensan que no los veo. Va de alabanza, ladrones, y empiezo por el ingenio, sagacidad, sutileza, vigilancia, estilo bueno, ciencia y arte liberal que fue cursada otros tiempos, de los hombres en la tierra, de los dioses en el cielo. Entre los persas usaban que los más ricos del reino, desde niños aprendiesen este ejercicio discreto, diciendo que allí se hacían astutos, sabios, secretos, cautelosos, reportados, activos de pensamientos, ágiles de pies y manos, vivos y agudos de ingenio. A la guerra va el soldado por hurtar, y por aquesto viene a alcanzar mil renombres, triunfos, coronas, trofeos, a desposeer tiranos, a ganar remotos reinos. Y entre amigos y enemigos, de hurtarse los pensamientos, vemos resultar por horas muchos y buenos efectos. Si no, mirad los poetas que por puntos hacen esto, hurtándose aquél al otro las sentencias, los conceptos. El atributo mayor y lauro de Ulises griego, fue de hurtarle a los troyanos aquella imagen del templo. Si Eneas no hurtara el ramo, jamás bajara al infierno, ni estuviera con el alma de su padre Anquises muerto. Si aquellas manzanas de oro no hurtara Alcides del huerto de Atlante, careciera del triunfo mayor del suelo. De su oficina a los dioses también hurtó Prometeo hasta el fuego celestial (temerario atrevimiento). Mercurio, con la cautela del hurtar, astuto y diestro, engañó a Argos, y cumplió de Júpiter el deseo. Por hurtar a las sabinas los romanos, adquirieron generación, potestad, victoria y tan grande imperio. Hurtó a Ipodamia Peritoo, y celebró el casamiento, Paris a Elena, mujer del rey Menelao el griego. Ulises tiene por gloria de que le digan que es deudor de Sisifo, un gran ladrón y respetado en su tiempo. Por los excelentes hurtos que Anteón hizo en sus reinos, alcanzó grandes riquezas, adquiriendo nombre eterno. El rey Gerión hurtó, y Ulises, que del rey Reso también robó los caballos, gloria del greciano pueblo. Filotetes, por ladrón, alcanzó nombre en su tiempo, por hurtarle al fuerte Alcides las saetas, hurto inmenso. Ope, mujer de Saturno, por hurtar sus hijos mismos, de la muerte los libró: ¡mirad qué mayor ejemplo! Júpiter, mudado en toro, robó a Europa, y éste mismo robó a lo y Alcumena, resultando un bien eterno de este hurto, pues que de él nació Alcides, y tras esto también hurtó a Ganimedes, que aun los dioses se honran de esto. El dios Apolo robó la hija de Macareo; Deyanira, mujer de Hércules, la robó el sátiro Neso. Y aquel rey de Siracusa hurtó un vestido en el templo de Esculapio, dios, que dioses aun no están seguros de ellos. Ni de robar no lo están, dioses a dioses, pues vemos que Mercurio robó a Apolo las vacas del rey Admeto, Plutón robó a Proserpina, el dios Marte robó a Venus. ¿Y quién es mayor ladrón, si más ejemplo queremos, que nuestra Naturaleza? La tierra, los elementos, son ladrones famosísimos; ladrón es el mismo cielo, pues hurta las humedades de la tierra con su fuego, y de ellas borda sus nubes y forma cometas, truenos. Hasta las mismas estrellas son ladronas; probarélo, pues hurtan al sol la luz de que ellas carecen, cierto. (56) ¿Y aquel ladrón dichosísimo, aquel Dimas santo y bueno, que fue en hurtar tan famoso que robó hasta el mismo cielo? Príncipes, reyes, monarcas, altos, bajos, malos, buenos, aves, peces, animales, dioses, elementos, cielo, todos son ladrones y hurtan, con artificios diversos, unos con redes los ríos, y profundo mar soberbio, para despojar y hurtar sus perlas y coral tierno; otros por sacar los peces de su húmedo elemento. Las aves no están seguras aun volando por los vientos; los animales tampoco en los montes más excelsos: después de hurtarlos los hombres, también se hurtan ellos mismos; hasta el animal más vil de la tierra, es claro ejemplo para que seamos ladrones, y tan preciosa arte usemos; la ladrona de la hormiga podrá bien decir aquesto. El ejercicio de hurtar es tan honroso y tan bueno, que da brío, calidad, hacienda, gusto, dineros. Nunca el ladrón conoció la necesidad, ni creo que jamás la vio la cara: ¡qué bien tan alto y supremo! Ahora vengamos al caso, que he de probar mejor esto. Digan todos la verdad, ya

que no a mí, allá en sus pechos: ¿hay entre todos alguno que no haya hurtado, en efecto, cuando no actualmente, no ha hurtado con el deseo? Por vida de quien soy yo, que todos los que aquí veohan hurtado y son ladrones con obras o pensamientos. Hasta los nombres de Hurtados y Ladrones conocemos un ilustre linaje en España y otros reinos. Hay algunos ignorantes que me dicen que es muy bueno el oficio de ladrón, pero que se acaba presto. ¡Ven acá, bárbaro! dime: ¿hay oficio en todo el suelo, que dure más que la vida? ¡Pues el ladrón es lo mismo! Que dura hasta que le ahorcan, esto es llano y verdadero. ¡Oh oficio, oh ciencia, oh reinado! yo te alabo y reverencio. Ladrones, teneos en mucho, y nosotros vigilemos de manus vestras con tantos ojos andemos. Vivid, famosos ladrones, y tú, honrado cicatero, si me escuchas, dame oído; así te libren los cielos, a tus espaldas de azotes, tus manos de un fuerte remo, tus orejas del cuchillo, y del verdugo tu cuello. Y de azotes y verdugo, cuello, cuchillo y del remo, libera nos Domine, te canten todos los ciegos, y te depare en tus trances, si acaso fueres corriendo, los alguaciles follones que corren poco y a trechos, y te libre de escribanos, de sus plumas y sus pliegos, y de testigos de vista, y del «fallo que condeno». Et rogamus audi noster canten y te cantemos, que tus cortesías te lleves y me vuelvas mi pañuelo. Y si no me lo volvieres, a todos los santos ruego que te prenda un alguacil zurdo, cojo, manco y ciego; te den quinientos azotes por hurto que no hayas hecho, al uso de Berbería, en barriga, espalda y pecho, y que acabes perneando, y diciendo «Credo, Credo», te quedes bamboleando, con tanta lengua y pescuezo.

SOLANO.- Basta; que todas las que habéis dicho en este viaje han sido de alabanzas, y pues se trata de esto, os quiero decir de un monasterio que tiene Burgos, que es muy digno de ella, que como hombre que no ha estado en él, no le habrá visto, el cual fundó el rey don Alonso octavo de Castilla. Está fuera de la ciudad, es de monjas y se llama las Huelgas, cuya abadesa tiene debajo de su dominio más de ciento y cincuenta hijas de señores muy principales, y ha habido monjas en él tres infantas doncellas, hijas de grandes reyes de Castilla, las cuales, aunque las traían casamientos para ser reinas, no quisieron serlo. Este monasterio tiene debajo de su jurisdicción otros diez y siete monasterios y trece villas y más de otros cincuenta lugares, y provee doce encomiendas y muchas capellanías, y otros oficios de justicias y regimientos.

ROJAS.- Por cierto que es notable grandeza, y tanto que parece increíble, y pues llegamos hoy a Burgos temprano, con facilidad podremos ir a verlo.

SOLANO.- Eso y todo lo demás veremos despacio, que hay mucho que ver en esta ciudad.

RÍOS.- Y aun si fuera mía aquella manada, yo arrimara a un lado la comedia antes de muchos días.

RAMÍREZ.- Bien valen los puercos más de dos mil ducados, porque son muchos y buenos.

SOLANO.- Notable animal es éste.

ROJAS.- Sucio, pero el mejor del mundo. Y pues va todo de alabanza, oíd una loa que hice en la de este hermosísimo cochino, que es de grande gusto,

RÍOS.- Y esa oiremos todos con mucho silencio.

[ROJAS].-

No dice mal el refrán, que amor, pasión o dinero son muy malos de encubrir, y tiene razón, por cierto; porque un hombre enamorado, aunque sea muy discreto, callado, astuto, prudente, fiel amante y verdadero, es imposible encubrirlo, que como es la cara espejo del cuidado, sale al rostro el fuego que está en el pecho. Y el hombre que sabe más, quiere con mayor extremo, porque tanto cuanto sabe, tanto quiere, y aun más que esto. Mas si el hombre necio dice que adora, que pierde el seso, que suspira, rabia y muere, éste miente como necio que no sabe qué es amor, y si lo sabe es un sueño, que amor de tantos, es

poco, y poco olvídate presto. Porque no es ciencia el querer que se aprende con el tiempo, que la enseñan las escuelas, la experiencia ni hombres viejos: que esta ciencia milagrosamente se aprende de nuestros pechos, y de la escuela del alma, que es el principal maestro. Naturalmente ha de ser el querer y el hacer versos, que lo demás es locura, o mucha fuerza de ingenio. Yendo, pues, a mi propósito, aunque no voy de él muy lejos, digo que se llegó a mí ayer tarde un compañero, muy turbado y melancólico, confuso, triste y suspenso, y preguntando la causa, y de su mal el suceso, me respondió: «Señor Rojas, [vuesa] es mi remedio, es toda mi libertad; en sus manos me encomiendo. Ha de saber que yo adoro a un ángel con grande extremo, y que no me puede ver: ¡mire si es mi mal eterno! Y sobre aqueste desdén, me dijo ayer que era un puerco, que la dejase y me fuese; ¿posible es que tan grosero soy yo, que puerco me llame? ¿Yo soy puerco? -No, por cierto, le respondí, ni imagino que ella lo diría por eso. Que antes me parece a mí que todo a que se desprecia fue merced y fue favor, y yo por tal le confieso». Por esto y más que le dije, no fue de ningún provecho, y ahora, porque conozca que «puerco» no es vituperio, sino un animal más noble de cuantos sustenta el suelo, y el más útil que hay en muchos, así su alabanza empiezo. Digo que aqueste animal tan principal que celebro, después de otras mil grandezas, hallo en él un privilegio, en que se aventaja a todos los demás que conocemos. Ya es cierto y sabemos claro que el asno, después de muerto, cría siempre escarabajos, como cada día vemos; el caballo cría avispas, y el hombre, en la tierra puesto, salen de él y su mortaja culebras, a questo es cierto, y del buey salen abejas; mas de este animal tan bello, y de este puerco, ¿qué sale? Un obispo reverendo, gloria y honra de las ollas, y de estómagos hambrientos. Las bodas y los banquetes, los placeres y los juegos, si él no los honra, ¿qué valen? Yo sin él, reniego de ellos. Los regalos, golosinas, de tanto gusto y provecho, que de sus entrañas salen, ¿a qué hombre no dan contento? La morcilla, el adobado, testuz y cuajar relleno, el pie ahumado, la salchicha, la cecina, el pestorejo, la longaniza, el pernil, que las paredes y techos mejor componen y adornan que brocado y terciopelos. Este gentil animal, que ha dado, cierto sabemos, a más de algún rey de España, su natural nombre mismo: ¡y [a] algún necio le ha pesado, porque le han llamado «puerco», y a éste el mucho honor le da como indigno de tenerlo! Quien su nombre da a los reyes, y con él honra a los reinos, ¿de qué se afrenta, sepamos, si no es por no merecerlo? Pues Sancho, puerco o cochino, todo es uno, a questo es cierto, y de este nombre de Sancho, ¿cuántos reyes conocemos! La dulce hierba y bellota, que manjar de Adán fue un tiempo, ahora es suyo, gozando de aquel siglo verdadero. Y aunque hay algunos que dicen que no es sano, es desconcierto, que yo digo y probaré que es más sano que el carnero. Porque en las Indias les dan por regalo a los enfermos, en vez del pollo o gallina, a comer carne de puerco. Y del jabalí la orina, es aprobado remedio para el dolor de un oído, y yo he hecho experiencia de esto. Derretido el puerco gordo, y con vinagre algo recio lavado, o con agua clara, para que madure, es bueno. Y su preciosa manteca es buena contra el veneno, y el unto de su quijada para hinchazón del cerebro. Es contra la pestilencia, vuelve a las cejas los pelos, es muy bueno para empeines y para dolores viejos. ¡Medicina saludable el unto suyo! Y tras esto es un remedio eficaz para cámaras su estírcol. Teniendo estas propiedades, y otras muchas que no cuento, parece injusta cosa decir que el puerco es enfermo. Que en aquella edad primera, por gran regalo sabemos, que los hombres lo comían por ser muy sano sustento. ¿Quién estuvo entonces malo, decíme, en aquellos tiempos? ¿Quién tomó el agua del palo, jarabes ni cocimientos? ¿Quién murió de pestilencia, tomó polvos, usó unguentos? ¿Quién se purgó o se sangró, ni tuvo roncha en su cuerpo, sarna, comezón ni tiña, ni el mal francés o flamenco, tabardete, ni esquinencia, ni otros males que ahora vemos? Nadie, pues puerco comían, sin otros mantenimientos: gallinas, pavos, faisanes, no gustaban de

comerlos, porque sólo por sus plumas se estimaban, y en efecto, para otra ninguna cosa jamás les fue de provecho. Entonces para el pescador ninguno armó red ni anzuelo, ni estorbaban a las aves el presto y ligero vuelo. Matar buey era injusticia; las vacas y los carneros y los demás animales, libres gozaban del suelo. Solamente el puerco hidalgo, en los bailes, en los juegos, y en las fiestas principales les aumentaba el contento, pues jamás faltó en la casa más rica de todo el pueblo, regocijo en aquel día que tenían puerco muerto. ¿Qué atabales, qué trompetas, qué flautas, o qué instrumentos, eran de más alegría, para niños, mozos, viejos? Decir que era enfermo entonces fuera clamar en desierto, porque afirmar lo contrario por opinión justa tengo. Cómallo, pues, todo el mundo, descuidado y sin recelo, pues se hacen de él medicinas más que romances se han hecho. Hasta aquel que en Calidonia fue por Meleagro muerto, ofreciéndole a Atalanta su hermosísimo pellejo, por ser de tan alta estima, se adornó con él Tideo, y con hija del rey de Argos vino a casarse por esto. Entonces este animal era galán, limpio, bello, hermoso, grave y bizarro, si no lo estorbara Venus por el enojo mortal que tuvo con él un tiempo, por la muerte desdichada del bellissimo mancebo, quedando Juno y Minerva vengadas con verle muerto al ya convertido en flores de Cinira hermoso nieto: y Venus, de esto indignada, la limpieza de su cuerpo la convierte en suciedad, y hácele que sea muy feo, y que entre los lodos ande, siempre metido en los cienos; y el pobre de verse así, asqueroso, sucio y negro, nunca de corrido habla, ni alza los ojos del suelo, mas con estar como está, siempre de verlo me alegro. Y así, sucio, cabizbajo y asqueroso, ruego al cielo que no le falte jamás a la nuera de mi suegro. Lo que tiene es que en la vida es animal sin provecho y holgazán, que la comida la gasta holgando y gruñendo. Porque diréis que la ovejada la leche, lana y queso, que labra la tierra el buey, canta el gallo, caza el perro, trabaja el asno y encierra el trigo el agosto hecho; el caballo va a la guerra, del ratón escombra el techo el gato maullador, y otros muchos sin aquestsos: y solamente el cochino mientras vive nunca es bueno. Pero cuando de su vida llega el venturoso término, y su alegre San Martín le viene, que viene presto, ¿qué decís de este animal, cuando de muy sucio puerco se convertís en tocino? Entonces, ¿es malo ó bueno? Con lo que está en sus entrañas sepultado y encubierto, se entretienen todo un año padres, madres, hijos, nietos. ¡Oh, bellissimo animal, que, como probado tengo, eres el más provechoso de cuantos hoy conocemos! Concluyo, por no cansar, y digo que eres tan bueno, que quien fuere tu enemigo será enemigo del cielo. Mi gran rudeza perdona, cochino hermano, pues siendo sin número tus grandezas, tan pocas son las que cuento. Y si en alabar soy largo a un animal que es tan bello, quien fuere puerco perdone, y no se corra de serlo. A mi compañero digo que tenga de hoy más consuelo, y si todo lo que he dicho no ha sido de algún provecho, hágase animal de carga si no está contento de esto, o de caza, y podrá ser que le despedacen perros. Mas yo por mejor tendría ser cochino que no ciervo, y si no lo quiere ser, sufra carga y sea jumento, que quien se afrenta de ser de boca de mujer puerco, de la de un amigo suyo ser asno no es mucho yerro. Y si también se afrentare, mañana le alabaremos, que alabanza hay para todos, aunque no para hombres necios. RÍOS.- Ninguna me ha agradado tanto como ésta. SOLANO.- Quizá será por lo que os toca. RÍOS.- Sea por lo que fuere, ella me ha contentado mucho, y lo que más siento es que estemos tan cerca de Burgos que no podamos más oírlos. SOLANO.- De mí, confieso no he sentido viaje ninguno de todos los que hemos hecho este año. RAMÍREZ.- No sólo no me he acordado yo si camino, pero aun el dolor de mi pierna se me ha quitado con el buen entretenimiento.

ROJAS.- Bésoos las manos por la merced que recibo, que eso y más se debe a mi buen deseo. Y atrevido así a lo uno como a lo otro, llegaremos a Burgos con una loa que quiero deciros de las cuatro edades.

RÍOS.- Mucha merced será que todos recibiremos.

ROJAS.- Ansí dice:

Antes que diesen las aguasque agora riegan el suelo,fertilidad a los camposy tributo al mar soberbio,y antes que el viento veloztuviera forma ni asiento,y la gran Troya humillarasus bien fundados cimientos;y antes que el fuego abrasaseaquellos muros excelsos,cuyas sagradas reliquiasaún nos sirven hoy de ejemplo,era el aire y era el marlo mismo que fuego y suelo,porque no era nada entoncesninguna cosa de aquesto.Sólo era Aquél que es,porque su ser es eterno,desde ab initio nacidoy desde entonces inmenso.Lo otro era confusión,un caos, un dudoso estruendo,y aunque ser mucho esperaba,era un nada incorpulento.Queriendo, pues, el Criador,como hacedor de los cielos,formar este nuevo mundo,con querer se hizo luego.Hizo fuentes, ríos, mares,sierras, montes, llanos, cerros,crió plantas y animalestan varios y tan diversos;crió el hombre, y para él solohizo la tierra y el cielo,crióle a su semejanza,hízole de todo dueño.Diole razón, albedrío,diole buen entendimiento,y sobre esto, compañía,como el mayor bien del suelo.Dio al hombre, mujer, gran biende nuestros padres primeros;tuvieron hijos queridos,viviendo en paz y sosiego.Era aquesta edad, señores,en un tiempo tan sincero,que jamás fueron vestidos,ni pan ni carnes comieron.Vivían los hombres entoncesuna eternidad de tiempo,novecientos y treinta añosvivió Adán; Seth poco menos,[con] novecientos y diez;los menos a setecientos,porque entonces de esta edaderan los hombres mancebos.Eran éstos apacibles,queridos, fieles, discretos,humildes, justos, tratables,así niños como viejos.No hubo nadie que buscasemás que sólo su sustento,y éste fue común a todos;¡mirad qué tiempo tan bueno!Fue nuestra segunda edad,de la plata: en este tiempoempezó la industria humanaa romper y abrir cimientos,a labrar reales casas,fabricar suntuosos templos,levantar soberbios muros,a alzar edificios bellos.De esta nueva confusión,de este laberinto nuevo,de esta no usada costumbrey de este trabajo cierto,creció en los pechos la hambre,y en los hombres el esfuerzo,y mataban animalespara sustentarse de ellos.Cocieron pan, que jamásno vieron sus padres ni ellos,y los que desnudos iban,de la lana se vistieron.Hubo justicia sin ella,porque no la consintieron,ni rey, que todos son reyesdonde todos son sujetos.Los bienes se repartían,al fin como suyos mismos,con tanto amor que ningunopidió más ni llevó menos.En su poder los tesoros,fueron tesoros de sueño,que lo que en dormir tardaban,sólo eso gozaban de ellos.Al fin jamás los buscaron,porque todos los tuvieron,y nadie los procuró;¡mirad qué dichoso tiempo!Ya voy llegando a lo hondo,(¡aquí de Dios, que me anego!)al tercero llego ya,y el de arambre es el tercero.No fue este tiempo tan malo,que otro tiempo vendrá luegoque no hay arambre en el mundoque pueda soldar su yerro.En este tiempo hubo reyesque gobernaron sus reinos,juzgando con rectitud,y siendo juzgados ellos.Hubo tratos, hubo cambios,hubo cuentas con mil yerros,hubo avaricia en los ricos,y hubo soberbia en los necios.Hubo envidia, hubo privanza,no guardó nadie secreto;hubo enemigo de balde,y hubo amigos por dineros.Hubo ingratitud en muchosque se fueron al infierno,y hubo algunos con dos caras;¡ved qué tiempo tras qué tiempo!La cuarta y última edades la que agora tenemos;de hierro la dicen todosy bien lo dicen sus yerros.¡Ay, qué dijera de ti,tiempo bueno, tiempo bueno!Pero al fin, como tu pan,y he de guardarte respeto.Sigo, tiempo, tu estandarte,tus tratos me has descubierto,y no quiero que se diga que te sirvo y que te vendo.Vivo al uso como todos,mas sabe el cielo si mueropor no decir lo que calloy por callar lo que siento.Pero diré y callaré,por no dejaros suspensos,y ansí, declarando parte,dejaré el todo en silencio.En esta edad comenzaronlas traiciones, los

enredos, las muertes, los latrocinios, los insultos, desafueros. Juzgar por el interés, dar lo hecho por no hecho, irse las hijas de casa, matar los hombres durmiendo. Llamar al callado, grave, al que es hablador, discreto, al perdido, liberal, y al aplicado, avariento. Robar unos en poblado, en fe de un vestido negro, y alcanzar otros favor, porque tienen favor ellos. Comer muchos con callar, que es opinión de discretos, y hacerse ciegos a ratos por no descubrir sus tuertos. Trocar los cuerpos de gran por piezas de terciopelo, y aun oír sermón algunos porque no tenían dineros. Comer hoy alguno un pavo, por hacerse caballero, y querer cenar mañana, y no tener para peros. Gastar su hacienda en creciente con doña Urraca don Bueso, y quedarse a la menguante, ella rica y él en cueros. Saber decir las mujeres «adórote, eres mi cielo, peno, rabio, desconfío, suspiro, lloro», y tras esto, «¡ay, señor! que soy perdida; por un solo Dios le ruego que vuestra merced se esconda, que éste que llama es mi suegro. Metelde en esa cocina, cubrilde con el tablero, póngase Hernández delante, y entre mi señor don Diego». Entra el suegro tras el primo, y tras el primo don Diego, y tras don Diego, el lacayo, y tras el lacayo, ciento. Todo este mundo es fingir, todo interés y embelecó, y al fin fin desdichas todo: ¡mirad si es errado tiempo! En éste, por mi ventura, mis pecados me trajeron que diese gusto a tantos, unos sabios y otros necios. ¡Desventurado de mí! pues cuando acierto, no acierto, ni agradecen cuando sirvo, ni perdonan cuando yerro. Errar los hombres, no es mucho, que allá dice Marco Aurelio que quien errare como hombre, remedie como discreto. Si erráremos como tales, desculpádnos como vuestros, perdonando como nobles, callando como discretos, recibiendo voluntades y admitiendo los deseos, que se humillan a serviros, a pesar de muerte y tiempo. RAMÍREZ.- Ésta, y todas las demás que hemos oído, son muy buenas, de grandísimo entretenimiento y muy peregrinas; y he dicho esto de todas, porque a Rojas es a quien ha tocado el decir las, y a nosotros el alabarlas. ROJAS.- Sí, porque la alabanza en mi boca no fuera cordura, fuera de que no son dignas de ella; pero con todo eso, os suplicaré recibáis la voluntad de serviros y el deseo de entreteneros, que bien sabe Dios que el habéros las dicho, no ha sido por hacer alarde de mi ingenio ni vanagloria mía para que me estiméis en algo, sino la mayor humildad que se ha conocido de hombre en el mundo, pues tengo tantas causas para serlo, ser los viajes que hemos traído tan largos y procurar traerlos entretenidos, aunque harto temeroso de enfadaros. RÍOS.- Si de lo que habéis dicho no se tuviera conocido todo eso, y para nosotros el oírlos no fuera de tanto gusto, bastaba vuestro buen celo para que, cuando ello hubiera sido muy malo, quedara disculpado vuestro yerro.

Exposición de los nombres poéticos que van por declarar en este libro

A

Anfitrite: mujer de Neptuno, e hija de Nereo, dios del mar.

Apolo: hijo de Latona y Júpiter, adorado en Delfos, donde tenía su oráculo.

Antenor: troyano que fundó a Venecia. Iliricos penetrare sinus fontes que Timavi.

Alecto: es una de las tres furias infernales.

Aganipe: región de Beocia, dedicada a las Musas, del cual nombre se llamaron Aganípides.

Aníbal: hijo de Amílcar, capitán valeroso; y de veinte años, venció a Sagunto, ganó infinitas victorias, y entre ellas la de Canas, donde mató noventa senadores y cuarenta y cinco mil soldados, y últimamente fue vencido de Scipión.

Apolo: inventor de la Medicina.

Anteo: gigante, hijo de la tierra, fue rey de África; a éste mató Hércules levantándole de la tierra, porque cada vez que caía en ella cobraba fuerzas nuevas.

Alcides: nombre de Hércules, derivado de Alceo, padre de Anfitrión.

Aiax Telamonio: no le quisieron dar las armas de Aquiles, siendo un capitán famoso, y se las dieron a Ulises, por ser un hombre astuto.

Alcides (que es Hércules como ya he dicho) y Teseo, mataron muchos ladrones: a Caco, Scirón, Procasto, Seines, Creonte, Minotauro.

Astrea: es el signo de Virga.

Adonis: mancebo muy hermoso, amado de Venus, muerto de un jabalí y convertido en flor (Ovid. et Teocrit.).

Alejadría: ciudad de Egipto; está fundada a la entrada del río Nilo por Alejandro Magno.

Aretusa: ninfa, huyendo de los abrazos del Alfeo, río, se convirtió en fuente y está en Sicilia.

Agenor: fue rey, y habiéndole hurtado su hija Europa, echó de casa a sus tres hijos: Fénix, que fundó a Fenicia; Cilix, que fundó a Cicilia, y Cadmo, el cual siguió por el oráculo una becerra, que en su término se llama Tebas. Llegado adonde ella paró (que era una fuente), envió sus compañeros a ella por agua y matólos una sierpe; fue él y matóla, y sacándola diez y ocho dientes los sembró y nacieron diez y ocho caballeros, que se combatieron y salváronse los cinco, y con ellos fundó a Tebas, donde paró la becerra.

Argos: la primera nave que hubo, llamada de este nombre del arquitecto que la hizo, en la cual pasó Jasón a Colcos (Val. Fla. I Arg.)

Alejandro: fue emperador del mundo, el cual decía ser hijo de Olimpia y de Júpiter, y no de Filipo.

Acteón: porque vio desnuda a Diana, fue convertido en ciervo y despedazado de sus perros.

Antonio: amigo de Cleopatra, gitana5ll hija de Dionisio Auleto, el cual, vencido de Augusto, le forzó a que se matase, y lo mismo hizo ella con dos áspides.

Aurora: hija de Hesperión y Etra, hermana del Sol y de la Luna, mujer de Titón y madre de Memnón, es aquel primero resplandor de la mañana; llamábanla los poetas «hija de la tierra», porque parece que va saliendo de ella.

Arúspices: son los agoreros que conocían o juzgaban los casos por el vuelo de las aves.

Asteria: hija del sol; y siendo amada de Júpiter, le despreció, y fue por ello convertida en codorniz, y yendo al mar hizo una isla de su nombre, y en ésta fue escondida Latona por el viento Aquilón, y en ella parió a Febo y a Diana, y quedó inmóvil y llamada Delos.

Andrómeda: hija de Lífico y Casiopea; siendo echada a una ballena para ser comida, la libró Perseo, y a ella y a su padre subió Júpiter al cielo.

Atlante: fue rey de Mauritania, hijo de Japeto y de Clímenes, hermano de Prometeo; fue grande astrólogo y el primero que disputó de la esfera. Dicen los poetas de él que tuvo aviso de un oráculo que se guardase de todos los hijos de Júpiter, y por esta razón no quería hospedar a nadie, y como le aconteciese lo mismo con Perseo, hijo de Júpiter, mostrándole la cabeza de la gorgona Medusa, le convirtió en piedra o monte, que de su mismo nombre se llamó Atlas o Atlante, tan alto, que nunca se ve su cumbre; y así fingen los poetas que sustenta el cielo en los hombros, el cual, por todas estas cosas, y lo principal por lo verdadero de su historia, dice de él Virgilio, príncipe de los poetas: Ubi caelifer Atlas Axem humero torquet, stellis ardentibus aptum; y por ser Atlas grande astrólogo, fingiendo que tenía y sustentaba el cielo sobre sus hombros.

Ancona: ciudad muy célebre fundada por los Sicilianos en la orilla del mar Adriático.

Apeles: famoso pintor (Plinio, 7, cap. 37).

B

Betis: río de España; nace en la provincia tarraconense; llámase Guadalquivir, nombre arábigo, que quiere decir «río grande», el cual le pusieron los africanos cuando ganaron a España.

Busiris: rey de Egipto; habiendo sufrido nueve años de esterilidad en su reino, pidió remedio a los agoreros griegos, los cuales le mandaron sacrificar todos los huéspedes que le viniesen.

Briareo: gigante; tenía cien brazos, manos y espadas.

Belona: diosa de las batallas, y la que incita el ánimo a guerras, campos y desafíos.

Barcelona: principal ciudad y cabeza de Cataluña, en España.

Biblis: hija de Mileto y Ciane, enamorada de su hermano Cauno, que antes de gozarlo, o después, se mató.

Blaubete: puerto de mar en Bretaña, donde hubo una fortaleza inexpugnable, llamada el fuerte del Águila, del mismo nombre de quien la fundó, que fue don Juan del Águila, en la cual trabajé yo más de dos años con unas parihuelas.

Baco: hijo de Júpiter y Proserpina; fue nacido en Tebas, la cual cercó Anfión atrayendo las piedras con la armonía de su música; fue despedazado de los Titanes, y su corazón molido le dio a beber a Semele, de lo cual concebió, y Juno, por envidia, hizo que moviese a Baco de siete meses, y el tiempo que le quedaba le crió Júpiter debajo de su rodilla.

Belisario: maestro de campo del emperador Justiniano; habiendo vencido a los vándalos, triunfado de los persas, echado dos veces los bárbaros de Italia, sin otras muchas hazañas dignas de grande honra, temiéndole el emperador, le mandó sacar los ojos, y él pedía de puerta en puerta para sustentar su vida, diciendo estas memorables palabras: «Dad limosna a quien dio luz a la virtud y cegó la envidia».

Babilonia: ciudad de Caldea, por la cual se llamó de este nombre gran parte de Mesopotamia y Asiria, según Plinio, en el lib. 6, cap. 26. Esta ciudad fundó Semíramis (Estrab. lib. 16).

C

Cipris: es Venus, de su isla Chipre así llamada.

Cileno: es Mercurio, llamado así de «Cilene», monte de Arcadia, donde nació.

Colcos: región de Asia, está junto a Ponto y es muy abundante de venenos (Horat., lib. 20. Carm.).

Calisto: hija del rey Licaon, de Arcadia, fue hecha ura por Juno, indignada y celosa de que Júpiter la hubiese conocido; el cual la subió al cielo y la puso al Septentrión.

Corles: lugar muy fuerte de Bretaña.

Cintia: es la luna, llamada así del monte Cinto, en Delos, do nació.

Cupido: hijo de Júpiter y Venus.

Chipre: isla en el mar Panfilo; fue fertilísima y consagrada á Venus (Horat. 2, cap. 2).

Calipso: tuvo siete años a Ulises en la isla Orgigia enamorada de él, sin quererle dejar ir, hasta que le soltó por Mercurio.

Caliope: una de las nueve Musas hijas de Júpiter y Moneta, llamada así por su dulce voz.

Cocodrilo: animal de la hechura de un lagarto, el cual adoraban por Dios los egipcios, según Pierio Valeriano, lib. 39; vive así en el agua como en la tierra, y en viendo un hombre llora, y acercándose a él le mata (Cicer., 2, De natu. Deorum).

Clicie: es el tornasol que siempre se vuelve a él.

Ceres: hija de Ope y Saturno, hermana de Júpiter; es la diosa del trigo, porque inventó la manera de sembrar.

Cádiz: ciudad de España e isla.

Ciro: rey de los persas, el cual murió a manos de la reina Tomiris.

Circe: hija del sol, que con cierta bebida volvía los hombres en puercos, y así lo hizo con veinte y dos compañeros de Ulises.

Cicones: los habitantes de la isla Ismaria, los cuales venció Ulises.

Lotófagos, comedores de loto, que era un fruto que de la flor de un árbol se daba, tan suave que el que le comía no se acordaba de volver más a su tierra, y así se quedaron dos compañeros de Ulises, hasta que él los trajo a todos.

Ceix: hijo de Hespero y Filonida; siendo hundido en un naufragio en la mar su mujer Alcione, hija de Eolo y Egiala, se arrojó en ella y fueron convertidos ambos en aves alciones.

Chimera: unos dicen haber sido una fiera, cabeza de dragón, cuerpo de fuego, pies de cabra; otros un monte que echaba llamaradas por la cumbre y en medio criaba leones, tigres y otros animales, y en la falda apacentaba ganados.

Canacé: hija de Eolo; enamorada de su hermano Macareo, que como la conociese y su padre viniese a saberlo, le envió una espada con que se matase, la cual tomó en la mano izquierda, y en la derecha una pluma, escribiendo una carta a su hermano, al fin de la cual se mató.

Cleopatra: reina de Egipto, hija de Aletes y hermana de Ptolomeo, amada de César y Antonio.

Claudio Marcelo: capitán romano, vencedor de Aníbal.

Curcio: fue un capitán romano muy valeroso, el cual, habiendo en Roma una grande abertura en que se iba consumiendo la tierra, dijo el oráculo que no se cerraría hasta que alguno entrase dentro, y Curcio, estando a caballo, saltó dentro del hoyo.

Cloto, Laquesis y Atropos: son las Parcas hijas del Erebo y la noche; llámense Parcas, porque no perdonan a nadie.

Codro: rey de los atenienses; estando en la guerra Peloponense, le dijeron que aquel campo vencería, cuyo general fuese muerto, y se metió disfrazado entre los enemigos porque le matasen, y fije así, pues dejó en sus manos la vida.

Cigno: fue amigo de Faetón, y llorando su muerte fue convertido en cisne, que son los que llevan el carro de Venus.

Caribdis y Scila: son dos peligros que hay en la mar cabe Sicilia, los cuales son, [el uno medio mujer y la mitad inferior perros ladrones], y Caribdis, que hace tres remolinos al día, donde se hunden las naos.

Cinco zonas: son en las que dividen los astrólogos el cielo; las dos más altas, por heladas, no se habitan, la de en medio, por calurosa, y las dos que quedan más bajas son las más templadas, que es debajo de donde nosotros vivimos; una llamada del Cancro y otra de Capricornio, donde están los Antípodas.

Cloris: diosa de las flores.

Canícula: perro que guardó a Europa y con ella vino hasta Minos enfermo, y curólo Procris, mujer de Céfalo, y fuele dado en premio que alcanzase todos los animales; muerta Procris, húbolo Céfalo y vino con él a Tebas, donde había una liebre a quien concedió Júpiter ahuyentar todos los perros; juntándose los dos, matólos y subiólos al cielo.

Cicuta: hierba ponzoñosa con que murió Sócrates.

Doris: hija de Tetis y el Océano, casada con su hermano Nereo.
Demetrio: hijo de Antígono, rey de Macedonia, venció a Pirro, ganó a Tebas, a Chipre y a Babilonia, y murió a manos de Antíoco.
Dafne: hija del río Peneo; huyendo de Apolo se convirtió en laurel.
Dardania: llamada Troya, de «Dardano», su primer rey.
Del Tajo al Bactro: es de Poniente a Oriente, por los dos ríos; uno de Occidente, que es Tajo en España, y otro es Bactro, del Oriente.
Dédalo: grandísimo arquitecto, el cual labró el laberinto de Creta.
Diana: hija de Júpiter y de Latona.
Diómedes: rey de Tracia, sustentaba sus caballos con carne humana, hasta que Hércules le mató.
Demódoco: músico, cantó en el banquete que Alcino, rey de los feaces, hizo a Ulises.
Dinan: villa de Bretaña.
Dido: reina de Cartago, hija de Belo, rey de los tirios, mujer de Siqueo, sacerdote de Hércules; fue honestísima, porque habiéndole muerto Pigmaleón, su hermano, a su marido Siqueo, hombre riquísimo, por robarle sus tesoros, ella, que los tenía escondidos, los sacó una noche y, huyendo, se fue a la Tingintania, provincia de Africa, donde edificó a Cartago, y se vino a matar por no querer consentir casarse con Hiarbas, rey de Getulia. Y ésta es su verdadera historia, porque la que cuenta Virgilio en el 1.º y 4.º de la Eneida es falsa y fabulosa.

E

Eufrates: río de Mesopotamia; nace del monte Nipate, de Armenia, atraviesa a Babilonia y muere en el mar Bermejo.
Eolo: hilo de Eoleno, a quien Júpiter dio mando sobre los vientos.
El nieto de Atlante: es Mercurio, hijo de Júpiter y de Maya, hija de Atlante.
Etna: monte de Sicilia que vomita fuego (Just., lib. 2).
Eoo, Eton, Flegon y Pirois: son los cuatro caballos del sol.
Erix: hijo de Bute y Venus, fue muerto por Hércules y enterrado en un monte de Sicilia, en el cual Eneas edificó un templo a Venus, y de él se llama Ericina.
Erine o Erimnis: diosa de la discordia, hija de la noche y del Erebo, que en los desposorios de Tetis y Peleo, habiendo Júpiter convidado a todos los dioses y no a ella, desde la puerta arrojó una manzana de oro con una letra que decía: «A la más hermosa»; compiten sobre cuya será, Juno, Palas y Venus; nombra Júpiter por juez a Paris, en el monte Ida.
Estigia: laguna del Infierno, por cuyas aguas juraban los dioses y era juramento irrefragable (Virgil., Homer., Ovid.).
Eco: ninfa, que amando a Narciso, fue convertida en piedra (Ovid. lib. 3).

F

Flora: fue una cantonera que dejó por heredero de su hacienda al pueblo romano, y por esto fue tenida por diosa de las flores, haciéndole las fiestas florarias o laurencias.
Falerno: es un monte de Campania, y donde se da muy buen vino.
Fábula de las palomas, fue ansí: cogían Venus y Cupido flores a porfía; vencía Cupido a su madre, y por tener Alasperistera, doncella que ayudó de secreto a Venus, venció la madre al hijo, y él, enojado, convirtió a Alasperistera en paloma, y Venus por esto la tomó en su tutela.

Faetón: hijo de Climene y del sol, que no sabiendo regir el carro paterno abrasó a toda Etiopía, por el cual fue precipitado en el Po.

Faunos: dioses de las selvas e hijos de la tierra (Ovid., Meta.).

Febo: hijo de Júpiter y Latona, y hermano de Diana, es el mismo que el sol Apolo.

Teníanle los antiguos por inventor de la música y de la poesía. Dábanle tres nombres, y según ellos, tres diferentes poderes y asistencias: en los cielos le llamaban Sol, o Febo; en la tierra el Libero padre, y en los infiernos Apolo; pintábanle con lira, sombrero, arco y saetas, y así lo dicen Ovidio, Pausanias y otros.

Fénix: ave famosa de Arabia, y vive seiscientos años.

Florencia: señoría y ciudad, cabeza de la Toscana.

Filautia: es el amor que cada una tiene a sí mismo, de donde nace no conocerse ninguno.

Fortuna: es un suceso no pensado; fue tenida por diosa de los antiguos (Juv. Sal. 10).

G

Gange: es uno de los cuatro ríos del Paraíso.

Gárgano: un monte o promontorio de Pulla, que se extiende por muchas leguas al mar Adriático, y ahora se llama el monte de San Ángel.

Ganimedes: muchacho muy hermoso que robó del suelo el águila de Júpiter (Virg. I, Enei.).

Génova: señoría y ciudad, cabeza de ella.

Gigantes: hijos de la Tierra y Tártaro, quisieron pelear con los dioses.

Guadiana: famoso río de España.

Glauco: hecho pez de hombre, y de pez dios; amó a Scila, siendo él amado de Circe, hija del Sol; la cual, de celos de verse desdeñada, en una fuente do Scila se bañaba puso tales encantamientos que yéndose a lavar la Scila quedó, de la cinta abajo, hecha perros ladradores.

Goston: se llamó antiguamente la ciudad que es agora Santa Fe en el reino de Granada, que fundaron los Reyes Católicos.

H

Hipocrene: es la fuente de Beocia que hizo el Pegaso con la uña; dedicada a las musas.

(H)ebro: famoso río del reino de Aragón, en España.

Hespéridas: son Egle, Hesperie y Erica, hijas de Hespero, el cual tuvo los huertos con las manzanas de oro en la ciudad de Lija de la Mauritania Tingitana.

Helena: hija de Júpiter y Leda, casada dos veces y ambas robada, una del Tindaro y otra de París (Virgil., 7).

Homero: poeta excelentísimo que escribió los trabajos de Ulises en la Ulisea.

Hierusalén: cercada por Tito Vespasiano, y murieron en el cerco un millón y cien mil personas.

Helicon: monte de Beocia, junto a Tebas.

Hele y su hermano Frixo: hijos de Atamante y la Niebla, huyendo de su madrastra Ino, les dio su madre el carnero del Vellocoino Dorado, hijo de Neptuno y Teofanes, con que huyesen a Colcos, a Eeta, hijo del Sol. Cayó Hele en medio del mar, y dio su nombre a las aguas llamadas del Helesponto.

Harpías: hijas de la tierra y de Neptuno, con alas y rostros de doncellas y grandes uñas.

Héroes: varones ilustres.

Héctor: hijo del rey Priamo, y el más fuerte de los troyanos; murió a manos de Aquiles (Ho., 32, Illia.).

Himeneo: dios de las bodas, hijo de Baco y Venus.

I- J

Júpiter: hijo de Saturno y Ope, partió el reino de su padre con sus hermanos; a Neptuno dio el mar, a Plutón el infierno, á Iuno casó consigo, a Vesta hizo religiosa y él se hizo padre de los dioses.

Juno: hermana y mujer de Júpiter, e hija de Saturno.

Ino: hija de Cadmo y Armonía; pretendió matar sus dos entenados, Hele y Frixo; sabido por Atamante, su marido, y padre de ellos, entregó a ella a Frixo para que la matase con su hijo Melicerta, y huyendo ellos, los encubrió Baco con una nube y los echó en el mar, donde son dioses.

Jano: cuyo templo se abría en tiempo de guerra y se cerraba en el de paz, pintábanle en Roma con dos rostros, como quien veía lo presente y lo pasado.

Jaén: ciudad del Andalucía en España.

Isis: reina, inventora de las letras egipcias (Offi. Text.).

Jacinto Amicleo: era hermosísimo; fue amado de Febo y Zefiro, y como quisiese más a Febo, matólo de celos Zefiro y fue transformado en lirio.

Iris: que el vulgo llama el arco de la vieja, o mensajera de Juno (Virg., 5, Eneid.).

L

Leonides: espartano; con cuatro mil soldados defendió el paso a Jerjes, que traía un millón de hombres y tres mil velas.

León (Silva Nemea): es el que mató Hércules (Mart., lib. 1).

Los dioses hechos peces: fueron Venus y Cupido que, estando en Siria junto al río Eufrates, vieron al gigante Tifón, y de miedo se metieron en el agua y tomaron figura de peces; los cuales después Júpiter puso en los doce signos del Zodíaco.

Lira de Orfeo: por ser dada de mano de Apolo, fue llevada entre las estrellas.

Libitina: era una diosa que tenía las roscas y bollos que se sacrificaban a los muertos, llamados en latín Liba y Teneo, que es tener, y así se entiende que es Proserpina.

Latona: huyendo de Juno vino a Licia, y calurosa quiso llegar a beber donde unos pastores estaban; no le dejaron llegar, y él pidió a Júpiter que allí se quedasen, y fueron luego convertidos en ranas (Ovid., lib. 6, Metam.).

Lampetusa: hermana de Febo, hijos del Sol y de Climene, que llorando la muerte de su hermano se convirtió en álamo blanco.

Leucatoe: ninfa de la mar, amada de Apolo.

Lisboa: ciudad de Portugal; fue fundada de Ulises, y de él se llamó Ulisipo.

Leteo: es un río del Infierno a quien los poetas llamaban «del Olvido», porque decían que cualquiera que bebiese de sus aguas se olvidaría de todo cuanto por él pasaba. Pero la verdad de esta fábula, es que este Leteo es un estanque o laguna de África, situada en lo postrero de las Sirtes, que riega la ciudad de Berenice y allí se hunde, y por bajo de la tierra va muchas leguas; y así se dio lugar a la fábula, diciendo que va al Infierno. Hay otros muchos ríos Leteos: uno en Asia, en la tierra de Efeso, según Estrabón, en el libro 14; otro en la isla de Creta, según el mismo, en el libro 10, y otros muchos que cuenta el mismo autor, aunque el primero es, sin duda, el río de los poetas (Luc., 8).

Lucrecia: mujer de Colatino, violada por el rey Tarquino, de Roma; se mató por el celo de la honra.

M

Marte: dios de la guerra, y hijo de Júpiter y Juno, enamorado de Venus, mujer de Vulcano, el cual, como muchas veces los hallase juntos y no pudiese remediarlo, hizo de adamantina unas redes muy delgadas, en que los cogió a ambos, y fue a avisar al Sol que alumbrase y fuesen vistos de los dioses; y de aquí se dijeron las redes de Vulcano.

Mercurio: hijo de Júpiter y Maya; es uno de los siete planetas, y cuyo cuerpo es el menor de todas las demás estrellas (Cic., 3, De nat. deorum).

Mahoma: hijo de Abdala, idólatra, de Imina, judía; nació año de 568.

Minerva: hija de Júpiter, sin madre, diosa de la elocuencia.

Morfeo: hijo, o servidor del dios del sueño.

Mongibel: monte de Italia que echa fuego.

Minias: es Jasón, nieto de Clime y de Minia, capitán de los que iban a conquistar a Colcos el Vello Dorado en la nao que llamaban Hadada, porque fue hecha, por orden de Minerva, de una encina Donodea, que les profetizaba lo que habían de hacer.

Milciades: capitán de los atenienses; venció cien mil soldados de Darío, rey de los persas.

Mausoleo: sepulcro de Mausolo, rey de Caria, de quien los sepulcros famosos tomaron este nombre de mausoleos.

Marco Sceva: centurión de César; guardando un castillo en Francia, que César le había encomendado, defendió la puerta, pasado un muslo de una lanzada, sacado un ojo, herido en un hombro, quebrados los cascos, despedazada la espada y con ciento y veinte heridas en el escudo.

Memnán: hijo de Titón y el Aurora, muerto de Aquiles en la guerra de Troya (Stra., 13).

Manzanares: río de Madrid, que basta.

Mirra: hija de Cinare, rey de Egipto; se enamoró de su padre y concibió de él a Adonis (Ovid., lib. 10).

Megera: una de las furias infernales, hija de Aqueronte y de la Noche.

Medusa: hija de Gorgon y Ceto, de cuyos cabellos se enamoró Neptuno, y Tetis se los hizo volver en culebras; tenía dos criadas que la velaban con solo un ojo, que eran las Greas, a quien hurtó el ojo Perseo cuando cortó la cabeza a Medusa, de cuya sangre se criaron las serpientes y víboras en África.

Medea: despedazó su hermano yendo huyendo con Jasón, porque el padre, que los seguía, se detuviese en coger los miembros de su hijo; y después mató sus hijos delante de Jasón.

Midas: rey de los frigios, pidió a Baco que, en premio de haber hospedado a Sileno, su ayo, todo lo que tocase se convirtiese en oro.

N

Nubis: era un dios en figura de perro, el cual adoraban los egipcios.

Nerón: hijo de Agripina y sexto emperador de romanos; tan cruel como cuentan Suetonio y Corn. Tácit.

Nisa: fue la ciudad que Baco edificó en la India, llamada así de su amo Niso que lo crió.

Nantes: villa principal de Bretaña.

Neptuno y Apolo: fabricaron a Dardania los muros de Troya, porque les prometió ofrecerles toda la cría de su ganado de aquel año.

Nilo: es río de Egipto, tan conocido por sus siete bocas.

Noé: fue el primero que plantó vna; con su mujer y tres hijos y tres nueras, se salvó en el arca del diluvio.

Nino: hijo de Semíramis, que conoció a su madre y luego la mató.

Nápoles: reino y ciudad, cabeza de él.

Nicostrata: mujer famosa, inventora de las letras latinas.

Numancia: ciudad de España que tuvo veinte años guerra con los romanos, y al fin la cercaron y estuvo cercada catorce, y con solos cuatro mil hombres que dentro tenía, se detuvo todos estos catorce años y mató cuarenta mil romanos, y cuando se hubo de entrar la ciudad porque no pudiesen gozar ni triunfar de ellos, ni de sus haciendas los romanos, se quemaron los naturales con todo cuanto dentro tenían. Así lo dice Floro., lib. 2.

Narciso: hijo de Zéfiro y Liriope, enamorado de sí y convertido en flor de su nombre.

O

Ostro, o Murice: significa púrpura, porque con el humor de este pez se da esta color perfecta.

Orfeo: inventor de la música, marido de Eurídice.

Onfale: reina de los lidios, hermosísima, de quien se enamoró Hércules, de suerte que le hizo ésta hilar y vestirse como doncella.

Olimpo: monte entre Tesalia y Macedonia, cuyo extremo pasa la primera región del aire (Livi., 2).

Orión: siendo Júpiter, Mercurio y Neptuno hospedados del rey Birseo, les pidió por merced un hijo, y trayendo Mercurio un cuero de un buey que le habían sacrificado, orinaron todos en él y enterrándolo, de do nació Orión; el cual, queriendo después violar a Diana, fue de ella muerto y Júpiter le subió al cielo, y por ser tan mal afortunado en sus amores, guarda el rostro a Venus.

Ojo del cielo, se llama el Sol, y así lo llama Platón en su Timeo.

Occidente: donde se pone el Sol.

P

Proteo: hijo de Tetis y el Océano, apacienta las focas en la mar, que son los lobos marinos.

Plauto: tan pobre, que traía una atahona.

Portugal: se dijo Lusitania, de Lisa, o Lusa, criado de Baco.

Pancaya: tierra fertilísima de bálsamo y otros olores (Ovid., 10, Metam.:Sudataque ligno tura ferat floresque alios Panchaia tellus).

Platón: filósofo natural de Atenas, y tan sabio, que mereció nombre de «divino», y que le llamase dios Marco Tul. (Cicerón).

Peritoo, hijo de Ixión, y Tesco, hijo de Tegeo, bajaron al infierno a hurtar a Proserpina, mujer de Plutón.

Partenope: es Nápoles, llamada así del nombre de una sirena allí enterrada.

Pitágoras: filósofo, hijo de Menesaro (Ovid., 15, Metam.).

Pragne: mató a su hijo Itis, y le dio a comer a su marido Tereo, porque forzó a su hermana Filomena.

Perilo: sabiendo que Falaris el tirano prometía premio a quien inventase nuevo tormento, inventó el toro de arambre, donde metiesen un hombre y le pusiesen fuego por abajo.

Porcia: hija de Catón; sabiendo que era muerto su marido y no hallando armas con que matarse, se mató con unas brasas (Plat., Val. Max.).

Pompeyo: valerosísimo capitán (como lo cuenta Paulo Orosio); alcanzando tantos trofeos y triunfos en Oriente y Poniente, fue vencido de su suegro y muerto

miserablemente de un soldado, y enterrado en un arrenal de Egipto. Y da Eusebio por razón de este desastre, en su Tripartia, haber profanado el templo de Jerusalén, haciéndolo caballeriza para sus caballos.

Pasífae: madre del Minotauro, hija del Sol, mujer de Minos (Prop., lib. 3).

Policena: hija de Priamo y Hecuba, de quien se enamoró Aquiles, y por ella le mataron.

Pegaso: caballo con alas, nacido de la sangre de Medusa, el cual hizo en una piedra con el pie aquella famosa fuente de Helicon, de quien tantos han bebido y tan pocos se han aprovechado.

Pirro: hijo de Aquiles y de Andromaca.

Prometeo: hijo de Japeto; hizo unos hombres de lodo, y hurtando del cielo fuego, se lo inspiró y vivieron, por lo cual estuvo cuarenta años atado al Cáucaso, y un águila comiéndole el corazón, hasta que, queriendo Júpiter haber a Tetis, le dijo él que no la conociese, porque había de haber de ella un hijo que fuese mayor que su padre, y por este aviso mandó Júpiter a Hércules que matase el águila y le soltase.

París: hijo de Priamo y Hecuba, reyes de Troya; el que robó a Elena.

Pentisilea: reina de las amazonas scíticas, que viven junto al río Tanais y Termodonte.

Padua: ciudad de la señoría de Venecia.

Polifemo: hijo de Neptuno, a quien Ulises, después de encerrado en su cueva y comidos dos compañeros, le sacó el ojo.

Palinuro: piloto famoso, que se les quedó a Eneas y sus compañeros en la mar.

Popea: mujer de Nerón, muerta a coces por él, aunque triste después de muerta, por lo mucho que la amaba. Ejemplo para las muchas que padecen hoy sin causa, y aviso para los que castigan sin culpa.

Pactolo: río de Lidia que lleva arenas doradas, y otro hay de Asia.

Polidoro: hijo de Priamo.

Pomona: diosa de los huertos.

Proserpina: furia del Infierno.

Plutón: dios del infierno, marido de Proserpina.

Palas, hija de Júpiter, y Neptuno, dios del mar, tuvieron competencia sobre quién sería el dios celebrado en Atenas, y resolviéndose que aquél quedase por dios, que diese una cosa más provechosa; dio Palas la oliva y Neptuno el caballo, y porque para el estudio es la oliva y el caballo para la guerra, quedó Palas más honrada en Atenas.

Q

Quintiliano: fue natural de Calahorra, en España, y gran retórico (Eusebio).

R

Rómulo y Remo: hermanos, hijos de Marte y Silvia, los cuales crió una loba.

Rodas: isla del mar Carpacio, llamada así de Rodia, doncella amada de Apolo (Diod., lib. 6).

Ramnusia: diosa de las venganzas, que con Minos, Eaco y Radamano, juzga en el Infierno.

Radamanto: hijo de Júpiter y Europa, y juez de las almas condenadas (Virg., 6, Eneid.).

S

Sinón: griego; persuadió a los troyanos a meter el caballo y su destrucción en la ciudad de Troya.

Saturno: marido de Opa; sabía que un hijo suyo le había de quitar el reino, y así, en naciendo, se los comía.

Scila: mató a su padre Niso, rey de los megarenses, por amor del rey Minos de Creta, con quien pensaba casarse.

Squinis: fue un ladrón famoso cabe Corinto, y de tanta fuerza que abajaba las puntas de los árboles al suelo, y en ellos ataba los que robaba para despedazarlos.

Sisifo: hijo de Eolo; éste mató a Teseo, y le pusieron los dioses en el Infierno un peñasco a cuestras, que sube siempre por una cuesta muy áspera (Ovid., 5, Metam.).

Sirenas: hijas de Aqueloe y Calíope, musa; eran doncellas de la cinta arriba, y la otra mitad era de gallinas; una cantaba, otra tañía vihuela y la tercera flauta. Era su hado que habían de vivir todo el tiempo que cuantos las oyesen adormeciesen, y dormidos les ahogasen. Pasando por ellas Ulises se hizo atar al mástil y a sus compañeros poner cera en los oídos, con que no fueran encantados, y en pasando, ellas se echaron en la mar y acabaron.

Sócrates: natural de Atenas, gran filósofo y tenido por el más sabio del mundo; pero no en haberse casado, que aunque se casó con mujer que había querido, quería y deseaba mucho, vivió después con grandísimo tormento, como hoy viven muchos, porque si yerra, desdichado del que se casa; de donde se infiere que no hay casamiento tan deseado que no dé después más dolor que gozo.

Signo de Tauro: es a diez de Abril.

Siete milagros del mundo son éstos:

El primero, el templo de Efeso.

El segundo, el Mauseolo, de alto ochenta pies y de circuito mil y trescientos y cuarenta; sepulcro de Mausolo, rey de Caria, que su mujer Artemisa le mandó hacer.

El tercero, en Rodas, la figura del Sol, que tenía de alto noventa pies.

El cuarto, la figura de Júpiter Olímpio, hecha de marfil y oro, que sentado tenía de alto cuarenta pies.

El quinto, la casa del rey Ciro, que hizo Memnón.

El sexto, los muros de Babilonia, que hizo Semíramis, que de ancho tenían veinte y cinco pies, de alto sesenta y de circuito sesenta mil.

El séptimo, las pirámides egipcias, que tenían de alto sesenta pies.

Sena: ciudad de Italia en la Etruria.

Sicilia: reino.

T

Tifeo: hijo de Titán y de la Tierra, era gigante grandísimo de cuerpo, y salíanle de los hombros cien cabezas de dragones; desafió a Júpiter, y Júpiter le confundió con un rayo y le puso debajo del monte Etna, que está en Sicilia.

Taprobana: isla al cabo de Comarí, llamada ahora Ceylán, do entendió Ptolomeo ser el fin de la tierra.

Tetis: hija de Celo y Besta, mujer de Peleo, madre de Aquiles y mujer de Neptuno.

Temis: hija de la tierra.

Tioneo: es sobrenombre de Baco, llamado así de su madre Semele, que por otro nombre fue dicha Tione en griego, que quiere decir sacrificadora.

Tingitania: es parte de África, y la ciudad de Tanjar, «Tingis».

Tritón: hijo de Neptuno y Anfitrite.

Tibre: río de Italia muy celebrado, el cual nace de la mitad del monte Apenino.

Torcuato: se llamó primero Tito Manlio, porque venció en desafío a un famoso francés y le quitó un collar, que en latín se llama «torques» (Aul. Gel., cap. 13, lib. 9). Y lo

mismo hizo Valerio Corvino, teniendo un cuervo que le ayudaba, y de él se llamó Corvino (Aul. Gel., cap. 2, lib. 9).

Tarpeya: virgen vestal, hija de Tarpeyo, alcaide romano; yendo por agua le prometieron los sabinos grandes riquezas porque rindiese la fuerza que tenía su padre; pidióles en premio unos brazaletes que traían en el brazo izquierdo; entraron, y en paga la dieron con los escudos y la mataron, y ganaron a Roma.

Tajo: río de España; nace en las sierras de Cuenca, celebrado de tan divinos ingenios como han nacido en sus riberas.

Telus: la diosa de la tierra, según Cicerón, Ovid. y Virg. Y según San Ambrosio y San Agustín, la tierra misma.

Tesifón: una de las tres furias infernales, hija de Aqueronte y de la Noche.

Tesalia: región de Grecia, famosa por veinte y cuatro montes (Strab. 10).

Timantes: pintor famoso.

U

Ulises: escapado de Polifemo, le dio Eolo, hijo de Heleno, rey de los vientos, a la partida, unos cueros llenos de arena, y los compañeros, creyendo ser oro, los soltaron, por lo cual padeció grandes naufragios. Fue rey de Itaca, hijo de Laertes y Antielea, marido de Penélope y padre de Telémaco, muy astuto y elocuente (Ovid. et Hom.).

V

Vulcano: hijo de Júpiter y Juno, marido de Venus, y herrero que labra en Lipara con los Cyclopes, los rayos que Júpiter echa.

Virgilio: príncipe de los poetas, que en los [seis libros] de la Eneida, cuenta las peregrinaciones de Eneas.

Venus: dicen algunos haber nacido de la espuma del mar, y así la llaman Afrodite, de Afros, que significa espuma; y a esto acude el poeta Séneca: Diva non niti generala ponto. Es la diosa de la hermosura, mujer de Vulcano y madre de Cupido.

Venecia: república y ciudad.

Viriato: español, famoso capitán en Lusitania, que trajo cuarenta años guerra con los romanos.

X

Xerjes: rey de Persia, e hijo de Darío.

Y

Yocas: músico excelente.

Z

Zodiaco: tiene los dos signos por medio del cual va la eclíptica camino del sol.

Zéfiro: viento enamorado de Flora.

Zoroastro: rey de los bactrianos, e inventor de la mágica, según Plinio.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

